ETTORE CICCOTTI



LA ESCLAVITUD EN GRECIA, ROMA Y EL MUNDO CRISTIANO

Apogeo y ocaso de un sistema atroz

Muchos contrastes y diferencias distinguen el mundo antiguo del mundo moderno, pero ninguno de tanto relieve como la existencia de la esclavitud, que constituye la base y el fundamento de la sociedad antigua.

Y tal vez ningún otro historiador del siglo XX como Ettore Ciccotti haya investigado directamente los datos tradicionales y las reliquias en un deliberado intento de conocer el pasado y conseguir una reconstrucción verosímil de una porción específica de la historia.

En su minucioso trabajo, el italiano brinda el conocimiento orgánico de un mundo desaparecido, las leyes que rigieron su vida social y sus transformaciones y las condiciones en que tuvo lugar la gran metamorfosis de la estructura económica que dio como resultado la esclavitud en Grecia, Roma y el mundo cristiano, con todas sus causas y consecuencias.

Que el ocaso del atroz sistema en el mundo antiguo fue debido al progreso y triunfo del cristianismo; a la filosofía estoica en especial; a la formación de una más elevada conciencia ética que destruyó su fundamento moral; a un bien meditado principio utilitario, o, por último, a las invasiones de los bárbaros son explicaciones con las cuales no se contentó quien quiso llegar al fondo del problema y contemplarlo en sus varios aspectos. Muy por el contrario, Ciccotti rompe el mito que sostiene que con la propagación de las místicas y solemnes voces mesiánicas, los grillos de los esclavos cayeron hechos pedazos y la servidumbre fue borrándose como la pesadilla de un agitado sueño. Su trabajo no intenta calmar la inquietud de quienes no encuentran otra explicación más razonable ni convencer a los que no pueden, o no saben, buscar las causas íntimas de uno de los fenómenos más complicados de la historia. Su trabajo sólo busca plasmar la verdad.

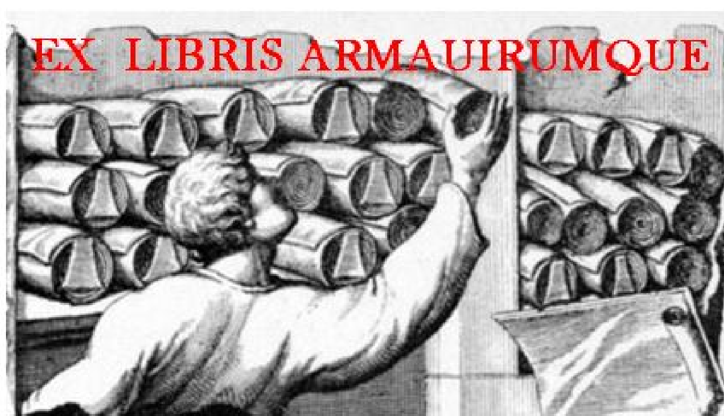
Con ***La esclavitud en Grecia, Roma y el mundo cristiano***, el lector de lengua española toma contacto con un texto de importancia liminar, vigente y profundo; de aquellos que invitan a la reflexión y obligan a pensar los sucesos que marcaron la existencia humana a través de los siglos.

reditar
libros

ETTORE CICCOTTI

LA ESCLAVITUD EN GRECIA, ROMA Y EL MUNDO CRISTIANO

Apogeo y ocaso de un sistema atroz





barcelona · méxico df

Título: La esclavitud en Grecia, Roma y el mundo cristiano. Apogeo y ocaso de un sistema atroz
Autor: Ettore Ciccotti

duncan2002@terra.com

Flors de Maig, 3-9 1º despacho D
08041 - Barcelona
Tel. 93 435 15 05 - Fax 93 436 51 07
E-mail: reditarlibros@hotmail.com

Printed in Spain
ISBN: 84-96449-22-X
Depósito Legal: B. 8998/2006
Impreso por Liberduplex
Crta. BV 2241, Km 7,4 - Polígono Torrentfonfo
08791 - Sant Llorenç D'Hortons - Barcelona, España

Investigación periodística: Duncan Propiedades Intelectuales
Dirección editorial: Héctor González López
Director creativo: Andrés J. P. Paez
Asistente de Dirección: Pilar Zubiría Revuelta
Edición: Osvaldo Tangir
Diseño de cubierta y colección: Juan Carlos Fenu
Maquetación: Romina Cardoso, Silvana Fabro
Corrección: Edgardo D'Elio, Andrea Oriol
Asistente: Darío A. López
Traducción: Máximo Gorriti

INTRODUCCIÓN

I

ASPECTOS DE LA CUESTIÓN

Muchos contrastes y diferencias separan y distinguen el mundo antiguo del mundo moderno, pero ninguna de tanto relieve como la existencia normal y general de la esclavitud, que constituye la base y el fundamento de la sociedad antigua, sostiene directa o indirectamente a los elementos libres y se convierte, por lo tanto, en origen y causa de otros muchos contrastes y diferencias. Y por esto, quien no convierta, como sucede muy a menudo, la investigación asidua, directa y minuciosa de los datos tradicionales y reliquias del pasado en un mero pasatiempo de erudito, sin objeto alguno, sino en un necesario y deliberado intento de conocer positivamente el pasado y conseguir una reconstrucción, ni fantástica ni subjetiva, de la historia; quien a través de fatigosas indagaciones de tiempos pasados busque, con el conocimiento seguro y orgánico de un mundo desaparecido, las leyes de la vida social y sus transformaciones; quien se dirija a los tiempos pasados no para olvidar de entre los muertos los vestigios de la vida presente, sino para evocar toda una vida pasada, será arrastrado, con fascinación siempre nueva, al estudio de las condiciones en que tuvo lugar la gran metamorfosis de la estructura económica de la sociedad, con todas sus causas y todas sus consecuencias.

Y no le apartará de su propósito pensar que este mismo problema fue otras muchas veces objeto de estudios especiales realizados por ingenios amenos y doctos, que ordenaron con luminosa paciencia y aclararon con agudeza los numerosos datos recogidos. Pues aun cuando no fuese posible aumentar datos investigados, siempre habría manera de coordinarlos de un modo diverso, de determinar mejor sus mutuas relaciones, de referirlos a causas más eficientes y más probables y de contemplarlos, por último, desde un punto de vista distinto, sugerido, tal vez, por nuevas interpretaciones de la historia o por fundadas inducciones de nuevas leyes de la vida social. Que el ocaso de la esclavitud en el mundo antiguo fue debido al progreso y triunfo del cristianismo; a la filosofía estoica en especial; a la formación de una más elevada conciencia ética, que destruyó su fundamento moral; a un bien meditado principio utilitario; o, por último, a las invasiones de los bárbaros, son explicaciones con las cuales no se contentará quien quiera llegar al fondo del problema y contemplarlo en sus varios aspectos.

Se ha creído, y se explica perfectamente, que con la propagación de las místicas y solemnes voces mesiánicas difundiéndose y repercutiendo, como de eco en eco, por todo el mundo, el corazón de los hombres se encontró cautivado, los grillos de los esclavos cayeron hechos pedazos y la servidumbre fue borrándose como la pesadilla de un agitado sueño. Dos grandes movimientos, que se han desarrollado casi juntos, son considerados, fácilmente, como dependientes el uno del otro; y una explicación como ésta, a la vez pronta y fácil, es excelente para calmar la inquietud de quien no encuentra, por de pronto, otra más razonable, y para convencer a los que no pueden o no saben buscar las causas íntimas de uno de los fenómenos más complicados de la historia. Además, el alma abierta a la fe se complace en ello, y la tendencia a concebir la historia como una serie de impresionantes, extraordinarios y magníficos cambios de escena se lleva mejor con el rápido drama menos perceptible de la evolución lenta e inconscientemente preparada y desarrollada con el concurso y las antítesis de los hombres y de las cosas en el seno de la vida y a través de los siglos.

Sin embargo, apenas se reflexiona un poco, salta una duda y ésta despierta otras muchas, y todas juntas empujan y obligan a pensar.

II

EL CRISTIANISMO Y LA ESCLAVITUD EN LAS COLONIAS

Si el cristianismo es incompatible con la esclavitud, de tal modo que ha tenido el poder de disolverla y desarraigarla en el mundo antiguo, ¿cómo puede explicarse que aquella haya conseguido resucitar y desarrollarse en el seno mismo de la civilización cristiana, y que existiese hasta hace muy poco tiempo en países que se dicen cristianos, a la sombra de leyes cristianas, bajo el amparo y la protección de gobiernos y soberanos que presumían de depositarios exclusivos y únicos defensores de la fe cristiana?

La trata terminó en las islas francesas en 1830; en el Brasil, veinte años después, en 1850. En las islas holandesas la esclavitud no fue definitivamente abolida hasta 1854; en Puerto Rico terminó en 1872, y en Cuba, en 1880.[1] Inglaterra esperó hasta 1833 y 1838 para liberar a sus negros de las Antillas;[2] la Francia revolucionaria abolía la esclavitud para verla enseguida reintegrada y confirmada por el Consulado, el Imperio y la Restauración, no consiguiendo la liberación definitiva hasta 1848.[3] Y dondequiera que la esclavitud se relacionara con un derecho, un interés o una necesidad real, o por lo menos así considerada, terminaba por coexistir de un modo acomodaticio con las profesiones de fe, los sentimientos y las prácticas del culto cristiano. Así, el periódico oficial de la Martinica podía publicar el 22 de junio de 1840 que en la plaza del barrio del Espíritu Santo, *enseguida de terminar la misa*, se vendería en pública subasta, por ejecución forzosa, a la esclava negra Susana con sus seis hijos de 13, 11, 8, 7, 6 y 3 años, respectivamente.[4] Un acuerdo del Consejo de la

1. Leroy Beaulieu, *De la colonisation chez les peuples modernes*, 4ª ed., París, 1891, pp. 261, 263 y 276.

2. Larroque, *De l'esclavage chez les nations chrétiennes*, París, 1870, p. 147.

3. Leroy Beaulieu, íd., p. 218; Wallon, *Histoire de l'esclavage dans l'antiquité*, París, 1879, pp. CLXV y ss.; Larroque, íd., pp. 133 y ss.

4. Wallon, íd., p. XLIX; Larroque, íd., p. 141.

Martinica declaraba *atea* la ley que pusiera en duda la esclavitud; y un presidente de la Corte Real de Guadalupe afirmaba que la posesión de esclavos era la más sagrada de las propiedades.[5]

En los Estados Unidos de América la guerra de secesión produjo como última consecuencia la abolición de la esclavitud; pero aquella lucha no podía de ninguna manera remontar sus orígenes, ni próximos ni remotos, a una causa de carácter religioso. Los movimientos esclavista y abolicionista habían nacido no del espíritu religioso, sino de diversas condiciones de la producción, de diversas condiciones económicas de los estados del Sur y del Norte. Estos últimos, con su cultivo de cereales y la creciente actividad industrial, con el incremento continuo de los capitales, la mayor densidad de población, la emigración siempre en aumento, un proletariado cada día más numeroso, con el alza continua del precio de las tierras, contrastaban con los estados del Sur, pobres en habitantes, capital y caminos, con su industria rudimentaria y con su descenso general de la riqueza. Esta antítesis se reflejaba en todas las acciones civiles, políticas y económicas de unos y otros, en la tendencia a un distinto régimen aduanero como en las diversas costumbres, en las formas de lucha política como en los sentimientos morales; esta oposición terminó, como es natural, con la lucha, que veía su manzana de la discordia, el punto de aplicación de las fuerzas contrarias, en la esclavitud, que, verdaderamente, constituía el carácter señalado, el principal móvil y el fundamento de su antagonismo.[6] Y si en el ardor de la batalla no faltó quien recurriera a los argumentos de origen religioso, ello obedeció al aumento continuo de las diferencias entre uno y otro bando, diferencias que invadían todos los terrenos y asumían todas las formas, y no era despreciable un argumento tan eficaz y provechoso, que permitía invocar la autoridad de la tradición religiosa. Pero el escaso valor que podían tener las invocaciones a la doctrina religiosa en una controversia que debía resolverse por medio de las armas, o mejor aun, por el cambio en las condiciones de la producción, lo demostró la facilidad con que, por una fanática y parcial hermenéutica, los textos

5. Wallon, ob. cit., p. LXXXV.
6. Hopp, *Bundesstaat und Bundeskrieg in Nordamerika,* Berlín, 1886, pp. 617 y ss.

sagrados servían indistintamente a una y otra causa, y los partidarios mismos de la esclavitud, en sus discursos, invocaban el nombre de Dios como testimonio de sus propósitos de mantenerla.[7] En los estados del Sur menudeaban los *pamphlets* (libelos) que trataban de demostrar el acuerdo entre la religión y la esclavitud, y el partido o secta conocido con el nombre de *los que se alimentan del fuego* se proponía defender la esclavitud precisamente con la autoridad de la Biblia;[8] no fue entonces cosa rara ver a ministros del culto poseer esclavos a los cuales trataban con dureza no común, y escribir, predicar y enseñar que la esclavitud es sancionada por Dios, aprobada por la Divina Providencia y que el modo favorable con que es considerada por el Antiguo y el Nuevo Testamento es la prueba más irrefutable de que merece la divina aprobación.[9]

Las vicisitudes que acompañaron la introducción, difusión y, por último, afirmación de la esclavitud en el Nuevo Mundo demuestran cuán poca fuerza tuvieron las consideraciones teóricas de orden religioso, y cuán pronto quedaron vencidos los escrúpulos de la fe al nacer la discordia entre ella y la necesaria adaptación al ambiente económico. Las prohibiciones son continuamente repetidas y siempre violadas: los escrúpulos de Isabel la Católica terminan condenando a la esclavitud a los infieles sorprendidos con las armas en la mano; Las Casas ataca la esclavitud de los indios para sustituirla por la de los negros, alentada y reclamada por los padres jerónimos; los *asientos* para la importación de los negros empiezan siendo una excepción y terminan por convertirse en una empresa regular y periódica, de la cual participan y se aprovechan sin reparo alguno soberanos y creyentes.[10] ¿No bastan todos estos datos para hacer meditar a cualquiera sobre la causa de la esclavitud y su fin?

7. Hopp, ob. cit., p. 605.

8. Noack, *Der vierjährige Bürgerkrieg in Nordamerika,* Braunschweig, 1889, pp. 5, 9 y 11.

9. *American Slavery as it is*, etc., Nueva York, 1839, p. 188; Freeman, *The Bible against the slavery,* Nueva York, 1831, pp. 1-98; Loria, "Die Sclavenwirtschaft in modernen America", en *Zeitschrift für Social und Wirthschaftsgesch, heraus.*, del Dr. Bauer, IV, 1, 1895.

10. Haebler, "Die Anfänge der Sclaverei in Amerika", en *Zeitschrift für Social und Wirthschaftsgeschichte*, IV, 2, pp. 177-221.

III

EL CRISTIANISMO PRIMITIVO Y LA ESCLAVITUD

El estudio de las causas que pusieron fin a la esclavitud y la parte que en ellas tomó el cristianismo ha sido desviado de su verdadero camino por la interpretación idealista o empírica de la historia y por la dirección tendenciosa y polemista que caracterizaba a estas investigaciones. Parecía que el cristianismo pudiese, a su voluntad, querer o no el fin de la esclavitud y, sobre todo, que podía conseguir su desaparición, forzando y transformando las leyes del medio económico en el cual se trataba de vivir y desarrollarse, cuando realmente estas leyes sólo podían y debían cambiar transformando las condiciones de producción, es decir, con el advenimiento de cierto estado de cosas que permitiera conseguir las necesidades de la vida sin el concurso de los esclavos. Colocada la cuestión en este falso terreno, su resolución debía convertirse naturalmente en una acusación o defensa del cristianismo, y para él debía ser, en absoluto, la gloria o la responsabilidad de lo que sucediera. Pero no tratamos de tributar elogios ni de prodigar censuras; se trata sólo de referir los efectos a sus causas. Verdaderamente, hasta en la simple confirmación de un hecho se insinúa de un modo inconsciente, sin saber cómo, como un elemento perturbador, la preocupación de las consecuencias verdaderas o supuestas que aquel hecho puede tener sobre el círculo inmediato de nuestras relaciones, de nuestros sentimientos, de nuestros intereses; y, por lo tanto, el estudio de un asunto como el presente no se librará, con facilidad, de los prejuicios que tan a menudo lo han embrollado. Sólo trataremos de contemplar la cuestión desde un punto de vista objetivo que permita ver, a grandes rasgos, las relaciones que tuvo el cristianismo con la esclavitud como simple proemio a la investigación de las verdaderas causas a las cuales puede atribuirse su desaparición.

No es cosa fácil determinar la verdadera esencia y la verdadera forma

del movimiento cristiano inicial; pero para quien, fundándose en su desarrollo sucesivo y remontando a través de su envoltura dogmática, siempre variada y por necesidad variable, quiera formarse de ello una idea aproximada, tendrá que fijarse en aquella delicadeza de sentimientos, en aquella elevación del corazón, en aquella afirmación de predominio del espíritu sobre la materia que forman la parte más íntima y más vital del cristianismo.[11] De modo que, por un lado, encontramos la parte intensa concedida a la vida interna, una manera eminentemente idealista de concebir la existencia y el alma, llamada a emanciparse y triunfar de las reales relaciones sociales; y por otro, el esperado advenimiento del reino de Dios, que a los intereses e ideales terrenos sobrepondrá y sustituirá una esperanza en la vida futura; concepción altamente ultramundana, bien confiasen en transportar la vida humana a un reino no terrenal o en la promesa de conseguir sobre la tierra un orden de vida propio de un reino celestial. Y tanto la una como la otra conducían a disminuir la importancia de la diversidad de las condiciones y relaciones sociales y a no preocuparse de toda acción política que se propusiera renovarlas o modificarlas; y eliminando de esta manera toda resistencia y toda lucha dejaban sin cambiar, por lo menos en sus fundamentos, el orden establecido. Las relaciones exteriores, según aquella doctrina, debían cambiar de índole al reflejarse, como en un medio diverso, en la conciencia; y la templanza de toda cólera y el impulso de hacer el bien debían ser para todos una obligación hacia uno mismo antes que hacia el prójimo. La deseada paz de la propia conciencia y el esperado juicio divino debían ser el impulso y la sensación, la pena y el premio de todos los actos y de toda la conducta en general, el remedio soberano de todo mal y el espíritu renovador del mundo. Era un ideal moral verdaderamente elevado, si bien quedaba por debajo de la moral estoica, más desinteresada y más rígidamente esquemática y por lo mismo menos capaz de propagarse y menos eficaz; pero estaba viciado por el error fundamental e incurable de no concebir la moralidad como algo que brota del seno mismo de las relaciones sociales y vive su misma vida;

11. Zeller, "Das Urchristenthum", en *Vorträge und Abhandlungen*, Leipzig, 1875, I, pp. 291 y ss.

separando, por lo contrario, y a veces poniéndolos frente a frente, la norma de las acciones y el medio ambiente, el espíritu y el cuerpo, el ideal y la vida; de tal modo que muy a menudo se convertía en una regla abstracta, falsa, engañosa, inútil en la práctica, y sus fieles terminaban por apartarse del mundo, agotándose en una estéril oposición a la fuerza misma de las cosas o siendo reabsorbidos por el vórtice de los sucesos y con ellos arrastrados.

Además, la fe cristiana se desarrollaba y abría camino en una región en la cual la esclavitud, si bien antigua y difusa, no había tomado ni aquel desarrollo ni aquel carácter simplemente mercantil que en otras partes tanto habían empeorado las condiciones y fomentado los horrores; antes bien, conservaba su forma patriarcal con todos los miramientos, cuidados y suavidad naturalmente relativos que permitía aquella vida sencilla y familiar.[12] Si algo podía impresionar a los primeros cristianos era la antítesis entre la sencillez de la vida nacional y la pompa de las costumbres importadas, el contraste entre ricos y pobres;[13] y no dejaron de notar tal antagonismo y de proyectarlo invirtiendo la suerte en el esperado reino de Dios; pero la antítesis de libres y esclavos no podía ser fácilmente reparada, ni para deplorarla en un país donde apenas existía, ni para resolverla allí donde el salario se encontraba falto de tradición y de desarrollo. Y así se explica que en los libros evangélicos, aun alterados y rehechos como han llegado a nuestras manos, apenas se hable, y sólo como ejemplo, de la esclavitud; lo cual ha permitido a la hermenéutica de los polemistas maniobrar a su capricho para encontrar argumentos en pro y en contra de ella.

Pero a medida que el movimiento cristiano salía del pequeño país que le sirvió de cuna y se ponía en contacto con la civilización grecorromana, se encontraba ante diversos contrastes que debía afrontar, debía vencer distintas resistencias, superar ciertas dificultades y adaptarse a otro ambiente. Cada día la esclavitud amenazaba con convertirse en la llaga viva y sangrienta de aquella civilización, en evidente origen de rebeldías y en íntimo y permanente desequilibrio, del cual no podía ni sabía presagiar

12. Nowack, *Lehrbuch der Hebräische Archaeologie*, Leipzig, 1894, I, pp. 173-180.

13. Holtzmann, "Die Gütergemeinschaft der Apostelgesch", en *Strassbürger Abhandlungen zur Philosophie,* Freiburg, 1884, pp. 40 y ss.

el fin o indicar el modo concreto de transformarlo; y mucho menos sabía si podía provocar una resolución definitiva con una nueva, meditada y eficaz dirección de la política económica. La separación completa entre el reino de Dios y el del César, que la tradición evangélica pone en boca de Jesús, además de ser un elemento integrante de la fe era para sus discípulos, evangelizando a través del mundo grecorromano, un precepto de oportunidad política que de ningún modo debía olvidarse. El carácter intransigente y exclusivo de su fe, que no le permitía existir junto a las demás, imponiéndole el deber de suplantar a las otras, había empezado a provocar persecuciones[14] por parte del Estado romano, tan tolerante con las religiones y los cultos no dominados por el espíritu del proselitismo, y que empezaba a preocuparse por los esfuerzos de los cristianos para destronar la religión pagana. ¿Qué no hubiera sucedido si a la propaganda religiosa se hubiese añadido otra que atacase o amenazase las instituciones en las que descansaba el orden económico y político de la sociedad y del Estado?

I. Las epístolas apostólicas y la esclavitud

Así, vemos que en las epístolas apostólicas y católicas, y en todas las que con este nombre han llegado hasta nosotros, el amplio reconocimiento del orden social y político existente, la obediencia a la autoridad constituida y las relaciones de dependencia entre esclavos y señores resultan cada vez más claras, más señaladas, más insistentes a medida que pasa el tiempo.

En la primera epístola, completamente auténtica, del apóstol Pablo a los Corintios, la relación y definición del siervo y del libre son consideradas desde un punto de vista puramente religioso, que tiene como fundamento el amor a Dios y la purificación bautismal; en ella se alude de un modo rápido e indirecto a las condiciones sociales, como si fueran algo de poca importancia y secundario respecto del estado espiritual creado por la fe religiosa. En primera línea hallamos la consideración, después con tanta frecuencia

14. Mommsen, *Der Religionsfrevel nach römischen Recht*, pp. 397 y ss.

respetada en los escritores cristianos, de que el creyente libre se convierte en esclavo del Señor, y el siervo creyente en siervo libertado por Cristo (VII, 22), consiguiéndose virtualmente de este modo la igualdad; enseguida se añaden dos cortos párrafos, que si en la forma literal pueden parecer oscuros y deficientes, son aclarados en el resto de la epístola: "23. Por precio sois comprados, no os hagáis siervos de los hombres. 24. Pues cada uno, hermanos, estése delante de Dios, en aquello en que fue llamado".

Estas expresiones encuentran su complemento en otro pasaje de la misma carta (XII, 13) en el cual se dice: "13. Porque en un mismo Espíritu hemos sido bautizados todos nosotros para ser un mismo cuerpo, ya judíos o gentiles, ya siervos o libres; y todos hemos bebido en un mismo Espíritu"; lo cual aparece en una forma casi igual en la carta a los Gálatas (III, 27-29) cuya autenticidad, aunque puesta en duda, es admitida por casi todos.[15] Conceptos más explícitos encontramos cuando de estas cartas pasamos a otras cuya autenticidad es fuertemente puesta en duda, y a veces negada del todo, por las huellas de cambios posteriores que hacen creer que algunas de ellas han sido escritas mucho después. Y entre las revueltas cada vez más intrincadas de las sutilezas teológicas, en las cuales tienden a extraviarse los bellos sentimientos de fraternidad universal y de amplia caridad humana, se abren paso, en forma siempre más precisa y categórica y desde el punto de vista de la vida práctica, exhortaciones a los siervos para que sean obedientes, sumisos y fieles a sus amos.

"5. Siervos –dice la carta a los habitantes de Efeso[16] atribuida a san Pablo–, obedeced a vuestros señores temporales con temor y con respeto, en sencillez de vuestro corazón como a Cristo. 6. No sirviéndoles al ojo, como por agradar a hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo de corazón la voluntad de Dios. 7. Sirviendo con buena voluntad, como al Señor y no como a los hombres. 8. Sabiendo que cada uno recibirá del Señor aquel bien o mal que hiciere, ya sea siervo, ya libre. 9. Y vosotros los señores haced eso mismo con ellos, dejando las amenazas; sabiendo que el Señor de ellos y

15. Holtzmann, *Lehrbuch der hist.-krit. Einleitung in das New Testament*, Freiburg, 1892, pp. 208 y 257.

16. VI, 5-9. Holtzmann, íd., p. 257.

el vuestro está en los cielos; y que no hay excepción de personas para él."

El mismo motivo se repite, más explícitamente y con más insistencia, en la primera epístola a Timoteo, en la dirigida a Tito (atribuidas ambas al apóstol san Pablo) y en la primera epístola católica que se atribuye al apóstol san Pedro.

Dice la epístola a Tito: "9. Que los siervos sean obedientes a sus señores, dándoles gusto en todo, no respondones; 10. que no les defrauden, mas muéstrenles en todo buena voluntad: para que adornen en todo la doctrina de Dios nuestro Salvador."

Y la epístola a Timoteo (VI, 1-5): "1. Todos los siervos que están bajo el yugo estimen a sus señores por dignos de toda honra, para que el nombre del Señor y su doctrina no sea blasfemada. 2. Y los que tengan señores fieles, no los tengan en poco, porque son hermanos: antes sírvanles mejor, porque son fieles y amados, que participan del beneficio. Esto enseña y amonesta. 3. Si alguno enseña de otra manera, y no abraza las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y aquella doctrina que es conforme a piedad... 4. soberbio es, nada sabe, mas antes flaquea sobre cuestiones y contiendas de palabras; de donde se originan envidias, rencillas, blasfemias, sospechas malas, 5. alteraciones de hombres perversos de entendimiento, y que están privados de la verdad, creyendo que la piedad es un negocio".

Y la epístola católica de san Pedro dice, en su capítulo II: "13. Someteos pues a toda humana criatura, y esto por Dios; ya sea al rey como soberano que es... 17. Honrad a todos; amad la hermandad: temed a Dios: dad honra al rey. 18. Siervos, sed obedientes a los señores con todo temor, no tan solamente a los buenos y moderados, sino aun a los de recia condición. 19. Porque ésta es gracia, si alguno por respeto a Dios sufre molestias, padeciendo injustamente".

IV

LAS APOLOGÍAS CRISTIANAS Y EL ORDEN SOCIAL

Las apologías cristianas, arma de ataque y defensa del período en el que la Iglesia iba adquiriendo forma orgánica y afirmándose, tomaban los anteriores conceptos como santo y seña de sus relaciones con la organización política romana en medio de la cual vivían los cristianos, preocupándose tan sólo de desarrollarlos y completarlos sacando de ellos todas las consecuencias posibles. Y aunque las persecuciones contra los cristianos no tenían su fundamento jurídico en las leyes que castigaban las ofensas al Estado y al emperador, es natural, sin embargo, que fuera de gran interés para ellos demostrar que la propagación de su fe no atentaba, ni directa ni indirectamente, contra el orden social y político establecido. "¿El rey ordena –dice Taciano– pagar los tributos? Pronto estoy a ofrecerlos. ¿El amo, que le sirva y le preste los cuidados debidos? Reconozco que soy esclavo." Y Justino dice también: "Por todas partes nos esforzamos en pagar, antes que los demás, los tributos que nos sean impuestos, como nos enseñó Jesucristo".

En otro lugar el mismo Justino hace ver que la manera como los cristianos pasan por la tierra, con los ojos hacia el cielo, no les permite entretenerse en cambiar las leyes ni en violarlas: "Habitan su patria, pero como huéspedes; participan de todo como ciudadanos, y todo lo soportan como extranjeros. Toda tierra extranjera es patria para ellos, y toda patria, tierra extranjera... Se detienen en la tierra, pero tienen su patria en el cielo; obedecen las leyes establecidas, pero con su norma de vida vencen todas las leyes; son pobres y enriquecen a muchos; están privados de todo y todo lo poseen en abundancia. Para terminar, en una palabra, los cristianos están en el mundo como el alma en el cuerpo".

Tertuliano no se cansa de repetir, hasta citando el texto de las oraciones, que los cristianos impetran a los emperadores "larga vida, seguridad

en el Imperio, los ejércitos poderosos, el Senado fiel, todo el territorio tranquilo, y otras muchas cosas que sus oraciones contienen; ruegan por el rey, por los príncipes y por todos los que ejercen cargos públicos, para que todo esté tranquilamente, para que las presentes condiciones temporales sean conservadas, todas las cosas estén tranquilas y el fin del mundo se retrase";[17] y esto último se relaciona con lo anterior, porque se creía que el mundo debía acabar al acabar el Imperio. Y añade además el apologista un argumento destinado a tener siempre mayor desarrollo y mayor aplicación. "Creemos ver en los emperadores la voluntad de Dios, que les entregó los pueblos: sabemos que en ellos está lo que Dios quiere, y queremos que esté en vigor lo que Dios quiere y lo consideramos como obligación sagrada."

Si contemplamos a estos cristianos con la vista fija en el cielo, no extraños a la práctica pero sí a las intenciones de la vida, con la tendencia y la necesidad, sinceramente expresadas, de no convertir el movimiento religioso en un movimiento político, ¿cómo es posible admitir que el cristianismo, al desarrollarse, se propusiera socavar el fundamento de la esclavitud? Para poder admitir que el movimiento cristiano tendiese a la abolición de la esclavitud, sería preciso que se presentase acompañado de una visión, si no clara, por lo menos embrionaria de una distinta forma de producción, de una diversa manera de conseguir las necesidades de la vida y de un esfuerzo para transformar en este sentido el orden social. Y la verdad es que no se encuentran, ni es posible encontrar, huellas de nada parecido. Por lo demás, la servidumbre y el salario, aun cuando hubiesen podido ser, con más o menos claridad, previstos y concebidos anticipadamente, habrían parecido, mirados desde el punto de vista económico, poco conciliables con el espíritu cristiano; y, por lo contrario, hubieran parecido cambios de poca o ninguna importancia comparados con el sentimiento de fraternidad y caridad cristiana que parecía, por sí solo, suficiente para modificar las relaciones de señores con esclavos. El ideal de una sociedad de pobres, contentos con poco y viviendo del trabajo manual, había podido, por un momento, inspirar la regla de alguna

17. *Apologías*, c. 30 a 39.

secta o de alguna comunidad de Palestina, pero ahora tropezaba y se aniquilaba ante la inmensa sociedad grecorromana y la forma compleja de sus necesidades y de su civilización. El estado de pobreza debía empezar a recomendarse en los *consilia* mejor que en los *praecepta evangelica*; y en donde conseguía difundirse y ser aceptado terminaba por remachar antes que liberar a la esclavitud, pues impedía o retrasaba la acumulación de riquezas, que debía acabar con ella, al poner frente a frente el capital y el proletariado, convirtiéndolos al mismo tiempo que en dos adversarios, en dos cooperadores, y dando, de este modo, vida al salario y al orden social por él caracterizado.

V

LAS APOLOGÍAS CRISTIANAS Y LA ESCLAVITUD

Cometemos un anacronismo refiriendo a otros tiempos el horror a la esclavitud, que ha tenido origen y se ha desarrollado en los países de civilización capitalista, después de que aquélla se había convertido en una forma económica anticuada. Los que vivían en países y tiempos en los que la esclavitud constituía un instrumento general o indispensable de la producción, aun cuando negasen el fundamento natural, admitían su necesidad económica y la base jurídica del derecho civil; y podían, como Séneca, aconsejar la mayor humanidad y caridad hacia los siervos sin convertirse, por esto, en lo que hoy llamaríamos abolicionistas. En efecto, la repetición constante e inevitable de ciertos actos, la contemplación repetida y común de ciertas condiciones suscitan en nosotros análogos estados de ánimo y sentimientos correlativos que pueden considerarse, con toda razón, como efecto mediato o remoto del modo de producción de la vida material. El medio ambiente en el cual se desarrolla nuestra vida se convierte en la causa constante de nuestros actos y de nuestras costumbres más frecuentes y comunes, que solamente cambian con la modificación y transformación de aquél.

Probablemente nadie pretenderá que los apologistas fueran personas de fe débil y malsana, y que en su tiempo no brotase vivo el espíritu cristiano; y sin embargo vemos que los mismos apologistas, sin disimularlo, hasta sin darle importancia alguna, declaran que también poseen esclavos. "También nosotros tenemos esclavos", dice Atenágoras;[18] y Justino habla de los siervos domésticos que fueron llamados a declarar sobre presuntos delitos de los cristianos. Taciano, excitando a soportar la esclavitud, encuentra su origen y justificación en el pecado original.[19] Tertuliano habla en varias ocasiones de los

18. *Legat. pro Christ.*, c. 35, A.
19. *Discurso contra los griegos*, c. 11, A, B.

domésticos, y siempre en sentido desfavorable, pintándolos animados de una sorda aversión hacia los cristianos, prontos a calumniarlos y dispuestos a acusarlos.[20] Lo cual no debe causar maravilla alguna a quien considere a aquellos cristianos no como seres abstractos, del todo extraños al mundo que les rodea, sino como personas destinadas a vivir en medio de aquella sociedad, tomando parte en todas sus vicisitudes y sintiendo en sus ideas y sentimientos, modificados o embotados, el reflejo de la vida ordinaria. Justino procuraba hacer ver que "los cristianos no se diferencian ni por la patria, ni por el lenguaje, ni por las costumbres de los demás hombres, ni habitan poblaciones distintas, ni se sirven de dialecto especial, ni llevan una vida diversa de la ordinaria".[21] Con mayor energía insistía sobre este concepto Tertuliano, rechazando la acusación de los que les llamaban *infructuosos* y tratando de destruir la semejanza que les encontraban con los brahmanes, gimnosofistas indios, con los *sylvicolae* y los *exules vitae*. "Vivimos con vosotros sobre la tierra –les decía– durante nuestra vida, y empleamos vuestros tribunales, carnicerías, baños, tiendas, casas, mercados y todos vuestros comercios; navegamos junto a vosotros y en vuestra compañía peleamos, atendemos la agricultura y comerciamos." Atenágoras, exaltando la generosidad y abnegación de los cristianos, llegaba a decir que "golpeados no contestaban, robados no acudían a los tribunales, daban a quien les pedían y amaban al prójimo como a ellos mismos";[22] pero no decía que prescindieran de los esclavos, antes afirmaba lo contrario. Admitida y mantenida la institución, los consejos de paciencia y benevolencia dados a siervos y señores no daban otro resultado que perpetuarla, haciendo abortar las rebeliones que contribuían a socavar la esclavitud; aparte de que en la práctica de la vida las recíprocas relaciones eran reguladas, más que por preceptos abstractos, por las diversas clases de temperamentos y por la fuerza de las circunstancias; y así en el episodio de Carpóforo y Calixto, amo y esclavo, ambos cristianos, tenemos un ejemplo de persecución larga, obstinada, implacable, si bien incomprensible, de un señor contra un esclavo.[23]

20. *Apologías*, c. 7.
21. *Epístola a Diogneto*, c. 5, A.
22. *Legat. pro Christ.*, c. 11, D.
23. Hipólito, *Refut. omnium haeres*, Duncker-Schneidwein (eds.), p. 450. Lechler, *Sklaverei und Christenthum*, II, Leipzig, 1878, p. 12.

VI

LAS HEREJÍAS Y LAS TENDENCIAS COMUNISTAS

En el amplio y profundo movimiento de elaboración y difusión del cristianismo no faltaban, verdaderamente, sectas y herejías que llevaban algunos principios de la nueva religión hasta sus más remotas consecuencias. La contemplación de alguno de estos pietistas, viviendo una vida inerte y aislada, había sugerido el epíteto de *infructuosos* contra el cual se rebelaba Tertuliano. La herejía carpocraciana se manifestaba francamente comunista.

Epifanio[24] definía la justicia de Dios como un "comunismo igualitario", toda vez que Dios, al repartir el máximo bien, la luz, "no distingue el rico del pobre; la autoridad del pueblo; el sabio del ignorante; la hembra del macho; el libre del esclavo". Las leyes particulares separaron el comunismo de la ley divina, de manera que el apóstol dijo: "Por la ley conocí el pecado". "Lo *mío* y lo *tuyo* volvieron con las leyes, de modo que ya no fueron comunes ni la tierra, ni los bienes, ni el amor; y Dios había hecho comunes las viñas que no rehúsan sus frutos ni al pájaro, ni al ladrón, lo mismo que todos los demás productos. La destrucción del comunismo y de la igualdad por causa de las leyes creó al ladrón de frutos y de rebaños."

1. La formación de la Iglesia cristiana

El limitado movimiento de consiguientes herejías, en aquella época completamente utópicas, lejos de difundirse y arraigar en un ambiente tan heterogéneo, encaminaba el movimiento cristiano a constituirse bajo la

24. Clemente Alex, *Stromat.*, III, 2.

forma de iglesia con una organización jerárquica y cada vez más centralizada, rechazando al propio tiempo, como dice muy bien Renan, a los *refinados del dogma*, a los *refinados de la santidad*. "Los excesos de los que soñaban con una Iglesia espiritual, con una perfección trascendente, venían a estrellarse contra el buen sentido de la Iglesia oficial. Las masas considerables, que entraban en la Iglesia y constituían la mayoría, hacían descender su temperatura moral al nivel de lo posible."[25]

De ahí la tendencia que, por boca de los apologistas, trataba de vencer las desconfianzas de los intereses materiales demostrando la inocuidad del nuevo movimiento religioso y su compatibilidad con la sociedad grecorromana, que acentuando mucho más la nota hacía que Melitón presentara la nueva fe como una aliada del emperador;[26] y que llegó, poco a poco, a convertir la Iglesia en lo que después ha sido siempre: un Estado dentro de otro Estado, un poder entre los otros poderes constituidos que se apoya sobre las mismas bases económicas y vive la misma vida económica de los demás poderes, luchando con ellos y contra ellos, siempre por la hegemonía, a veces émulo y rival, y otras veces, aliado.

Desde este momento, obligado continuamente por la necesidad de adaptarse al ambiente económico social, el primitivo perfume de pura caridad evangélica va desvaneciéndose, la sencillez y la pureza de la fe cristiana quedan cada vez más oprimidas y alteradas por la elaboración teológica, doctrinal, y por la infiltración de la liturgia, las supersticiones y los mitos paganos. Y a la vez que el sentimiento de fraternidad cede ante las exigencias de la organización económica y legal de la sociedad, reconocida y usufructuada, cada día más la jerarquía eclesiástica tiende a convertirse en una de sus formas parasitarias.

Única depositaría y continuadora de la fe cristiana, en realidad la Iglesia no es más que el lazo de unión del mundo grecorromano y la tradición evangélica, la cual a veces se debilita y, muy a menudo, se falsea y se extravía. Por la especialidad del trabajo y de las funciones, el ejercicio del culto y el ministerio de la fe, siempre más complicados en la forma y más

25. Renan, *Marco Aurelio,* París, 1882, p. 239. Herzog, *Abris der Kirchengesch,* Erlangen, 1890, I, p. 80.
26. Renan, íd., p. 283; Eusebio, IV, 36.

repletos de fórmulas y de sutiles disquisiciones teológicas, se convierten en una profesión que aparta y separa a los ministros de la religión de aquellas capas más humildes de la sociedad,[27] de donde habían salido y de las cuales formaban parte. La necesidad de conservar y sostener la jerarquía, las exigencias de la defensa y de la lucha hacen que los miembros de la Iglesia sean propietarios, guerreros y príncipes que viven, gobiernan y combaten como todos los demás príncipes, guerreros y propietarios, con la norma y sentimientos engendrados e impuestos por la situación económica que la sociedad atraviesa, y por las formas legales que en su consecuencia ha debido asumir.

27. Hatch, *Die Gesellschaftverfassung der christlichen Kirchen im Altertum*, Giessen, 1883, pp. 144 y ss.

VII

LA IGLESIA Y LA ESCLAVITUD

¿Es de extrañar, por consiguiente, que tanto en el orden teórico como en el práctico la Iglesia y el ambiente cristiano sancionen y perpetúen la esclavitud o la otra forma que en algunas ramas de la producción la sustituye, la servidumbre?

Los polemistas que han querido meter mano en la historia civil y eclesiástica, particularmente en los concilios, para reprochar el pasado de la Iglesia, apropiándose injustamente el mérito de la abolición de la esclavitud, han tenido una tarea bien fácil, sin más dificultad que la elección.[28]

Entre los citados y muchos más que podrían citarse, es notable el Concilio de Gangra (que se efectuó en 324) por uno de sus cánones, que dice: "Si alguno, bajo pretexto de piedad religiosa, enseñase al esclavo a no estimar a su señor, o a sustraerse del servicio, o a no servir de buena gana y con toda voluntad, caiga sobre él el anatema".[29]

La cosa más notable, en estos cánones, es la perfecta inconsciencia con que se ocupan de los esclavos y siervos, como seres cuyo estado no tuviera nada de inhumano y anormal. Obispos y arcedianos presencian la venta de esclavos.[30] La muerte de un esclavo se purga con dos años de excomunión, y a lo sumo con dos, cinco o siete años de penitencia.[31] A veces un motivo religioso crea nuevas causas de esclavitud y nuevos esclavos, bien porque se amenace a los infieles con la pena de la esclavitud, bien porque con ella se condene a las mujeres que viven en ilícita unión con eclesiásticos y, lo que es aun peor, a los hijos nacidos de tales uniones.[32]

28. Larroque, ob. cit..

29. Labbe, *Concil. Coll.*, París, 1644, II, pp. 493 y ss.

30. Ibíd., XVIII, 165. Bouquet, *Recueil des historiens des Gaules et de la France,* París, 1744, V, a. 779, art. 19.

31. *Concil. Epaon.*, a. 517 en *Concilia aevi merovingici*, y Maasen, en *Germ. Hist.*, I, p. 21. Labbe, íd., XVII, p. 105, XXIII, 205.

32. Labbe, íd., XIII, p. 120; XIV, p. 501, c. 43; XV, p. 390, c. 10; XXV, p. 564

La incapacidad de los siervos viene sancionada y remachada.[33] Las mismas restricciones impuestas al libre comercio de esclavos con el único fin de impedir la venta de siervos cristianos a los hebreos y paganos, sólo sirven para confirmar mejor el legítimo derecho de que los cristianos posean cristianos.[34] El derecho de asilo en las iglesias y lugares sagrados se va limitando poco a poco, en lo que a los siervos se refiere, siendo restituidos a sus amos bajo promesa de entera o parcial impunidad, promesa que casi nunca se cumple.[35]

La Iglesia extendía su acción, se hacía más fuerte, afirmaba mejor su poder durante el interregno que mediaba entre la desaparición de algunas potestades políticas y el nacimiento de otras nuevas, aumentando al propio tiempo sus bienes y con ellos sus siervos y sus esclavos, mencionados, a cada momento, en las donaciones y legados que tan frecuentemente recibía;[36] y cuanto más se engolfaba e interesaba en la vida económica de su tiempo, más se identificaba con esas costumbres y modos de pensar que sellaba con su aprobación canónica. En los epitafios cristianos de épocas lejanas, tan sencillos y tan opuestos a toda alusión a la vida temporal, ocurre que a veces encontramos huellas de la posesión de esclavos, señalando como alabanza especial (prueba de que era, entonces, este mérito poco frecuente) la benignidad demostrada hacia ellos (*famulisque benignus, mancipiis benigna, blandus servis*).[37]

I. La filosofía cristiana y la esclavitud

Y como todo Estado social da lugar a una teoría que lo explica y justifica, así el pensamiento cristiano, acercándose, más o menos conscientemente, más o menos visiblemente, a Aristóteles, dominado por la preocupación im-

33. M. G. H., *Concilia*, I, p. 199, c. 17. Labbe, ob. cit., XXXVII, p. 158.

34. Labbe, íd., XIII, p. 493; XIV, p. 468; XVII, pp. 318 y 421; XV, p. 291; XVIII, p. 195; M. G. H., *Concilia*, I, p. 199, c. 13.

35. Labbe, íd., VII, p. 374; IX, p. 435; Gregorio, *Histoire eclesiastique de France*, V, 3; Gregorio Magno, *Epístolas*, Ewald-Hartmann (ed.), I, 39.

36. Larroque, ob. cit.; Biot, *Abolizione della schiavitù in Occidente*, Milán, 1841, pp. 172, 206, 250, 287, 312, 316 y 343.

37. Le Blant, *Inscriptions chrétiennes de la Gaule*, París, 1856, I, pp. LXXXIX, 58, 60; II, p. 123.

puesta por la necesidad de resolver la contradicción entre el Estado de hecho y la idea de la justicia divina, legitima la esclavitud dándole una base racional.

Agustín, como antes Taciano, encuentra la causa remota de la esclavitud en el pecado e históricamente ve en ella una consecuencia de las guerras. Por una parte su teodicea y por otra la fusión del pensamiento pagano y cristiano le hacen ver en la obediencia ilimitada, como la prescriben las epístolas apostólicas, un modo de purgar el pecado; y le hacen concebir la esclavitud como un instituto de protección y dirección, reminiscencias de la teoría aristotélica. Esta excitación a la más completa y fiel obediencia es consecuencia directa del modo que tiene de considerar la servidumbre; y a la religión cristiana por su nuevo modo de considerar la esclavitud y por haberla ratificado deben estar agradecidos, según él, esclavos y señores; los unos porque en ella encuentran un medio de elevación espiritual, los otros porque a ella es debido un principio de orden en sus casas, y disuade de la rebeldía a sus siervos.

En Tomás de Aquino la teoría aristotélica de la esclavitud encuentra una nueva confirmación, y a través de una larga serie de distinciones y deducciones es conducida a un fundamento especial de razón. De las dos maneras de modificar la ley natural, por *adición*, que no viola el derecho natural, y por *sustracción*, que conduce a una consecuencia contraria, la introducción y el mantenimiento de la servidumbre entran en la primera categoría. "Las ideas de propiedad y servidumbre no han sido obra de la naturaleza, sino inducción de la razón humana para utilidad de la misma vida, y por lo tanto la ley de natura ha sido cambiada sólo por adición."[38]

Por un camino más largo llega el Doctor Angélico a la misma conclusión, considerando el derecho natural en cuanto refleja las relaciones de las cosas consideradas en sí mismas o en su recíproca conveniencia. "*En un primer modo*, toda cosa es puesta en relación con otra según la consideración absoluta de la cosa misma; así el macho es puesto en relación con la hembra para que la fecunde, y el padre junto al hijo para alimentarlo; en un *segundo modo*, cada cosa es naturalmente repartida entre otras, no por razón propia absoluta, sino según el producto que pueda sacar; por

38. Lechler, ob. cit., pp. 23-24. San Agustín, *Summa theologica,* I, 2, preg. 94, arts. 5, 3.

ejemplo, la propiedad de los fundos. Si se considera en absoluto, no hay razón para que un campo sea de uno mejor que de otro, pero si se considera en relación con la oportunidad del cultivo y su pacífico uso, hay una cierta razón de relación para que sea de uno mejor que de otro, como ha demostrado el filósofo en el segundo libro de la *Política* (capítulo 3). La posesión absoluta de cualquier cosa no sólo conviene al hombre, sino también a los demás animales, y el derecho, llamado natural, según la primera manera, es común a nosotros y a los demás animales. Pero del derecho natural hay que distinguir el derecho de gentes, como dice el jurisconsulto (libro I. Dig. *de just et jure*), porque aquél es común a todos los animales, y éste sólo a los hombres en sus mutuas relaciones. Considerar una cosa refiriéndola a sus consecuencias es propio de la razón, y por esto mismo es natural para el hombre, según la razón natural que la dicta; de este modo, dice el jurisconsulto Gayo, la razón natural ha establecido entre los hombres todo lo que se respeta igualmente por todos (libro 9) y se llama derecho de gentes. Con lo cual queda contestada la primera cuestión. Contestando a la segunda, toda vez que de un modo absoluto no hay razón natural para que éste sea siervo mejor que otro, sino según la utilidad que de ello se deriva, en cuanto es útil a éste ser dirigido por otro más inteligente, y al otro es útil también porque de ello saca beneficio, como se dice en el libro I de la *Política* (capítulo 6); se deduce que la servidumbre respecto al derecho de gentes es natural en la segunda y no en la primera manera."[39] Este reconocimiento y esta legitimación de la esclavitud se transmiten tradicionalmente a través de los escritores, especialmente católicos, hasta los modernos tratados de teología y catecismos destinados a divulgar y hacer más popular la doctrina.[40] Y cuanto más se limitaba la esclavitud a razas inferiores y a pueblos no cristianos, tanto más ganaba y tomaba incremento el concepto de su legitimidad, por el interés de salvar a aquellas almas convirtiéndolas a la religión verdadera.[41]

39. *Summa theologica*, II, 2, preg. 37, art. 3.
40. Larroque, ob. cit., pp. 28 y s.; Joly, *Le socialisme chretien*, París, 1892, pp. 76 y 141.
41. Azurara, *Chronica do descobrimento e conquista de Gumé,* París, 1841, p. 228; Haebler, ob. cit., pp. 179 y ss.

II. La Iglesia y la manumisión de los esclavos

Se ha pretendido demostrar que el sentimiento religioso cristiano habría llegado a la abolición de la esclavitud con las numerosas manumisiones de las cuales era causa directa o indirecta,[42] lo cual es muy discutible. Si se estudia la historia de los concilios y del derecho eclesiástico, queda uno maravillado por las dificultades, prohibiciones y obstáculos impuestos y renovados para la manumisión de los siervos propiedad del clero. Entre otros[43] es notable el canon del Concilio de Epaon, que desea "no sea permitido a los abades libertar a los esclavos pertenecientes por donación a los monjes toda vez que resulta injusto que mientras los monjes deben atender diariamente el trabajo del campo, sus siervos permanezcan ociosos". Las precauciones tomadas para impedir las ventas y cambios de la propiedad eclesiástica bastaban, por sí solas, para hacer más difíciles y casi imposibles tales manumisiones; hasta el extremo de que un escritor nada sospechoso, como Muratori,[44] ha podido decir que "son raras las manumisiones hechas por la Iglesia y los monasterios de uno y otro sexo debido, según parece, a que este acto es una especie de enajenación, y está prohibido enajenar los bienes eclesiásticos, no sólo por recientes, sino también por antiguos concilios".

Y si nos fijamos en varias manumisiones hechas por eclesiásticos, siempre vemos indicada como causa una razón utilitaria claramente expresada por las frases "*Nostra quoque plurimum interesse*", "*attendentes multimoda commoditatum genera*", "*attendentes utilitatem nostram*". "Las tierras que ahora están desiertas e incultas –dice el arzobispo de Besançon– serán, después de la manumisión, cultivadas, se llenarán de plantaciones y edificios, de manera que los réditos de los amos deberán multiplicarse y aumentar."[45]

42. Abignente, *La schiavitú ne'suoi rapporticolla chiesa e col laicato*, Turín, 1890, pp. 200 y ss.
43. Hafele, *Conciliengeschichte*, Freiburg, 1873, II, 658, 693; III, 57, 76, 86 y 628.
44. *Antiq. ital. M. E. Diss.*, XV; Lechler, ob. cit., II, p. 27.
45. Sugenheim, *Geschichte der Aufhebung der leibeigenschaft und Hörigkeit in Europa*, San Petersburgo, 1861, pp. 113-119; Doniol, *Histoire du classes rurales en France*, París, 1857, pp. 96-99; Ricca Salerno, *La teoria del valore,* Roma, 1894, pp. 275 y ss.

Es verdad que en otros casos, según lo comprueban diversos documentos, la manumisión obedece a motivos religiosos, a la salvación de las almas; pero por muchas que sean, nunca llegarán al número que las inscripciones de los muros de Delfos,[46] la historia romana de los últimos siglos y las relativas restricciones legislativas nos demuestran y dejan suponer fueron realizadas por elementos y sociedades no pertenecientes a la Iglesia; y con seguridad nadie pretendería colocar el santuario de Delfos entre los factores de la abolición de la esclavitud. Veremos, además, que las manumisiones pueden considerarse a lo sumo como un indicio y un efecto, pero no como una causa de la decadencia de la esclavitud; obran sobre ésta, en el sentido de que contribuyen al aumento del proletariado, cuyo desarrollo es condición precisa para el fin de aquélla. Pero cuando la esclavitud no ha perdido aún su razón de ser, y no se han producido las condiciones económicas que tienen que sustituirla, la manumisión sólo sirve para cambiar y renovar la masa de los esclavos sin destruir la institución: algo parecido a la obra de quien deshoja y pisotea una planta sin tocar ni las raíces ni el tronco, que pronto verá nacer nuevos y vigorosos brotes.

46. Wescher y Foucart, *Inscriptions rec à Delphes,* París, 1863, pp. 339 y ss.; Baunack y Wendel, *Die delphischen Inschriften,* Göttingen, 1892, p. 181.

VIII

LA HUMANIDAD DE LOS ESCLAVOS SEGÚN ALGUNOS ESCRITORES PAGANOS

Es de sobra conocido que, para muchos, la ideología, lejos de ser una consecuencia más o menos remota y un producto más o menos mediato del ambiente artificial económico que los hombres han venido formando y transformando es, por el contrario, la causa, el principio dinámico de la evolución social. Y para éstos, para los que miran la historia desde este punto de vista, no podía pasar inadvertido que, con independencia del movimiento cristiano, la naturaleza humana había sido reconocida en el esclavo, y el fundamento natural de la esclavitud había sido atacado y por fin demolido.

Y es que había brotado la idea cosmopolita, formándose un concepto más general y elevado de la asociación y la personalidad humanas, habiéndose inculcado directa o indirectamente, lo mismo que en el cristianismo, un tratamiento más humano de los esclavos.

Ya había dicho Eurípides que "muchos esclavos no tienen de bruto más que el nombre; pues su espíritu es más libre que el de aquellos que no son siervos", y Filemón dijo de un modo bien explícito que "si alguno es esclavo, es tan hombre como su amo".

I. La moral de los estoicos

Dejando a un lado a Terencio,[47] de quien la genérica cualidad de hombre era evocada en una poesía, a la cual se dio después una significación más amplia de la que realmente tuvo, no es posible leer, sin una viva impresión,

47. *Heautontim.*, I, 1, pp. 75-77.

la carta en la cual Séneca,[48] resumiendo y desarrollando el pensamiento estoico, expresa más claramente que en parte alguna su modo de pensar y sentir en lo que a la esclavitud se refiere: "Son siervos, pero son también hombres; son siervos, pero también camaradas; son siervos, pero también humildes amigos; son siervos, y también compañeros de nuestra servidumbre, si por un solo momento consideráis el poder que sobre nosotros y sobre ellos tiene la fortuna. Por esto me río de los que tienen a deshonra sentarse a la mesa con los siervos... Si reflexionas un momento, ¿no ves que éste que tú llamas siervo tiene tu mismo origen, está bajo el mismo cielo, y respira, vive y muere como los demás? Del mismo modo que tú puedes verle libre, él puede verte esclavo... Éste es el resumen de mis preceptos: 'Vive con los inferiores del mismo modo que quisieras que un superior viviera contigo. Todas las veces que pienses en lo que puedes permitirte con tu esclavo, acuérdate que otro tanto podría pensar tu amo... Trata al siervo con ánimo clemente, mejor con amistad, y con él habla y toma consejo y siéntalo a tu mesa'".

Es difícil concebir palabras más elevadas y humanas, sobre todo si se tienen en cuenta el tiempo y el ambiente en que fueron escritas; y no era muy difícil que de ellas y de la tradición filosófica de donde emanaban se viera un reflejo y un efecto directo en la manera como los jurisconsultos romanos consideraban la esclavitud, que a ellas se refieran las disposiciones que mitigaban y regularizaban las condiciones de los siervos, y que al mismo impulso del pensamiento fuera debida, de un modo gradual, la lenta desaparición de aquel Estado.[49]

Sin embargo, quien reflexione atentamente empezará a dudar de la eficacia de las palabras de Séneca y de los estoicos cuando vea cómo se perdían sin ser escuchadas y piense que aquel movimiento intelectual salía de un pequeño grupo y se iba por una parte atenuando y por otra mostrándose impotente contra el mundo que quería modificar. E incluso aumentará su convencimiento cuando considere los princi-

48. *Epist. moral.*, V, 6 (47), *Epp.*, 31, 44.

49. L. 4, § 1, *de stat. hom.*, 1, 5; Ulpian, 1, 32, *D. de r. j.*; 1, 2; *D. de natalib. rest.*, 40, 11; Iust. *Inst.*, § 2, *De jur. nat.*, 1, 2; Laferrière, *Influence du stoïcisme sur le droit romain*, París, 1860; Scheneider, *Zur Geschichte der Sclaverei im alten Rom*, Zürich, 1892, pp. 40-41.

pios de donde surgía la filosofía estoica y el objetivo que perseguía.[50]

Ante la impotencia de las ciencias físicas para resolver los problemas de la filosofía, Sócrates buscó en sí mismo una respuesta más satisfactoria trasladando el objeto de la investigación del mundo externo al mundo interno. Las filosofías platónicas y aristotélicas se habían mostrado impotentes para resolver en el terreno de las instituciones políticas los problemas de la vida práctica y para realizar dentro del Estado el cumplimiento del deber y el bienestar humanos; al propio tiempo los Estados, que habían constituido el fundamento y modelo de aquellas filosofías, decaían y se desplomaban completamente agotados ante nuevos acontecimientos y más vastas exigencias.

En estas circunstancias nacía la filosofía estoica, con el propósito eminentemente práctico de resolver el problema moral, fuera e independientemente del político, poniendo fin al dualismo y al contraste, platónico y aristotélico, entre el mundo interno y el externo, entre pensamiento y realidad; y para ello daba preponderancia al elemento racional y buscaba en el equilibrio del espíritu y en la conformidad de la acción individual con el orden racional el bienestar y la norma de vida que habían sido esperados inútilmente de una y otra organización política.

El fundamento eminentemente subjetivo de la moral estoica y su contraste con la realidad de la vida, que al verse olvidada reaccionaba y exigía todos sus derechos, han hecho que la filosofía estoica, según los tiempos y los apóstoles, haya presentado aspectos algo discrepantes, acercándose a veces a la doctrina y máxima de los cínicos, y otras inclinándose hacia un mal disimulado oportunismo; ora predicando la abstención de la vida política, ora tomando parte en ella; ora mirando la vida desde lo alto, casi con olímpico desprecio, ora fecundando con un sentimiento de benevolencia, rayano en la piedad y la filantropía, su cosmopolitismo teórico. Pero siempre queda como fondo de la doctrina, aun a través de todas estas variedades accidentales y atenuaciones, que la sabiduría y la felicidad de la vida consisten en saber emanciparse, de un modo absoluto, del mundo exterior y de las afecciones entendidas de una manera más o menos amplia según los casos, y en el sentido de que constituyen las pruebas

50. Zeller, *Die Philosophie der Griechen*, III, pp. 12, 13, 14, 16 y 19.

de la acción de aquel mundo sobre nosotros. Colocar el ideal de la vida en lo que depende absoluta y exclusivamente de nosotros; y respecto a lo que está fuera de nosotros, que no depende de nosotros, cualquier cosa sea –riquezas, salud, hijos, opresiones, halagos–, adoptar el supremo remedio de la *tolerancia y del renunciamiento,* manteniendo a toda costa la serenidad del ánimo:[51] éstas son las bases fundamentales y la regla de conducta de la escuela estoica.[52]

Según la hermosa imagen de Marco Aurelio,[53] la vida debía ser como "una fuente límpida y tranquila que, ofendida e insultada por los que la rodean, no cesa de verter sus tranquilas aguas; enfangada y revuelta, enseguida pierde y elimina toda suciedad, sin que de ello quede el más ligero rastro".

II. El estoicismo y la esclavitud

Por consiguiente, una acción directa para modificar legalmente la institución de la esclavitud, o para abolirla, cae fuera del horizonte de la filosofía estoica; antes bien, indica una manifiesta contradicción con sus doctrinas, porque habría hecho depender de una especial relación exterior entre hombres y cosas, de algo variable y accidental, lo que sólo debía obedecer a una disciplina completamente interior del alma propia. "Haz lo que la naturaleza exige –decía Marco Aurelio–, obra si te es posible, y no te preocupes por si alguien se entera ni esperes la República de Platón." Y de este modo eliminaban y hacían independiente la utopía política de la utopía moral.

Séneca escribía una larga epístola para refutar la opinión de los que decían que los filósofos eran seres orgullosos, despreciadores de los magistrados, del rey y de todos los que ejercían autoridad. "El hombre puro y sincero –decía– que se aparta del foro, de la curia y de toda administración del Estado para ocuparse de cosas más grandes, ama a todos los que con su trabajo le permiten realizar su ideal, silenciosamen-

51. Epicteto, *Dissertationum ab Arriano digestarum*, 4, 1, 76; 4, 1, 111.
52. Zeller, *Die Philosophie...*, III, 1, pp. 27 y ss., pp. 698 y ss.; Ueberweg, *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, I, pp. 276 y ss.; 299 y ss.
53. Marco Aurelio, *Comentarios*, 8, 51.

te se los agradece y se cree obligado a ellos, sin que ellos mismos lo sepan."[54]

De la emancipación de los esclavos no se encuentran señales ni en los estoicos ni en sus contemporáneos; estaba por completo fuera del horizonte económico y jurídico de aquellos tiempos, y era extraña al ambiente de la actividad estoica.

Séneca posee muchísimos siervos y se admira cuando un imprevisto incidente en un viaje le demuestra que le bastarían muchos menos. Hasta Diógenes el Cínico, cuya filosofía es como la hipérbole del estoicismo, tenía uno.[55]

III. La esclavitud y la libertad según los estoicos

Esclavitud y libertad tienen en los estoicos un significado muy distinto del que se atribuía a estas palabras en el uso general y en el lenguaje técnico-jurídico.

La libertad para los estoicos consiste en el hecho de que la voluntad no esté determinada por el mundo exterior, sino por la acción de los agentes externos de su propia naturaleza.[56]

"Libertad y esclavitud –dice Epitecto–, una lleva el nombre de la virtud, la otra el del vicio y ambas son hijas de la voluntad. Quien no participa de esta última, no conoce las primeras. El alma está acostumbrada a mandar en el cuerpo y en todas aquellas cosas que al cuerpo se refieren y no participan del elemento racional. De modo que nadie sería esclavo si el espíritu se mantuviera libre."

Y en otro lugar añade: "La fortuna encadena tristemente al cuerpo, como el vicio al alma. Quien tiene el cuerpo libre y el alma en cepos es esclavo; quien, por el contrario, tiene el cuerpo ligado y el alma en libertad, es libre".[57]

"Lo que preocupa a los hombres –sigue diciendo–[58] no son las cosas,

54. *Epist. oral.*, 9, 2 (73).
55. Séneca, *De tranquil. anim.*, 8, 7.
56. Zeller, *Die Philosophie...*, III, p. 201.
57. Stob., *Florileg.*, V, 155 y 156, Heuse.
58. *Encheir.*, c. 5.

sino el punto de vista desde el cual las consideran." Y conforme con este principio podía dirigirse a la divinidad, en la cual se identifican su razón y la razón universal, con un lenguaje que recuerda al empleado por los apologistas cristianos: "Llévame donde quieras; cíñeme los vestidos que te plazcan. ¿Quieres que gobierne, que viva como un particular, que me quede, que huya, que viva pobre o en la riqueza? Desde cada uno de estos estados te honraré; yo enseñaré a los hombres cuál es la verdadera naturaleza de cada una de estas cosas". [59]

La disertación sobre la libertad es una minuciosa, insistente y, con mucha frecuencia, paradójica contradicción entre el concepto común y político de la libertad y el que ellos tenían; demostrando, en distintos órdenes de relaciones, cómo usurpa el nombre de libre el cónsul y el patricio, cómo lo usurpa el amante y cómo, por lo contrario, es libre, cualquiera sea su estado, quien ha disciplinado el alma hasta el extremo de soportarlo todo sin dejarse dominar por el dolor, y renunciar a todo sin dejarse vencer por la pasión; fuerte a toda clase de pérdidas, bien se trate de la integridad corporal y de la salud, bien de la muerte de las personas más queridas.

IV. El estoicismo y la realidad de la vida

Marco Aurelio recurre, repetidas veces, a tomar imágenes del mundo inorgánico para proponerlas como modelos a los estoicos; y en verdad, el estoicismo, queriendo elevar demasiado el espíritu, acaba por concebirlo como una cosa casi inorgánica.

Y esta filosofía estoica, que había nacido con un carácter pretenciosamente práctico, terminaba, por íntimas elaboraciones y diversas deducciones, en una especulación abstracta y en una excentricidad social, contradiciendo y contradecida por la realidad, desmintiendo y haciéndose desmentir, a su vez, de la sociedad en medio de la cual se desarrollaba.

Hasta quien no crea las tradiciones desfavorables a Séneca y no se deje

59. *Dissertat.*, 2, 16, 42.

impresionar por las tétricas sombras que aquéllas arrojan sobre su figura, encontrará un curioso e interesante objeto de estudio, viendo en su misma obra la teoría desmentida por la práctica, las concesiones y distinciones insinuadas en el mismo cuerpo de principios de la necesidad de las cosas. ¡Cuánto hace pensar ver a aquel sabio, que predica el desprecio de las apariencias, avergonzándose del rústico carruaje que un accidente del viaje le obliga a tomar! [60]

¡Cómo se extraña uno de oírle decir que precisa no perder la tranquilidad de espíritu por nada,[61] y verle lanzar sus quejas por haber sido desterrado a Cerdeña![62] ¡A él, que poco después dirá que todo lugar es patria para el sabio! ¡Qué efecto más raro causa oírle negar el derecho de conmoverse por cualquier mal, por grande que sea, cuando confiesa haber llorado, y verle aumentar los pequeños peligros, esquivar las grandes dificultades de la vida y adular!

V. La acción práctica de la filosofía estoica

De este modo, la filosofía estoica demostraba su impotencia para renovar las condiciones de la vida en un ambiente y en un terreno exclusivamente espiritual.

Separada del cristianismo por varias y fundamentales discrepancias,[63] presentaba con él, no obstante, muchos puntos de contacto. Una y otro cambiaban el centro de gravedad de la vida, colocándolo una en la vida interna del espíritu y otro en el cielo. Ambos renunciaban a la lucha, a veces apartándose del campo de los sufrimientos humanos, otras llevando a ellos (el cristianismo en su mayor intensidad por la filosofía estoica) una voz consoladora; y todos –desconociendo su tiempo y el porvenir–

60. *Epist. moral.*, 13, 2 (87).
61. Íd., 9, 3 (74).
62. Dialog. XI, *ad Polyb. de consolat.*, 18, 9.
63. Talamo, *Le origini del Cristianesimo e il pensiero stoico negli studi e documenti di storia e diritto*, 1889-1892.

renunciaban, en teoría, a todo esfuerzo eficaz para cambiar las condiciones de esta vida pasajera y, en la práctica, acababan por inclinarse ante la tiranía del mundo externo, ante la fuerza de los acontecimientos y ante la necesidad de las cosas de las que tan imprudentemente habían renegado.

La secta filosófica, más rígida, más razonadora, más esquemática, perdía su razón de ser y se esterilizaba ante la secta religiosa que, desplegando todo su fantástico contenido, se difundía seduciendo las imaginaciones y se consolidaba recurriendo a todas las inconsecuencias del sentimiento y asimilándose, al propio tiempo, al orden social existente para formar con él la base de su jerarquía.

Entretanto, el mundo progresaba, y tal vez parecía que revelaba una nueva conciencia, quien sólo recogía sus ecos dispersos por todas partes. Afirmar que la mayor elevación de la moral y el cosmopolitismo, que encontraban su expresión en la escuela estoica, tenían en ella su origen y por esto solamente entraban en el campo de la civilización sería lo mismo que asegurar que la Tierra se mueve porque alguien ha demostrado su movimiento, cuando si alguien ha demostrado su movimiento es porque se mueve. Y sin duda alguna se acerca más a la realidad pensar que la nueva moral humana y el cosmopolitismo brotaron naturalmente de nuevas relaciones de vida creadas por la actividad múltiple, fecunda, difusa de la época helénica y en el ambiente de estado universal en que se iba transformando el dominio romano.

VI. El fin de la esclavitud desde el punto de vista utilitario

El mundo progresaba, y sin que la humanidad –instrumento de la renovación– pudiera apreciar sus efectos, se iban formando las condiciones de una nueva forma de producción, de una nueva organización económica, que subsistía a la precedente y eliminaba de un modo gradual la esclavitud, convirtiéndola no tan sólo en algo inútil sino en un verdadero obstáculo para el desarrollo económico y moral de la sociedad.

Y es preciso no olvidar que eran estas transformaciones objetivas del modo de producción y de sus condiciones de vida las que eliminaban gradualmente la esclavitud, y no la opinión subjetiva de su escasa utilidad; opinión que al convertirse en conciencia individual o común era siempre una consecuencia de aquel hecho.

Quienes afirman que la esclavitud fue decayendo porque los hombres advirtieron que podían sustituirla más útilmente con otra creen ser los antípodas de los que atribuyen su fin a la formación de un nuevo concepto moral de su legitimidad y de las relaciones entre señores y esclavos; y, sin embargo, ambos contemplan la historia desde un mismo punto de vista. En efecto, según ya hemos visto, no es una diversa organización de nuestras condiciones de vida, una metamorfosis de la economía social, la que en último término explica la modificación de nuestra ideología, y sí, por el contrario, ésta que induce la transformación de nuestros órdenes económico y político. Por consiguiente, los cambios sociales pueden ser explicados lo mismo por la acción de una idea religiosa o moral que por la de una razón utilitaria; y sería un error psicológico sostener que, siempre y en todas las cosas, la acción es determinada por el impulso de una utilidad inmediata y material. Además, con decir que la esclavitud fue eliminada por la nueva opinión de su escasa utilidad se retrasa la cuestión, pero no se resuelve, y se elude la resolución del problema dando una explicación que necesita ser explicada, pues seguramente todo el mundo se preguntará por qué y en virtud de qué causa surgió este nuevo concepto de la esclavitud, y por qué brotó en un determinado período de la historia mejor que en otro.

IX

EL FIN DE LA ESCLAVITUD Y EL MATERIALISMO HISTÓRICO

¿De modo que ni el cristianismo ni las nuevas corrientes de ideas, la renovada conciencia moral y religiosa, sirven para explicar el ocaso de la esclavitud? ¿Entonces dónde buscar la causa?

"¿Tanto ingenio se necesita –decían Marx y Engels en un breve y notable escrito– para comprender que con las condiciones de vida de los hombres, con sus relaciones sociales, con el fundamento de su sociedad, tienen que cambiar también sus principios, sus opiniones y hasta su conciencia?

¿Acaso la historia de las ideas no enseña que la vida, la producción moral, se transforma con el cambio de la producción material?

Se habla de ideas que llevan la revolución a una sociedad entera, con lo cual se expresa el hecho de que se han ido formando los elementos de la nueva sociedad en el seno de la antigua, y que con la desaparición de las viejas formas desaparecen, poco a poco, las viejas ideas."

El hombre, para proveer a sus necesidades, cada día más crecientes, saca provecho de la naturaleza en medio de la cual vive; y, por consiguiente, la modifica, con acción incesante y progresiva, creando en el medio natural un medio artificial. De este común *substratum*, como de la tierra las plantas, brotan en forma siempre más compleja todas las manifestaciones morales y jurídicas, que varían con los cambios de las condiciones materiales que las originaron. Las leyes, costumbres, ideas e instituciones son, al mismo tiempo, derivaciones más o menos remotas y medios de conservación de la convivencia humana en todo período de su desarrollo.

Y poco a poco, el ambiente artificial, la estructura económica, obra y hechura de la sociedad, se transforma incesantemente con el desarrollo y progreso de las causas que lo han producido, de manera que vaya sustituyendo de un modo más perfecto y completo al ambiente natural; y así, automáticamente, en el seno mismo del antiguo, se crean nuevos medios

artificiales y nuevas estructuras económicas y, como consecuencia, nuevas formas de vida jurídica y moral.

Las transformaciones sociales parecen obra consciente y directa de los hombres, y en realidad son solamente su efecto mediato y en parte inconsciente, debiéndose buscar sus orígenes y causas, más o menos visibles, en el grado de desarrollo conseguido por los hombres, en la apropiación y utilización de medios con los cuales satisfacen sus exigencias más inmediatas. Nada se pierde de cuanto los hombres realizan material o moralmente, pues todo esfuerzo individual se suma, como en una gran resultante, a la estructura económica formada en el curso de las generaciones, de la cual toman origen y derivan, de un modo más o menos directo, más o menos próximo, las revoluciones políticas y sociales, y hasta las del pensamiento y sentimiento, con todas sus consecuencias y variadas manifestaciones.

De modo que, en la historia, todo está sujeto, por necesidad intrínseca, a un continuo cambio, y toda forma social desarrolla y alimenta, ella misma, con el germen de una nueva forma que la sustituirá, el principio de su disolución.

En esto consiste el *proceso dialéctico de la historia*. Éste encuentra en el *desarrollo de las fuerzas productivas* su razón de ser y la causa última, para nosotros por lo menos; tiene en el grado de desarrollo del *modo de producción* y en la *forma de la producción* el origen y causa de la complejidad de sus fenómenos, y se desarrolla majestuosamente a través de los siglos con manifestaciones diversas de aspectos y de formas según las épocas.

De modo que hay que buscar en la evolución económica de la sociedad antigua la solución del problema histórico que nos hemos propuesto.

I. Esquema de la evolución del trabajo

En este estudio trataremos, precisamente, de investigar las causas que determinaron el ocaso de la esclavitud en el mundo antiguo y su génesis, siguiendo el plan que hemos expuesto, y en obsequio a la objetividad de los hechos.

La economía antigua, considerada en conjunto y especialmente en su período inicial, tiene el siguiente carácter predominante: que los medios de producción y la mano de obra están reunidos en la misma persona, bien la producción se verifique individualmente, bien con la cooperación de los esclavos; y además, el productor, por lo menos en el período inicial, produce sólo lo necesario para su uso privado y familiar, para su consumo directo.

La economía moderna nos presenta, al menos en su forma más predominante, disociados los medios de producción y la mano de obra; el producto tiene esencialmente el carácter de *mercancía* y no está destinado al consumo directo del productor.

El desarrollo de las fuerzas productivas, que de una forma económica hizo brotar otra, ha eliminado la esclavitud, siendo causa de su fin por un evidente y notable proceso dialéctico, su mismo crecer y dilatarse.

La esclavitud contenida en límites modestos, en tiempos y pueblos de menor progreso económico, contribuyó al comienzo de la acumulación de la riqueza, y por una acción recíproca ésta y aquélla tendían a desarrollarse hasta alcanzar el más alto grado compatible con las condiciones de la civilización antigua.

El capital, cuya primera forma fue la del capital comercial,[64] se iba convirtiendo parte en capital industrial, y parte daba origen e impulso a la creación de rudimentos del sistema capitalista; es decir, de un sistema económico en el cual el producto no se emplea en el uso personal e inmediato del productor, teniendo más bien carácter de mercancía.

Usando las palabras del antiguo Séneca: "Las riquezas se forman con muchas pobrezas"; y esta acumulación primitiva, sobre todo en el campo de la economía agrícola, tenía por efecto inmediato la expropiación de las masas, la creación de aquel numeroso proletariado, piedra fundamental de toda la historia antigua y cuyas necesidades y sostenimiento nos dan la explicación de tantos acontecimientos, y de la creación y decadencia de las instituciones del antiguo mundo.

Dados el capital y el proletariado, estos dos elementos de la producción, estos dos cooperadores y adversarios, llamados a convivir y a

64. Marx, *Das Kapital*, Hamburgo, 1895, III, 1, pp. 309 y ss.

luchar, perdía la esclavitud toda su razón de ser y quedaba destinada a la eliminación, como cosa superflua.

Al propio tiempo, el capital, como no regulaba la producción por las necesidades sino por su empleo eficaz, tendía a multiplicar, especificar y variar la producción, a desarrollar y afinar la técnica; y por consiguiente debía sentir cada vez más la insuficiencia y el escaso rendimiento del trabajo servil, que antes no eran ni observados ni sentidos, y, en caso de hacerse sentir, permanecía inalterable.

Se explica que este movimiento que conducía directamente a la economía capitalista y al salario se detuviera en una forma intermedia como la servidumbre y los artesanos, por las circunstancias del capital y de la masa trabajadora y las particularidades que acompañaron la caída del Imperio romano.

Como mejor demostraremos después, la destrucción del Imperio y las invasiones bárbaras, que fueron su causa más próxima y más aparente, ejercieron una acción violenta y perturbadora sobre la iniciada evolución de la forma de producción, favoreciendo, como efecto inmediato, el retorno hacia una forma económica más primitiva y rudimentaria, hacia la servidumbre; pero no puede considerarse como la causa determinante ni del fin de la esclavitud, que aun con las raíces podridas sobrevivió a la caída del Imperio, [65] ni de la servidumbre de la gleba, que antes de aquellos sucesos había surgido y se iba desarrollando bajo la acción de causas más complejas y continuas.

No es posible seguir este proceso evolutivo en todos los pueblos de la Antigüedad, bien porque el desarrollo económico de alguno de ellos quedó por largo tiempo rudimentario y, por lo tanto, no tiene para nosotros ningún interés; bien porque no de todos, ni mucho menos, tenemos noticias que, aunque incompletas, nos permitan descubrir e inducir positivamente las huellas de la lucha entre uno y otro orden económico. Afortunadamente la historia griega y romana nos ofrecen un campo útil a la investigación y llegamos a descubrir una anticipación de nuestra estructura económica,

65. Laenger, *Sklaverei in Europa während der letzten Jahrhunderte des Mittelalters*, Bautzen, 1891, pp. 3 y ss.

encontrando allí los gérmenes y, a veces, de un modo más o menos disimulado, las formas actuales.

El aumento del número de los esclavos y su acción sobre la vida económica, la formación de un proletariado y sus funciones económicas y políticas, el desarrollo del capital comercial, la competencia del trabajo libre y del trabajo servil, los rudimentos del crédito y de las empresas industriales son, en la historia ateniense, como piedras miliarias del camino hacia una estructura económica distinta de la fundada sobre la esclavitud.

Sólo que, con la rápida decadencia de la importancia política de Atenas, estos fenómenos se alteran y no sabemos cómo seguirlos distintamente en sus sucesivas transformaciones. Pero en la historia romana, aquellos fenómenos y aquel proceso se repiten en forma más intensa, en mayor escala, con mayor persistencia, en un período de tiempo mucho mayor; y en este imperio universal, que trata de unificar el Oriente con el Occidente, y en el cual todo el trabajo oculto y lento de la época helénica lleva sus frutos al campo de la vida práctica y de la vida moral, podemos ver cómo, poco a poco, caen y desaparecen las viejas instituciones políticas, precisamente al desarrollarse y predominar las causas y elementos de los cuales brotarán la nueva economía y la nueva civilización.

PRIMERA PARTE

LA CIVILIZACIÓN HELÉNICA Y LA ESCLAVITUD

I

EL ORIGEN DE LA ESCLAVITUD

No hemos de buscar, en general, el origen y la causa de la esclavitud en la guerra, y mucho menos en la violencia. La guerra se convierte en un poderoso instrumento de esclavitud cuando las condiciones sociales que la han producido, al desarrollarse, desarrollan también aquel estado y multiplican el número de esclavos. Con la adopción siempre más creciente y progresiva de los metales, la transformación de la agricultura de nómada en fija, el incremento y deslinde de los oficios y la aparición del comercio; en una palabra, con las condiciones que preparan y llevan la propiedad privada de la tierra y la acumulación de la riqueza a una estructura social distinta y llena de grandes contrastes surge sistemáticamente y empieza a tomar incremento, siempre creciente, la esclavitud; así se convierte, ella misma, en potente medio de mayor acumulación de la riqueza y de mayores contrastes sociales.[66] Y es cosa verdaderamente notable que también la ciencia del lenguaje –sin partir de conceptos o prejuicios de orden econó-

66. Morgan, *Die Urgesellschaft, Deutsch. Uebersetz*, Stuttgart, 1891, pp. 289, 432, 464 y 473; Engels, *Dühring's Umwäalzung der Wissenschaft*, Stuttgart, 1894, pp. 162 y ss., *Gewaltstheorie.*

mico, sino siguiendo la aplicación puramente técnica, si bien en algunos casos por obra de algunos de sus cultores– tiende a veces a confirmar las etimologías que implican un hecho violento, y otras veces a hacer derivar las distintas etimologías con las cuales la Antigüedad expresaba la palabra siervo de un origen por completo alejado de la idea de violencia. El origen de *servus a servando*, como lo entendían los jurisconsultos latinos, no puede contentarnos como contentaba a Agustín de Hipona; ya no nos satisface, y dada su relación con *servare* parece más probable que el epíteto se refiera a una raíz que lleva consigo el concepto de una función protectora o, mejor aun, a otra que indica adquisición.[67] De los otros epítetos comúnmente usados para indicar a los esclavos, unos –como *famulus*– indican claramente una simple relación de dependencia y de posesión al grupo familiar y a todo lo que constituye su base económica; otros, contra la interpretación de los que en la etimología buscaban huellas de una apropiación o dominación violenta, van engrosando, por medio de un proceso demostrativo más o menos completo, el concepto de casa, de familia y de una sencilla relación de dependencia.[68]

67. Vanicek, *Griechisch-lateinisches etymologisches Wörterbuch*, II, 1026-1028.

68. Vanicek, íd., p. 983: *daraus durch Volkketymologie (des freien Mannes Begleiter)*, p. 322; Johansson, "Indische Miszellen", en *Indogermanische Forschungen*, III, pp. 227 y ss.

II

EL PRINCIPIO DE LA ESCLAVITUD EN GRECIA

El íntimo enlace de la acumulación de la riqueza, del modo de producción y de las formas de vida con la verdadera esclavitud se puede descubrir bastante claramente en la incompleta y fragmentaria tradición helénica. Ferécrates[69] podía evocar el tiempo "en que nadie tenía esclavos, pero precisaba que las mujeres atendieran todas las cosas de la casa. Al rayar el alba trituraban el trigo, de tal manera que alborotaban todo el pueblo con el ruido de su trabajo". Timeo de Tauromenio decía que "antiguamente no era costumbre de la patria helénica hacerse servir por esclavos comprados". Y Teopompo atribuía la introducción del uso de comprar esclavos a los chiotas, a los cuales, lo mismo que a los glaucos, se atribuía el descubrimiento de la soldadura del bronce y las más antiguas tradiciones de la plástica griega, el desarrollo de la cerámica, el cultivo intensivo seguido de una gran exportación y, en una palabra, todo el desarrollo comercial, industrial y agrícola, tan notable dados los tiempos.[70] El sentimiento, inconsciente a veces, de tan estrecha relación entre el estado de desarrollo de las fuerzas productivas y la esclavitud aparecía hasta en los autores cómicos como Cratino, Crate y Telechide, cuando al evocar el fabuloso reino de Cronos o al reformar de un modo utópico la vida eliminaban, lo mismo que Aristóteles, al esclavo de una sociedad en la cual la producción y la satisfacción de las necesidades se realizaban de un modo automático.[71]

Esta tradición y este reflejo del pasado, aunque fragmentarios, tienen para nosotros un valor tanto mayor cuanto encontramos su confirmación y explicación, la prueba y el complemento, en instituciones y hechos

69. Athen., VI, pp. 263b, 264c y 265b.

70. Blümner, *Die gewerbliche Thätigkeit der Völker des klassischen Alterthums*, Leipzig, 1869, pp. 45-46.

71. Athen., VI, pp. 267 y 268.

históricos. La forma de sujeción más antigua, más importante y más extendida que encontramos en los primeros tiempos de la historia griega no es la esclavitud, sino una especie de servidumbre o más bien vasallaje. Y bien lo hacía notar Teopompo: "Los chiotas fueron los primeros helenos, después de los tesalios y lacedemonios, que usaron esclavos, pero no los adquirían del mismo modo que estos últimos... Se puede ver que los lacedemonios y tesalios han formado su clase servil con los helenos que antes ocupaban el territorio hoy ocupado por ellos, esclavizando a los aqueos, perrebes y magnesios, y llamando a unos ilotas, penestas a los otros. En cambio los chiotas adquirían, comprándolos, siervos bárbaros".[72] La razón de esta diferencia residía precisamente en el diverso grado de desarrollo económico de unos y otros pueblos, del interior los primeros, isleños los segundos. La escasez o la falta absoluta de riqueza acumulada y la carencia de movimiento comercial excluían en unos lugares la producción directa, el aumento siempre creciente de amos y el consiguiente empleo de siervos, y conducían, por lo contrario, a la forma más rudimentaria del tributo, a una especificación del trabajo y a una formación de clases que convertía a los dominantes en un ejército siempre en armas y a los dominados en una casta de agricultores. En cambio, en Chío, el concurso de circunstancias completamente opuestas tendía a dar a la sociedad un tipo industrial rudimentario, conduciéndola a la adopción, mejor dicho, al incremento de la esclavitud propiamente dicha. Este carácter distinto de la economía de los pueblos interiores y de los que estaban colocados sobre las grandes vías comerciales de la Antigüedad permanece casi invariable con la persistencia de las condiciones fundamentales. En tiempos bastante lejanos, al inicio de la guerra del Peloponeso, Tucídides nos cuenta que Pericles definía a los habitantes de esta comarca (y debía referirse a los del interior mejor que a los del litoral) con una palabra bastante comprensiva, αὐτουργοί,[73] la cual, además de la consiguiente escasez de esclavos, consigue indicar su economía rudimentaria, lo estacionario de su producción, que apenas bastaba para cu-

72. Athen., VI, p. 265b.

73. Tucídides I, 141. Beloch (en *Die Bevölkerung der Griechisch-Romischen Welt*, Leipzig,

brir las necesidades caseras (*Hausfleiss*).[74] Dondequiera se presentaban análogas condiciones de producción y semejantes condiciones de vida, se presentaba la misma falta de esclavos; y Timeo podía describir como de fecha reciente la introducción de los esclavos, adquiridos por compra, los focenses y locrenses, dándonos noticias de las resistencias que se opusieron a la innovación y del temor a sus consecuencias. Y sabemos que en Acarnania, Etolia, Lócrida y Fócida la vida era agrícola y pastoral, y la industria no había tomado ningún desarrollo.[75]

En Creta, la tradición nos enseña que existía un doble orden de siervos; uno constituido por la antigua población indígena esclavizada y afecta a la gleba, y el otro, de esclavos comprados e introducidos, posteriormente, con el desarrollo de la vida ciudadana. Los grandes descubrimientos arqueológicos modernos nos permiten entender mejor esta distinción.[76]

1886, p. 424) pone una nota para presentarse como el descubridor de este epíteto de Tucídides. Y la verdad es que muchos años antes Drumann (*Die Arbeiter und Communisten in Griechenland und Rom.*, Königsberg, 1860, p. 36) había hecho ver su importancia y dado una interpretación más amplia; y Blümner (*Besitz und Erwerb*, p. 184) y Marx (*Das Kapital*, I, p. 369, n. 79) no habían dejado de sacar provecho de la cita de Tucídides.

74. "*Hausfleiss* es la producción técnica hecha en y para la casa y con la materia prima de la propia cosecha." Bücher, *Die gewerblichen Betriebsformen in ihrer hist. Entwickelung*, Karlsruhe, 1892, p. 35.

75. Blümner, *Die gewerbliche Thätigkeit...*, pp. 58-90.

76. Ciccotti, *Le instituzioni publiche cretesi*, Roma, 1893, pp. 39 y ss.

III

LA ESCLAVITUD EN LOS TIEMPOS HOMÉRICOS

Si observamos todo aquel período de los primeros tiempos, cuya vida y modo de ser se reflejan en los poemas homéricos y odiseas, encontramos que la esclavitud tiene un desarrollo muy limitado y secundario, como era de esperar de una sociedad de estructura tan sencilla como aquélla. También vemos allí que algunos de los productos industriales de mayor valor son importados, y los utensilios agrícolas y domésticos y los objetos de uso común son de construcción casera. Los héroes homéricos, siguiendo el ejemplo de sus dioses, cooperan en los trabajos más ordinarios y elementales de la vida: Anquises, Eneas, los hijos de Príamo, los hermanos de Andrómaca y tantos otros atienden la agricultura y el pastoreo; Ulises se fabrica él solo una cama y demuestra su pericia en la construcción de barcos, arados y otras cosas.[77] "Para el progreso de los oficios era preciso que se ensanchase el campo del comercio con el relativo desarrollo de la navegación, se facilitasen los cambios con ayuda de la moneda acuñada y se preparase el camino a una producción más considerable y activa."[78] Entretanto los oficios iban naciendo y diferenciándose unos de otros, realizando aquellos trabajos más indispensables para las necesidades más generales y comunes; y la característica de trabajar para el pueblo daba nombre al artífice, especialmente para aquellos que trabajaban pero que no disponían de medios para reemplazarles con el trabajo doméstico o en aquella clase de trabajos que, exigiendo cierta pericia o utensilios no comunes, no podían ser realizados bien y cómodamente en la casa. Al propio tiempo encontramos mencionado, con relativa frecuencia, el empleo del

77. *Ilíada*, 5, 313; 6, 313; 7, 219 y ss.; 11, 106; 18, 556; 20, 188; 21, 37. *Odisea*, 5, 243; 7, 5; 8, 493; 11, 523; 14, 23; 15, 320; 18, 365; 23, 189.

78. Riedenhauer, *Handwerk und Handwerker in den homerischen Zeiten*, Erlangen, 1873, p. 163.

trabajo libre y el alquilado con una retribución casi siempre en especie; y como reflejo moral de tal estado de cosas el trabajo goza de una consideración que perderá pronto, cuando la creciente riqueza social, los contrastes de clases, la división del trabajo, la diversidad de las funciones sociales y el desarrollo de la esclavitud habrán hecho incompatible, o poco menos, el ejercicio de un oficio y el de los derechos políticos, una mayor elevación de cultura y costumbres con las exigencias del que debe proveer a su propio sustento.

IV

LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA EN LOS SIGLOS VII Y VI A. C.

Los siglos VII y VI a. C., y más especialmente el período que comprende la segunda mitad del séptimo y la primera del sexto, con la introducción de la moneda, la propagación de los cambios y el desarrollo del comercio, señalan una verdadera revolución en la vida helénica; una transformación digna de ser comparada, hasta donde lo permite la diversidad de los tiempos, con la realizada en el siglo XIX por los progresos de la técnica y las consiguientes transformaciones en la forma de producción.

La creación de las ciudades –hecho que tuvo lugar en un período anterior– y su sucesivo incremento habían dado origen a nuevas necesidades que suscitaban nuevos medios, nuevos órganos e instrumentos para satisfacerlas; y los buscaban y encontraban en una mayor división del trabajo, en una especificación creciente de los oficios y en el desarrollo de la técnica.

Grandes contrastes entre el campo y la ciudad, entre ricos y pobres, entre nobles y plebeyos eran la consecuencia directa e inevitable de aquel estado de cosas; y los efectos, en formas cada vez más distintas y evidentes, se manifestaban en el campo de la política, de la economía, de la cultura y de la moral. Un instrumento tan eficaz, dúctil y poderoso como la moneda vino a ser una palanca capaz de multiplicar esfuerzos y energías, encontrando en todas partes su punto de aplicación; por esto los contrastes, diferencias, cambios y desequilibrios aumentaron extraordinariamente en fuerza, proporción y rapidez. El eco de aquella nueva vida, de sus peripecias y desilusiones, resuena aún en versos de una venenosa aspereza y de una gran elevación moral, que en su forma genérica podrían servir hasta hoy en día para pintar las luchas de los partidos y de las aspiraciones sociales.

Se habían reunido las condiciones necesarias para la creación de una mayor riqueza; pero este paso de una forma económica a otra más elevada no podía tener lugar, como es natural, sin que se verificase una revolución en la

sociedad en que se desarrollaba, sin demoler y derribar para edificar de nuevo. Los metales preciosos habían sido un poderoso medio de acumulación de la riqueza: la moneda hacía esta acumulación más fácil, más fructífera, simplificando la circulación. Apenas se forme un ambiente favorable a su acción, esta riqueza acumulada funcionará como capital comercial, "la más antigua de las formas de producción capitalista, que contribuirá a crear la base del desarrollo industrial".[79] Donde este empleo comercial no podía aún, o ya no podía, realizarse, buscaba y encontraba en el campo más inmediato de su acción un empleo al cual se ha recurrido siempre en todos los pueblos que han atravesado por idénticas circunstancias económicas; se manifestaba con la forma de la usura, resolviéndose en una expropiación monopolizadora de la tierra, aún el principal instrumento de producción, y en la servidumbre del deudor como medio de hacer fructificar la tierra o como valor comercial.

Este orden de evolución económica que veremos repetirse en Roma, conservado por la tradición bajo una forma eminentemente dramática, se manifiesta en el desarrollo del latifundio, en el derecho de embargo en la persona del deudor y en la relativa unión al acreedor; y aparece en forma más o menos completa pero bastante extendida en Gortyna, con la forma de un embargo temporal,[80] en Megara en los diversos acontecimientos que acompañan la crisis y decadencia de su expansión comercial[81] y en el Ática como uno de los hechos precursores de la reforma solónica.

1. Las antiguas condiciones económicas del Ática

País naturalmente poco fecundo, falto aún de todos aquellos elementos que pronto le convertirán en emporio y centro de la actividad económica y de la vida de la civilización; colocado, por la exuberante fuerza de sus

79. Marx, *Das Kapital*, III, 1, pp. 308 y 314.

80. "Monumenti antichi", ed. de la Academia de los Lincei, vol. III. *Iscrizione di Gortyna*, Comparetti (ed.), pp. 253, 278 y ss.

81. Cauer, *Parteien und Politiker in Megara und Athens*, Stuttgart, 1890, pp. 12 y ss.; 33 y ss.

rivales económicamente más adelantadas, fuera del comercio y del libre uso del mar hasta que conquista Salamina; Ática, tal como nos la presentan, especialmente en la *Constitución de los Atenienses*, nos aparece como un país de escaso desarrollo económico, en el cual la base de la economía agrícola está formada por una larga serie de tributarios, y en cambio la verdadera esclavitud no llega a ser un elemento de importancia y apenas se habla de ella en las mismas tradiciones de este período, como podemos observar examinando desde Demetrio hasta Plutarco.

El progreso del crédito es uno de los más notables fenómenos en el sucesivo desarrollo de la vida económica ateniense, y aunque el interés llega a una proporción elevadísima,[82] lejos de deprimir y esterilizar se convierte en factor del mayor impulso económico. El mutuo es la forma completa y tradicional de presentarse el capital, y el interés, la correspondiente al beneficio producido por aquél antes de que aparezcan la producción capitalista y los correspondientes conceptos de capital y provecho; de manera que en el lenguaje ordinario, el dinero, el capital que produce interés, es el verdadero capital, el capital por excelencia.[83] Pero el capital que produce interés es el capital como propiedad, no el capital como función. En la sociedad capitalista el interés sólo es una parte del provecho atribuido a quien pide un capital prestado, y en general a toda anticipación de capital; prestamista y acreedor, capitalista y contratista no hacen más que repartirse el producto del trabajo puesto en movimiento. El interés, en sus funciones normales, supone el fructífero empleo del capital prestado. Y en el Ática aún no se habrá extendido la forma de cultivo intensivo, que surgió correlativamente al aumento de la riqueza y al incremento de la vida ciudadana;[84] en cuanto a la industria, parece probado que la cerámica se aclimató en el Ática con todos los caracteres y esperanzas de una industria indígena;[85] pero el mercado, limitado al Ática

82. Böckh, *Staatshaltung der Athener*, Berlín, 1886, pp. 156 y ss.
83. Marx, *Das Kapital*, III, 1, pp. 355, 361 y 365.
84. Wiskemann, *Die antike Landswirtschaft und das von Thünen'sche Gesetz*, Leipzig, 1859, pp. 5 y ss.
85. *Jahrbücher d. d. Arch. Inst.*, I, 1886; Kroker, *Die Dipylonvasen*, 1887, pp. 113 y 125; II. Böhlau, *Frühattische Vasen*, pp. 33 y 65.

y cuando más a Beocia, no le permitía el desarrollo de que era susceptible; y acerca de las otras industrias que después florecieron, aunque la tradición atribuye su origen a este país,[86] no tenemos pruebas para reconocer ni siquiera su existencia, y por lo tanto mucho menos su notable desarrollo en el período que estudiamos.

En tales condiciones el préstamo se presentaba como un hecho ruinoso, y del mismo modo lo consideraban mucho tiempo después Plutarco[87] y tantos otros escritores que vivieron en tiempos y lugares de limitado desarrollo económico, que no supieron ni explicar ni justificar el interés. No era un foco de desarrollo de la riqueza; antes bien, una manifestación de pobreza y un medio para que el escaso número de ricos atrajera a las órbitas de su patrimonio a sus deudores con sus familias y bienes. "La tierra era de unos cuantos", es la expresión tantas veces repetida en la *Constitución de los Atenienses* como un melancólico estribillo, y a ella responde como un eco el progresivo empobrecimiento, hasta el punto de llegar los deudores a convertirse en siervos, que en parte eran comprados por nuevos amos, en parte se escapaban o eran vendidos en otros países donde podían emplearlos con más facilidad. La inestabilidad y los peligros de tal estado de cosas provocaron la reforma solónica que, incluso en opinión del mismo autor, tenía un valor del todo relativo. En lo referente a las deudas, bien las condonase, bien facilitase el pago reduciéndolas, se acogía a un medio empírico y quitaba los efectos del mal sin curarlo de raíz. La reforma monetaria (cuyo objeto era, al parecer, facilitar las relaciones de Atenas con los países que tenían en uso el sistema euboico) y las demás medidas de orden político y social que se atribuyen a Solón vinieron a ser la levadura de la prosperidad y la potencia atenienses.[88]

86. Blümner, *Die gewerbliche Thätigkeit...*, pp. 61 y ss.
87. Plutarco, *De vitando aere alieno*.
88. Plutarco, *Sol.*, 20 y ss.; Wilamowitz, *Aristoteles und Athen*, Berlín, 1893, pp. 41 y ss.

V

ATENAS EN LOS TIEMPOS DE LOS PISISTRÁTIDAS

Los efectos de tales innovaciones eran a largo plazo, y entretanto del seno mismo de las disensiones que la reforma no había eliminado ni tan siquiera aplacado, del antagonismo de intereses heridos o halagados renacían los disturbios para llegar, con la elevación de Pisístrato, a una forma de régimen político (principado de origen popular, anticipación del cesarismo) que en Grecia, en vez de ser epílogo, resulta punto de partida y crisol de la futura democracia. Es un régimen completamente diverso del solónico y, sin embargo, en él fructifican y maduran sus gérmenes, y tiene tal continuidad orgánica con el largo período anterior que a duras penas podemos separar algunas de las empresas guerreras realizadas durante uno u otro período, pues la tradición –a la cual la tiranía de los pisistrátidas se presentaba, inconscientemente, como el epílogo de un siglo de revoluciones y la incubación de una nueva era– ha juntado y confundido los hechos, multiplicándolos y trastornándolos.[89]

A pesar de los contrastes de destierros y amnistías, a pesar de sus hechos guerreros, la tiranía pisistrátida podía, mejor que el Segundo Imperio francés, afirmar que era la *paz*. Su triunfo había puesto fin, en el interior, a la común prepotencia y recíproca lucha de grupos de nobles –no bien identificados con el Estado, del cual cada uno de ellos quería apoderarse, émulo y celoso de los demás–, y sus empresas guerreras habían tenido el carácter de defensa y conseguido romper el círculo de hierro en el que el Ática, región pobre, había estado hasta entonces encerrada, condenada a vivir de sí misma y dentro de sí misma, sofocando toda iniciativa. Y lo mismo que el Segundo Imperio de Francia, también la tiranía pisistrátida se valió, como medio para llegar al poder, del elemento movible y desor-

89. Toeppfer, *Quaestiones pisistrateae*, Dorpat, 1885, pp. 1 y ss.; 61 y ss.

denado de la ciudadanía, porque trataba de consolidar y aumentar la clase de los pequeños propietarios, la naciente propiedad.

Aristóteles[90] ya había buscado en este estado del pueblo, esparcido por los campos y dedicado por completo a la agricultura, la causa del paso de la forma oligárquica a la tiranía. Carlos Marx explicaba luminosa y difusamente las relaciones del despotismo cesáreo con el estado de la propiedad rural al formarse el Imperio napoleónico. "Los campesinos constituyen una masa enorme, cuyos miembros viven en idéntica situación, pero no traban relaciones unos con otros. Su forma de producción les aísla en vez de crear entre ellos relaciones de reciprocidad, y el aislamiento se ve favorecido por los malos medios de comunicación y por su pobreza. Su campo de producción, su pedazo de tierra, no admite en su cultivo la división del trabajo, las aplicaciones científicas, ninguna de las riquezas de las relaciones sociales. Cada familia de agricultores se basta a sí misma, produce todo lo necesario para su consumo y consigue de este modo todo lo preciso para la vida gracias a un cambio con la naturaleza mejor que mediante el comercio con la sociedad. Un pedazo de tierra, el campesino con su familia; al lado, otro pedazo, otro campesino y otra familia; un conjunto de estas unidades forma un conjunto de pueblos análogos, una provincia... Todos ellos son incapaces de hacer valer sus intereses de clase, sea en un Parlamento, sea en una convención. No pueden ser representantes, a lo sumo serán representados. Y su representante debe destacarse por encima de ellos, al mismo tiempo que como amo, como autoridad, como una ilimitada potencia gubernamental que les proteja contra las demás clases y les mande desde arriba la lluvia y el buen tiempo. De este modo la sociedad convierte a la clase de los agricultores en la última expresión de la influencia política."[91] Llegar a ser el rey de los agricultores, robustecerlos, mejorar sus condiciones de vida, aumentarlos (favoreciendo, como el tirano de Sicilia, el éxodo hacia el campo de los antiguos propietarios, arruinados, disipados, que habían abandonado sus tierras y afluido a la ciudad, que habían sido en sus manos arma de combate

90. Aristóteles, *Política*, pp. 1035a, 5 (8), 4 y 5.
91. Marx, *Le dix-huit Brumaire de Louis Bonaparte*, Lille, p. 105.

y escala para alcanzar el poder, pero que amenazaban convertirse en un peligro si quedaban formando una masa inestable, inquieta y descontenta); tal parece que fue el principal propósito de Pisístrato y lo más característico de su dominación. Y este propósito fue de más fácil realización y de más práctico efecto a causa de las inevitables confiscaciones contra sus adversarios más ricos y poderosos, que dieron lugar a la repartición de tierras;[92] una era de paz interior y el mar libre al comercio llevaron consigo un incremento económico que permitió dar un notable empuje a la iniciada transformación del cultivo, difundiendo el olivo y la vid, el uso de los abonos y riegos y el empleo de la tierra en forma siempre más racional. Pero al permitir este incremento económico y este nuevo estado de cosas, la tiranía preparaba inconscientemente su inevitable fin, y del mismo fondo del creciente bienestar brotaban y maduraban los gérmenes y condiciones para una transformación política y social. La historia de aquel período, tal vez más que en las tradiciones literarias, se refleja en los cambios de la topografía de Atenas y del Ática.[93] Aquel desarrollo de todas las actividades económicas vivificaba cual potente levadura la vida ciudadana, obligando al mismo príncipe a convertirse en su promotor e instrumento. Las necesidades estéticas que brotan de un estado de desahogo (y que se infiltran admirablemente en todas las demás necesidades de la vida pública y privada, y crean nuevas exigencias en el ejercicio de las funciones políticas y religiosas) y la oportunidad y la necesidad, a veces, de dar un útil empleo al trabajo, fomentaban, al propio tiempo que la renovación edilicia, la construcción de nuevos edificios especialmente destinados a fines públicos y religiosos; y la ciudad, como un organismo floreciente que desgarra las vestiduras demasiado estrechas que le encierran, se desparrama especialmente hacia Falero, puerto y emporio de Atenas. Este desarrollo, con un nuevo impulso a las canteras de materiales de construcción, daba un empuje todavía mayor al trabajo (que en aquella época tenía ya cierto carácter especial de oferta y demanda), a los oficios, a las artes, a las manifestaciones de una industria naciente. Al Kudathenaion o barrio de

92. Büchsenschütz, *Besitz und Erwerb im griechischen Altertum*, Halle, 1869, pp. 51-52.
93. Curtius, *Die Stadtgeschichte von Athen*, Berlín, 1891, pp. 67-97.

los nobles le sustituía el Kerameicos, convertido ahora en corazón y centro de Atenas y del Ática y sede del ágora, ese barrio que tomó el nombre de la más antigua industria ática y que encerraba los factores e inspiradores de la nueva vida ateniense. Las vías, sobre todo sagradas, que partiendo de Kerameicos irradiaban por toda la región facilitando las comunicaciones, fundían en un solo cuerpo al campo y la ciudad, y permitían que los campesinos afluyeran a las ciudades, aunque sólo en ciertos períodos del año, para prestar sus servicios en una época en que todo permite suponer un escaso o mediano desarrollo de la esclavitud. Además, las fiestas que se celebraban periódicamente y a las cuales acudían gentes, no sólo de todos los pueblos de Atenas, sino también de los insulares, contribuían a destruir el estado de aislamiento y de masa incoherente que obligaba a los agricultores a ver al príncipe como punto de unión y representante de sus intereses.[94]

94. Curtius, *Die Stadgeschichte...*, pp. 83 y ss.

VI

LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA DE ATENAS

Durante el siglo VI a. C., que ya tocaba a su ocaso, Atenas había adelantado mucho en su renovación económica; había iniciado su expansión comercial desplegando ávidamente sus miras en dirección al Helesponto,[95] que tanto debía contribuir a su sostenimiento; había madurado los gérmenes de su propio florecimiento artístico[96] y como consecuencia de todo esto había preparado el desarrollo de la constitución solónica y el porvenir de la democracia, a la cual Clístenes daba, con la organización territorial y al destrozar políticamente las últimas fuerzas de los nobles, un infalible instrumento de preponderancia.

Las grandes guerras médicas estaban ya a la vista, y con mucha razón Isócrates pudo decir de los que combatieron en aquellas campañas: "Creo que algún dios, admirado de su valor, dio motivo a la guerra para que no permanecieran en la oscuridad ni terminasen la vida sin gloria seres de tan elevada naturaleza; para que se pudieran comparar con los nacidos de los dioses, llamados semidioses". Esta amplificación retórica no permite la más ligera burla.

El desastre de las expediciones pérsicas, seguido del contraataque que convirtió la cuenca oriental del Mediterráneo en un mar helénico, tiene grandísima importancia para toda Grecia, pero para Atenas señala además la hora de la regeneración. La ciudad había sido saqueada e incendiada, y sobre las sagradas colinas en donde se había asentado Atenas sólo quedaban ruinas; y, sin embargo, resurgía más bella y más gallarda, como el fénix de sus cenizas. Gobernada por hombres geniales, que la necesidad había creado y que en los contratiempos se habían templado y en ellos encontraron la revelación de su valía y de los destinos de su país, Atenas proseguía, con medios más favorables y mayores alientos, el camino ascendente que había

95. Wilamowitz, *Aus Kydaten*, pp. 16-17.
96. *Jahrbücher d. d. Arch. Inst.*, II, 1887; Winter, *Zur altattischen Kunst*, pp. 216 y ss.

empezado desde Solón y después prosiguió sin interrupción. Con el desarrollo del cultivo intensivo y el uso de los materiales de construcción había sacado de la tierra todo lo que ésta podía dar; y entre los dones concedidos por la tierra del Ática estaban las minas argentíferas de Laurio.

I. Las minas de Laurio

Asegura Jenofonte que estas minas eran explotadas desde los más remotos tiempos, pero no fija la época, ni siquiera aproximadamente. Las penosas condiciones económicas del tiempo solónico permiten creer que aún no se aprovechaban de un modo práctico, y sólo en tiempos de Temístocles se empieza a hablar de ellas considerándolas como una verdadera riqueza, capaces de producir treinta o cuarenta talentos al año.[97] El descubrimiento y el uso más racional y provechoso de estas minas constituyen, de todos modos, para la economía y el porvenir de Atenas, un hecho cuya importancia es puesta de relieve por todos los historiadores antiguos.[98] A ellas debió Atenas, si no el origen, por lo menos la posibilidad de construir una buena flota; a ellas, el haber podido acuñar moneda de mejor ley facilitando los cambios; a ellas, por lo tanto, sus dos más eficaces instrumentos de prosperidad comercial, de independencia política y de posterior engrandecimiento.

II. Los tributos

El éxito de la guerra le había asegurado no sólo un tributo anual (que de cuatrocientos sesenta talentos se elevó mucho después –425-424 a. C.– por lo menos a novecientos o mil, ya que no a la suma más elevada que la

97. Böckh, *Staatshaltung...*, I, p. 379; *Kleine Schriften*, V, pp. 8 y ss. Aeschyl., *Pers.*, 238. Xenof., *De vectig.*, 1, 5; 4, 42. Böckh, *Kleine Schriften*, V, p. 1.
98. Busolt, *Der Phoros der Athen. Bünder Philologus XLI*, pp. 717-718; "Tributos degli alleati d'Atenas", en Beloch, *Studi di storia*, p. 204.

tradición dice) sino, lo que significa mucho más, el supremo e indiscutible predominio del mar, cuya importancia podía ser mal comprendida por un retórico como Isócrates,[99] cansado del exceso de tantas guerras y anhelante de la paz, pero era considerada en su valor como base y alma de la vida de Atenas, como un político agudo, lógico y flemático como el seudo-jenofónteo autor del *Estado de los atenienses*.

III. El comercio en Atenas

Por la acción recíproca de la mayor potencialidad económica y del consiguiente desarrollo de la cultura, Atenas estaba destinada a convertirse en el centro del mundo helénico, y como había servido de baluarte contra el extranjero, su imagen aparecía al mundo más excelsa y completa. El predominio del mar, como se demuestra minuciosamente en aquel incomparable análisis del *Estado de los atenienses*, era entonces más importante que hoy: lo era todo; y con él, Atenas conseguía convertirse en un centro industrial de la mayor influencia que aquellos remotos tiempos permitían, en emporio del comercio y, como causa y consecuencia, en una populosa ciudad. El comercio del dinero, origen y base de todos los demás, que otras veces había asumido la forma estéril de la usura, resurgía ahora en proporciones incomparablemente más vastas y con más fecunda actividad.

Los inmensos tesoros de los templos funcionaban como cajas de préstamos para las ciudades y los particulares,[100] seguían en esto el ejemplo del templo de Delfos, que durante el siglo anterior había entablado negocios monetarios y de préstamos con los alcmeónidas.[101]

Las cuentas del templo de Delfos (377 a. C.) nos dan, en época posterior, el ejemplo de un capital aproximadamente de cuarenta talentos acreditado a la ciudad y a los particulares, en parte atenienses, por sumas considerables;

99. *De pace*.
100. Büchsenschütz, *Besitz und Erwerb...*, pp. 507 y ss.; Perrot, *Le commerce de l'argent à Athenes (Mém. D'Arch.)*, París, 1875, p. 372.
101. Isokr., *Antid.* 232.

por lo menos así se deduce de los intereses pagados (que alcanzan para los segundos a novecientas dracmas, y para la primera a un talento) y de los intereses atrasados de la ciudad, que llegan a superar la suma de cuatro talentos.[102] Siguieron el ejemplo de los templos otras entidades como los *demi*, donde los mismos particulares prestaban dinero a interés. Este empleo del dinero, que se expresaba con una frase característica que aún hoy se utiliza, *hacer producir al dinero*,[103] causaba el efecto de que una vez recibido el primer impulso el dinero seguía corriendo automáticamente; este movimiento se volvía día tras día más rápido, más infatigable, casi nervioso, y creó una clase especial, la de los banqueros, que absorbiendo y llamando al dinero por mil medios lo vertían en el mercado, poniéndolo al servicio de la producción, del comercio y hasta del despilfarro.

IV. Las construcciones públicas en Atenas

El renacimiento edilicio que suele ir unido a un período de expansión económica –y que bajo los pisistrátidas se había iniciado con el comienzo de un estado de bienestar moral– no podía faltar, y se manifestó en proporciones que no era posible imaginar. Todo lo que exigieron las necesidades de la defensa primero y después, de un modo gradual, las del culto, las de la vida pública y las de la belleza, fue ejecutado con arte incomparable y magnificencia sin igual. El propósito atribuido a Temístocles de convertir el Pireo en centro de la vida ciudadana, y el intento opuesto de Cimón, que no sabía separarse de la antigua y sagrada sede, habían terminado con la creación de una ciudad doble que se desarrolla, al mismo tiempo, en dos ambientes diversos que tendían a unirse. Mientras que, por una parte, el Pireo se rodeaba de murallas e iba tomando forma de ciudad, por la otra la Acrópolis, con sus muros de sostenimiento y

102. *C. I. A.*, II, 814, Böckh, *Staatshaltung...*, pp. 68 y ss.; Hicks, *A manual of greek historical inscription*, Oxford, 1882, pp. 142 y ss.
103. Dionysod, p. 1291, 29; Perrot, ob. cit., p. 384.

explanadas, invitaba a la construcción de grandes monumentos; una larga muralla unía la ciudad interior con la del litoral, y a la realización de todas estas obras grandiosas, por ironía del destino, contribuyó el rescate de los persas, que habían venido a conquistar Grecia y habían quedado prisioneros.[104] A pesar de ser tan grandes, estas obras eran sólo el principio de una serie inacabable de trabajos, con los cuales se iba realizando el proyecto concebido por Pericles de convertir Atenas no sólo en una ciudad inexpugnable, sino también, con la ayuda de toda Grecia, en la encarnación de todo lo grande y hermoso que en Grecia existiera; no sólo en el baluarte, sino también en el ornamento y orgullo del mundo helénico. Y así, desde la terminación de las grandes murallas hasta el Partenón, de la construcción del Odeón a la de los Propileos, se desató una verdadera fiebre que invadió el país entero y se resolvía en nuevas obras, ya fueran para facilitar las operaciones comerciales en el Pireo, para satisfacer una necesidad religiosa, para complacer el sentimiento estético siempre creciente o para la reforma de la ciudad: todas estas obras fueron realizadas bajo la dirección de los más geniales y más perfectos artistas que hayan existido en el mundo. Los gastos fueron enormes: solamente los Propileos costaron dos mil doce talentos, gastados en cinco años.[105] El presupuesto del Estado aumentó de tal modo que de cuatrocientos talentos anuales subió, especialmente por los gastos de guerra, a dos mil cuatrocientos treinta y dos mil ochocientos setenta talentos.[106]

104. Curtius, *Die Stadtgeschichte...*, pp. 98 y ss.

105. Curtius, íd., LXXVII, 149; Dörpfeld en *Mitth. der d. arch. Inst.*, X, pp. 28 y ss., 131 y ss.

106. Kirchoff, *Zur Geschichte der Athens Staatsschatz*, en *Abhandl. der Kgl. Akad.*, Berlín, 1876, p. 58.

VII

LAS NUEVAS CONDICIONES DEL TRABAJO

Si se tiene en cuenta el notable desarrollo económico debido a la conquista del mar, al comercio más fácil y frecuente y a la abundancia de dinero, es fácil imaginar la acción que sobre la vida ateniense debía ejercer aquella intervención del Estado. Obras construidas a veces precipitadamente, como en los trabajos de defensa, y siempre con prontitud, exigían un gran número de brazos, poniendo a contribución todas las fuerzas útiles del lugar y llamando a otras; además, Atenas se convertía en un centro de población siempre más densa y se aceleraba el movimiento del dinero debido al estado de bienestar, si bien en parte artificial. Los efectos se reflejaban en todas las manifestaciones económicas del país, ensanchando la zona del cultivo intensivo[107] e introduciendo una mayor división del trabajo y una mayor perfección del producto, que, como hace notar Jenofonte,[108] corresponden a una mayor demanda, determinada por un aumento de la población. También encontramos en este período los gérmenes de aquellas manufacturas más o menos rudimentarias, más o menos desarrolladas, de las que nos hemos documentado gracias a los oradores del siglo VI, pero de cuya existencia empezamos a tener noticias indirectas o directas a fines del siglo V y principios del IV a. C.

1. Los esclavos

A este período debemos atribuir un desarrollo bastante notable de la esclavitud en Atenas. Aunque uno de los múltiples fines de aquellas enormes construcciones fuera dar trabajo a los ciudadanos, y aunque acudían

107. Wiskemann, ob. cit., pp. 5-8.
108. *Cyrop.*, VIII, 2, 5.

también a prestar su concurso muchos de aquellos *metecos*[109] que siempre tomaban tanta parte en los trabajos de Atenas,[110] se tuvo que aumentar de modo notable el número de los esclavos. Como domésticos, para el servicio permanente de la casa, se puede decir que exclusivamente se empleaban esclavos. El lujo estaba muy lejos de tomar, en Atenas, las proporciones que asumió en el Imperio romano, y el número de los esclavos afectados al servicio doméstico se mantuvo en límites mucho más modestos. Los casos de lujo y ostentación en el número de los esclavos son rarísimos y excepcionales, y vemos que en las comedias las escoltas de las personas ricas y aficionadas al boato están compuestas por poquísimos esclavos.[111] Así es que buena parte del servicio doméstico tenía que ser desempeñado por mujeres.[112] El aumento del bienestar y de las necesidades exigía un incremento en el número de los esclavos. Pero por otra parte, muchos de los servicios que antes se ejecutaban en la casa empezaban a realizarse fuera de ella. La venta de harinas[113] y pan[114] y la instalación de centros productores de objetos para el vestuario[115] llevaban consigo una disminución del servicio doméstico afectado a estas necesidades; y el ejemplo de Pericles, que se proveía fuera de su casa de todo lo que necesitaba, no debe ser, seguramente, un caso aislado.

II. El incremento de la esclavitud en el Ática

La explotación, no tan sólo de las minas de plata, sino también de los materiales de construcción –que se hacía en condiciones de no mucha seguridad y resultaba ser una operación pesada y peligrosa–, había sido siempre encomendada a los esclavos. Las tiendas, manufacturas y todas

109. En la antigua Grecia se llamaba de esta manera a los extranjeros establecidos en la ciudad, sin tener el derecho de ciudadanía. Pagaban un impuesto especial, del cual quedaban dispensados cuando habían servido en la marina. No podían adquirir propiedades rústicas y ante

las industrias que habían venido a sustituir la producción casera empleaban, con preferencia, esclavos, como lo demuestran el crecido número de siervos obreros que señala Tucídides y los testimonios evidentes que de su empleo encontramos al comienzo del siglo IV a. C. No sabemos el número concreto de los esclavos existentes entonces en Atenas, pero sí que era inferior a los de la Laconia y a los de Chío, que tenía una extensión menor que la tercera parte del Ática.

---

los tribunales tenían que hacerse representar por un ciudadano. En distintas ocasiones se les dio el derecho de ciudadanía para reforzar la población combatiente, y en otras se borró de las listas de ciudadanos a los *metecos* que se habían incluido en ellas indebidamente. Libres del pesado servicio militar y de las cargas políticas, los metecos constituían una gran parte de la clase rica de banqueros y comerciantes.

110. Clerc, *Les métèques athéniens*, París, 1893, pp. 387 y ss.

111. Becker-Göll, *Charickles*, III, pp. 17 y ss. y los textos arriba citados.

112. Wallon, ob. cit., pp. 182-183.

113. Curtius, *Die Stadtgeschichte...*, p. 173, XC.

114. Böckh, *Staatshaltung...*, I, pp. 121 y ss.

115. Büchsenschütz, *Die Hauptsätten des Gewerbfleisses im klass. Alterthume*, Leipzig, 1869, pp. 58 y ss.

VIII

EL TRABAJO LIBRE EN ATENAS

Junto al trabajo servil subsistía y se desarrollaba el trabajo libre.[116]

Especialmente en los escritos de los filósofos, si no el trabajo, por lo menos los trabajadores no gozan de mucha consideración;[117] y la cosa es natural. Quien podía vivir del trabajo ajeno podía dedicarse, exclusivamente, a la política, al cultivo de la inteligencia, a los ejercicios corporales, que constituían para los griegos un motivo de emulación y de gloria. Su cuerpo se desarrollaba y adquiría elegancia, su mente se elevaba, sus maneras, si no se ennoblecían, por lo menos se refinaban, y hasta quien no conseguía alcanzar un valor real, convirtiéndose solamente en un buen mozo y hombre a la moda, recogía, seguramente, el efímero aplauso de la muchedumbre, que contempla gustosa lo que es bello exteriormente y deslumbra. En cambio, los que debían buscarse la vida con su trabajo, absortos en su obra manual, quedaban casi siempre, física e intelectualmente, inferiores a los otros; y el mundo, que paga a veces a los que le son útiles y sigue a los que le divierten, no podía menos que ver su inferioridad contemplándolos desde este punto de vista. Desde este aspecto, la opinión de los antiguos sobre el trabajo manual no era más que el reflejo de un estado de hecho; y, con menos hipocresía, era la misma que hoy impera entre nosotros, sobre todo donde las condiciones de la clase obrera son más deprimidas y menor es su desarrollo. Pero entonces, como ahora, la necesidad obligaba al trabajo manual y, por grande que fuera el prejuicio, la primera terminaba por vencer al segundo.

El largo período de estrechez y depresión económica atravesado por Atenas dio origen a un impulso de toda clase de trabajo útil; y la tradi-

116. Siento no haber tenido a mano, para aprovecharlos en este trabajo, los estudios de Frohberger sobre los obreros y las manufacturas de la Antigüedad.

117. Meyer, *Die wirthschaftliche Entwickelung des Alterthums*, Jena, 1895, pp. 35 y ss.

ción del fomento al ejercicio de los oficios está, como tantas otras, referida al tiempo de Solón. Pero el incremento de los oficios es mucho más antiguo; lo prueban la antigüedad de la industria cerámica, el himno a Efesto, la tradición que supone a los trabajadores formando nada menos que una tribu,[118] la mención que el mismo Solón hace en una de sus elegías,[119] los dos puestos de arconte concedidos a los demiurgos después de Damasia[120] y las fiestas de los artesanos. La ociosidad de los que no tenían con qué proveer a su subsistencia, además de ser corregida por la misma necesidad, despertaba una legítima preocupación en los que regían el Estado, hasta el punto de conducirles a la ley contra el ocio que se ha querido atribuir a Dracón.[121] El fomento de los oficios y el propósito de trasplantar al Ática los desconocidos o poco extendidos hasta entonces, llamando a artífices extranjeros, está completamente en el carácter de la legislación y de la época solónicas. Refrenar –si no impedir de un modo directo– la difusión de la esclavitud es conforme con el período de los tiranos: lo vemos bien claramente en Periandro[122] y podemos presumirlo en Pisístrato. Aunque favorecieran preferentemente el trabajo agrícola, el progreso económico y la creciente construcción de obras públicas debían conducir, de un modo directo o indirecto, a la difusión de las artes manuales, al desarrollo de la clase artesana.

Clase que a fines del siglo V se había extendido largamente, y de la cual hace mención Aristóteles, a veces señalándola simplemente, otras con gesto malhumorado.[123] Plutarco, recogiendo las tradiciones de la época periclea, nos muestra mejor que nadie cómo la actividad desplegada en las construcciones públicas bajo la hegemonía de Pericles "con la diversidad de necesidades, dio impulso a todas las artes y empleó todos los brazos, dando ocupación a todos los ciudadanos, embelleciendo y alimentando al propio tiempo a toda la ciudad. Allí había maderas, piedras,

118. Plutarco, *Sol.*, 22, 23; *Thes.*, 25.
119. Bergk, *Poetae lyr. graec.*, II, p. 425, versos 50-51.
120. Mommsen, *Heortologie*, Leipzig, 1864, pp. 313-314.
121. Meyer-Schömann, *Der attische Process neu bearb. von J. Lipsius*, Berlín, 1883-1887, p. 364.
122. Heracles, Pont., *Polit.*, 5; Nic., Damasc., 59; Meyer, *Geschitche der Altertumer*, II, p. 621.
123. Plutarco, versos 160 y ss.

cobre, marfil, oro, ébano, cipreses y artistas que los trabajaban; carpinteros, albañiles, trabajadores del oro, cobre y marfil, fundidores, escultores, tintoreros, bordadores; gente que se encargaba del transporte por mar, comerciantes, banqueros y pilotos; gente que se dedicaba al transporte terrestre, constructores de carros, cocheros, carreteros, y por último, cordeleros, tejedores, zapateros y empedradores. Todo arte, del mismo modo que todo general tiene su ejército, tenía sus obreros y ayudantes, formando como un organismo en cada clase de servicios, de tal modo que todos estos oficios distribuían y repartían en cada edad y sexo el bienestar".

IX

EL TRABAJO LIBRE EN LA AGRICULTURA

El trabajo libre en la agricultura empezó a tomar una gran importancia. Mientras la propiedad fundiaria estuvo muy dividida, atendieron el cultivo de aquellos pequeños lotes el mismo propietario y su familia, que allí mismo residían[124] y no necesitaban de nadie, especialmente para las labores ordinarias. El cultivo directo de la tierra estaba muy extendido, lo mismo en Atenas que en los demás países de Grecia,[125] y donde la extensión del fundo exigía el concurso de gente extraña, eran empleados los esclavos, bien como trabajadores, bien como capataces o intendentes, pero casi siempre alternando con obreros libres. Como vemos en las comedias de Aristófanes que tienen por acción la vida rústica, los esclavos rurales debían ser pocos, en proporción con el trabajo continuo y permanente, y las faenas que exigían la aplicación de muchos trabajadores durante un tiempo determinado y breve, como la recolección de aceitunas, la vendimia y la siega, eran desempeñadas por mercenarios, como nos lo demuestran ciertos datos del siglo V a. C. y parte del siguiente.[126] La misma comprobación del empleo de esclavos ajenos, temporalmente asalariados, confirma la presencia de mercenarios libres. El sistema de arriendos, que se encuentra muy desarrollado en el siglo IV a. C.,[127] comprueba el empleo del capital en empresas agrícolas; cuando el importe del arriendo era pequeño, es de presumir que bastase con el propio arrendatario para los trabajos del campo, pero cuando se trata de cantidades considerables, que indican fundos extensos, no hay razón para creer que fuesen cultivados con la

124. Tucídides, II, pp. 14 y ss.

125. Guiraud, *La propriêté foncière en Grèce jusqu'à la conquête romaine*, París, 1893, pp. 450 y ss., y los textos ya citados.

126. Aristófanes, *Vesp.*, 712; Demóstenes, c. *Eubulid*, 1313, 45 (Demosth.), c. *Nicostr.*, 1253, 21.

127. *C. I. A.*, II, 565, 1055-1058; IV-II, 53a; *Recueil des inscriptions juridiques grecques*, por R. Dareste, B. Haussoullier, Th. Reinach, II, pp. 235 y ss.

ayuda exclusiva o preponderante de los esclavos y no con la de los mercenarios, tanto más si se considera que las grandes propiedades y los grandes cultivos llevan consigo el aumento de proletariado agrícola y por consiguiente una numerosa clase de trabajadores mercenarios. Ese proletariado era naturalmente engrosado por los esclavos agrícolas manumisos; en efecto, epígrafes áticos de fines del siglo IV[128] demuestran la existencia de libertos agricultores y viñateros que, para vivir, se veían obligados a alquilar su trabajo. Se ha dicho[129] que los antiguos agricultores que encontramos en los primeros tiempos de la historia ateniense, y que venían a ser como un término medio entre aparceros y colonos, desaparecieron sin que los autores antiguos señalen las razones de tal cambio. Si no me engaño, nada nos autoriza para afirmar de un modo absoluto que la aparcería desapareció por completo, y que no quedaron de ella señales, aunque con una forma menos oprimida; por otra parte, hay motivos sobrados para creer que aquel tipo de cultivo, bajo la acción combinada del cultivo intensivo, de la riqueza creciente y del funcionamiento de las tierras, debía aparecer como una forma superior, y aquellos antiguos colonos, en sucesivos cambios, se transformarían en pequeños propietarios, arrendatarios, mercenarios del campo y a veces de la ciudad.

128. *C. I. A.*, II, pp. 768, 772 y 773. Consúltense Clerc, ob. cit., pp. 288 y ss., y los textos ya citados.

129. Guiraud, ob. cit., pp. 422-423.

X

LOS PROGRESOS DE LA TÉCNICA Y EL DESARROLLO DE LOS OFICIOS

La persistencia de una clase de trabajadores libres productores de manufacturas era favorecida por algunas condiciones que le daban incremento y sostenían contra la competencia de los siervos. La satisfacción de necesidades siempre mayores, que en el siglo IV llegan al lujo o cosa parecida, daba un lento pero continuo impulso a la técnica manufacturera, creando una división siempre mayor del trabajo, afinando, mejorando y perfeccionando los productos de tal modo que las manufacturas domésticas tenían que ceder ante las ejecutadas por una técnica más adelantada y por artífices especiales y, por consiguiente, más hábiles. Así, el teñido de los tejidos no podía, por lo general, hacerse en las casas, y pronto se convirtió en un oficio especial. El arte del tejido, ejercido generalmente por las mujeres en todas las casas, transformaba sus telares y mejoraba sus procedimientos, fabricando al propio tiempo que los tejidos ordinarios otros más finos y de urdimbre más complicada.[130] El arte del curtidor y el del trabajador del cuero, si al principio se encontraban reunidos en una sola persona, tendían a separarse en dos oficios distintos, y hasta el mismo trabajo del cuero, que desde la época homérica constituía un oficio especial, de un modo gradual y conservando un solo nombre, iba dividiéndose en múltiples aplicaciones que no podían ser ejercidas por un mismo artífice. La fabricación de cuerdas, que al principio era realizada por personas no técnicas, llegó a constituir un oficio especial.[131]

Podríamos multiplicar fácilmente los ejemplos, si consideramos el desarrollo siempre mayor de la técnica y la creciente división del trabajo en la cerámica, en la elaboración de metales, en el arte arquitectónico, en la ornamentación y, sobre todo, en la pintura, la escultura y sus variadas aplicaciones.

130. Blümner, *Technologie und Terminologie der Gewerbe und Künste*, Leipzig, 1875, I.
131. Ibíd., I, pp. 256, 268 y 288.

XI

EL PRECIO DE LOS ESCLAVOS A FINES DEL SIGLO V A. C.

La diferenciación y la especificidad del trabajo manual le permitieron competir, dentro de ciertos límites, con el trabajo servil en los talleres, los cuales en Atenas (si bien de ellos tenemos varios ejemplos) no dieron un sello especial a la producción y quedaron circunscritos solamente a algunas industrias; y mientras los talleres empezaban a crearse, se iba formando una clase de artífices que al principio sostuvieron la competencia, y que una vez vencidos acabaron por convertirse en sus operarios. Procedentes de la guerra o de la piratería, los esclavos que en gran número se presentaban en diversos mercados eran reclutados de cualquier manera, y difícilmente tenían la aptitud y la experiencia técnica necesarias para dar un buen rendimiento industrial de acuerdo con el lugar, tiempo y condiciones particulares de quien los adquiría.

A estas dificultades había que añadir otra. La venta de esclavos se hacía en pública subasta y, según datos del 415 a. C. inmediatamente posteriores al proceso de los Hermocópidas,[132] su precio oscilaba desde setenta y dos dracmas para un chiquillo cario hasta ciento quince y ciento setenta para un tracio, a ciento treinta y cinco, ciento setenta y cinco y a veces doscientas dracmas para una mujer tracia, ciento cuarenta y cuatro para un escita, ciento veintiuno para un ilirio y doscientas cuarenta y hasta trescientas para un sirio. Esto ocurría en uno de los períodos más favorables de la guerra del Peloponeso, cuando con atrevidas esperanza y confianza en el éxito se intentaba la empresa de Sicilia; se trataba además de esclavos que seguramente no serían de los peores, puesto que pertenecían a las

132. *C. I. A.*, I, pp. 275-277. El epígrafe 274, según Kirchnoff, no pertenece a la *Ol.* 91, 2. Sobre el precio de los esclavos en Atenas se puede consultar Büchsenschütz, *Besitz und Erwerb...*, pp. 200 y ss.; Böckh, *Staatshaltung...*, I, pp. 85 y ss.; Wallon, ob. cit., I, pp. 198 y ss.; Gigli, "Delle mercedi nell antica Grecia", en *Memorie dell'Academia de Lincei,* 1896.

más poderosas y acaudaladas familias. Por consiguiente, no se aparta mucho de la verdad el precio de dos minas o poco menos como valor común y corriente de los esclavos que no tenían especiales aptitudes técnicas y debían ser dedicados al servicio doméstico. Poco tiempo después Jenofonte atribuyó a Sócrates las siguientes palabras: "Los amigos, como los esclavos, tienen su valor. Uno vale dos minas, y otro, apenas media mina, y otro, cinco, y el de más allá, diez. Y se dice de Nicia, hijo de Nicerato, que compró en un talento a un superintendente para las minas de plata".[133]

El precio de un talento es, como vemos, el eco de un rumor indeterminado, pero sirve para hacernos ver adónde podía llegar el precio de un esclavo, especialmente tratándose del director de una hacienda, cuya importancia es puesta de relieve de un modo especial por el mismo Jenofonte. Es además probable que en aquel empleo un esclavo fuera más útil que un hombre libre, porque su condición aseguraba mejor su permanencia en el destino, lo convertía en una emanación directa del amo y daba mayores seguridades contra el peligro de sustracciones y hurtos, toda vez que el esclavo no podía tener nada propio y por consiguiente no tenía hacienda para poder disimular y aprovechar las ganancias ilícitas.

Los precios de cinco y diez minas señalados como ejemplo se referían a esclavos que tenían dotes o aptitudes especiales y educación técnica, cuya adquisición debía siempre resultar de dudosa utilidad, obligando a recurrir al trabajo libre.

133. *Memorab.*, II, 5, 2.

XII

EL TRABAJO LIBRE Y EL TRABAJO SERVIL

Las cuentas de los trabajos del Erecteo[134] a fines del siglo V (408 a. C.) nos muestran que el trabajo especial tendía, con preferencia, a tomar la forma del destajo, del *forfait*, casi de una contrata, lo que prueba un mayor desarrollo y también una mayor competencia. Además del destajo vemos empleado el trabajo a jornal para las faenas que, aun sin exigir un largo aprendizaje y singulares aptitudes, constituían un trabajo especial, como el del segador, carpintero, etc., siendo el jornal de una dracma poco más o menos. Los trabajos de esta clase no podían ser realizados en las casas, por los esclavos no prácticos, sin pérdida de tiempo y corriendo el peligro de una ejecución imperfecta; un esclavo dedicado exclusivamente a estos trabajos no hubiera podido ser empleado durante todo el año por su propio amo, y en caso de querer alquilarlo a los demás, como a veces sucedía, no se hubiera tenido la seguridad de tenerlo siempre ocupado. Así es que por poco que el precio de un esclavo, capaz de un trabajo especial, excediera del precio medio, el interés correspondiente al capital anticipado, a la amortización, unido a la dificultad de un útil empleo permanente, constituían motivos suficientes para no aconsejar su adquisición. De todo lo cual se derivaba una doble consecuencia; por una parte no había interés alguno en promover la educación técnica de los esclavos y, por otra, el trabajo especial tendía a formar oficios especiales, cultivados por obreros libres, que ejerciéndolos de padres a hijos iban adquiriendo clientela, y con la mayor libertad de movimiento y el poderoso estímulo del interés personal podían fácilmente encontrar trabajo y vivir.

134. *C. I.* A., I, 324. Consúltense también pp. 321 y 325.

I. La guerra del Peloponeso y sus consecuencias

La guerra del Peloponeso era inevitable por el deseo siempre más intenso de expansión comercial y la creciente hegemonía de Atenas, que se resolvía en agravios siempre mayores para los pueblos aliados y sometidos y en preocupaciones cada vez más intensas para los émulos y adversarios. Se produjo por las mismas condiciones internas de Atenas, donde la riqueza mobiliaria y el proletariado buscaban nuevas fuentes de subsistencia y de ganancia. Con sus vicisitudes y desgraciado fin, aumentando los contrastes internos de Atenas, la guerra debía crear un estado de cosas que forzosamente obligase al trabajo libre a desarrollarse y buscar empleo a sus energías. Apenas iniciada la campaña, el ejército peloponésico invadió el territorio del Ática, invasión que se repitió en los años 430, 428, 427 y 425 a. C., y que terminó con la hábil operación que dio ocasión al episodio de Pilos. Desde la primera señal de invasión, los habitantes del campo se vieron obligados, aunque de mala gana, a refugiarse dentro de la ciudad; es fácil imaginar los efectos que debieron causar a la agricultura, y especialmente a los cultivos intensivos, el campamento y las correrías de un ejército enemigo nada debilitado, y que seguro de no ser molestado pudo llegar a extenderse hasta el Laurio. El eco de tan irreparables daños está aún vivo en las comedias de Aristófanes, especialmente en *La paz* y *Acarnienses*, continua queja por los campos devastados y sobre todo por las viñas destruidas.

La peste que sobrevino durante el segundo año de la guerra, si por su carácter infectivo hizo estragos entre los libres, los debió causar mucho mayores entre los siervos, menos cuidados, peor nutridos y más expuestos; la dificultad de aprovisionarse, las tristes alternativas de las fortunas pública y privada y la imposibilidad de emplear útilmente en la ciudad a los siervos ya acostumbrados a los trabajos agrícolas debieron con mayor motivo reducir su número. Además, la ocupación de Decelia en 413, aconsejada por Alcibíades, precisamente cuando la expedición de Sicilia se inclinaba hacia su trágico fin, fue la espada de Damocles suspendida sobre Atenas y la devastación continua de los campos, un obstáculo permanente a todo cultivo estable y eficaz, y al propio tiempo una incitación a la deserción. Tucídides nos dice que veinte mil

esclavos, que llama obreros, se liberaron huyendo; y, según podemos deducir por otros datos, debían de ser en su mayoría esclavos afectados a las minas.[135] Esto comprueba que los esclavos dedicados a la agricultura, al no ser mencionados por Tucídides, debían de estar reducidos a la mínima expresión, si no habían desaparecido por completo, pues en caso contrario, por estar menos vigilados y más próximos a Decelia, hubiesen dado a los fugitivos un contingente mayor que el de los esclavos de la ciudad y del Laurio.

De manera que la grandísima mortandad de los esclavos, sus deserciones, la dificultad de emplearlos de un modo estable en la agricultura y el impuesto que –aunque de poca importancia– debía pagarse al Estado [136] por cada uno de ellos eran otras tantas causas que, todas juntas, debían conducir a la eliminación, dentro de lo posible, del trabajo servil, sustituyéndolo por el trabajo libre. A su vez, éste tendía, por las mismas razones y obligado por las circunstancias, a tomar el sitio del trabajo servil.

II. La crisis económica y el desarrollo del trabajo libre

Reducida a vivir casi exclusivamente de la importación por el desastre de la agricultura, Atenas tuvo que dirigir su actividad, en lo poco que era posible dado el estado de guerra, a la producción de manufacturas; pero cualquiera fuese la demanda en aquellos tiempos, que se proveía con la producción familiar y local, la exportación debía resultar muy difícil durante la guerra, que cerraba tantos mercados y hacía inseguros los transportes, e incluso casi imposible después de la guerra, que acabó con el poder ateniense. El Estado se había debilitado bajo el esfuerzo continuo y cruento de una guerra tan larga, dispendiosa y poco afortunada, y las riquezas privadas, además de haber sido minadas y destruidas por la ruina de la agricultura, la disminución de las rentas y el decaimiento comercial, habían tenido que soportar, por

135. Jenof., *De vectigal.*, 4, 25.
136. Böckh, *Staatshaltung...*, I, pp. 400 y ss.

dos veces y en poco tiempo, la carga de las contribuciones directas, que en 428 a. C. ascendió a doscientos talentos y en 410 a una cantidad de mucha mayor importancia.[137]

Recurrir para el sustento propio y de la propia familia al trabajo manual se había convertido para muchos en una imprescindible necesidad. Ya las cuentas del Erecteo nos enseñan que en 408 a. C. un número no insignificante de atenienses trabajan haciendo la competencia a los metecos. Pero el cuadro vivo y animado de lo que debía ser Atenas al terminar la guerra del Peloponeso y poco tiempo después nos lo presenta Jenofonte en sus *Memorables*. Nada mejor que aquellas cortas páginas para darnos una idea acabada de la situación de Atenas en aquellos días.[138]

A las consecuencias de la guerra exterior hay que añadir los males de la guerra civil, que provocan la intervención extranjera. "Nada producen las tierras, toda vez que el enemigo se ha apoderado de ellas; nada produce la ciudad, toda vez que sus habitantes están extenuados. Nadie compra, y no es posible de ningún modo conseguir dinero a préstamo." Regresan los clerurcos, pero han sido despojados de todo cuanto tenían en las colonias, y en el Ática nada tienen, no trayendo más ayuda que la de sus brazos y la necesidad de sustentarse. En este estado de cosas se encuentran Sócrates, Aristarco –que debe mantener a catorce personas– y Eutiro, el clerurco repatriado; y de las vueltas y revueltas de la aguda dialéctica socrática salta a la vista casi como necesidad objetiva, como una espontánea e inevitable enseñanza, como único e imprescindible remedio, la necesidad de recurrir al trabajo para elevarse a la condición material, que a sus ojos resultaba envidiable, de los esclavos obreros de Cyrebo, Nausicides, Demea y Menone.

Y de este modo el proletariado ateniense se dedicaba con más afán al trabajo, bajo el impulso de la necesidad que la catástrofe cruel de la guerra había podido hacer más vivo, pero que nunca había dejado de sentirse. Y, debido a la inevitable dependencia entre los conceptos teóricos y el modo de vivir, la idea de la dignidad del trabajo iba tomando cuerpo y encontraba su sanción en las palabras del hombre de moral más elevada de aquel tiempo, Sócrates.

137. Lys., XXI, 1-3; Guiraud, ob. cit., p. 532.
138. *Memorab.*, II, 7-10.

XIII

LAS INDEMNIZACIONES PÚBLICAS Y EL TRABAJO LIBRE

Se ha dicho, y aún sigue repitiéndose, que el sueldo que se daba a los ciudadanos empleados en las asambleas, en los tribunales de justicia y en los teatros les apartaba del trabajo, suministrándoles el medio de una vida ociosa. Pero esta opinión no resiste ante una crítica severa.

Respecto de las asambleas políticas se puede asegurar que nunca pasaron, normalmente, de cuarenta al año,[139] y la indemnización a los ciudadanos por presenciarlas fue de uno, dos, y durante largo tiempo tres óbolos; en tiempos de Aristóteles ascendió a nueve óbolos para la asamblea principal, y a una dracma para las demás, pero las crecientes exigencias y el número limitado de las asambleas no permitían convertirlas en un medio de vida. Más frecuentes que las asambleas políticas eran las reuniones de los tribunales de justicia; pero la indemnización concedida a los jueces nunca excedió de tres óbolos, y las convocatorias debieron necesariamente disminuir cuando Atenas perdió el poder jurisdiccional sobre los aliados. Además, aunque eran legalmente jueces todos los ciudadanos que habían cumplido 30 años, en realidad se nombraba a los viejos que no tenían ocupación alguna. Según la constitución de los tribunales, para las causas menos importantes –y por lo mismo más frecuentes– los jueces alcanzaban el número de doscientos uno, tomando, por consiguiente, parte muy limitada los ciudadanos.[140] La indemnización de asistencia a los espectáculos –por error hoy aclarado indirectamente por el Ἀθηναίων Πολιτεία–, que Plutarco atribuye a la época de Pericles, fue introducida mucho

139. Hermann-Thumser, *Staatsalterthümer*, I, p. 504, además de los textos y autores ya citados.

140. Fraenkel, *Die attischen Geschworenengerichte*, Berlín, 1877, pp. 7, 9 y ss.; 92 y ss.; Meyer y Schömann (ob. cit.) calculan en unas cien audiencias anuales las celebradas por los tribunales después de Euclides.

después; y aun cuando en el siglo IV tuviera cierta importancia, al invertirse, bajo una u otra forma, en el derecho de entrada al teatro, no podía representar un medio de vida. Aunque hay quien sostiene conclusiones no del todo aceptables –pues llega a considerar que la indemnización teatral alcanza cifras elevadas y admite que dejaba una cierta ganancia a los ciudadanos– y extiende el número de fiestas a veinticinco o treinta,[141] no consigue, a pesar de todo, convertir la indemnización en un medio de subsistencia.

De modo que el sueldo prodigado por el Estado en estas distintas formas, aun en el caso de alcanzar el valor máximo, no podía representar, para los pocos ciudadanos que podían usufructuarlo, una entrada estable y continua que llegase a tres óbolos diarios. Esta cantidad, si hay que creer a Aristófanes, apenas representaba el jornal de una de las más bajas categorías de trabajadores manuales, tal vez de la más baja; equivalía al precio mínimo de un sexto de medimno[142] de trigo; y el trigo, que aun hoy en día está sujeto a una continua oscilación de precios, sufría entonces, especialmente en un país como el Ática, que tenía que importarlo, continuos, rápidos y notables encarecimientos.

Además, no es posible admitir que aun cuando el sueldo percibido del Estado bajo diversas formas bastase para conseguir un mínimo de subsistencia, los ciudadanos renunciasen a trabajar, desplegando su actividad y mejorando sus condiciones, y prefirieran arrastrar una vida pobre y miserable. Pero en esto, como en otras muchas cosas, hemos sido engañados por la costumbre de atribuir a los juicios y sátiras de Aristófanes un valor objetivo, que no se concilia con su carácter de poeta cómico y parcial por añadidura.[143]

El aumento gradual de los sueldos, lejos de ser un medio que apartase a los trabajadores de su oficio, nos demuestra, por el contrario, que el trabajo profesional hizo necesaria una indemnización siempre creciente, que les compensase el tiempo robado al trabajo y no les hiciera desertar de las asambleas públicas.

141. Böckh, *Staashaltung...*, I, p. 274.
142. *Medimno.* Medida de capacidad usada en Grecia y equivalente a 52,35 litros.
143. Müller-Strübing, *Aristophanes u. seine Zeit*, Leipzig, 1873, pp. 48 y ss.

XIV

LA POLÍTICA Y LA ECONOMÍA

Por lo demás, el mismo Jenofonte nos cuenta, atribuyéndolo a Sócrates, que las asambleas en su mayor parte estaban compuestas por tintoreros, curtidores y trabajadores del cuero, carpinteros, trabajadores de los metales, agricultores, tenderos y ropavejeros. Estos gremios de artesanos –que, como hace observar Sócrates, constituían el núcleo de la asamblea– habían adquirido una verdadera importancia política; después de la muerte de Pericles daban a la república sus hombres de Estado, y de acuerdo con el gremio de los comerciantes constituían un partido opuesto al de los propietarios rurales e imprimían a la política ateniense una dirección que tendía a dar y conservar a la ciudad el carácter y la posición de soberana del mar y centro económico y moral del mundo helénico.

Pocos períodos nos demuestran, tan claramente como éste, que la historia no es más que una lucha de clases; pues en Atenas a fines del siglo V los intereses de los burgueses y proletarios, de la propiedad rural y de la propiedad móvil, se hacían cada vez más opuestos y contrarios, encontrando siempre eco, voz y arma en la literatura, la filosofía y el teatro. En especial, la comedia asumía una forma claramente política con los más atrevidos y fantásticos disfraces, pedía prestadas formas y nombres hasta a los pájaros, avispas y ranas, invadía las regiones del aire y del fuego, llevaba sobre la escena los hombres y las luchas contemporáneas y, gracias a la vehemencia de las pasiones y a la facultad de reflejar directa y sinceramente la vida popular, desmentía el aforismo de que poema político es casi siempre poema aburrido.

Como muy bien dice Renan,[144] "el cuadro de la cultura humana creado por Grecia puede ser indefinidamente extendido, pero es completo en todas sus partes. El progreso consistirá en desarrollar lo que Grecia

144. *Hist. du peuple d'Israël*, París, 1887, I, II.

concibió y rellenar los perfiles que tan prodigiosamente dejó esbozados".

Y es que en Grecia, y especialmente en Atenas, con la acumulación de riquezas y la formación de un proletariado libre, con el aumento de las necesidades y la ingeniosa industria en busca de los medios para satisfacerlas, se había ido formando un ambiente en su estructura económica que muy a menudo superaba los límites de la economía de aquellos tiempos, llegando a constituir como una anticipación de nuestro ambiente económico; y de aquel *substratum* material de vida, como de un terreno muy fecundo, brotaban los mayores problemas de la vida política e intelectual, la posibilidad de una elevada cultura y de una vida del pensamiento, instituciones y conceptos jurídicos, y sistemas de filosofía práctica y especulativa de gran elevación.

Esta lucha de clase contra clase, que a su vez daba lugar, en el más estrecho campo de cada una, a la lucha de hombre contra hombre, debía llamar naturalmente, por su misma persistencia y acción deletérea, la atención de los pensadores, tanto más cuanto que aquel florecer de tantas energías elevaba las aspiraciones hacia una asociación política eurítmicamente equilibrada y debía impulsarlos a buscar las causas siempre más lejanas de aquel desacuerdo para poder cortarlo en la misma raíz.

Aquel fuerte germinar de ideologías, esquemas, utopías y teorías, que derriba creencias y costumbres tradicionales, que se propone dar un nuevo fundamento teórico a la sociedad y a la vida jurídica, que indaga las condiciones del Estado ideal y da forma al modelo, tiene sus raíces en un estado de cosas incierto, oscilante, en desacuerdo con las necesidades de aquel tiempo, y es la mejor señal de un sistema de vida que termina su ciclo y de otro que se anuncia de un modo vago e incierto. El orden constituido buscaba una justificación teórica y sólo la encontraba en la fuerza, en la imposición del poder, en la confusión de lo justo con lo útil, no en lo universal sino en lo personal; justificación que llevaba consigo los elementos de su negación y con propósitos y formas conservadoras llegaba a un fin completamente revolucionario, borrando virtualmente las diferencias entre el amo y el esclavo[145] y suscitando una insurrección diaria y un

145. Platón, *Gorg.*, 484a.

conflicto permanente, siendo todo esto consecuencia lógica de aquellas condiciones materiales que el choque de los intereses opuestos habían hecho en toda Grecia, en unos sitios más que en otros, imposibles y poco menos que intolerables; las luchas civiles de Argos y Corcira, el combate sin cuartel entre ricos y pobres, la perversión moral que acompañaba aquel estado inexplicable de guerra interno y externo explican esta nueva evolución de las ideas políticas y morales.[146]

Por otra parte, el mismo estado de malestar y la sensación de angustia moral y material que brotaban de tales condiciones de vida debían reflejarse en el pensamiento como aspiración a formas sociales y políticas coherentes en todas sus partes, y orgánicas en sus funciones. La unidad destruida en la práctica se reconstruía en la concepción ideal, y el desacuerdo de la vida se transformaba en concordia del pensamiento. "Al punto de vista individualista-atomístico –que identificaba de un modo absoluto el Estado con sus temporales y personales elementos y lo resolvía en un conjunto de unidades mecánicas– se oponía otro que reconocía un interés social colectivo, que no se contentaba con los intereses singulares y buscaba la concepción de un Estado como un todo, con un contenido distinto del de la suma de sus partes."[147]

Y así, Sócrates veía en el Estado el supremo organismo ético; en la política, la meta del bienestar universal; en el arte de gobernar, el compendio de todas las virtudes; pero precisamente porque base de la virtud es el saber, hacía de la capacidad la condición para participar de la dirección del Estado,[148] y habiendo rehabilitado teóricamente el trabajo libre, en el campo político lo rebajaba, viendo en él un obstáculo para una completa educación civil.[149]

Esta concepción socrática del Estado domina toda la especulación sucesiva, y si alguna vez se separa de ella lo hace admitiendo una variación de la misma teoría.

En la ideal concepción platónica, el Estado no es más que la justicia

146. Tucídides, III, pp. 82 y ss.; Isokr., *Philip.*, 20; *Archidam*, 28.
147. Pöhlmann, *Geschichte des antiken Kommunismus und Sozialismus*, Munich, 1893, I, p. 162.
148. Zeller, *Die Philosophie...*, II, pp. 168 y ss.
149. Döring, *Die Lehre des Sokrates als sociales Reformystem*, Munich, 1895, pp. 387 y ss.

realizada por los más aptos con una racional distribución de funciones. Pero al gran idealista no se le pudo escapar la perturbación que a la vida de tal organismo político, y hasta al ejercicio de todo arte,[150] lleva el conflicto de intereses, el contraste entre ricos y pobres; por lo cual introducía Platón, casi por lógica necesidad, un comunismo que limitaba a la clase de los custodios del Estado, y que comentadores y censores[151] más lógicos que él admitían en una forma más general.

Este ideal comunista que tan limitado aparecía por vez primera y por una ironía de la historia en las teorías de un escritor aristocrático y de tendencias conservadoras, obra de un puro razonamiento, llegaba al mundo demasiado tarde y demasiado pronto; demasiado tarde en lo que se refiere a otras formas más antiguas y más elevadas de utilización social o aristocrática de la tierra; demasiado pronto respecto al desarrollo de las fuerzas productivas, que debía dar al ideal comunista una base científica y práctica al propio tiempo, tendiendo a convertirlo, no en una categoría lógica sino en una categoría histórica, no en una simple forma ideal de una mejor organización sino en una necesidad económica presente y objetiva. El limitado desarrollo de las fuerzas productivas, haciendo que la producción fuera muy reducida y directa, hacía desear a los griegos la igualdad, es decir, la propiedad privada extendida a todos, sin nada de comunismo; esta idea, si bien encuentra teóricamente algún discípulo, seguía siendo estéril en el terreno de la política. Y por esto Aristóteles podía combatirla fácilmente poniéndola en relación con las condiciones económicas y los sentimientos de su tiempo, del mismo modo que en lo referente a la sencillez e inerte naturaleza del instrumento técnico podía decretar eterna la esclavitud, nunca negada ni por Sócrates ni por Platón, y cuyas cadenas eran ahora remachadas por el filósofo de Estagira con un sofisma que sólo era un hábil disfraz y una fusión ingeniosa de la teoría socrática (que concedía el gobierno a los más capaces) y de la sofística (que sujetaba los más débiles a los más fuertes).

150. *Polit.*, pp. 421-422.

151. Chiappelli, "El Eclesiazuse de Aristófanes y la República de Platón", en *Revista de filología y de instrucción clásica*, XI, 1883, pp. 161 y ss., y XV, 1887, pp. 343 y ss.; Zeller, *Die Philosophie...*, II, p. 551; Cognetti de Martiis, *Socialismo antiguo*, Turín, 1889, pp. 508 y ss.

Y mientras estas teorías, hijas de aquel tiempo, creían encerrar la realidad en el circuito de sus previsiones personales y de las doctas especulaciones, en la riqueza acumulada y en el creciente proletariado con evolución continua y persistente –del cual, si se percibían algunos de los más salientes fenómenos y determinados caracteres exteriores, no se apreciaban las consecuencias no inmediatas– se preparaban los elementos que más tarde debían abolir la servidumbre y sustituirla por el salario. Vale la pena hacer notar que el cómico conservador, fuerte en el terreno de la realidad y burlándose de la utopía, veía, sin querer, mucho más lejos que todos los demás cuando sacaba a escena a la *pobreza*, representando en ella la causa de todas las causas de la vida social, la razón última del impulso automático de toda la vida económica y de sus múltiples actividades. La esclavitud misma sólo era uno de sus efectos;[152] rota la cadena que unía el siervo a su señor aún quedaría otra razón, como repitieron más tarde un teórico y un filósofo,[153] invisible y por lo mismo más fuerte y más difícil de hacer pedazos, el *hambre*, que de un modo distinto, aunque sustancialmente no diverso, reproduciría, de otra manera, la sujeción de una parte del género humano al resto de la humanidad.

152. Plutarco, vs. 510 y ss.
153. Epitecto, *Dissert.*, 4, 1, 34.

XV

LA CRISIS POLÍTICO-ECONÓMICA Y EL AUMENTO DEL PROLETARIADO

En realidad, en toda Grecia, y también en Atenas, aunque en forma más disimulada, el siglo IV a. C. señala un proceso de aceleración en la formación de una gran masa proletaria y en la concentración de la riqueza.

El aumento de la población y del proletariado era también, en la Antigüedad, origen de legítimas preocupaciones y un urgente problema político, que encontró durante largo tiempo su desahogo en aquel extenso y atrevido movimiento colonizador tanta influencia tuvo en la grandeza económica y moral de la civilización helénica. Pero la expansión colonial había llegado al límite, y el mayor desarrollo de las energías coloniales y la relativa tendencia a la emancipación económica y política venían a mermar los beneficios indirectos que la metrópoli sacaba de las colonias, además del rédito directo conseguido con sus *fundaciones*. Y Atenas –que había desarrollado sus energías internas y su potencia marítima cuando otros países más precoces se le habían anticipado en la expansión colonial–, del mismo modo que en la tradición falsificada usurpó el mérito a los demás, también en la práctica los fue dominando. Su poder marítimo ascendente es señalado por el envío de *clerurquias* (expediciones coloniales), que al mismo tiempo servían para dar mayor desahogo al proletariado ateniense y para asegurar el dominio de la madre patria, o para castigar a aliados desleales y súbditos rebeldes sin crear comunidades autónomas que algún día pudiesen tener conflictos con el país de origen, siendo, por el contrario, considerados como elementos destacados de aquél.[154] La gran catástrofe, en la cual encontró su epílogo la guerra del Peloponeso, había arruinado por completo los esfuerzos del pasado y las esperanzas del porvenir, y la dificultad de colocar fuera del país al proletariado, siempre más numeroso y más miserable, después de tantos desastres, se agravaba por el retorno de los *clerurcos*.

154. Böckh, *Staatshaltung...*, pp. 499 y ss.

Desde el punto de vista demográfico, estos elementos venían a renovar la población diezmada por la peste y la guerra, pero desde el punto de vista económico, las tierras pertenecientes a los ciudadanos fallecidos se habían concentrado en sus sucesores, y por lo tanto los recién llegados y los supervivientes, que no tenían parte en la propiedad de la tierra, no tenían más remedio que convertirse en mercenarios, buscando empleo en los trabajos agrícolas, o bien en los industriales. La terquedad con que Atenas, al poco tiempo de su gran desastre, trataba de restaurar su fortuna política y comercial, y el envío de *clerurquias* inmediatamente después de todo próspero éxito guerrero nos hacen ver de un modo claro cuán urgente era la necesidad de encontrar útil empleo a una parte de sus ciudadanos. Las nuevas fuerzas políticas entradas en juego y su modo de capear el temporal para dividirse unas a otras y gobernar hacían interminable el estado de guerra y poco segura toda adquisición, y un breve huracán hacía perder las ventajas adquiridas durante largos años de calma. Así es que la paz de Antalcida (387 a. C.), que ratificó la autonomía de las ciudades griegas, quitaba a Atenas el fruto de sus recientes conquistas; un decenio después, cuando fue posible sentar las bases de una nueva confederación marítima, capaz de abrir un camino para renacer económica y políticamente de su abatimiento, los atenienses tuvieron que renunciar en primer término "a la adquisición tanto pública como privadamente de casas y tierras en los países aliados, a comprar y tener hipotecas, bajo pena de ser confiscadas sus adquisiciones".[155] El campo de sus expansiones quedaba reducido a los países no aliados, y los atenienses se aprovecharon todo lo que pudieron para remediar su necesidad ávida y urgente de tierras; pero la hegemonía política, tan disputada y tan variable en el siglo IV, las guerras frecuentes y de tan variada fortuna, la creación y el engrandecimiento de Macedonia, limitaban, se oponían, hacían efímeras estas adquisiciones, que de todos modos no podían constituir, como en los tiempos mejores del poderío ateniense, un sistemático y seguro medio de descargar a Atenas de su siempre creciente proletariado. Antes bien, sucedía muy a menudo que se veía aumentado, impensadamente, con el regreso de los *clerurcos* expulsados.

155. *C. I.* A., II, 17, vs. 33 y ss.

XVI

LA CONCENTRACIÓN DE LA PROPIEDAD INMUEBLE

Ya hemos dicho que el siglo IV da un gran paso hacia la concentración de la riqueza, que sigue siempre en aumento durante las edades posteriores y de donde deriva el nuevo florecimiento de oligarquías, en el cual un escritor, y no equivocadamente, ha querido ver la causa principal de la guerra de Atenas con los aliados y la disolución de la Liga Marítima.

Tal concentración de riqueza, especialmente inmueble, es generalmente negada o por lo menos puesta formalmente en duda por lo que a Atenas se refiere. Aunque en Atenas, el anterior fraccionamiento de la propiedad inmueble y, más que éste, el cultivo en parte intensivo y la escasa producción del suelo presentaban ciertos obstáculos a la concentración; sin embargo, allí, lo mismo y tal vez más que en otros sitios, ejercían su acción las causas eficientes de la concentración de la riqueza. Más lenta y menos completa, por razones del mismo ambiente físico, queda disimulada a nuestros ojos por la falta de datos concretos y también por el carácter industrial de la economía ateniense, que ofreciendo un útil empleo al trabajo hacía menos sensible y menos deletéreo que en otras partes el aumento del proletariado.

Pero por medios indirectos, fijándose en los mismos caracteres exteriores de la vida de aquel tiempo y agrupando datos de órdenes diversos, se puede llegar a ver en Atenas el mismo fenómeno, o por lo menos una marcada tendencia a su realización, hasta donde los agentes de orden opuesto lo permitían.

Un estado de la propiedad después de la caída de los Treinta nos hace ver que cinco mil ciudadanos[156] (casi una cuarta parte de la población según el cálculo ordinario, y mucho más de un cuarto si se tiene en cuenta

156. Dion. Hal., *Lys.*, c. 32.

la gente que debió perecer durante la guerra y la peste) carecían de toda propiedad rústica. Y que en el resto de la población la propiedad estaba dividida muy desigualmente lo demuestran las tentativas oligárquicas de aquellos tiempos, que después de haber reducido a cinco mil los derechos de ciudadanía activa conseguían, al terminar la guerra, una más estrecha y prepotente oligarquía.

El estado de las fortunas existentes desde fines del siglo V al declinar del siglo IV[157] nos hace ver, junto a los patrimonios muy frecuentes de tres, cuatro y cinco talentos, fortunas de treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta y cien talentos. Y son tanto más frecuentes e importantes cuanto más avanzamos en el tiempo, hasta llegar a la fortuna de Difilo,[158] confiscada en tiempos de Licurgo, que ascendió a ciento sesenta talentos, y a la de Epikrates, que se valuaba en seiscientos.[159] Es verdad que en muchos casos ignoramos en qué proporción entraba en estos patrimonios la propiedad del fundo, y sabemos que muchos de ellos estaban constituidos en gran parte por bienes muebles. Pero hay que tener presente que uno de los más usuales empleos de la riqueza mueble era el mutuo hipotecario, y en una época de frecuentes cambios de fortuna, causados, cuando no por causas extraordinarias, por el rápido giro de los negocios, nada era más fácil que el acreedor se quedara con los bienes expropiados al deudor, concentrando así bienes inmuebles. Los discursos de los oradores comprueban esta frecuencia de mutuos hipotecarios y nos dan idea de ellos las columnas hipotecarias que se conservan,[160] siendo digno de observar que empiezan a aparecer precisamente en el siglo IV. "Ninguna de las columnas hipotecarias –ha observado un escritor–[161] se remonta a la guerra del Peloponeso. Su número es demasiado considerable para poder atribuirlo a la casualidad de los descubrimientos arqueológicos; de modo que sin pretender que la hipoteca no haya sido practicada hasta el siglo IV, podemos admitir que las columnas hipotecarias han aparecido en esta

157. Böckh, *Staatshaltung...*, pp. 560 y ss.
158. Plutarco, *Vita X orat.*, 7, 34.
159. Suid., s. v.
160. *C. I.* A., II, pp. 1103 y ss.; *Recueil des inscriptions juridiques grecques*, por Dareste, Haussoullier, Reinach, París, 1891, I, pp. 107 y ss.
161. Ibíd., p. 122.

época, cuando el sistema estaba en pleno desarrollo." Además, hay que añadir que aun cuando (dadas las diversas alternativas y los crecientes impuestos de aquellos tiempos) los bienes muebles presentasen ventajas sobre los inmuebles, el capital móvil debió tender a invertirse en tierras cuando los cereales, como sucedía frecuentemente, subían de precio y podía parecer provechosa tal inversión. El sistema de alquileres, no limitado exclusivamente a bienes de los entes morales, comprueba, con la sustitución del cultivo con carácter de empresa al cultivo directo, la existencia de una nueva fase de la propiedad inmueble.

Y por último, no nos faltan señales evidentes y datos concretos para afirmar que existían fundos de gran extensión y una concentración de la propiedad. Demóstenes lo dice explícitamente cuando afirma que "muchos poseen más tierras que la que poseéis todos vosotros que estáis reunidos en el tribunal";[162] afirmación repetida y ampliada en otro discurso, cuya autenticidad es negada. Hay que observar[163] que los presentes en el tribunal podían ser doscientos uno, pero también podían ser muchos más; y por el cálculo aproximado que podemos hacer del número de jueces en varios y distintos casos,[164] y por la naturaleza de la causa, es probable que aquel día fueran muchos más de doscientos uno. Y de todos modos, la proporción de uno a doscientos, y mucho más si es repetida, no es muy a propósito para negar la concentración de la propiedad.

El precio de los fundos, que según los oradores[165] oscilaba de dos mil dracmas a dos talentos y medio, comprueba que no existía una gran distribución de la propiedad fundiaria, más si se tiene en cuenta que dada la escasa producción del suelo ático aquella suma, ya de por sí no pequeña, debía corresponder a propiedades bastante extensas, y tanto más cuanto más lejanas de Atenas. Por los datos que tenemos, la venta de tierras asciende a veces a un precio alto, tres mil cincuenta dracmas, dos talentos y medio, y en otras ocasiones se hace a un precio bastante bajo, que nos demuestra la absorción de las pequeñas propiedades. Además, la varie-

162. *Contr. Aristokr.*, pp. 689.
163. Pöhlmann, *Aus Alterthum und Gegenwart*, Munich, 1895, p. 395.
164. Fraenkel, *Die attischen...*, p. 103.
165. Guiraud, ob. cit., p. 393.

dad en los precios debía depender de la mayor o menor distancia del centro, y así (cuando encontramos en los epígrafes del precio de las ventas algunos precios muy bajos) es que corresponden a tierras situadas en comarcas lejanas, como la de Anaflysto, hacia el cabo Sunio, y la de Kydantide (¿en las faldas del Pentélico?),[166] y no resultan aquellos precios argumentos contra la extensión de las propiedades. Hace observar Guiraud que "la señal característica de un país de grandes propiedades es la tendencia que tienen los propietarios en agrupar sus bienes en un mismo lugar para constituir un solo cultivo, pues resulta más fácil la vigilancia y más barata la mano de obra. Por el contrario, donde la propiedad apenas existe, se puede afirmar que el suelo está fraccionadísimo".

Pero si no me engaño, aquí se han involucrado dos cosas que tienen acción recíproca y que no siempre se excluyen: el pequeño cultivo y la concentración de la propiedad. La escasa producción del suelo ático había hecho necesario, junto a algunas formas especiales de cultivo intensivo, el pequeño cultivo. En países de mayor fecundidad y de cultivo extensivo, sin salir de la misma Grecia, la concentración de la propiedad era cosa fácil y tomaba la forma del latifundio. En Esparta especialmente, donde toda propiedad tenía su contingente, no de esclavos propiamente dichos sino de ilotas afectos a la gleba, se evitaba la incompatibilidad del cultivo de los cereales con la mano de obra servil,[167] y el latifundio se constituía rápidamente con una sencilla agregación de partes; todo el trabajo consistía en heredarlo o adelantar el capital para su adquisición. En Atenas, por el contrario, el fraccionamiento de la propiedad –hecho indispensable por el sistema de cultivo y favorecido durante cierto tiempo por el Estado– oponía un obstáculo gravísimo a la formación del latifundio y era un escollo relativo, aunque no insuperable, para la concentración de la propiedad. Donde el terreno era propicio para el cultivo de cereales o explotación de bosques se desarrollaba fácilmente el latifundio, y es ejemplo de ello el de Fenippo, cuya propiedad, sea cual fuere su extensión,[168]

166. Loeper, *Die Trittyen und Demen Attikkas* (*Mitth. d. d arch. Inst. v. Athen.*, XVII, p. 431 y plano XII).

167. Cairnes, *The slave power, its character, career and probable design*, Londres, 1862, p. 51, con la cita de Tocqueville.

168. Büchsenchütz, *Besitz und Erwerb.*, pp. 50-51.

producía mil medimnos de grano, ochocientos metretos[169] de vino y doce dracmas de leña diarias. Y no tenemos ninguna razón para creer que éste fuera un caso aislado; antes bien, donde concurrían idénticas circunstancias, según todas las probabilidades, debían de producirse idénticos efectos. La subida de precio de los cereales, llegando la carestía, durante el siglo IV, hasta el punto de superar el precio del vino (según se ve en el discurso contra Fenippo), debió desarrollar hasta el límite extremo su cultivo, y con él la posibilidad de propiedades más extensas. En el inventario de fundos mencionado por los oradores áticos, los bienes de dos y de dos y medio talentos[170] están situados en Eleusi y Thria, precisamente en la zona del Ática, productora de cereales. Y tampoco falta el clásico deseo de redondear el propio fundo, el *libido agri continuandi*: de ello tenemos un ejemplo en el discurso de Demóstenes contra Callicle.

Y aun independientemente de la formación de latifundios, que no podía ser el medio general de formarse la propiedad en el Ática, la concentración tenía lugar con la reunión de pequeños trozos separados y reunidos en una sola mano. La comprobación de casos semejantes se encuentra especialmente en los oradores,[171] y así se deben entender los veinte talentos de bienes inmuebles del banquero Pasionas.

169. Gran medida de capacidad que alcanzaba 38,8 litros.
170. Isaei, *De Hagn. her.*, pp. 41-42.
171. Guiraud, ob. cit., p. 393 y los demás textos mencionados.

XVII

LA *PULVERIZACIÓN* DEL SUELO

Otra anomalía tenía lugar en la propiedad inmueble del Ática con el fraccionamiento en lotes cada vez más pequeños, a lo cual hoy se da el nombre de *pulverización* del suelo; este hecho es el extremo opuesto de la concentración y producía efectos sociales análogos. Nos lo comprueba, si no directamente, al menos de un modo indirecto, el censo del final del siglo IV; por lo demás, era la consecuencia natural de un sistema de sucesión que, no reconociendo el derecho de primogenitura,[172] a cada cambio de dueño por causa de defunción, dividía aún más los ya divididos pedazos. La ley,[173] y cuando no la costumbre de pagar en dinero las partes de las herencias, si bien evitaba una mayor división de la propiedad, en cambio la recargaba con deudas, poniéndola en condiciones cada vez peores y en una situación insostenible. La pequeña propiedad, aunque sobrevivía, estaba sujeta a una crisis permanente.

I. La situación de la pequeña propiedad

Las mismas carestías que según Demóstenes enriquecían a los agricultores eran favorables a los grandes propietarios que tenían muchos productos que vender, pero no a los pequeños que se habían cargado de deudas durante los malos tiempos, y cuando llegaba la buena época, oprimidos por la competencia, no conseguían pagarlas con su exigua cosecha. La pequeña propiedad se encontraba en una situación semejante a de la ac-

172. Caillemer, *Le droit de succession légitime à Athènes*, París, 1879, p. 30.

173. Según Aristóteles, *Política*, p. 1265b, II, 3, 6, que considera la hipótesis abstracta de la sucesiva subdivisión de los bienes familiares; y según la interpretación dada por Guiraud (ob. cit., p. 397), Platón, "Le socialisme en Grèce", en *Devenir social*, 1895, p. 528.

tualidad, cuyo íntimo malestar ha sido tan bien definido y revelado primeramente por Marx y después por otros muchos, en lo que a la Francia del Segundo Imperio se refiere. En aquel país clásico de la pequeña propiedad, según un cálculo hecho en 1815,[174] más de un millón ciento un mil cuatrocientos veintiún habitantes poseían media hectárea por cabeza. Y decía Marx: "En el curso del siglo XIX, el usurero de la ciudad ha usurpado el puesto al usurero feudal, la hipoteca ha venido a sustituir el tributo al señor, el capital burgués ha reemplazado a la propiedad fundiaria de la nobleza. El pedazo de tierra del campesino es sólo un pretexto para que el capitalista pueda sacar intereses y rentas del cultivo, dejando al agricultor el trabajo de preocuparse para poder ganar su salario. La propiedad desmenuzada produce un exceso de población ociosa que no encuentra su centro ni en el campo ni en la ciudad, y que corre tras los empleos del Estado como detrás de una respetable limosna".[175]

Fragmentos de las cuentas del impuesto de una centésima sobre las ventas, pertenecientes, precisamente, a la segunda mitad del siglo IV, nos hacen ver que mientras en las grandes propiedades las ventas ascendían a trece, veinte talentos y aún más, y a cuatro mil ochocientas treinta y siete dracmas, se reducían para los pequeños huertos a doscientas cincuenta dracmas, habiendo trozos de cien y ciento sesenta y dos; se observa también el caso, lo cual no deja de ser una prueba para la concentración de la propiedad, que una misma persona, Diofanto Sfetti, aparece tres veces sucesivas como comprador, y otras dos, Mantiteo y Atarbo, adquieren cada uno dos lotes distintos.

174. *Jahrbücher fur Nationalökonomie u. Statiskik*, Hildebrand, 1867, p. 494.
175. Marx, *Le dix-huit Brumaire...*, p. 108.

XVIII

LA CONCENTRACIÓN DE LA RIQUEZA

Si de la concentración de la propiedad fundiaria, estorbada o atenuada por las circunstancias especiales del Ática, pasamos a la concentración de la fortuna en general, encontramos que todo contribuía a favorecerla.

Entre otras cosas, los impuestos públicos.

Sin tratar de sustituir hipótesis no probadas por otras alambicadas y aun menos justificadas, es preciso reconocer que el carácter progresivo del impuesto, bien en la forma concebida por Rodbertus,[176] bien en la aceptada por Böckh,[177] se apoya sencillamente sobre una hipótesis. Si conservamos en toda su integridad esta última, basta dar una ojeada al cuadro demostrativo que redactó para comprender que aquella progresión estaba dispuesta de modo que dejara un gran margen y un medio de acumulación creciente a las grandes fortunas, y que los obstáculos puestos al crecimiento de éstas eran inferiores al peso que cargaban sobre las medianas y pequeñas.

I. Los efectos del sistema tributario

Dígase lo que quiera acerca de la proporción de los impuestos, se sabe que fueron usados con relativa frecuencia en tiempos de Nausinico;[178] y los gastos ordinarios y extraordinarios que tuvo Atenas y a los cuales tuvo que proveer con lo suyo,[179] al disminuir los ingresos del extranjero,

176. *Jahrbücher fur Nationalökonomie u. Statistik*, VIII, pp. 453 y ss.

177. Böckh, *Staashaltung...*, I y II; Thumser, *De civium Atheniensium muneribus,* 1880.

178. Lipsius, "Die Athenische steuerreform in jahr der Nausinikos", en el *N. Jahrbücher fur classical Philosophie*, 1878, p. 288; Guiraud, ob. cit., pp. 522-532.

179. Demóstenes, *De cor.*, p. 292; Busolt, *Der Zweite athenische Bund*, p. 860.

nos pueden dar una idea aproximada de ello. No es aventurado creer que sucediera entonces lo que suele suceder siempre que se trata de un impuesto gravoso, que los primeros en resentirse y sucumbir son precisamente los menos ricos, bien por efecto directo, bien por reflexión. Que los más ricos terminaron por echar sobre los más pobres el peso de la triarquía lo dice claramente Demóstenes, y aunque añade que con su ley se reparaba el daño, falta saber qué efectos prácticos hubiera tenido. También la localización de la triarquía llegaba a constituir un medio de utilidad.[180] La obligación que tenían los ricos de anticipar la contribución y que parecía un perjuicio para ellos se convertía, en sus manos, en un medio para sacar provecho. Y todos los remedios imaginados, hasta el radicalismo del cambio de fortunas, no obtenían resultados prácticos si se daba entrada a toda clase de fraudes, de lo cual tantos ejemplos tenemos.[181]

Y a todo esto se añadía un continuo aumento de las necesidades diarias y del lujo que renovaban las casas,[182] usos y modas, fomentando la emulación en el gastar y disipar en la vida privada y pública,[183] haciendo siempre más importantes y frecuentes las deudas, inestables las fortunas y continuas sus alternativas, y desarrollando, como consecuencia, el deseo de la ganancia, el valor de la riqueza y el apetito y los medios de un rápido enriquecimiento. Estos hechos, ora señalados explícitamente por los oradores, ora revelados por fenómenos que constituyen sus síntomas, tienen gran eco en las comedias del siglo IX, en las cuales se saca, a cada momento, alabándola o deplorándola, la omnipotencia de la riqueza, rodeada de consideraciones, amistades, comodidades y adulaciones, y es en opinión y en la esperanza de quien la persigue algo parecido "a la inmortalidad". En contraste con esta riqueza que cada día se siente y se hace más fuerte, la pobreza se presenta como algo que deprime y da miedo.[184]

180. Demóstenes, en *Mid.*, p. 540, 80; Hermann-Thumser, *Staatsalterlumer*, I, p. 703.
181. Demóstenes, c. *Phaenip.*, pássim.
182. Demóstenes, c. *Aristocr.*, pp. 206-208.
183. Thumser, ob. cit., 1880, pp. 83 y ss.
184. Menandro, *Frag.*, Didot (ed.); Philem., *Frag.*, Didot (ed.).

XIX

LAS CONDICIONES ECONÓMICAS Y LA VIDA MORAL. EL MATRIMONIO Y LA CLASE MEDIA

Los efectos morales de este estado material se reflejaban naturalmente sobre toda la vida social, en la que volvían a reflejarse de nuevo creando un nuevo orden de consecuencias económicas. Según Aristófanes, las mujeres –ya difamadas por Eurípides a pesar de haber escrito la tragedia *Alcestes*– perdían en consideración tanto más cuanto ganaban en poder, arrogancia, costumbres lujosas y disipadoras, y el matrimonio se iba haciendo cada vez más temible, odiado y despreciado. Y si es verdad que sólo tenemos fragmentos de aquellas comedias, son fragmentos en los que la vida es observada desde un punto de vista completamente real, y de todos modos constituyen una prueba de ello la frecuencia con que se repite el mismo motivo y la calidad de las imágenes evocadas. La *fiera cruel*, el *mar traidor* y la *tempestad* son las únicas expresiones de comparación capaces de dar una idea clara de la mujer.[185] A la cadena corta y resistente, cuando no perpetua, del matrimonio, se prefería la fugitiva distracción de la mujer-vampiro, como la representaba Menandro en su Taide, "atrevida y risueña al propio tiempo, de maneras insinuantes, causando enojos, cerrando la puerta al amante, siempre pidiendo algo, no amando a nadie y fingiendo amor a todos"; se prefería hasta la profanación del amor, por la cual Filemón tributaba a Solón elogios no del todo irónicos, como alguien pretende. Si "la pobreza ya es por sí sola una desgracia, cuando se le añade el amor, la desgracia se duplica"; se rehúye el matrimonio para no hacer más difícil la propia situación y, como sucede siempre, lo evitaban no sólo los más pobres, sino las personas mediana-

185. Menandro, *Frag.*, Didot (ed.), pp. 1, 3, 7, 32, 41, 53I, 55VI, 62 LIV, 66CII, CIII, CIV, CV, etc.

mente acomodadas, que con gran dificultad conseguían mantenerse en equilibrio y no querían empeorar su estado. Y como consecuencia general, el auspicio, consejero y regulador del matrimonio, era la dote. Un marido que no anduviera a la caza de dotes era también, en aquellos tiempos, una cosa digna de ser conocida. Ya no se compraban las mujeres por pares de bueyes, como en tiempos del viejo Homero; entonces se pescaban los maridos con el cebo de las dracmas, aunque no siempre contantes y sonantes. El desembolso era el motivo y la base de todo matrimonio y terminaba por sujetar el marido a la mujer. La frecuencia e importancia de las dotes en el matrimonio, además de las pruebas que hallamos en las comedias, son confirmadas por los oradores y los epígrafes. Si bien las dotes de diez talentos constituían un caso raro y una dote de cinco no era muy frecuente, no por esto faltaban dotes de bastante importancia: en Atenas, los epígrafes nos dan ejemplos de dotes de un talento y aun superiores; por último, en Mykonos, durante la época macedónica, se ven dotes de diez mil y catorce mil dracmas, sin hablar de la canastilla, que no solía ser de poco valor.

Este carácter de las uniones matrimoniales, por una parte haciendo raros los casamientos en la clase media y por la otra favoreciendo las bodas entre los más ricos, debía llegar a disminuir la clase media, favoreciendo una continua concentración de fortunas y colocando frente al número siempre más reducido de los ricos un número siempre mayor de proletarios toda vez que éstos, por su mismo estado y la posibilidad de emplear en un trabajo retribuido a todos los miembros de la familia, no encontraban, incluso en aquel período económico, un obstáculo tan grande a la propagación. Hasta en Esparta la extendida costumbre de las dotes y su incremento habían producido análogas consecuencias.

XX

LAS CONDICIONES ECONÓMICAS Y LA POBLACIÓN

"Si permaneces ocioso, aunque seas rico, te verás pobre", dice uno de los fragmentos de Menandro; y responde plenamente a las circunstancias de aquellos tiempos en que la inseguridad, la multiplicación de las necesidades y la circulación siempre más vertiginosa de la riqueza alimentaban la fiebre de la especulación y fomentaban el espíritu de iniciativa, incitando al comercio y a las empresas. Se intentaban nuevas industrias, puesto que al difundirse las usuales, la venta de productos en los mercados extranjeros era limitada por la competencia de la indígena. Y se trataba de aclimatar en Atenas, importando la materia prima, la fabricación de objetos de lujo, que cada día respondían a nuevas necesidades y que antes se importaban ya fabricados.[186]

1. El incremento de la industria

El desarrollo de la industria hacía indispensable, en muchas de sus ramas, un capital inicial y, si no en todas en más de una, el capital más fuerte adquiría predominio sobre las demás y daba mayores rendimientos de los que proporcionalmente le correspondían. No todas las industrias y oficios permitían la adquisición de un gran desarrollo, pero donde éste era posible surgía y se extendía la manufactura, abrazando varias ramas de la producción y llegando a emplear hasta ciento veinte personas.[187] Se ha demostrado que la manufactura no estaba en condiciones de poder hacer con éxito la competencia a los artesanos que trabajaban en sus casas,

186. Hermann-Blümner, *Privatalterthümer,* Doctor Ausg., p. 437.
187. Böckh, *Staatshaltung...*, I, pp. 49 y ss., 57 y ss., 73, 135 y 625.

toda vez que no podía sacar partido del empleo mecánico de las fuerzas naturales.[188] Es cierto que la manufactura no era la gran fábrica moderna, pero era indudablemente el único órgano, o por lo menos el más apropiado, para la producción de objetos que exigiesen el concurso de muchas personas y el anticipo de un capital de relativa importancia. Y en ciertas ramas de la producción podía obtener, con la división del trabajo y el uso de instrumentos adecuados, productos más perfectos. "La manufactura –dice Marx– no podía abrazar en toda su extensión la producción social ni transformarla radicalmente. Se elevaba sobre la amplia base de la industria rural casera y la constituida por los artesanos de la ciudad. Y al adquirir un desarrollo mayor que el de su reducida base técnica, se encontró en oposición con las mismas exigencias de la producción que ella misma había engendrado."[189]

El capital que buscaba colocación y la posibilidad de aprovechar más fácilmente medios y fuerzas útiles favorecía el sistema de las contratas para la ejecución de las grandes obras públicas, como, por ejemplo, la reconstrucción de las murallas y la construcción de un arsenal en Atenas, la desecación de un pantano en Eretria[190] y otras obras públicas en Delo, Tegea, etc.,[191] de las cuales tenemos las condiciones de la contrata. Hechos y circunstancias que facilitando mayor ganancia a quien más dinero tenía, sobre todo faltando en las subastas, como así sucedía ordinariamente, las condiciones restrictivas que vemos en el epígrafe de Tegea, contribuían a la acumulación de la riqueza en un círculo relativamente restringido y hacían más grandes las diferencias de fortuna.

Las empresas y el comercio tenían, como es natural, sus peligros y riesgos, realizando con las ruinas de los comerciantes una selección inversa en perjuicio de los menos ricos y en favor de los más poderosos.

188. Brants, "De la condition du travailleur libre à Athènes", en *Revue de l'enseignement publique,* Bélgica, 1883, pp. 106-107.

189. *Das Kapital,* I, p. 564.

190. *Recueil d'inscriptions juridiques grecques,* I, pp. 143 y ss.

191. *Bull. de corr. hell.,* XIV, 1890, pp. 462 y ss.; Hermann-Thalheim, *Rechtssalterthümer,* II, pp. 115-116; Hermes, XVII, 1882, pp. 4 y ss.; Cauer, *Delectus,* nº 457.

II. Las condiciones de la población y el trabajo libre

La imagen económica y demográfica de Atenas al finalizar el siglo IV nos la da, aunque nada detallada y sólo a grandes rasgos, la reforma constitucional realizada por Antipeter en el año 322 a. C., la cual nos revela que de veintiún mil ciudadanos, más de doce mil no llegaban a tener un patrimonio de dos mil dracmas. Cuántos de estos doce mil eran proletarios no se sabe; pero de todos modos se puede asegurar que, aun cuando su patrimonio no estuviera reducido a la casa que habitaban, tenían que recurrir al trabajo para alimentarse ellos y sus familias. El pequeño pedazo de tierra sólo producía desilusiones al agricultor: Menandro hace decir a un labrador que su campo con *verdadera justicia* le devuelve tanta cebada como sembró; y según Filemón, parece que "el campo se quiere vengar de quien le araña y le raja; de veinte medimnos de cebada apenas devuelve trece: en una palabra, es un verdadero ladrón"; y el agricultor, sigue diciendo, "vive de esperanzas y siempre confía en ser rico... el año siguiente". El número de los liturgios,[192] limitado a mil doscientos con un patrimonio superior a dos talentos, y todos los demás datos antes citados que parecen atestiguar una concentración siempre creciente de la riqueza, inducen a creer que también entre los nueve mil, algunos apenas alcanzaban un capital de dos mil dracmas, y por consiguiente aun éstos se veían obligados a pedir al trabajo los medios de subsistencia. Y es notable ver cómo en las comedias se iba abriendo camino el concepto de la necesidad de trabajar para vivir, que, naturalmente, contribuía a eliminar cada vez más los prejuicios respecto del trabajo manual. "Saca de donde puedas tu subsistencia, siempre que no cometas malas acciones", dice Menandro.

192. En Atenas se llamaba liturgios a los que desempeñaban determinados oficios públicos honoríficos, corriendo a su cargo todos los gastos que ocasionaba. En general se referían al culto, remontándose su origen a Solón. Esta carga impuesta a los ricos fue al principio una especie de compensación de sus privilegios políticos; pero cuando fueron despojados de ellos por la democracia no se les eximió de aquel deber, y a cambio de satisfacciones del amor propio tuvieron que realizar gastos exorbitantes que no podían restringir a menos de desacreditarse. Estaban obligados a aceptar las liturgias de todos los ciudadanos domiciliados en Atenas, extranjeros incluso, que disfrutaran de un determinado capital, no quedándole más remedio al nombrado, si creía el nombramiento injusto, que designar a otro más rico a quien se transmitía la carga, a menos de aceptar el cambio de fortunas.

"La ociosidad –añade el mismo autor– no alimenta a los holgazanes."

Y dice Filemón:

"–¡Oh, Cleón, deja la charla!; si tardas en aprender, sin darte cuenta habrás privado a tu vida de sostén. Un náufrago no se salvaría, si socorrido no llega a hacer pie; ni un hombre empobrecido podría asegurarse la subsistencia si no aprendió oficio alguno.

–Pero yo poseo un capital.

–Pronto se acaba.

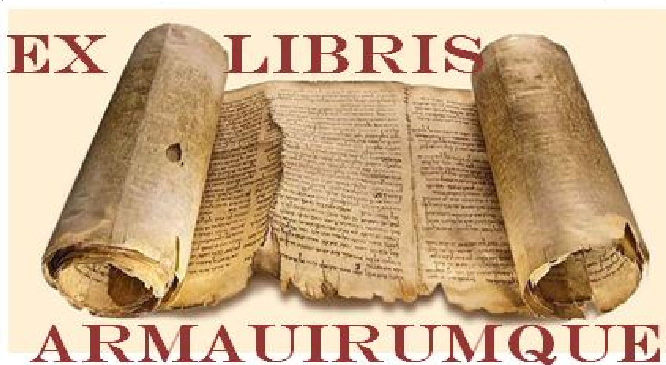
–Tengo tierras, casas.

–No ignoras las alternativas de la fortuna, que de la noche a la mañana convierten al acomodado en mendigo. Si alguien entró en el puerto del arte y echó el ancla, se puso en cobro; quien no es experto en algún oficio y llega a ser arrastrado por el huracán, no hay modo en la vejez de salvarse de la miseria.

–Pero, por los dioses, tengo socios, amigos, compañeros que me prestarán ayuda.

–Ruega a los dioses que no tengas necesidad de acudir a los amigos, pues así no advertirás que sólo son una sombra".

Y las ocasiones de trabajo no podían faltar, bien en la construcción de obras públicas en tiempo de Licurgo, bien en las múltiples necesidades ordinarias y de lujo cada día más desarrolladas en Atenas.



XXI

LA CANTIDAD DE LOS ESCLAVOS EN EL ÁTICA

Entretanto, ¿en qué condiciones se encontraba el trabajo servil, y cuáles eran su acción y sus funciones respecto del trabajo libre?

Según pretende un fragmento de Ctesicles, un censo hecho por Demetrio Falereo, cuya fecha no se puede precisar con seguridad por las lagunas de texto, pero que es probable que fuera hecho en 309,[193] nos indica la existencia de cuatrocientos mil esclavos en el Ática, cifra que se puede considerar como exagerada, bien se compare con el número de ciudadanos (21.000) y el de metecos (10.000) o se refiera al área del Ática y a su población.[194] Hay que confesar que este dato siempre inspiró poca confianza, y si bien encontró en Böckh[195] un defensor y aun tenga quien le preste fe,[196] desde David Hume ha ido perdiendo terreno y siendo puesto en duda; y ya no es posible tenerlo en cuenta, sobre todo después del descubrimiento de la relación de los tributos de Eleusis sobre la producción de cereales en el Ática. Se ha tratado de llegar, por medios indirectos, corrigiendo textos y calculando la producción, importación y consumo de cereales, a determinar el número verdadero de esclavos a fines del siglo IV; y el hecho mismo que este número ha llegado a ascender a ciento veinte, a ciento ochenta, a doscientos tres mil[197] y a cien mil en el caso más desfavorable[198] nos hace ver que al afirmar y reconstruir, no hemos llegado, ni de lejos, a los resultados conseguidos al negar y demoler.

Ya he tratado de demostrar en otra parte[199] que todos estos datos no

193. Böckh, *Staatshaltung...*, I, p. 48.
194. En 1879 los habitantes del Ática y Beocia ascendían a 185.000. *Encyclop. Brit.*, XI, p. 85.
195. Böckh, *Staatshaltung...*, I, pp. 42 y ss.
196. Curtius, *Die Stadtgeschichte...*, p. 230.
197. Wallon, ob. cit., I, p. 277.
198. Beloch, *Die Bevölkerung...*, 1886, p. 98.
199. "Il numero degli schiavi...".

tan sólo están faltos de certeza, sino también de una base positiva, y forman parte "de aquella estadística de conjeturas que, como dice Engels, sirve para desviar y es peor que la falta de toda estadística".[200]

Trataré ahora de ver si es posible deducir de los hechos, circunstancias y sentimientos de aquella época algún síntoma que en pleno siglo IV nos señale un inicial decaimiento de la esclavitud, y el germinar de la semilla que al irse desarrollando debía disolverla y eliminarla.

A fines del siglo V y principios del IV, la masa de los esclavos en Atenas había sido disminuida y casi aniquilada. Hubiera sido necesario reconstituirla y no era empresa fácil. El empleo de los esclavos se iba difundiendo por las múltiples exigencias de la vida y la diversa distribución de la riqueza, lo mismo en Grecia que en toda la cuenca del Mediterráneo, saliendo de un estadio económico más sencillo y primitivo. Esto, unido a la acción de otros países en que la esclavitud se iba sustituyendo por el salariado, mantenía al nivel primitivo el precio de los esclavos, aunque a veces lo hacía subir el menor valor de la moneda.

I. El trabajo agrícola en el Ática

Atenas demuestra haber alcanzado en el siglo IV un grado elevado de desarrollo económico al conseguir reanudar las tradiciones del siglo precedente y rehacer, de un modo menos chocante dado el ambiente en que se desarrollaba, el camino ya recorrido y truncado violentamente, aprovechándose de la experiencia, tentativas, aptitudes y resultados conquistados en tiempos pasados. Pero no es posible olvidar que la disputada hegemonía y ambicionada primacía de Esparta, la disolución de la segunda Liga Marítima, la obstinada enemiga de Eubea, y el creciente poder macedónico hacen del siglo IV, para Atenas especialmente, una serie inacabable de guerras, interrumpidas por cortos períodos de paz, como el del gobierno de Eubolo, y reparadas en parte por breves épocas

200. Pöhlmann, *Die Ueberbevölkerkung der antike Grosstädte*, Leipzig, 1884, p. 22.

de sabia administración como la de Licurgo. Muchas veces, y especialmente al finalizar la guerra con los aliados, en medio de aquella prosperidad a menudo exagerada y disfrazada de hermosas y engañadoras apariencias con las cuales se adornaba, Atenas se había encontrado en momentos de verdadero peligro; y sus internas energías, de las cuales entonces procedía toda su fuerza, aparecían disminuidas y esterilizadas por la acción combinada de aquellas nefastas causas que impedían su expansión y la agotaban en sus mismas fuentes.

Si Atenas pudo hacer frente a tanta influencia maléfica y llegar a conservar cierto grado de prosperidad, lo debió al despertar de su actividad, que inclinó a sus habitantes con renovado ardor al trabajo, a la producción y sobre todo al comercio, que era entonces el mejor camino para enriquecerse. La forma elemental y tosca de parasitismo, que consistía en sacar tributos a los aliados y en el interior del país vivir ociosos a costa de los siervos, empezaba a ceder el turno a otra forma de parasitismo más compleja y por lo mismo mejor disfrazada.

La propiedad fundiaria, aunque laboriosamente, se iba poco a poco concentrando y podría parecer, a primera vista, que esto fuera un elemento favorable al incremento de los esclavos agrícolas. Pero a un efecto contrario conducían la naturaleza del suelo ático, poco productivo, la extensión que iba tomando el cultivo de los cereales, el aumento del proletariado agrícola y de aquel casi proletariado de pequeños propietarios, que no bastándoles su pedazo de tierra debían convertirse lentamente en mercenarios y arrendadores. Como ya se ha dicho antes, el cultivo de los cereales debía ser favorecido por su creciente precio, por la destrucción de las viñas durante las invasiones del Ática (Lysia habla de olivares destruidos) y por la competencia, cada vez mayor, de los vinos extranjeros, que llegaron a conseguir que no se hablase de viñas en todo el país. También se ha observado [201] que, por su misma índole, el cultivo de cereales, como no exige un trabajo continuo y seguido, tiende a limitar el empleo de los esclavos sustituyéndolos por trabajadores tomados a jornal según las necesidades, especialmente donde la tierra no es lo bastante generosa para permitir la

201. Cairnes, ob. cit., pág. 51, 53 y ss.

disipación a costa de la producción, ni tan abundante para consentir una continua alternarcia de áreas cultivables. En algunas regiones del mediodía de Italia, donde el cultivo de cereales se hace sin ayuda de medios mecánicos y hasta los mismos animales sólo son empleados en la trilla, bastan de cuarenta a cuarenta y cuatro jornales por hectárea para todas las operaciones, desde la preparación del suelo hasta la recolección. Además, al realizarse al mismo tiempo las labores análogas, se impide el empleo sucesivo del mismo trabajador.

El cultivo del olivo, más persistente en el Ática que el de la vid, por lo que podemos deducir de lo mucho que se le menciona, no se llevaba a cabo precisamente para favorecer el empleo de los esclavos.

Por otra parte, pertenecen precisamente al siglo IV las menciones de alquileres para los trabajos agrícolas; menciones que tienen gran valor, aun en el caso de que el trabajo alquilado fuera hecho por esclavos.

Pertenecen por lo tanto a esta época los documentos de alquileres, que empiezan por ser muy bajos, de diez a cincuenta y cuatro dracmas en el Ática y de diecisiete dracmas en Delo. Lysia hace referencia, en breve espacio y repetidamente, a estos pequeños precios.

XXII

LAS RELACIONES ENTRE EL DESARROLLO DEL COMERCIO Y DE LA INDUSTRIA

Lo anterior se refiere integramente a la agricultura.

Pero hay que tener en cuenta la industria, y los datos que tenemos de los esclavos empleados en las fábricas de Atenas han llevado fácilmente a la exageración de su número, y a deducir que toda la industria estaba en sus manos.

Ante todo, es preciso no exagerar su desarrollo en la Antigüedad, y en Atenas en particular. La gran importancia del capital comercial y el predominio de éste sobre el capital industrial nos demuestran precisamente que la industria se encontraba en un nivel inferior. El comercio, que recogía en grandes cantidades la producción de cada uno de los productos y los distribuía después, suplía la falta de grandes centros de producción, y encontraba en ello la razón de su predominio e importancia y la fuente de sus enormes ganancias. Constituía el origen y la causa de la gran producción, pero su desarrollo está en razón inversa del de ésta; y la hegemonía del capital comercial en la Antigüedad es un síntoma de poco desarrollo industrial.[202]

"En las épocas que preceden a la sociedad capitalista, el comercio domina a la industria; en la sociedad moderna sucede lo contrario. El comercio reaccionará naturalmente, más o menos, sobre el ambiente en el cual se desarrolla; sujetando, cada vez más, la producción a los cambios, haciendo depender de ellos la prosperidad y existencia de la venta, antes que del uso inmediato del producto. Así va destruyendo las antiguas relaciones y aumenta la circulación de la moneda, recogiendo no solamente la exuberancia de la producción, sino que, poco a poco, va envolviendo en su engranaje y bajo su dependencia todas las ramas de aquélla."[203]

202. Marx, *Das Kapital*, III, 1, p. 310.
203. Ibíd., III, 1, pp. 314 y ss.

I. El trabajo en las manufacturas

Uno de los efectos de este proceso económico era la creación de las manufacturas en Atenas; pero, como ya se ha visto, éstas sólo abrazaban algunas ramas de la producción. Y el empleo de los esclavos encontraba su razón de ser y su utilidad en la división del trabajo que allí podía realizarse en un grado máximo.

"La ignorancia –dice Marx– es la madre de la industria, como de la superstición. Reflexión y facultad imaginativa están siempre sujetas al error; pero la costumbre de mover el pie o la mano sólo depende del uno o de la otra. Y así se ha podido decir, de las manufacturas, que su perfección estriba en poderse privar del espíritu de manera que el taller puede ser considerado como una máquina cuyos órganos son los hombres." [204]

La sucesiva división del trabajo que resolvía y descomponía, en un trabajo sencillo y del todo material, la complicada elaboración técnica de un producto, no podía encontrar nada mejor que el esclavo, que aquel instrumento animado, adaptándose como un útil automático, a realizar un trabajo monótono y extenuante. La materialidad de un trabajo reducido a sus más sencillos elementos permitía, según la distinta clase de productos, emplear esclavos aunque no fueran muy expertos en un trabajo especial o educarlos, en un tiempo relativamente corto, para un trabajo del todo mecánico, y como consecuencia comprarlos muy baratos. Y así, mientras los esclavos de Demóstenes empleados en la fábrica de armas, en donde se exigía una mayor habilidad, valían de cinco a seis minas cada uno, los esclavos fabricantes de muebles valían menos, cuatro o tal vez dos minas, si se admite que constituían un empeño igual al valor del crédito. Además, en una manufactura que representaba el ejercicio continuo y seguido de una industria, un personal fijo y constante era de una importancia no despreciable, ignorándose si, como alguien supone, [205] junto a este personal fijo era también empleado, especialmente en vista del temporal aumento y concentración de la producción, cierto número de trabajadores libres.

204. Marx, *Das Kapital*, I, p. 365; Tuckett, *A history of the past and present state of the labouring population*, Londres, 1846, I, p. 149.
205. Brandts, ob. cit., p. 110.

De todos modos, junto a la manufactura, y a veces en contra de ella, existía otra clase de trabajo, que porque necesitaba mayor experiencia técnica, un cambio continuo de lugar en quien la ejercía o por otras razones análogas, sostenía y desarrollaba la clase de los trabajadores libres.

"Aunque –sigue diciendo Marx– el fraccionamiento del trabajo técnico rebaje el coste de la producción y con él el precio de los trabajadores, se necesita siempre, por parte del aprendiz, un largo tiempo de noviciado, que es severamente respetado por todos. Por ejemplo, encontramos en Inglaterra en todo su vigor el *laws of apprenticeship*, con su aprendizaje de siete años, hasta el fin del período de la manufactura, y sólo lo vemos eliminado con la gran industria."[206]

Otra condición para el empleo del trabajo servil es que se pueda realizar en un espacio reducido, de modo que la vigilancia sea fácil, poco costosa y despierte en los esclavos el temor, que es para ellos impulso al trabajo, como lo es para los libres la necesidad y la esperanza.[207] La manufactura y la industria minera complican este requisito, pero no sucedía lo mismo con otros ramos del trabajo.

206. *Das Kapital*, I, p. 371.
207. Cairnes, ob. cit., pp. 44-45.

XXIII

LA POTENCIA DEL DINERO Y LA ESCLAVITUD

También es signo y efecto de un cambio en las condiciones de la producción el concepto, en parte observado antes, de la riqueza y la pobreza.

El comercio reavivado y convertido en el principal factor de la riqueza hacía cada vez más corriente el espectáculo de fortunas rápidamente hechas y no menos rápidamente disipadas, llevando gradualmente a la eliminación de todo escrúpulo moral. Nos lo prueban los engaños, fraudes y astucias, tan abundantes en las arengas de los oradores. En las comedias encontramos frecuentemente las observaciones de que "el hombre justo no llega a rico" o de que "nadie se hace rico en poco tiempo, manteniéndose justo"; y al propio tiempo, como verdadero reflejo de la época, vuelve con insistencia el otro motivo de lo intolerable de la miseria, y de la omnipotencia de la riqueza. "Hizo muchos infelices quien por vez primera encontró el arte con que el pobre vive; era mucho más sencillo que muriera quien no puede vivir sin padecer"; "el dinero hace esclavos a los libres"; "el oro lo abre todo, hasta las puertas del infierno"; "la pobreza deshonra hasta al bien nacido".[208] La potencia impersonal y omnipresente del dinero, de la cual había dado Aristófanes la más eficaz y sugestiva representación, iba cada día en aumento, siendo más evidente y cambiando las relaciones sencillas y rudimentarias de inmediata dependencia concretadas en la esclavitud. La cual, como más tarde debía observar Ateneo, empezaba a representar, y sobre todo en Atenas, una de las formas del empleo del capital, y se iba restringiendo a aquellos casos en los cuales podía parecer de útil empleo, asumiendo, casi siempre, formas múltiples e híbridas que denotan, de un modo bastante claro, el degeneramiento de la economía servil.

208. Menandro, *Frag.*, Didot (ed.), p. 98, v. 464; p. 100, vs. 514 y 538; p. 98, v. 455.

Se encontraban con relativa frecuencia esclavos empeñados,[209] esclavos alquilados. Y aunque ya lo hice observar, otra vez vuelvo a insistir sobre ello porque aun tratándose de esclavos indica un sucesivo incremento del alquiler del trabajo, e indica, al propio tiempo, el fin de la forma de producción directa, en la cual materia prima, instrumentos de producción y trabajadores pertenecían todos al patrón. Con los esclavos dados y tomados en alquiler empieza el fin de una producción hecha directamente en vista del consumo; se anuncia la separación del capital y de la mano de obra, y el siervo tomado a jornal es anuncio y anticipación del libre asalariado.

Empiezan a ser los siervos, por decirlo así, sencillamente tributarios que no tan sólo ya no son empleados directamente por su amo, sino que están fuera de su dependencia directa, lejos de su vista, que viven aparte y cumplen sus relaciones con el patrón pagándole una parte de su jornal. Y trabajaban, ejercían su oficio, y sobre todo comerciaban, desplegando toda su actividad y poniendo todos los medios para comprar a su amo su libertad.[210] El salariado venía a ser el terreno común en el cual se encontraban y confundían esclavos y proletarios, y en el cual se iba elevando el concepto del esclavo. Por lo demás, ya en el siglo V, con un dejo de sutil ironía, el autor del *Estado de los atenienses* seudojenofónteo hacía notar que si una ley hubiera permitido pegar a los esclavos, metecos o libertos, muy a menudo hubiera recibido los golpes un ateniense, "toda vez que el pueblo no viste mejor que los esclavos y metecos, ni por su aspecto le es superior".

209. Demóstenes, en *Aphob.*, I, p. 816, 9c. *Pantanet*, p. 973, 25; *C. I.* A., II, 1104, 1122 y 1123.

210. Hermes, XXII; Wilamowitz, *Demotikka der attischen Metoekken*, p. 119, n. 1; Clerc, ob. cit., pp. 281 y 283; Meyer-Schömann, ob. cit., p. 751.

XXIV

LA IMPORTANCIA Y LA SITUACIÓN DE LOS ESCLAVOS

El poder del dinero, que como un irresistible nivelador borraba todas las diferencias, repercutía en la posición y situación de los esclavos, los cuales con relativa frecuencia se enriquecían, y "donde los esclavos son ricos –decía el autor del *Estado de los atenienses*–, no es natural que los míos sufran".

Hombres de confianza de los banqueros, coadjutores de los más notables comerciantes, terminaban por convertirse en socios, sucesores y herederos, casándose en segundas nupcias con sus viudas.[211] Y cuando así no era, gozaban siempre de la potencia refleja de sus amos, y se venían temidos, adulados, rodeados de gran número de libres que querían llegar al favor y estimación del amo por conducto del siervo.

Los esclavos públicos, gozando de mayor libertad y mayores prerrogativas,[212] llamados a menudo a poner la mano sobre hombres libres como ejecutores de la ley, hacían desaparecer cada día, con el acto práctico, el abismo que teóricamente debía separar al libre del esclavo. Esclavos públicos atenienses, que sabían escribir, eran puestos al lado de cajeros y generales, para que en su día sirvieran de justificación o prueba acusadora contra ellos [213] y es fácil imaginar qué autoridad y poder llegarían a conquistar a pesar de su estado de inferioridad.

Con esta nueva situación creada a los siervos por la fuerza misma de las circunstancias, y la acción, a menudo inconsciente, de los hombres que debían ceder ante aquéllas, no es de extrañar que se fueran modificando al propio tiempo y de un modo paulatino su situación jurídica y moral.

211. Demóstenes, en *Stephan.*, I, pp. 1102-1103; *pro Phorm.*, pp. 946-948.
212. Meyer-Schömann ob. cit., 752, 664.
213. *Schol.* en Demóstenes, p. 544; Didot, 23, 19.

El *Económico*, de Jenofonte, nos demuestra desde un punto de vista completamente utilitario todo el interés que debían tener los amos en tratar bien a sus esclavos, a lo cual debía contribuir el ejemplo no lejano de lo sucedido cuando la guerra de Decelea.

No se ha podido confirmar que a principios o fines del siglo V tuviese lugar una sublevación de esclavos;[214] pero de todos modos no podía faltar en ellos aquella actitud pasivamente hostil, de la cual se hace eco algún autor, y que en condiciones más favorables debía romper en abierta rebelión en Chío en el siglo siguiente, y poco después en la misma Ática, siguiendo el ejemplo de otros países. Y estos síntomas debían necesariamente inspirar serías preocupaciones.

La situación de los esclavos iba, por consiguiente, mejorando, y a su mejoramiento debía contribuir, no poco, su disminución, pues no en balde esta mejor situación de los esclavos ha sido por largo tiempo invocada como argumento, sino como prueba, del número limitado de esclavos en el Ática.

I. El mejoramiento en la situación de los esclavos

La muerte de un siervo y hasta su maltrato estaban sujetos a pena; y la tutela del esclavo que un siglo antes había tenido una interpretación completamente vulgar, al reflejarse en la conciencia del siglo IV reaparecía bajo la forma de un alto sentimiento ético, de una elevada razón social. "Si sobre esto reflexionáis, ¡oh atenienses! –decía Esquines–, encontraréis en ello una gran verdad; pues si el legislador no se preocupó de los esclavos fue porque, al querer que os acostumbrarais a no injuriar a los hombres libres, os impuso la obligación de tampoco hacerlo con los esclavos. Pues creía que quien en una democracia injuria a otro, cualquiera sea, no es digno de vivir con los demás." Y en el discurso contra Midias repitió, poco más o menos, con palabras casi iguales, los mismos conceptos.

214. Wallon, ob. cit., I, pp. 483-484.

Es verdad que la falta de personalidad jurídica del esclavo hacía que esta tutela fuera, no pocas veces, teórica más que práctica, especialmente en cuanto al amo,[215] pero sin embargo, siempre servía de freno. Mucho más práctico y eficaz era el sistema de refugiarse en lugares sagrados, en especial en el templo de Teseo. Fuera de Atenas, en Andania por ejemplo,[216] se había ido atenuando esta costumbre tan inconveniente para los amos, introduciendo limitaciones cada vez mayores y permitiendo la restitución por medio de los sacerdotes, pero en Atenas el esclavo adquiría el derecho, una vez comprobados los malos tratos, de hacerse vender a otro amo, lo cual era en muchos casos un medio para llegar a la manumisión.[217]

II. El fundamento de la esclavitud

La base moral de la esclavitud había ido flaqueando. Aquellas series no interrumpidas de guerras que convertían alternativamente a los esclavos en libres y a los libres en esclavos; la introducción, ora legal, ora clandestina, de esclavos manumisos entre los ciudadanos; el alternativo descenso y elevación de libres y esclavos a causa de la riqueza y de la ruina; la mayor extensión del horizonte moral e intelectual de los griegos, que iba haciendo desaparecer el desprecio hacia los extranjeros;[218] las más frecuentes relaciones internacionales al aumentar las políticas y comerciales eran las causas que preparaban la concepción del *hombre* a través de los cambios políticos y sociales, y aun más que a concebirlo, a sentirlo.

Por mucho que se esforzasen los filósofos por tratar de dar un fundamento ético y necesario al orden económico o político, por justificar la esclavitud con sutiles sofismas o por apuntalarla excluyendo de ella a los hombres de origen helénico, no faltaba quien negase el fundamento natural

215. Meyer-Schömann, ob. cit., p. 401.
216. Dittenberger, *Sylloge*, n. 338; vs. 81 y ss.
217. Meyer-Schömann, íd., pp. 625 y ss.
218. Meyer, *Die wirtschaftliche...*, Jena, 1895, p. 41.

de la esclavitud;[219] y hasta algún sofista, en su manera de concebir el derecho natural, veía en las relaciones de amos y siervos un sencillo estado de hecho que la violencia había creado y cuyos términos otra violencia podía invertir. En la vida ordinaria, hasta en las subastas el esclavo aparecía con su apelativo de *hombre*; y la comedia, haciéndose espejo de la vida popular y eco de su conciencia, lo confirmaba en la escena. ¡Qué momento más grande aquel en que sobre la escena griega resonaron estos conocidos versos de Filemón!: "No porque uno sea siervo es menos hombre que tú, su amo y señor"; "Si uno es esclavo, es hecho, sin embargo, de su misma carne; nadie fue jamás esclavo por su propia naturaleza; fue la suerte que esclavizó su cuerpo". ¡Y seguramente habría numerosos esclavos entre los espectadores!

219. Aristóteles, *Política*, I, pp. 1233, b, 2 y ss.; Zeller, *Die Philosophie*..., II, p. 170.

XXV

LA UTILIDAD DECRECIENTE DE LA ESCLAVITUD

Por una necesidad a la vez moral y material se atenuaban los rigores de la esclavitud sin que desaparecieran por completo, puesto que los azotes y el tormento en las prácticas judiciales[220] seguían siendo entonces y después una costumbre y una ley. Pero estas mitigaciones no conseguían robustecer la institución, y sucedió entonces lo que se ha dicho de un período posterior de la esclavitud y que puede repetirse de todas las instituciones que van perdiendo su razón de ser económica y social: "Que cuanto más se trata de mejorarla, más fuerza pierde".[221]

Con la disminución de la facultad de usar y abusar, con la restricción del poder ilimitado del amo iba decayendo una de las causas que podían hacer preferible la esclavitud al salariado.

Y en realidad el trabajo libre tendía, cada vez más, a sustituir al trabajo servil, por el efecto continuo y más extendido de antiguas condiciones y el mayor desarrollo de otras nuevas.

La división del trabajo social –que había encomendado a los siervos la ejecución de la producción material para confiar a los libres el servicio de las armas– se había ido debilitando y desvaneciendo poco a poco al librar de este servicio a las clases pudientes, y con la introducción y el desarrollo de la milicia mercenaria. Los proletarios, llamados solamente en casos extraordinarios y excepcionales cuando se trataba de una guerra defensiva,[222] podían dedicarse a un trabajo continuo mucho mejor que los esclavos y metecos, que eran empleados en la flota;[223] y el ejército

220. Meyer-Schömann, ob. cit., pp. 889 y ss.

221. Lange, *Histoire du matérialisme*, París, 1877, I, p. 154.

222. Schaefer, *Demosthenes und seine Zeit*, Leipzig, 1885, I, pp. 5-6; Hermann-Drorsen, *Kriegsalterthümer*. Freiburg, 1888, p. 61.

223. Böckh, *Staatshaltung...*, 1, pp. 90 y ss.; Fränkel, *Anm.*, pp. 17 n., 21 n., 118 y 122.

mercenario descargaba al proletariado de la parte menos estable, más amante de aventuras y menos apta para el trabajo.

Al propio tiempo la esclavitud iba siendo menos útil y provechosa, y del mismo modo que sobre un cuerpo agotado brotan a porfía toda clase de males, salían de su propio seno los caracteres exteriores y los síntomas alarmantes del desarreglo interno que la consumía.

La falta o incertidumbre, sea real o supuesta, de datos incontrastables sobre el precio real de los esclavos, de los cuales conocemos el jornal diario, no nos permite fijar con toda seguridad el rendimiento medio, ni siquiera el máximo o el mínimo de los esclavos, que cada autor calcula diversamente. De modo que si, dejando a un lado la interpretación y corrección de Böckh, se adopta sencillamente el cálculo material, se encuentra que el rendimiento de los esclavos que durante la guerra del Peloponeso era del cuarenta y siete por ciento en los empleados en las minas, desciende en tiempo de Demóstenes al quince y al treinta por ciento en los esclavos empleados en las fábricas de armas y en las de muebles.

Si se consideran las cosas desde otro punto de vista, se sabe que los esclavos mineros de Nicia rentaban un óbolo al día, y por lo menos durante el tiempo de su alquiler su amo estaba garantido contra su mortalidad y en general contra su disminución.[224] Casi un siglo después, los esclavos de Timarco, trabajadores del cuero y por lo tanto aptos para un trabajo especial, rendían dos óbolos diarios, que por el menor valor de la moneda valían menos, y todo lo más igual que el óbolo del siglo precedente; en cambio, el peligro de su pérdida era contiguo y a cargo del patrón.

Aún más; la tendencia a un interés único habría hecho que el provecho obtenido con los esclavos se hubiese nivelado con el provecho obtenido con los otros negocios al inclinarse los capitales a igual ramo de la especulación. Pero si nos fijamos en el tipo de interés, probablemente exagerado, que nos da Demóstenes, se ve que los esclavos no rendían un provecho superior al de las demás empresas comerciales, las cuales, aunque aparentemente más peligrosas, no presentaban en el fondo más riesgos que los sufridos por un capital invertido en esclavos. Su mortalidad –que, como

224. Aeschyl., c. *Timarch.*, 97.

nos lo demuestran los recientes ejemplos de las colonias, se ha mantenido siempre a una elevada altura, llegando a superar la proporción del cinco por ciento, y llegó a reducir la vida media del esclavo a 16 años y aun menos tenía que ser forzosamente más elevada en la Antigüedad; y el rendimiento mayor del esclavo, en el caso más favorable, era absorbido y destruido por la mayor proporción en la mortalidad, la cual, por lo demás, sólo representaba el riesgo ordinario, debiéndose tener en cuenta otros e innumerables peligros extraordinarios que igualaban, cuando no superaban, al anterior.

La pequeña extensión de los Estados griegos y las frecuentes guerras con los Estados más próximos eran una causa permanente de pérdida de esclavos, bien porque en las invasiones los enemigos al retirarse se llevasen consigo un botín de libres y siervos,[225] bien por la gran facilidad con que podían escaparse, a menudo atraídos por los enemigos con la promesa engañosa o real de la libertad. Estas fugas, que preocuparon hasta el punto de constituir motivos de quejas entre los diversos Estados y objeto de cláusulas especiales en los tratados, eran un verdadero obstáculo para el útil empleo de los esclavos y aumentaban los gastos, ya crecidos, de vigilancia y custodia, y que por grandes que fueran eran insuficientes, habiendo llegado a tomar tal incremento que durante la época macedónica tuvieron que hacerse contratos de seguros, lo cual elevaba en ocho dracmas los gastos anuales.[226]

La complicación y la mezcla de intereses llevaban consigo un orden jurídico siempre distinto, extendían la responsabilidad a los amos por algunos hechos de sus esclavos[227] aumentaban, como es consiguiente, los daños y perjuicios. En tiempos más avanzados, pero en países de relaciones económicas menos desarrolladas, el esclavo es castigado, cuando falta, a la pena de azotes; pero cuando se trata de un robo se añade al castigo el pago de una cantidad doble de la robada y una multa de veinte dracmas, por lo que el amo queda obligado, bajo su responsabilidad, a entregar el esclavo al perjudicado en caso de falta de pago.[228]

225. Tucídides, I, 55, 62; Xenof., *Hell.*, I, 6, 15; III, 2, 2; IV, 5, 8.
226. Aristóteles, *Oekonom*, II, 2, 34; Böckh, *Staatshaltung...*, I, p. 91; *C. I.* A., II, 281.
227. Meyer-Schömann, ob. cit., p. 766.
228. Dittenberger, ob. cit., n. 388, vs. 77 y ss.; *C. I.* A., II, 476, vs. 44-49.

XXVI

LA INFLUENCIA DEL PRECIO DE LOS CEREALES EN LA ESCLAVITUD

Otro elemento desfavorable para la esclavitud eran las condiciones en que se encontraba el mercado de los cereales.

Se habla a menudo del precio *medio* de los diversos cereales en la Antigüedad; y ante todo hay que confesar que no tenemos datos suficientes para determinar un precio cualquiera, y mucho menos el precio *medio.* Además, si echamos una rápida ojeada a los precios actuales, vemos que, aun hoy en día, existe una notable y permanente oscilación en los distintos meses, años y mercados.[229] Y, sin embargo, el extraordinario progreso en los medios de transporte, la posibilidad de cultivos más regulares y menos proclives a ser afectados por las causas naturales y la formación del mercado mundial son hechos que debían favorecer una mayor estabilidad, una mayor analogía en los precios. La falta de todas estas circunstancias hacía que en el mundo antiguo, y en especial en los países que vivían de la importación, las oscilaciones fuesen la regla general; y de un mes a otro, de un año a otro año,[230] una incursión enemiga, una mala cosecha, un monopolio, un naufragio eran razones suficientes para provocar un aumento en los precios; y no es preciso demostrar cuán frecuentes son estos acontecimientos y cuánto lo eran en la Antigüedad.

Y así es que los datos de que disponemos nos pueden servir para determinar, no los precios *medios y ordinarios*, sino los precios *mínimos* del período de referencia, en el caso de que no se trate, como tan a menudo sucede, de precios mínimos producidos artificialmente por ventas hechas por particulares y por el Estado para alivio de la población.

229. Rogers, *Histoire du travail et salaires en Angleterre depuis la fin du XIII siècle,* París, 1897, p. 376; Wiebe, *Zur Geschichte der Preisrevolution des XVI und XVII Jahrhunderts*, Leipzig, 1895, pp. 344, 354, 363 y 365-366; Pareto, *Cours d'économie politique*, Lausanne, 1896, I, pp. 272 y ss.

230. *Bull. de corr. hell.*, XIV, 1890, pp. 481-482.

Estos precios mínimos de fines del siglo IV nos dan en Atenas para la cebada un precio de tres dracmas el redimno; para el trigo, el de cinco o seis dracmas;[231] y en Delo, durante el siglo siguiente (282 a. C.), adquiere el trigo un precio de cuatro dracmas y tres óbolos.

Estos precios representan una carestía respecto de los precios mínimos de períodos más antiguos y del principio del mismo siglo IV,[232] y se explica. El aumento de mercados para los países exportadores; la producción del país, si no regularmente decreciente por natural agotamiento, por lo menos abundante; y por último su creciente población son causas todas de un aumento en los precios, a lo cual había que añadir el menor valor de la moneda, y la causa accidental y real de que Atenas no podía, como en otras épocas, asegurarse el predominio sobre el proveedor.

Y las mismas fuentes que nos hablan de estos precios nos dicen, o nos dan a entender, que se trataba de precios de favor y nos hablan poco tiempo después de notables carestías, que en Delo hacen subir el medimno de trigo a diez dracmas y en Atenas a dieciséis y dieciocho, adquiriendo el mismo precio la cebada. Y debían ser cosa corriente tales precios, cuando vemos que los propietarios de tierras realizan grandes negocios y se hacen ricos.[233]

De cuando en cuando, documentos que se extienden hasta el siglo III nos señalan donativos e importaciones de cereales que nos hacen comprender, indirectamente, la penuria que debía sentirse en Atenas. Un epígrafe de fines del siglo III[234] nos habla de los campos desiertos y sin sembrar por culpa de la guerra y de la beneficencia de Euríclides Cefísio que hizo posible la siembra.

A las razones de orden general se añadían los inconvenientes del monopolio. Bastante antes que Cleomenes[235] organizase sus compras en gran escala intentando monopolizar la venta de cereales, no habían faltado es-

231. Demóstenes, *c. Phorm.*, pp. 918-938: *C. I.* A., IV, 834, col. II, v. 75; Corsetti, "Sul prezzo de'grani nell'antichità classica" *en Studi di storia antica*, de Belloch, II, pp. 65 y ss.
232. Guiraud, ob. cit., pp. 557 y ss.; Corsetti, ob. cit., pp. 67 y ss.
233. Demóstenes, c. *Phaenip.*, pp. 1045, 2; 1048, 31.
234. *C. I.* A., II, 311, 312, 314, 379, 809 (325/4, Ch.), 195.
235. Arist., *Oekonom.*, II, 33.

peculaciones en menor escala sobre el precio de los granos; a ellas hacen referencia diversos autores[236] y alude bien claramente Demóstenes en sus discursos. Ya Lisia en su vehemente oración contra los comerciantes de granos nos da un concepto acabado de las artes de estos monopolizadores de cereales y la inutilidad de las disposiciones tomadas contra ellos. "Su ganancia –decía el orador– está en el daño de los demás; ganan mucho más, cuando al ser anunciada una desgracia para la ciudad, venden más caros sus géneros. Y por lo mismo ven con buenos ojos nuestros males, tratan de saberlos antes que nadie y van propalando que las naves se han perdido en el Ponto, que han sido apresadas por los lacedemonios, que los mercados están cerrados o que los tratados están a punto de romperse; y llegan al extremo de engañarnos con las mismas artes con que se engaña al enemigo."

No es preciso insistir mucho para hacer ver que, en tal estado de cosas, el sustento de los esclavos representaba un verdadero gasto siempre creciente y constituía un motivo de continua preocupación, con la inseguridad de los precios y las carestías cada vez más intensas y frecuentes.

En estos períodos difíciles, el Estado y los ricos ayudaban a los ciudadanos libres con provisiones que se vendían a bajo precio y con distribuciones gratis; y no escasean documentos que nos demuestran que se recibían cargas de trigo remitidas como regalo de soberanos y príncipes amigos o aliados.[237] Los ciudadanos libres se ayudaban con las rentas que podía suministrarles un pedazo de tierra y con las retribuciones asignadas a las funciones públicas, que aun cuando insuficientes para proveer al sustento de un individuo o de una familia, servían de ayuda, especialmente en los malos tiempos. Ayudaba también la beneficencia, cuyo sentimiento, según se deduce de algunas manifestaciones teóricas, empezaba a desarrollarse entonces;[238] y los que tenían algún defecto orgánico eran, aun cuando de un modo insuficiente, socorridos por el Estado.

Obligados por la necesidad, los libres recurrían a toda clase de

236. Böckh, *Staatshaltung...*, I, p. 106.
237. Demóstenes, *c. Phorm.*, p. 918, 37, 38.
238. *C. I.* A., II, 195, 311, 312, 3 14; *Bull. de corr. hell.*, VI, 1882, pp. 1 y ss., 102 y ss.

expedientes para ganarse la vida, bien en su país, bien fuera de él; se entregaban con verdadero ardor al trabajo, produciendo naturalmente con la sobra de brazos una baja en los jornales, que tenía como consecuencia inmediata la eliminación del trabajo servil.

Las distribuciones y las ventas de cereales a bajo precio aprovechaban solamente a los libres y no a los esclavos; y éstos, durante las carestías de los géneros alimenticios, debían representar para sus amos una verdadera pérdida, un daño evidente y una ganancia menor. Seguramente era en momentos y circunstancias parecidas, antes que la dependencia de la esclavitud fuera sustituida por la esclavitud del salario, cuando se veía bien clara la ilusión de una libertad nominal y se exclamaba: "¡Cuánto mejor es encontrar un buen amo que vivir libre, mal y en la miseria!".[239]

Y claro es que si al que debía ser sustentado podía parecer ventajosa la condición del esclavo, la cosa debía cambiar completamente de aspecto para el amo que debía sustentarlo.

239. Philipp, *p.* Stob., *Serm.*, LXII, 35.

XXVII

LA DEGENERACIÓN PROGRESIVA DE LOS ESCLAVOS

Por si lo anterior no bastase, la clase de los esclavos estaba sujeta a una continua y progresiva degeneración. Con la desaparición de todo fundamento moral de la esclavitud y al quedar reducida a un puro estado de hecho y a una violencia legal, se iban abriendo camino una esperanza y un propósito de redención general; y fermentaban ocultas y persistentes la envidia, el rencor y el deseo de oponer una fuerza a otra fuerza, de sustituir un poder a otro poder, cambiando los siervos en señores.

En donde se encontraban reunidas grandes masas de esclavos o de siervos y el terreno era favorable a la conspiración, el malestar surgía en rebeldía abierta, como en Laconia y en Chío en el siglo III y después en los dominios romanos. Y donde la abierta insurrección era menos fácil o imposible, la astucia, el engaño y el fraude tomaban el puesto de la violencia y se traducían en una reacción sorda y continua, tanto más peligrosa e indomable cuanto más oculta e incoercible.

La servidumbre rebaja y corrompe, pero por una ironía de la suerte también lleva, inconscientemente, su venganza sobre los parásitos dominadores; y cuanto más bajo cae, encuentra en sus mismas abyecciones, como la miseria, como las demás negaciones de la solidaridad humana, un veneno sutil y seguro con el cual arrastra por la senda de la perdición a opresores y oprimidos.

La comedia clásica se mueve en gran parte alrededor de este tipo de siervo corruptor y corrompido, amigo e infiel, lleno de recursos y embustero, que fomenta los vicios del hijo de familia y es el inagotable autor de todas las complicadas intrigas que minan la vida económica y moral de la casa. Los romanos, al acudir a la Antigüedad clásica y copiar las formas aptas para expresar análogas situaciones de la vida, llevan este mismo tipo a la escena, enseguida que lo encuentran prácticamente en la vida

real; pero hay que tener presente que la comedia griega fue la que primeramente lo descubrió y lo supo retratar en el vertiginoso movimiento contemporáneo, y lo ha conservado hasta nuestros días, animándolo del soplo imperecedero del arte. "¿Para qué ser fiel y económico, si el amo lo disipa todo? Si no tomas nada para ti, te habrás mortificado y no le habrás hecho ningún favor." Un siervo fiel tenía aun mucho precio. "Si por casualidad tropiezas con un siervo que te tome cariño, tendrás la suerte más grande de la vida";[240] y la misma hiperbólica expresión nos demuestra cuán raro debía ser en aquellos tiempos. Y era tan poco frecuente que había quien tomaba aversión no tan sólo a los *siervos*, sino al *siervo* en general, negando la utilidad a toda la clase: "Nada hay peor que un esclavo, aun siendo bueno". Y la situación se iba poniendo de tal modo que se llega a la inversión de los términos: "El único esclavo de la casa es el amo".[241]

También bajo otro aspecto los siervos se convertían en un peligro permanente para sus señores.

La facultad de someterles al tormento para obtener una declaración en un juicio era usufructuada por todos, especialmente por los adversarios de uno, y convertía al esclavo en un instrumento revelador de todos los secretos y máculas de la casa; esto era tanto más grave cuanto que la debilidad y malquerencia del siervo podía dar aspecto de verdad a la mentira. Y la declaración obtenida por medio del tormento era la que merecía mayor crédito.[242]

El mismo Estado, aprovechándose, como los particulares, de este natural antagonismo, fomentaba este espionaje, prometiendo el mayor premio que se podía ofrecer a un esclavo, la libertad, cuando denunciasen algo interesante para el Estado.

Hasta había quien tenía esclavos para servirse de ellos como de una partida de bandidos y azuzarlos contra uno y otro, convirtiéndoles en *eternos sicofantes*.

Cuando se quieren poner en evidencia los graves inconvenientes de orden moral y material que lleva consigo la esclavitud, no hay más que

240. Menandro, *Frag.*, Didot (ed.).
241. Ibíd.
242. Meyer-Schömann, ob. cit., pp. 875 y ss.; 889 y ss.

tomarse el trabajo de la elección de las pruebas y los argumentos. Y cuanto más transcurría el tiempo más degradante se iba haciendo aquel estado, con las condiciones más complejas de la vida y por consiguiente más erizadas de peligros.

Si en una casa ocurría un delito y no se descubría al verdadero culpable, todos los esclavos eran condenados a muerte; y seguramente no debía ser cosa muy rara algún meditado oculto asesinato en una casa donde había muchos esclavos.

XXVIII

LOS ESCLAVOS DE LAS MINAS

La acción continua y molesta de todas estas causas, más o menos conscientemente sentidas, pero siempre y de todos modos objetivamente eficaces, debía tender a reducir el número de los esclavos y a restringir su empleo a aquella clase de trabajo al cual no pudiera acostumbrarse el trabajo libre. Así los esclavos se encuentran en Atenas empleados especialmente en las manufacturas, en los fatigosos trabajos [243] pertinentes a la marinería y sobre todo en el trabajo de las minas. Todo el bien construido, proyecto de Jenofonte[244] para dar fuerzas y desarrollo a la hacienda ateniense, no consistía, como el otro proyecto de Falea de Calcedonia,[245] en conceder a los esclavos el ejercicio exclusivo de todos los oficios, sino en la explotación por el Estado de las minas del Laurio, mediante la adquisición de esclavos en número creciente y proporcional al provecho que se fuera sacando. Pero este proyecto no fue puesto en ejecución y, por el contrario, las minas fueron tendiendo al agotamiento, en el cual no creía Jenofonte, y acabaron por emplear un número de esclavos siempre menor.

La explotación de las minas era capaz de dar, como otras veces había dado, espléndidas ganancias; pero el mismo Jenofonte nos deja entender, tal vez sin quererlo, cuán arriesgado era el negocio cuando nos dice que se necesitaban grandes capitales y que la abertura de un nuevo pozo era económicamente bastante peligrosa; y si bien se hacía rico si se encontraba mucho metal, en caso contrario perdía todo lo gastado. El típico encarnizamiento con que se excavaba en tiempo de Demetrio Falereo, de tal modo que, como él decía, parecía que querían llegar al reino de Plutón,[246]

243. *C. I. A.*, *II*, 807, c. 1-25; Böckh, *Urkkunden d. Seewesen*, Berlín, 1840, p. 413.
244. *De vectigal*, 4.
245. Aristóteles, *Política*, p. 1267*b*, II, 4, 13.
246. Strab., p. 147, III, 2, 9.

es ya indicio de que iba escaseando el mineral, y a fines del siglo II, según se deduce del número de esclavos sublevados, sólo daban ocupación a unos mil trabajadores, siendo evidente que cuando Jenofonte escribía su tratado sobre la hacienda de Atenas, en 347 y 346, como algunos pretenden, o en 357 y 356 como es más generalmente admitido,[247] el número de esclavos era inferior al existente antes de la guerra de Decelia, pudiendo observarse que, según se ha demostrado, el ideal de Jenofonte era que cada uno de los veinte mil ciudadanos tuviera tres esclavos, no tan sólo en las minas, sino en general; de donde deducimos que en aquella época, en el Ática, había menos de sesenta mil esclavos. Y no tenemos datos positivos para poder afirmar que este número creciera, por lo menos de un modo notable, en tiempos posteriores.

247. Berk, *Gr. Litteratur*, Berlín, 1887, IV, 312; Sittl, *Geschichte der Griechen Litteratur*, Munich, 1884, II, 460; Beloch, *Att. Pol.*, p. 175, *Anm.*

XXIX

LOS ESCLAVOS DE LAS MINAS. SU MANUMISIÓN

Es probable que durante este período empezase a tomar mayor desarrollo la manumisión de esclavos como fenómeno consiguiente a la decreciente utilidad de la esclavitud. En Atenas la manumisión no dejó huellas documentales, como sucedió más tarde en Delfos, Beocia y en otros sitios, y por lo tanto no es posible tener una idea aproximada de los límites en que se mantenía, ni de las proporciones en que se desarrollaba; pero la indicación que encontramos referida a la prohibición de manumitir a los siervos en el teatro[248] puede constituir un dato no despreciable para el estudio de una costumbre muy frecuente de manumisión, alimentada después en Roma de un interés material y fomentada por la vanidad, de la cual tomaba la forma. El impulso tan intenso que adquiere la manumisión en toda Grecia durante los siglos III y II toma tan grandes proporciones que difícilmente podemos acostumbrarnos a creer que haya podido surgir y tomar tantos vuelos en un momento; y es más natural que tratemos de buscar su origen y su causa inicial durante el siglo IV.

248. Aeschyl., en *Ctesipr.*, 41, 44.

XXX

LA EXTENSIÓN DE LA ECONOMÍA SERVIL Y EL PRECIO DE LOS ESCLAVOS

También nos demuestran el decrecimiento del trabajo servil los datos que tenemos sobre el precio de los esclavos en el siglo IV, y en especial a fines del mismo siglo.

No sin exactitud se ha dicho, por lo que a Roma se refiere, que el mercado de esclavos era la "Bolsa romana";[249] y lo mismo podría repetirse, en menor proporción, para las otras partes del mundo antiguo en donde la riqueza tomó mayor incremento y desarrollo. Allí también era el precio de los esclavos muy variable, pero sin embargo, y excepto en casos extraordinarios, es menos difícil establecer un valor medio.

El siglo IV, que señala en toda Grecia un período de relativo desarrollo industrial más o menos notable, que se extiende en mayor o menor proporción hasta las comarcas que se distinguían por su producción casera, lleva consigo una difusión de la esclavitud, y, en efecto, introduce por primera vez este sistema económico en diversos países cuando en Atenas y otros lugares más adelantados hacía mucho tiempo que se conocía y estaba en su apogeo.

Esta extensión de la esclavitud, que aumentó la demanda de los esclavos, debía haber hecho subir notablemente el precio, tanto más cuanto coincidía con una depreciación de la moneda, originada por la abundancia de metales preciosos y del peso de la dracma, que tendía en algunos sitios a disminuir. Y a pesar de todo, no creo que se pueda hablar de un verdadero aumento en el precio. Los esclavos que tienen aptitud técnica, hasta la escasa que se exige en una manufactura, tienen un precio algo elevado, pero no tanto que se pueda decir que sea superior al que en casos análogos tenían en el siglo precedente. Y, en cambio, los esclavos ordinarios

249. *Jahrbüch für Nationalökon und Statistik, gegr.* v., Hildebrand, VII, p. 154.

son valuados en un precio bastante bajo. Los que Jenofonte proponía adquiriera el Estado para emplearlos en las minas tenían un precio que oscilaba entre 153 dracmas 3,7 óbolos y 183 dracmas 3,6 óbolos, según el diverso cálculo de que es susceptible la nota referente a este asunto.[250] En el discurso de Nicostrato, dos esclavos, que después dice que estaban empleados en diversos trabajos del campo, son valuados juntos en dos minas y media; en otro sitio [251] un esclavo es tasado en 150 dracmas. De modo que el precio no tan sólo no había esencialmente cambiado, siendo el mismo que alcanzó en la venta forzosa de esclavos de los Ermocopidas en el siglo anterior, sino que teniendo en cuenta muchos nuevos datos se puede decir que había disminuido. No es posible invocar en contra el rescate de esclavos en Rodas, establecido en quinientas dracmas, durante el sitio puesto por Demetrio. En aquel caso particular se trataba de esclavos asociados a la defensa de la plaza, a los cuales se tenía prometida la libertad, y que constituían un eficaz instrumento de resistencia contra el asediador.[252] Era preciso, por consiguiente, darles un precio superior, no sólo al precio medio, sino al más elevado de los demás esclavos, para quitar toda tentación de venderlos en otra parte; y aun es extraño que no fijaran para ellos, dadas las circunstancias, un precio de rescate igual al señalado para los libres.

Esta alteración del precio de los esclavos se explica fácilmente observando que la economía servil se había difundido más que aumentado, había ganado en extensión más que en intensidad.

250. *De vectigal.*, 4, 23; Böckh, *Staatshaltung...*, I, p. 86, II; Fraenkel, *Anmerck.*, 117.
251. Demóstenes, c. *Pantanet.*, 967, 4; 972, 18, y Böckh, íd., I. c.
252. Diod. Sic., XX, 84.

XXXI

LA SITUACIÓN DEL TRABAJO MANUAL EN EL SIGLO IV A. C.

La anécdota de la astucia empleada por Agesilao para hacer ver que sólo los espartanos, en todo el Peloponeso, se dedicaban al ejercicio de las armas, nos demuestra cuán común debía ser entre los ciudadanos de los demás pueblos ejercer un oficio.

Los trabajos a contrato y a jornal son en Atenas siempre más frecuentes; jornales a los trabajadores del campo, a los maestros y a toda clase de obreros.[253] Hasta la medicina, que en Roma debía por algún tiempo ser oficio de siervos y después de libertos y libres, es allí cultivada por los libres.[254]

El trabajo manual presenta a veces tan favorable campo de acción que, como dice Aristóteles, "muchos artesanos se enriquecen"; y lo que da carácter especial a la dominación de Demetrio Falereo, según un adversario suyo, es el ambiente favorable al artesano.

Para conocer bien las condiciones del trabajo en aquella época y el estado de los salarios –menos oscilantes que otras mercancías pero siempre sujetos a variaciones–, serían precisos datos más numerosos y detallados que los que tenemos a nuestra disposición, pero a falta de otros mejores, los que tenemos referentes a construcciones de 329-328 y 317-307 a. C. pueden, con las debidas reservas, sernos de utilidad. La ojeada que a través de ellos podemos echar a la situación del trabajo en Atenas queda sorprendida, en primer término, por la división del trabajo que allí observamos, por la multiplicidad en los modos de efectuar las ventas siempre más sencillas y distintas, y finalmente por todos los caracteres propios del trabajo cuando está en continuo desarrollo e incremento.[255]

253. Theophr., *Char.*, 4, 23, 30.
254. *C. I.* A., II, 187, 835, 836, 1149, 2343.
255. Íd., II, 834b, 834c, IV, 834b.

El jornal sin comida parece elevarse en los años 329-328 a dos dracmas y tres óbolos, y si no es este precio uno de los frecuentes errores del epígrafe, pues viene confirmado por ejemplos posteriores,[256] de todos modos constituye un caso aislado y se refiere a un trabajo de cuyas dificultades no podemos formarnos cargo.

El importe del jornal es de una dracma y tres óbolos en el epígrafe del año 329-328, y se puede tornar como el precio medio de los jornales durante todo el año.[257]

Y ahora preguntamos: ¿la retribución del trabajo había aumentado realmente desde el siglo anterior según lo que podemos deducir de las cuentas del Erecteo? En realidad, el salario del jornalero que en 408 es de una dracma, llega en 329 y 328 a dracma y media; y la misma variación presenta el trabajo específico de una pareja de segadores. Pero ¿el salario de una dracma iba en 408 acompañado o no de la comida? ¿Y era un jornal ordinario o un jornal rebajado por circunstancias excepcionales?

Unas y otras opiniones han sido sostenidas,[258] y según ellas el valor del jornal habría estado sujeto a una notable disminución. Esta baja en los salarios sería un gran argumento para demostrar la decadencia de la economía servil. Nos haría ver a qué extremo debía haber llegado la competencia, no tan sólo entre libres y esclavos, sino hasta entre los mismos trabajadores libres para que el salario, a pesar del creciente aumento de los precios y del menor valor de la moneda, sufriera tan gran descenso. Solamente se puede tener como seguro, a causa de una especial investigación,[259] que en 408 a los jornaleros no se les daba, además del salario, la comida; considerar en cambio que el jornal pagado a los obreros del Estado fuese bajo a causa de las circunstancias excepcionales de Atenas en aquella época, es una simple hipótesis que nunca podría llevarnos a asegurar, como alguno ha hecho, que el salario fuese al principio de la guerra del Peloponeso *tres o cuatro veces* mayor.

256. *C. I.* A., II, 834b, col. I, v. 31 y ss.

257. Íd., II, 834b, col. I, vs. 31, 42, 60 y ss.

258. Kirchkoff, *Zur Gesch. d. Athen. Staatsschatz*, p. 57 y ss.; Böckh, *Staatshaltung...*, II, Fraenkel, *Anmerk.*, p. 33, n. 202.

259. *Journal of hellenic studies*, XV, 1895; Jevons, *Work and wages in Athens*, pp. 243 y ss.

XXXII

LAS CONDICIONES DEL TRABAJO MANUAL EN EL SIGLO IV A. C.

Pero si no es lícito deducir de estos datos inexactos y poco seguros la decadencia de la economía servil y el progreso del trabajo libre, es posible deducirla de otros datos, y las consecuencias no varían.

Evaluando sencillamente en tres dracmas el medimno de trigo en tiempos de Sócrates y en cinco en los de Demóstenes, Jevons ha observado que el salario "debería haber subido de seis a diez óbolos, toda vez que los precios lo hicieron en la proporción de tres a cinco. Y, en cambio, las inscripciones nos prueban que los jornales se elevaron de seis a nueve óbolos para el trabajo ordinario, y un poco más para los trabajos especiales".

Admitiendo estos datos, resultaría una baja relativa en los salarios, explicable de un modo sencillo y directo por el aumento de la competencia. Pero como ya hemos observado, el precio de los cereales, siempre variable, había estado sujeto a grandes aumentos que elevaron su precio más allá de cinco dracmas. En 329-328 la cebada había sido vendida a tres dracmas y aun más, y el trigo, del cual el pueblo había podido fijar el precio, se vendió a seis dracmas. Pero como siempre sucede, el precio de la mano de obra llega tarde a regularse con los demás productos,[260] y este aumento en los jornales estaría subordinado a la mayor carestía de los años anteriores y por lo tanto resultaría desproporcionado a las crecientes necesidades. Además, hay que tener en cuenta el peso un poco menor de la dracma y el notable aumento de monedas en circulación, que si bien por sí solas no bastan para provocar un alza en los precios, producen este efecto si coinciden con una mayor demanda.[261]

260. Rogers, ob. cit., p. 362; Tooke, *History of prices*, II, p. 71; Marx, *Das Kapital*, I, pp. 563 y ss.

261. Wiebe, ob. cit., pp. 319 y ss.; Schoenhof, *A history of money and prices*, Nueva York, 1896, pp. 112 y ss.

XXXIII

LA IMPORTANCIA Y LOS EFECTOS DEL DESTAJO

Una verdadera luz sobre el desarrollo del trabajo nos es suministrada por datos que no nos dan noticia específica de los salarios, pero que sin embargo nos permiten, por la gradual desaparición de los jornales, formarnos un concepto general pero bastante exacto de la situación de la mano de obra en Atenas: me refiero al destajo y al *forfait o precio alzado*.

En los epígrafes de los trabajos de Erecteo, una y otra forma se encuentran mencionadas. Allí donde el trabajo exige una aptitud artística especial, en aquellas obras que podían ser realizadas por una sola persona, en la pintura al encáustico, figuras de los frisos y accesorios ornamentales encontramos empleado el destajo o el precio alzado. Y a medida que avanza el tiempo estas dos formas tienden a sustituir por completo el trabajo a jornal y van extendiéndose a trabajos más sencillos y obras de mayores proporciones.

Y la mayor frecuencia del destajo, que tiene como causa y efecto una mayor autonomía del obrero, un trabajo más productivo, una serie de relaciones complicadas, es bastante, por sí solo, para darnos un concepto, si bien genérico, completo y exacto del desarrollo y la situación del trabajo libre.

"El destajo –dice Marx–[262] es solamente una modificación del jornal... La calidad del trabajo es comprobada por la obra misma, que debe tener una bondad media para que sea bien pagado. Bajo este aspecto, el destajo es origen de un mayor lucro y de una mayor explotación del trabajo por parte del capitalista, consiguiendo éste una ventaja, determinada precisamente por la intensidad del trabajo. El exceso de tiempo que se cotiza como una ganancia determinada según los datos de la experiencia tiene un

262. *Das Kapital*, I, pp. 565 y ss.

valor como tiempo de trabajo socialmente necesario y es pagado como tal... La comprobación de la cantidad y cualidad del trabajo hecho hace innecesaria y superflua la vigilancia dada la forma de retribución... El destajo, si por una parte facilita la introducción de parásitos entre capitalistas y obreros, el subarriendo del trabajo, por otra, permite hacer con el obrero contratista un convenio a tanto la unidad de obra, asumiendo éste la obligación de pagar a su vez a todos sus ayudantes. Y la explotación de los trabajadores por el capital se une de este modo a la del obrero por el mismo obrero. Una vez empezado el destajo, es natural que el trabajador tenga un interés personal en desarrollar del modo más intensivo su trabajo, con lo que se consigue, en provecho del capitalista, una mayor elevación del grado normal de la intensidad del trabajo. Y por lo mismo, el obrero prolonga la jornada porque así sube su salario diario y semanal, sin considerar que la prolongación de la jornada, aun cuando el salario a destajo permanezca constante, lleva consigo una baja en el precio del trabajo... Pero la mayor latitud que el destajo ofrece a la individualidad tiende a desarrollar, por una parte, el sentimiento de la libertad, de la independencia y de la autonomía, y por la otra una forma secundaria de competencia entre los obreros. De manera que tiene una tendencia a elevar los salarios individuales sobre el precio medio, al propio tiempo que a rebajar este último."

Este análisis minucioso de la índole y efectos del destajo, que refleja los fenómenos de nuestra época capitalista, se puede aplicar, con cautela, a la Antigüedad, teniendo en cuenta que estos fenómenos no podían adquirir, ni por su extensión ni por su intensidad, su completo desarrollo.

Este mismo carácter del destajo, su difusión y sus oscilaciones se presentan también de un modo uniforme y con menor desarrollo en tiempos intermedios.

"El destajo –dice Rogers, refiriéndose a Inglaterra durante los siglos XV y XVI–,[263] se generalizó poco a poco. Por ejemplo, los segadores antes pagados a jornal, se pagaron más tarde a tanto el centenar (en reali-

263. *Histoire du travail et des salaires en Angleterre depuis la fin du XIII siècle*, París, 1897, pp. 297 y ss.

dad ciento veinte) de tablas segadas, que se calculaba como el trabajo medio de una pareja de segadores. Primeramente algo inferior al precio de la jornada, el precio del destajo fue a partir del siglo XV algo superior, indicando una tendencia a la subida. En el período de reacción, que sigue después, esta proporción fue invertida en perjuicio del destajo."

I. El trabajo servil a fines del siglo IV a. C.

El concepto que de este último podemos formarnos, deducido de estos datos y observaciones, nos permite explicarnos mejor algunas particularidades de la historia del trabajo en Atenas, y formarnos de las circunstancias que le rodean un concepto más amplio y orgánico del que nos permitirían los escasos datos que tenemos sobre el jornal.

La retribución de noventa y tres dracmas, dada por una sola *protoma* a un destajista en las obras del Erecteo, no puede, como se ha intentado,[264] traducirse en un jornal superior al ordinario de aquel período, y sólo debe servirnos como dato de una de las más antiguas formas del destajo y punto de partida de sus sucesivas transformaciones.

No creo posible establecer la relación precisa durante los años 329-328 y 317-307 del destajo al jornal, y mucho menos las diversas retribuciones de principios a fines del siglo IV. Pero por la creciente importancia y la extensión siempre mayor que tiene el destajo en aquellos dos importantes documentos de los últimos decenios del siglo IV se puede deducir que el trabajo libre había tomado aquella forma que corresponde a un período de mayor desarrollo del trabajo y de la clase obrera, y que si el incremento del destajo no había originado una mayor competencia entre los trabajadores, rebajando la retribución media, se iban madurando, por lo menos, las causas de este fenómeno.

En una palabra, se habían creado y se iban desarrollando las circunstancias que hacían más accesible y conveniente el empleo del

264. Hermes, IV; Schöne, *Baurechnungen des Ecechteios*, p. 43.

trabajo libre, y contribuían a eliminar gradualmente el trabajo servil.

El epígrafe citado del año 329-328 nos hace ver un empleo reducido de esclavos, en conjunto diecisiete esclavos públicos, y nos permite valuar aproximadamente la índole y conveniencia de su empleo, su utilidad y su corte. El mantenimiento diario cuesta tres óbolos, a los cuales hay que añadir otros tres para la comida del vigilante y diez dracmas mensuales de paga. Durante la segunda pritanía se les compraron diecisiete gorros que costaron cuatro dracmas, cinco óbolos y tres cuartos; en la pritanía sexta se les proveyó de borceguíes, gastándose cuatro dracmas para cada uno y en total sesenta y ocho dracmas, gastándose, para un sacrificio y cinco vasos de vino, treinta y nueve dracmas; en la cuarta pritanía, para proveerlos de mantos se gastaron dieciocho dracmas y tres óbolos por cabeza, en total trescientas catorce dracmas y tres óbolos, y además setenta y seis dracmas y tres óbolos en túnicas de piel, a cuatro dracmas tres óbolos la túnica, y ciento dos dracmas en borceguíes, a seis dracmas el par.[265]

Durante la cuarta pritanía, según parece, se murió un esclavo y tuvieron que hacerse otros gastos para la cremación del cadáver y la purificación. En la décima los esclavos son reducidos a dieciséis, el arreglo del calzado importa un gasto de cuarenta dracmas y se gastan otras dos sin que se diga el motivo. En el epígrafe de los años 317 a 307 aparece un gasto mensual de ocho dracmas y dos óbolos por compras hechas en el mercado de todo lo necesario para los esclavos, y además otros gastos para iniciaciones y funciones religiosas referentes a los misterios.[266]

Y en el primer epígrafe vemos que es preciso alquilar útiles y herramientas para poder efectuar los trabajos.

Se ha calculado que según el primer epígrafe, el coste diario de un esclavo llegaría a ser de una dracma aproximadamente.[267] Hacer un cálculo preciso es cosa difícil, sobre todo con la falta de datos que tenemos; pero se puede afirmar, con probabilidades de acertar, que si no superaba esta cifra, tampoco era inferior a ella.

265. *C. I.* A., IV, 834b, col. I, vs. 26 y ss. y col. II.
266. Íd., II, 834c, v. 24; 834b, col. II, v. 71.
267. Foucart, "Note sur les comptes d'Eleusis", en *Bull. de corr. hellen;* 1884, p. 214.

Limitando a una dracma el coste del mantenimiento, el margen de los tres óbolos debía compensar el empleo del capital, los riesgos, enfermedades y días desocupados. Este cálculo fue hecho, además, en el año 329-328, en el cual la cebada se vendió a tres dracmas y el trigo a seis, [268] cuando sabemos que otras veces el valor de uno y otro fue bastante más elevado. En estos casos, más que en otros, la ventaja del empleo del trabajo servil debía saltar a la vista, y, como sabemos, las oscilaciones en el precio de los cereales eran comunes y corrientes.

De manera que, salvo casos extraordinarios, la inferioridad y la poca conveniencia del trabajo servil estaban destinadas a aparecer de manifiesto. Los gastos de vigilancia y dirección, el menor rendimiento del trabajo servil, las aptitudes casi siempre elementales de los esclavos y los gastos de alquiler de las herramientas constituían otras tantas desventajas comparadas con el destajo. Si en épocas de poca competencia éste elevaba algo la ganancia del trabajo, volvía a descender al aumentar aquélla y de todas maneras hacía más expedita y fácil la ejecución de cualquier obra, más seguro su perfecto cumplimiento, más sencillo el pago, y no vinculaba el tiempo y la libertad del obrero. A qué escasas proporciones puede descender la ganancia del trabajo con la introducción de estos precios unitarios nos lo demuestra la retribución de una dracma y un óbolo y medio al medidor de trigo por cada cien medimnos y de cuatro óbolos solamente, por la misma cantidad, al cargador. Y en medir y cargar cien medimnos, si no se invertía toda la jornada, poco faltaba.

268. *C. I.* A., IV, 834b, vs. 70 y ss.

XXXIV

EL TRABAJO LIBRE Y EL TRABAJO SERVIL

Las causas de la disolución de la economía servil iban siendo cada vez más activas, y más evidentes aparecían sus efectos; y entre las razones que nos hacen no dar crédito a la existencia de cuatrocientos mil esclavos, que Ctesides pretende había en el Ática, debe ser colocada en primera línea esta decadencia de la antigua estructura económica, con la cual consuena mejor la disminución que el aumento de la esclavitud.

A fines del siglo IV perdemos la posibilidad de seguir de cerca y tener noticias especificadas y detalladas de las ulteriores fases de la economía griega. Debemos limitarnos al conocimiento de los efectos más visibles, del aspecto general que el país va tomando, de un declinar por la rama descendente de la parábola, de la concentración progresiva de la riqueza, de su despoblación; todo lo cual comprueba la persistencia de las causas disolventes hasta aquí investigadas y encuentra su explicación en ellas y en la creación de nuevos centros de industria y civilización y en la perdida hegemonía que privaba a Atenas de apuntalar con una forma de completo parasitismo su posición declinante. Sin embargo, encontramos dispersos documentos de alguna importancia que nos dan un punto de apoyo concreto para poder unir con una línea ideal y continua las consecuencias últimas confusamente resumidas en las posteriores condiciones de vida, y el estado anterior mejor conocido en sus causas y efectos.

Las cuentas del templo de Delos nos muestran cómo también en el siglo III iban siendo más frecuentes en el modo de efectuarse el trabajo los fenómenos ya observados en Atenas; la subasta, y junto al trabajo a jornal, el destajo, que cada día adquiere mayor incremento. La costumbre de retribuir un servicio en vista de su importancia y el tiempo invertido encuentra su oposición en la insignificancia de algunas indemnizaciones, y vemos que poco a poco el movimiento más intenso de la vida económica hace sentir la conveniencia de sustituir esta relación perpetua y personal

entre amo y esclavo por otra solamente real y temporal, consistente en el cambio de servicios y valores. El trabajo servil sólo se ve en casos excepcionales; y hasta en estos casos aparece con un carácter especial, con una retribución anual consistente en alimentos y vestidos. Un contrato semejante, que compensa con el mantenimiento los servicios prestados, tiene lugar también con personas, cuyo estado se ha querido considerar como servil, pero que indudablemente no es posible considerarlo así.[269]

269. *Bull. de corr. hell.*, XIV, 1890; Homolle, *Comptes et inventaires des temples déliens en l'année 279*, p. 393, vs. 45 y ss.; p. 396, vs. 86 y ss.; p. 399, v. 120 y p. 483.

XXXV

LA MANUMISIÓN DE ESCLAVOS DESPUÉS DEL SIGLO II A. C.

Son sumamente notables los datos que reducen a mil el número de esclavos del Laurio en la segunda mitad del siglo II a. C.[270]

Y aun más notables son los numerosísimos epígrafes de manumisiones en Grecia septentrional, durante los dos siglos últimos, fenómeno verdaderamente digno de ser estudiado.

Del segundo siglo en adelante las manumisiones en forma de ofrendas, y más a menudo de ventas a la divinidad, empiezan a menudear en Beocia, Lócride y Fócido, y en las inscripciones délficas llegan a alcanzar un número exorbitante.[271]

Y entonces no se trataba ni de un hecho accidental, ni de una cosa poco importante.

El aumento de las manumisiones suele ser uno de los indicios externos más visibles de una crisis de la esclavitud; y de tal modo deben ser consideradas. Si es posible ser mirados como actos religiosos, y explicados por análogos impulsos, ciertos epígrafes de Grecia septentrional, que en su forma primitiva y rudimentaria aparecen como sencillas ofrendas dedicadas a la divinidad,[272] no es posible considerar de esta manera las inscripciones de Delfos. En ellas la divinidad entra por una razón exclusivamente jurídica, esto es, para realizar una venta que despoja a un amo de sus antiguos derechos sin transmitirlos a una persona real capaz de ejercerlos y dispuesta a usarlos.

270. Diod. Sic., XXXIV, II, 18.

271. Collitz, *Sammlung der griechischen Dialekt-Inschriften*, n. 374 y ss. *I. G.* S., 2315, 3309, 3317, 3346, 3349-3350, 3358 y ss.; Baunack y Wendel, ob. cit., pp. 1684 y ss.

272. Baunack y Wendel, íd., pp.1689, 1694, 1696, 1702, 1714, 1716, 1717, 1731, 1742, etc.

1. La importancia y los efectos de la manumisión

El motivo de la manumisión es sencillo e indudablemente utilitario. La libertad absoluta es pagada a buen precio, precio mucho mayor que el que pudiera tener un esclavo. Además, muy a menudo el manumiso se obliga a seguir junto al amo tres, cinco o seis años o durante toda su vida, prestando los mismos servicios; se obliga a nombrarle su heredero en caso de morir sin descendencia y, a veces, hasta incondicionalmente; a pagarle las exequias y otras funciones funerarias, a alimentarle, a educarle los hijos, a alimentar a sus propios padres y a otras personas según los intereses del manumiso,[273] y así sucesivamente, y otras muchas obligaciones de distinto género; obligaciones permutables por dinero, a veces por convención precisa, que lleva la posibilidad de anticipar la libertad definitiva mediante una sustitución personal.

Se ve en todo lo anterior la existencia evidente de un estado de cosas que del empleo directo y rudimentario del esclavo, unido por ligaduras invisibles al amo y trabajando para su único provecho y a su riesgo, trataba de llegar, aunque de un modo inconsciente, al empleo del proletariado. Para ello era preciso, primero, sustituir la relación de propiedad por una relación obligatoria personal, y después el advenimiento del nuevo orden económico-jurídico que iba brotando, de un modo creciente, de la crisis de la economía servil. El precio del rescate, que representaba para el esclavo todos los ahorros del pasado y a menudo el empeño de su trabajo futuro, contribuía a poner frente a frente los dos elementos de la nueva economía, capital y proletario; y como suele suceder, por una cruel ironía de la historia (bien lo había hecho notar, desde otro punto de vista, Epicteto), en el mismo momento en que creían haber roto sus cadenas los esclavos se encontraban atados por otra, menos visible, pero más corta y más duradera.

Este desarrollo tan notable de manumisiones es la última consecuencia, y no muy remota, de las reacciones del trabajo libre sobre el trabajo ser-

273. Baunack y Wendel, ob. cit., 1684 a 1696, 1708, 1717, 1718, 1749 y 1754.

vil; y así es que no se presenta un solo caso, en aquella parte del país en que, según la tradición, la esclavitud fue introducida o aumentada por Mnasone en el siglo IV, y en donde hubieran despertado la preocupación y el descontento.

Las manumisiones, además de corresponder a una necesidad económica, constituían una verdadera especulación para los mismos amos, y en esto encontraba un nuevo y más enérgico impulso. Instrumentos de estas especulaciones eran los templos y los *erani*, que funcionaban como cajas de ahorro y de anticipaciones para los esclavos y fomentaban y facilitaban, bien la formación de los rescates, bien las liberaciones condicionales, con pagos sucesivos y a plazos.[274]

A este estado de cosas se debe, probablemente, que los rescates se mantengan a un término medio de tres minas y se eleven, a veces, a un precio mucho mayor. Es una equivocación querer deducir el valor común y corriente de los esclavos de estos documentos en que las partes contratantes no son del todo libres y constituyen unos convenios de un género especial, realizado bajo la acción de múltiples y variadas causas, como el deseo de recobrar la libertad, la esperanza de reunir con el propio trabajo el precio del rescate por grande que fuera, el pago a plazos y otras muchas. Sin esto, por la misma decadencia de la economía servil, de la cual son una prueba las manumisiones, el precio de los esclavos hubiera sido mucho más bajo.

274. Curtius, "Ueber die neu entdeekten Delphischen Inschriften", en *Nachrichten von der Königl Gesellshaften der Wissenschatten*, Göttingen, 1865, pp. 149 y ss.

XXXVI

LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA DEL PERÍODO HELÉNICO Y LA ESCLAVITUD

Por mucho que decayera en Grecia la economía servil, Grecia no constituía ni un Estado aislado ni todo el mundo antiguo.

Grecia no había podido realizar, ni siquiera intentar, un dominio universal en el cual se unieran pueblos diversos y se formasen en países diversos, por una lenta elaboración, condiciones análogas de vida, en donde germinase después, de un modo uniforme o casi uniforme, un nuevo orden social. Gran parte del mundo antiguo se encontraba en condiciones del todo distintas a las de Grecia, desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas, de las condiciones de la producción, de la distribución de la riqueza, del orden político y de las relaciones internacionales.

La forma de producción no se cambia de un modo radical en un Estado que no está aislado; se impone más que con la fuerza de las armas con la persistencia de los efectos de orden económico.

Grecia no había podido constituir un vasto dominio cuya vida económica se formase a imitación de la suya. Ésta fue la obra de Alejandro, pero tuvo por campo el Oriente; y así es que podía resucitar en Occidente, y así era, en efecto, el proceso evolutivo que en Grecia iba declinando.

Por consiguiente, es preciso buscar fuera de este país las ulteriores fases de la esclavitud; y fuera de Grecia, en una época posterior y en un campo más vasto veremos, al menos en lo que al mundo antiguo se refiere, su general y definitivo ocaso.

El mundo helénico propiamente dicho y Atenas en particular nos dan una anticipación, limitada en el espacio y en el tiempo y prematuramente truncada, del proceso por el cual vendrán la decadencia y la muerte de la economía servil.

Interrumpido con el fin de la hegemonía y de la autonomía, aquel proceso reanuda, como puede, su curso en el mundo y en el mismo período

helénico, en el que la civilización ha colocado su centro de gravedad.

Esta época se caracteriza por la difusión de la civilización helénica en las regiones adyacentes de la cuenca mediterránea y su infiltración en civilizaciones más antiguas. Y esta difusión e infiltración eran posibles porque había entonces condiciones de vida material análogas a las de los centros más adelantados de la Hélade.

Por la acción de tales causas, y como efectos de una mayor extensión del comercio, de las fuerzas activas, de las relaciones morales y materiales brotaban y crecían en el Asia menor, en Egipto, en la cuenca occidental del Mediterráneo, ciudades más populosas que las de la misma Grecia, con una vida industrial más activa y múltiple, con una energía productora y una circulación rápida e intensa como hasta entonces nunca se había visto y sólo es posible imaginar si se contemplan las extraordinarias y crecientes necesidades cada día más difíciles de satisfacer.

I. La situación del trabajo manual en Alejandría

Por su mismo origen y privilegiada situación, por la facultad de asimilarse y fundir en una sola las civilizaciones más distintas y recoger los elementos étnicos más diversos y discordes, Alejandría, nuevo centro de Egipto, es el foco de la elipse formada por el mundo antiguo; es su reflejo, su ejemplo, su tipo característico.

Si, como se ha dicho, "en esta época el género humano trataba de crearse un nuevo modo de ser, y casi se podría decir, un nuevo modo de agrupación molecular; si tendía a dar al nuevo temperamento una expresión permanente, una forma constante y hacerla penetrar bien adentro en todos los medios",[275] Alejandría era uno de los crisoles más importantes y aptos para esta metamorfosis.

Ciudad cronológicamente antigua y sin embargo esencialmente

275. Droysen, *Histoire de l'hellénisme*, París, 1885, III, p. 606.

moderna por su índole, forma y tendencias, no sin razón ha sido llamada la reina del lujo y la moda, el París de la Antigüedad; era, poco más o menos, igual a una metrópoli moderna, ciudad cosmopolita, paraíso e infierno de placeres, derroches y tentaciones, y al propio tiempo laboratorio del mundo antiguo, su arsenal y su mercado.

Colocada en el centro de un país donde era posible producir más y con menor fatiga que en otra cualquiera región, era naturalmente el punto favorito de la industria. La producción de las manufacturas más indispensables y de más inmediato uso, lo mismo que las de lujo, crecía a la par y allí echaba raíces, desarrollándose con gran facilidad, gracias a la demanda y al ambiente. Hilados y tejidos de todas clases y de los gustos más extraños y refinados; trabajos de la madera, desde la empleada en las naves y en los carros, a las delicadas esculturas de los muebles y adornos; extracción de metales y sus diversos e ingeniosos trabajos, que les amoldaban a todos los usos de la guerra y de la paz, de la vida doméstica y del lujo; industrias del vidrio, del cuero, de la porcelana, de la escritura; todas las industrias y todas las artes que habían ido brotando lentamente en centros separados se encontraban allí recogidas y desarrolladas.[276] Las que tenían una larga tradición se habían renovado y florecían, las nuevas se habían trasplantado y progresaban.

A caballo sobre las principales vías comerciales que sus soberanos procuraban siempre monopolizar, en situación de ser el punto de encuentro y el mercado de las tres partes del mundo antiguo, era ejemplo, reclamo e instrumento de todo el comercio, que alimentaba e impulsaba sus industrias obligado por la competencia. Dadas las circunstancias, era preciso que también se produjera aquel contraste más o menos evidente del trabajo libre y del servil, y la gradual eliminación de este último, junto con todos aquellos fenómenos de una economía más adelantada, en la cual la esclavitud va cayendo en pedazos como instrumento poco apto y molesto, mientras, por otra parte, empiezan a esbozarse y germinar los rudimentos de la economía capitalista.

276. Lumbroso, *Recherches sur l'économie politique de l'Égypte sous les Lagides*, Turín, 1870, pp. 100 y ss.; Lumbroso, *L' Egitto dei Greci dei Romani*, 2ª ed., Roma, 1895; Blümner, *Die gewerbliche Thätigkeit...*, Leipzig, 1869, pp. 6 y ss.

El número de esclavos de Alejandría, que algunos hacen subir a doscientos mil, es deducido por analogías y conjeturas faltas de una base segura. En una ciudad que parecía la realización de un sueño de lujos y placeres, donde la vida se agitaba sin cesar en una fiebre de goces, no debían faltar sin duda alguna los esclavos, ministros de la voluptuosidad aptos para todos los servicios, inventados y multiplicados diariamente por las costumbres cada vez más refinadas; y son los que más frecuentemente encontramos mencionados. Y es indudable que tampoco debían faltar esclavos en aquellas fabricaciones en que, como en Atenas, la división y simplificación del trabajo podía aconsejar su empleo.

Pero más que de esclavos, encontramos datos del trabajo libre y de las circunstancias que lo hacen factible.

En la agricultura, las condiciones especiales de Egipto –con la posibilidad de aprovechar algunos agentes naturales, como las inundaciones del Nilo– hacían los trabajos del cultivo sumamente breves y fáciles, exigiendo una escasa (y a veces ninguna) mano de obra. En tal estado de cosas, el empleo de esclavos fijos a los trabajos del campo, por poco que costara su mantenimiento, debía estar sujeto a una continua eliminación. Además, se sabe positivamente que se atendía al cultivo de las tierras reales con la prestación personal y con una requisa temporal de hombres libres, y que el cultivo directo, los arriendos y los contratos estaban poco desarrollados.[277] Varrón afirma que en Egipto, lo mismo que en Asia, se empleaba en la agricultura a hombres libres y mercenarios.[278]

II. Los progresos de la técnica

En el campo industrial, la creciente especialización de los oficios –que presentaban una gran variedad y un gran adelanto– exigía, en muchos casos y a pesar de la división del trabajo, una educación técnica especial

277. Lumbroso, *Recherches...*, pp. 89 a 100.
278. Varrón, *R. R. I.*, 17.

y aptitudes particulares que no eran fáciles de encontrar en los esclavos, sobre todo en los de primera compra. Las artes y los oficios constituían, además, y desde tiempos remotos, un patrimonio peculiar de ciertas castas de la población egipcia libre.[279] En Alejandría daban un gran tributo a la industria los judíos, que residían en gran número.[280] Por último, toda aquella masa advenediza que del campo o de otros países llegaba a la ciudad tenía que encontrar en el trabajo su modo de vivir; y tanto más se sentía impulsada a ello cuanto las más abundantes comodidades de la vida y los refinamientos estimulaban mejor sus deseos. Podemos aplicar a la Alejandría de aquella época lo que más tarde decía Adriano: que nadie vivía ocioso, todos estaban ocupados.[281]

En la misma época, en Siracusa y en Alejandría, por obra de Arquímedes, Herón y Ctesibio, la ciencia, al propio tiempo que sigue su desarrollo teórico, intenta algunas geniales aplicaciones prácticas, y la mecánica, pura y aplicada, recibe impulso y desarrollo. La palanca, el empleo de la fuerza motriz del agua y hasta del vapor son inventos y deducciones de aquella época que después encontrarán aplicaciones más o menos importantes. Este magnífico desarrollo de la técnica constituía el elemento dinámico y la base de toda una evolución en la manera de producir, evolución interrumpida y destrozada en un ambiente no preparado, pero que a gran distancia de tiempo hubiera recobrado y proseguido su camino. Tenemos que hacer observar que la técnica es impulsada a nuevos progresos y nuevas aplicaciones, con el creciente valor del trabajo y la necesidad de luchar con una mayor competencia, de manera que estos progresos técnicos también son característicos y dignos de consideración como indicios del estado de la producción en el mundo helénico y de la nueva fase del trabajo.

En esta ciudad y durante el período helénico se nota, a veces, algo particular, como una anticipación fugaz de nuestras ciudades industriales, de nuestra vida moderna. Aquella masa popular, inquieta, voluble, movible,

279. Lumbroso, *Recherches...*, pp. 104 y ss.

280. J. Fredländer, *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms* in der Zeit von *August bis zum Ausgang der Antonine*, Leipzig, 1888, III, p. 616.

281. Saturninus, *Script. Histor. Aug.*, c. 8; Pöhlmann, *Die Uebervölkerung...*, pp. 31 y ss.

tiene un carácter especial, distinto del de todas las demás ciudades antiguas; tiene algo que recuerda la agitación del París moderno.

El elemento obrero, creciendo en número y fuerza, se iba constituyendo[282] en corporaciones independientes de origen y forma de las corporaciones romanas, y en aquellas mismas corporaciones a veces se ocultaba un partido político. Por último, las huelgas y coaliciones, estas armas modernas tan características de nuestra era industrial, despuntaban, de cuando en cuando, aunque de un modo atenuado y poco duradero, en Magnesia, Meandro y Paros.[283]

III. El Oriente y el Occidente

Mientras prosiguía y ampliaba la obra de la civilización, el Oriente helénico socavaba sin darse cuenta los cimientos de la esclavitud y se veía obligado, con el tributo de sus propios hijos, a sostenerla y alimentarla en Occidente, en donde diversas condiciones impulsaban aquella institución por la rama ascendente de la parábola, llevándola a tal grado de desarrollo que por la misma fuerza intrínseca debía apresurar su fin. Para que este fin llegase era preciso que el Occidente conquistase el Oriente, y que éste a su vez dominara a aquél infiltrando su espíritu vital y sus venenos, sus modos de producción y vida, su cultura, sus acumuladas riquezas, sus descubrimientos; que se cumpliese, en una palabra, toda una obra de fusión y asimilación.[284]

Y el Imperio romano es el gigantesco organismo político en el cual se efectúa esta obra de fusión y asimilación de todas las civilizaciones del mundo antiguo.

En él germinan y se desarrollan una nueva conciencia universal ética, jurídica y religiosa y una nueva forma de producción que constituye su

282. Pregel, *Die Technik im Allertung*, Chemnitz, 1896, pp. 22 y ss., 27 y ss. y 33 y ss.; Bourdeau, *Les forces de l'industrie*, París, 1884, pp. 118 y ss., 188 y ss.

283. Ziebarth, *Das griechische Vereinswesen*, Leipzig, 1896.

284. *Bull. de corr. hell.*, VII, 1883, p. 504, n. 10; *C. I.* A., 2374e; Waltzing, *Etude sur les corporations professionelles chez les Romains*, Bruselas, 1895, pp. 191 y ss.

antecedente y fundamento; y en él, la esclavitud carcomida en la base, más extendida pero única, vacila y ve contados sus días.

Ahora, para terminar nuestra misión, nos falta recorrer, en un campo más vasto, el camino que ya hemos seguido, investigando en otro ambiente y bajo diversos aspectos las mismas causas disolventes de la esclavitud, que siguen en el mundo romano un proceso análogo al que hasta ahora hemos observado. Podremos de este modo enlazar las más antiguas fases de la esclavitud en Occidente con su fase final y estudiar en una esfera más amplia su lento ocaso, siempre que nos lo consientan los pequeños agujeros por donde nos es permitido contemplar en su intimidad la vida material y moral de aquellos tiempos.

SEGUNDA PARTE

LA CIVILIZACIÓN ROMANA Y LA ESCLAVITUD

I

LA PRIMITIVA ECONOMÍA ROMANA Y LA ESCLAVITUD

La vida romana en los primeros tiempos se nos presenta con un aspecto sencillo y modesto; la riqueza, las necesidades y los usos están reducidos a lo que puede esperarse de un pueblo de costumbres primitivas.

Roma, fundada como un lugar de refugio, alberga una población que vive una vida pastoral y agrícola, gravitando tanto más sobre la agricultura cuanto más la estabilidad, la facilidad del cultivo y otras condiciones favorables se lo permiten.[285]

La esclavitud, que en la Antigüedad se puede señalar como índice del desarrollo de la vida económica, es, naturalmente, en aquella antigua época bastante reducida.[286] Quien lea a Dionisio de Halicarnaso, al encontrar menciones bastante frecuentes y exageradas de esclavos, podría atribuir a la esclavitud, en aquella época tan antigua, una importancia mayor que la verdadera; pero no tardará en observar un reflejo de la tendencia incons-

285. Büchsenschütz, *Bemerkungen über die römische Volkswirthschaft der Königzeit*, Berlín, 1886, pp. 8 y ss.; Voigt, *Die römischen Privataltherthümer*, Munich, 1893, pp. 289 y ss.

286. Juven., XIV, 168; Apul., *De mag.*, 17; Marquardt, *La vie privée des romains*, París, 1892, I, pp. 23 y ss.; 160 y ss.; Wallon, ob. cit., II, p. 8; Mommsen, *Römische Geische*, I, pp. 186 y 188.

cientemente anacrónica de Dionisio sólo con fijarse en otras fuentes de la tradición y, más aún, en todos los demás datos de la vida romana de aquellos tiempos.

El territorio romano, hasta fines de la época de los reyes y principios de la república, consistía en una estrecha zona en la orilla derecha del Tíber y en la izquierda quedaba limitado, a corta distancia y en diversas direcciones, por Fidenae, Tusculum, Tellenae y Laurentum;[287] por consiguiente sólo era posible una industria agrícola reducida a estrechos límites, que no consentía, ordinariamente, el empleo de esclavos, o al menos en gran número. El cultivo directo era, además, una costumbre y una vanagloria hasta para los que, en aquella sociedad primitiva, gozaban de posición elevada. La familia, como nunca unida y estrechada por lazos de solidaridad moral y material, dedicaba todas sus energías al cuidado del modesto patrimonio que le procuraba la subsistencia y la vida. A la familia había que añadir los clientes, pues aun cuando no está bien demostrado que éstos estuvieran obligados a prestar, en cierta medida, su ayuda a los patronos,[288] sin embargo puede afirmarse que, de un modo indirecto, cultivando tierras concedidas provisional o temporalmente, bajo distintas formas desempeñaban funciones útiles no despreciables en la economía doméstica de la casa patronal.[289]

La ruda sencillez de aquella vida ha sido conservada por la tradición y ha llegado hasta nosotros.

El ideal de la casa que se basta a sí misma y del fundo que cubre todas las necesidades de la familia, que más tarde aparece como la meta de todas las fatigas, entonces será casi imprescindible y una aspiración fácilmente realizable, dada la correspondencia entre las escasas necesidades y el modo de satisfacerlas. Trabajos que después, entendidos de un modo más amplio y diverso, dieron lugar a una actividad social distinta, a oficios especiales, constituían entonces una fase ordinaria del trabajo doméstico desempeñado por las mujeres de la familia, a las cuales ayudaba, en las

287. Liv., I, 27, 3; 38; II, 13, 4; 19, I; Dion. Hal., V, 61; Büchsenschütz, *Bemerkungen...*, p. 30.
288. Karlowa, *Römische Rechtsgeschichte*, Leipzig, 1885, I, p. 38. *Privataltertküm.*, p. 311; Mommsen, *Römische...*, I, pp. 366 y ss.
289. Büchsenschütz, *Bemerkungen...*, pp. 13 y ss.; Voigt, *Die römischen...*



Escultura en marfil que representa el momento en que se ejecuta a un gladiador reciario vencido. Museo Romano de Avenches, Suiza.



Detalle de un vaso de *terra vigillata* (arr.). Un gladiador, triunfante, se apresta a descargar el golpe mortal.

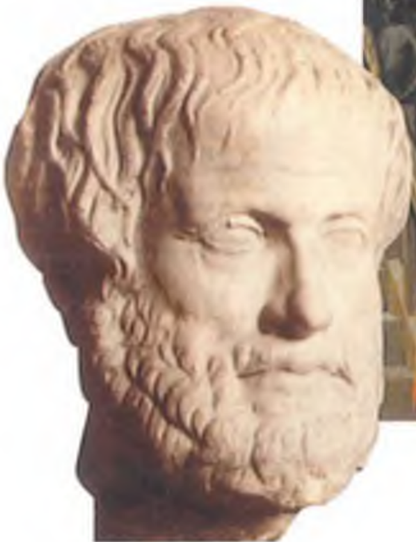


El milagro de san Marcos liberando a los esclavos (1548), óleo de Tintoretto. Gallerie dell'Accademia, Venecia, Italia.



Mosaico de la villa de Zliten que se halla en el Museo de Trípoli (arr.). Los combates entre gladiadores se realizaban al son de la música, que subrayaba su intensidad.





Aristóteles (izq.) se esforzó por legitimar la esclavitud y aportó argumentos en su favor. *Subasta de esclavos*, de Jean-Leon Gerôme, Museo del Hermitage, San Petersburgo, Rusia (arr.)

Gladiador esculpido en bronce (der.), Museo de Antigüedades de Rouen, Francia. Mosaico de la villa de Nenning (ab.), en el que se representa un práctica entre gladiadores.







Esclavos en la producción de arcilla retratados en un ánfora griega.



Tablillas de arcilla (izq.) halladas en Uruk. Una de ellas da cuenta de una familia que tiene cinco esclavas mujeres. Escenas de la producción de azúcar, el artículo más importante en las regiones del Nuevo Mundo (ab.).





Relieve que muestra a gladiadores en lucha con bestias salvajes en la arena. Museo de la civilización romana.



El galo moribundo, copia romana en mármol de un bronce helénico realizado en el siglo II a. C. para conmemorar la victoria del Imperio sobre los celtas galos.



El mercado de esclavos, óleo sobre tela del francés Gustave Clarence Rodolphe Boulanger.

PUBLIC SALE.

[illegible]

NELSON, Mary
JIM, Matilda
HENNY, Laura
and MARTHA,

at public auction, to the highest bidder, on a credit [illegible] giving bond with approved security.

JOHN M. McCUTCHEN, Administrator.

BOONVILLE, [illegible]

Cartel que llama a subasta para adquirir a la servidumbre de un ama fallecida. Boonville, EE.UU., 1857 (arr.).





Alexandre Pétion (1770-1818) colaboró en la expulsión de los ingleses de Haití. En 1807 fue proclamado presidente vitalicio (arr.). Mosaico sirio que refleja una cacería emprendida por aristócratas (izq.).





Bronce romano de un prisionero galo (izq.). Tomás de Aquino siguió los pasos de Aristóteles en su visión de la esclavitud. Ventana este de la Capilla de Santo Tomás, que integra el priorato de Lancaster e iglesia Parish, Inglaterra (arr).



Un prisionero atado a un palo sobre un carro es empujado hacia las fieras salvajes. Mosaico de la villa de Zliten, actualmente en el Museo de Trípoli.



Bajorrelieve de la columna de Trajano, al que le son llevados una mujer y unos niños cautivos (ab.).



Antes de llegar a papa, Calixto I fue esclavo de un cristiano, Carpóforo (arr.).





Esclavo (barbado), de Miguel Ángel (arr.). *Esclavo* (izq.), de Pietro Tacca.



Jean-Jacques Dessalines lideró una rebelión contra la esclavitud en Haití, tras lo cual se proclamó emperador.



Vi Christian den Syvende, af Guds Naade, Konge til Danmark og Norge, de Venders og Gothers, Hertug udi Slesvig, Holsten, Stormarn, Dytmarsken og Oldenborg, giøre alle vitterligt:

El 1 de enero de 1792, el rey de Dinamarca estableció, por ordenanza real, el fin de la trata de esclavos.



La Avenida de los Leones, en Delos, vestigio del antiguo esplendor de la isla griega.



En el templo de Sossiansus, en Roma, se reproduce un desfile en el que se presenta a la multitud los esclavos capturados.

Bajo la amenaza del látigo, un prisionero es lanzado a las fieras. Mosaico de Zliten.





Mercado de esclavos, óleo del pintor francés Jean-Leon Gerôme (1866).





Delos (arr.), donde estaba el principal santuario de Apolo en el Egeo, fue uno de los mercados de esclavos más importantes de Grecia. *Esclavo rebelándose* (der.), escultura de Miguel Angel. Galería dell'Academia, Florencia.

Otro bajorrelieve de la columna de Trajano (der.). Un cautivo dacio es presentado ante el emperador.







Mosaico romano en que se ve a un sirviente niño en una escena doméstica (izq.), Museo Hermitage de San Petersburgo, Rusia. Mosaico hallado en Oudna (actual Túnez), en la llamada Villa Laberri, en el que se reproducen las labores agrícolas (der.).



Mosaico romano (detalle) que representa a varios sirvientes durante el servicio de un banquete.



En América Central, los cautivos permanecían en los campos de lunes a sábado, desde el amanecer hasta el ocaso.





Representación de una noble señora romana (arr.) que es vestida por tres de sus esclavas, siglo III d. C. *Esclavo*, escultura de Miguel Ángel, en el Museo del Louvre (der.).



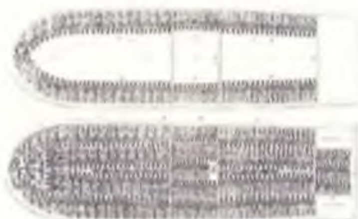


Diagrama de un barco negrero del siglo XIX (izq.). Dibujo de las bodegas del *Brookes*, donde se hacinaban más de seiscientos esclavos (arr.).



Mural maya hallado en Bonampak, Chiapas, México, en el que se ve la presentación de cautivos al gobernante de la ciudad.



Esclavos retratados en las paredes del templo egipcio de Abu Simbel.



Escenas de la vida cotidiana de la población negra durante la Guerra de Secesión publicadas por el *Harper's Weekly* (izq.). Mosaico romano: un señor golpea a su sirviente (ab.).



Esclavo muriendo, escultura de Miguel Ángel, en el Museo del Louvre, París.



La cruda y deshumanizada inspección del estado de una esclava, según la interpretación del pintor francés Jean-Leon Gerôme en *Compra de una esclava* (1857).



Prisioneros de guerra de una tribu rebelde capturados durante el reinado de Tutankamón en Egipto.

Paisaje actual de Laurio, al sudoeste de Atenas, donde se hallaban las minas de plata, base de la riqueza y el esplendor que alcanzó Grecia desde el siglo V a. C.





Tablilla sumeria con un recuento de esclavos. Es el testimonio más antiguo de la existencia de la esclavitud (3300-3200 a. C.).





Relieve que muestra a gladiadores en lucha con bestias salvajes en la arena (arr.). Mosaico romano (izq.): un grifo custodia a un prisionero enjaulado, siglo IV d. C.



Mosaico hallado en Túnez en que se ve a dos siervos que sirven vino a su señor, fines del siglo III a. C. En el ánfora se destacan las leyendas "Bebe" y "Vivirás".



$200 Reward.

FIVE NEGRO SLAVES,

W. M. RUSSELL.

Recompensa por capturar a esclavos evadidos, Saint Louis, EE.UU., 1847.



Vespasiano, cuya amante favorita, Antonia Caenis, esclava de nacimiento, logró la libertad y se convirtió en su virtual esposa.



Afiche de la película *Espartaco*, protagonizada por Kirk Douglas, que consagró a su director, Stanley Kubrick.



Soldados asirios ciegan a un cautivo ante la atenta mirada de las autoridades.

casas más ricas, alguna criada. En la casa se preparaban y confeccionaban los vestidos; en la casa se hacía el pan.[290] Y este carácter de la antigua familia romana, que ella misma se procura todo lo preciso para su consumo, es señalado por un historiador con la misma frase usada por Tucídides a propósito de los habitantes del Peloponeso,[291] que con su sencillez evoca claramente este período de actividad doméstica, de absoluta economía familiar y de manufacturas debidas exclusivamente al trabajo propio.

Pero también entonces las manufacturas –que exigían una particular experiencia técnica y especiales instrumentos o correspondían a necesidades temporales de la familia– daban origen, por la progresiva y provechosa división del trabajo, a artes y oficios especiales, ejercidos por distintas categorías de artífices con distinta actividad profesional. Y la tradición, cualquiera que sea su exactitud cronológica al referirse a un punto preciso del período legendario, hace referencia a la antigüedad de aquellos artesanos que ya estaban constituidos en corporaciones.[292] Según estos datos de la tradición no tan sólo hubo desde tiempos muy antiguos un gremio de alfareros, industria de las más primitivas, pues se han encontrado en Roma objetos de barro en capas siempre más remotas y con formas siempre más rudimentarias,[293] sino muchas categorías de artesanos dedicados al trabajo de la madera, cuero, teñido de telas, bronce y hasta del oro. El mismo estado de guerra, tan frecuente entonces que a menudo encerraba al pequeño Estado en un círculo de hierro, le obligaba a desarrollar dentro de sus propios confines la producción de todo lo necesario, aclimatando y convirtiendo en indígena hasta lo que antes fue importado o se pidió en préstamo a pueblos más adelantados.[294]

Cuando después asumieron proporciones mayores y llegaron a tomar la forma de una manufactura o de una industria, estos mismos oficios

290. Drumann, ob. cit., pp. 164 y ss.

291. Dion. Hal., IX, 27, 3; II, 76; Voigt, *Die XII Tafeln. Geschichte und allgemeine juristische Lehrbegriffe der XII Tafeln nebst deren Fragmenten*, Leipzig, 1883, I, p. 26 y ss.; II, p. 247.

292. Plutarco, *Num.* 17; Waltzing, ob. cit., pp. 62 y ss.

293. *Bull. dell'Ist. di corr. arch.*, 1875, p. 232; Pöhlmann, *Die Anfänge Roms*, Erlangen, 1881, p. 7.

294. Gamurrini, "Dell'arte antichissima in Roma", en *Bull, dell'Ist. arch. germ. Sez. rom.*, II, 1887, pp. 221 y ss.

pudieron aprovecharse y se aprovecharon. En aquellos tiempos primitivos, en que el oficio se desempeñaba individualmente, era muy difícil que pudiera ser ejecutado por esclavos privados de toda autonomía y que sólo hubieran podido desempeñarlos bajo la dirección de su amo o en su ausencia, como empezó a hacerse más tarde.

El desempeño de estos oficios, y de otros muchos que iban surgiendo con el crecer de las necesidades y la correspondiente división del trabajo, debía constituir, además de un derecho, un medio de vida para los extranjeros que venían a residir en Roma, para la plebe urbana y, en general, para todos los que por cualquier causa no participaban de la producción agrícola y no disfrutaban de la tierra. Los apellidos de algunas familias que se refieren evidentemente a utensilios, artes y oficios, si bien pueden haber tenido origen en un patronato hacia determinados gremios, también pueden derivarse del ejercicio de un arte manual en una familia libre, que poco a poco fue subiendo a una situación más elevada y a una mayor importancia social.[295]

295. Wezel, *De opificio opicifibusque apud veteres Romanos*, Berlín, 1881, pp. 1, 12 y ss.; Voigt, *Die römischen...*, pp. 302 y ss.

II

EL INCREMENTO DE LA ESCLAVITUD

El sucesivo incremento de la ciudad y de las grandes construcciones (que referidas por la tradición a la época de los reyes[296] tienen todavía, al menos en parte, carácter de remota antigüedad, como el templo de Júpiter en el Capitolio, la gran cloaca, la muralla serviana) es un indicio del continuo progreso económico y político de Roma; y el trabajo inmenso que representan aquellas obras monumentales hace sospechar el empleo de siervos y un incremento de la esclavitud. En verdad, entre los botines con los que, según se supone, se pagó el costo de aquellas obras, podían y debían ir comprendidos esclavos. Pero el crecimiento de la ciudad fue lento y gradual, y casi siempre se debió a la fusión de arrabales ya habitados; las grandes obras públicas, si la tradición no miente,[297] se elevaron, más que con mercenarios, con el concurso forzoso de los mismos ciudadanos, con la forma de una prestación personal que producía grandes molestias a la plebe y que fue una de las principales causas de la hostilidad contra su último rey.

Sin embargo, de un modo lento e insensible pero constante iban germinando las semillas que debían producir un nuevo desarrollo de la esclavitud.

En esta lucha trabada con los vecinos y que de cuando en cuando se iba extendiendo, en la que primero se combatía por la existencia y después por el deseo siempre creciente de dominar a los demás, con la conquista de territorios y la apropiación de bienes muebles se infiltraban en la sociedad romana una serie de relaciones cada vez más complejas, y quedaban como estratificados en ella, de un modo siempre más visible, los diversos elementos de la ciudadanía. Los gastos y las molestias de la guerra, cargados, como siempre sucede, por los que monopolizaban el poder sobre aquellos que estaban excluidos,

296. Richter, "Topographie von Rom", en Jw. Müller, *Handbuch der Klassischen Alterturnswissenschaft*, III, 10; pp. 752, 756, 763, 815 y 841.

297. Liv., I, 56, I; 52, 9; Dion. Hal., IV, 44; Cic., *in Verr.*, V, 19, 44; Büchsenschütz, *Bemerkungen...*, p. 32.

o poco menos, del gobierno; los daños de las incursiones y represalias, más sensibles para quienes menos poseían y estaban más expuestos a ellas; el monopolio del comunal y la posibilidad de invertir en él, cultivándolo o dedicándolo a pastos, un capital que producía buen rendimiento; la acumulación de riquezas, más fácil cuanto más se tiene, y hecha más factible por la acción siempre más extensa y activa de la moneda, que atacaba y transformaba las más antiguas y sencillas relaciones económicas y las primeras formas rudimentales de los cambios: todas eran causas que, juntas, contribuían a crear nuevas condiciones de vida, precursoras de otras muchas, para poder apagar las crecientes necesidades. Sin embargo, la acumulación de riquezas y el progreso económico debieron ser, durante largo tiempo, lentos y escasos.

I. La economía romana en tiempos de las doce tablas

En la legislación de las doce tablas se refleja el corto horizonte de la vida romana y el estado rudimentario de su economía.[298] Es un pueblo que vive exclusivamente de la agricultura y en el cual aún no ha empezado el período de la industria y del comercio. La riqueza, provechos, perjuicios y formas de ganancia se expresan por medio de palabras que hacen referencia al pastoreo y a la agricultura,[299] y los delitos que la ley castiga tienen con uno y otra estrecha relación. La moneda acuñada no se ha convertido en la medida común de los cambios y de la valoración, y así es que, tradicionalmente, se pagan ciertos casos de multa con un determinado número de animales. Diez mil *ases* constituían una riqueza;[300] los precios de los productos agrícolas y de los animales son muy bajos; las multas se mantienen en límites muy poco elevados y la más alta alcanza una cifra

298. Voigt, *Die XII Tafeln...*, Leipzig, 1883, I, pp. 16 y ss.

299. *Adsiduus, proletarius, detrimentum, emolumentum, pecunia, peculium, fenus.* Voigt, íd., I, pp. 18-19.

300. Liv., IV, 45, 2, *Dena milia gravis aeris, quae tum divitiae habebantur.*

301. Voigt, íd., I, pp. 21 y 22.

que, dentro de su medida relativamente elevada, nos da una idea de la limitada economía de aquel tiempo, incluso cuando lo consideramos en sus mayores manifestaciones.

Por lo demás, las formas de producción, el campo de la actividad humana y los medios de multiplicar la riqueza eran bastante reducidos. Incluidos los años de buena cosecha, las tierras daban escaso producto, que según cálculos aproximados no llegaba nunca al cinco por ciento.[301] La producción casera, en aquella época y durante mucho tiempo después, no sólo comprendía lo necesario para el sustento, sino también los vestidos, la construcción de los útiles e instrumentos de madera necesarios para la agricultura, la fabricación de cuerdas y cestos, las piezas de vajilla más toscas y el trabajo de la suela.[302] Útiles e instrumentos que al principio se pedían prestados al trabajo técnico, más adelantado, de los artesanos, después, al estropearse, se arreglaban y componían en la misma casa.

El comercio era limitadísimo, como se podía esperar de tan escasa producción que no permitía los cambios.[303] Los mercados más próximos más allá del Tíber servían para el tráfico de los productos de más inmediato uso, y desde ellos llegaban otros productos de países lejanos que se habían introducido o empezaban a introducirse entre los romanos.[304]

Los capitales encerrados dentro de tan estrechos límites se dirigían, –como sucede en casos análogos–, preferentemente, hacia la usura, que constituía una verdadera plaga de aquellos tiempos, cuyas distintas fases ocupan una parte notable en la tradición.[305] Hasta que los nuevos dominios y la apropiación sistemáticamente organizada de las riquezas de los países conquistados no apagaron las crecientes necesidades de una sociedad estéril, se puede decir que el pueblo romano, en el círculo estrecho de su pequeño Estado, se devoraba a sí mismo.

El interés limitado por la ley de las doce tablas –no al ciento por ciento,

302. Virg., *Georg.*, I, pp. 261 y ss.; Catón, *De Agricultura*, 2, 3; 23, 1; 31, 1; 33, 5; 37, 5; 39, 1; 59; Varrón, *R. R. I.*, 2, 22; 22, 1; 23, 5; Plinio, *Historia natural*, XVIII, 26, 236; Catón, *R. R.*, XI, 2; Blümner, *Technologie...*, I, 98 y ss.; Voigt, *Die XII Tafeln...*, I, pp. 26 y ss.

303. Büchsenschütz, *Bemerkungen...*, pp. 28 y ss.

304. Voigt, íd., I, pp. 30 y ss.

305. Liv. II, 23, 27, 29; VI, 14-5; 27; 31, 2; 34, 2, etc.; Dion. Hal., IV, 9; V, 33, 63, 66; VI, 22, 26, etc.

según una inverosímil hipótesis, sino, siguiendo una interpretación más aceptable, al diez por ciento en los años de doce meses y al ocho por ciento en los de diez–[306] nos hace ver que los capitales no estaban en proporción con la demanda, y cuán alto debía estar el interés cuando la ley lo estableció tan superior a la renta ordinaria de las tierras.

Las alternativas, de paz y guerra y la más común de diversidad de cosechas, sobre haciendas agrícolas de limitada extensión y producción hacían que la plebe y la clase menos acomodada bordeasen siempre el abismo de la deuda, prontas a caer en él para no salir jamás. Además, sucesos como la invasión y los saqueos gálicos, tras los cuales no quedaron más que las tierras y una escasa cantidad de metales escapada a la rapiña, habían hecho más aguda la necesidad y más fuerte el poder de la moneda, tanto más rara cuanto más necesaria. Esta manifestación patológica-social del aumento de la usura, propia de aquellos tiempos y de aquellos países de economía atrasada, constituía para la sociedad romana un estado de equilibrio inestable que debía encontrar su resolución y su remedio en un aumento de la esclavitud. Lo que daba, según parece,[307] a los patricios (y con este nombre la tradición también quiere comprender a los ricos) la hegemonía política y la posibilidad de prestar dinero era, en primer término, la posesión siempre creciente del *ager publicus*. En aquel empleo del dinero y en la forma cruel con que se hacía se puede ver no sólo una consecuencia de la angustia económica que no permitía otro modo de emplearlo, sino también un medio de apropiarse del trabajo ajeno, bien indirectamente bajo la forma de interés, bien directamente con la *addictio* del deudor moroso, convertido temporal o perpetuamente en siervo del acreedor, quien lo empleaba en sus tierras o lo vendía o cambiaba por un esclavo extranjero. La *lex Paetelia* es considerada, por Livio y por otros muchos, como la liberación de la plebe, al determinar que los bienes, y no la persona del deudor, eran la garantía del acreedor. Y aun cuando se pudiera creer, como hace algún intérprete[308] siguiendo una hipótesis que repugna a la tradición, que aquella ley se limita-

306. Hartmann, *Der römische Kalender*, p. 29, nº 57. Voigt, íd., I, p. 723; VII, 17; II, pp. 581 y ss.

307. Karlowa, ob. cit., I, p. 97.

308. Savigny, "Das altrömische Schuldrecht", en *Vermischte Schriften*, Berlín, 1850, II, pp. 425 y ss.

ba solamente a modificar la forma antes que el fondo del derecho del acreedor, la *addictio* debió ser restringida o eliminada, de hecho más que de derecho, por el aumento de la esclavitud, que hacía innecesaria aquella manera de adquirir siervos por las formas de los procedimientos, que hacían más fácil y posible la expropiación del deudor.

II. Las doce tablas y la esclavitud

Además de revelar indirectamente la necesidad de la esclavitud, que crecía con el progreso de las condiciones económicas, las doce tablas revelaban que esa necesidad trataba de satisfacerse y que la esclavitud se extendía en la sociedad romana. En efecto, en ellas encontramos la multa de ciento cincuenta ases por unas heridas a un siervo, y en otra parte la mención de la pena con que se castigaba al siervo ladrón. Existen también disposiciones sobre el *statu liber*, siervo manumiso condicionalmente, y hace referencia a aquel peculio que, al irse desarrollando, llega a tener tanta importancia en las condiciones y suerte de la esclavitud; además, se fija la pauta para que la herencia del liberto muerto sin testar pase al patrón, y por último se declara la responsabilidad civil del amo por los delitos del siervo.[309]

Si se tiene en cuenta el espíritu de la legislación decemviral, que fija sus reglas con rapidez y comprensión regulando intereses prácticos y concretos, se puede asegurar que la esclavitud, si bien no muy extendida, empezaba a ser un elemento del patrimonio y de la vida económica; y aun tendía a ser mayor dado el ambiente que se iba formando en Roma, favorecido por la llegada a la ciudad de nuevos pobladores, que las victorias siempre más numerosas y fecundas atraían en sucesión frecuente y continua; además, la ilimitada libertad de testar sancionada por las doce tablas, el giro siempre más rápido de los negocios y la vida económica siempre menos extendida y complicada iban acumulando la riqueza en pocas manos.

309. Bruns, *Fontes iuris romani antiqui, Leg.* XII, *tabul* VIII, 2; Voigt, *Die XII Tafeln...*, I, VII y II y XII.

III

LA EVOLUCIÓN DE LA ECONOMÍA ROMANA

El pueblo que debía dar su nombre al mundo antiguo, y a tantas comarcas el sello de su fisonomía, cumplía su misión histórica asimilando los caracteres de los pueblos que sojuzgaba y con los cuales se ponía en contacto; encontraba así, en una extraordinaria potencia y variedad de adaptaciones, el secreto y la fortuna de su dominio, y en una gran organización política y civil la fuerza de su poder. A medida que la esfera de acción de Roma se extendía y crecía su dominio, la vida romana se modificaba bajo la acción de tantas corrientes y fuerzas económicas que en ella se infiltraban, y dominadas conseguían dominarla, y cuanto más vasto era el campo en el cual se ejercía la actividad romana y más diversos los elementos con los cuales se relacionaba, más profundos y complejos eran los efectos.

Roma, victoriosa en sus luchas más antiguas, combatiendo en su territorio y en los adyacentes, emprendía nuevas guerras siempre más lejanas y más importantes; la historia tradicional nos hace ver cómo, a veces, después de empresas afortunadas, se enriquecía con nuevas tierras y botines, con cuyo despojo castigaba a los vencidos. El rapto de las sabinas le había hecho saborear por vez primera la riqueza. Pero cuando extendieron su dominio a Italia central y a los últimos confines de Italia meridional, además de la ventaja inmediata del saqueo y de la conquista, se creó un estado de cosas que modificaría su política y a su forma de vida. No sólo había llegado la ocasión de entrar en la política de los grandes Estados del Mediterráneo; no sólo la civilización más refinada de la Campania y de las colonias griegas daba lugar a existencias y relaciones de las cuales podía ser muestra la reciente adopción de la plata como tipo monetario,[310] sino

310. Plinio, *Historia natural*, XXXIII, 13, 44; Liv. *Epitom.*, 15; Mommsen, *Histoire de la monnaie romaine*, I, p. 300.

que el nuevo y gran territorio constituía, en su conjunto, por sus mismas condiciones naturales, un medio en el cual la economía, el antiguo modo de producción, la misma base de la vida romana e italiana se debía transformar.

"Para la agricultura italiana –dice Nitzsch–[311] era de gran importancia que los romanos, ayudados por las colonias y el *ager publicus*, fuesen dueños de la montaña y del llano. La abrumadora preponderancia del pastoreo en perjuicio del cultivo intensivo de la tierra, como sucede en España e Italia, sólo es posible donde se puede evitar el encierro del ganado en establos durante las estaciones crudas. Esta necesidad obliga incluso a los propietarios de grandes fundos a limitar el número de cabezas, toda vez que debe procurarles no sólo albergue y custodia, sino también alimento durante todo el invierno. Esta necesidad no existe donde los rebaños, al empezar el frío, pueden encontrar comida en otros lugares donde el clima y los pastos permiten, sin inconveniente alguno, pasar al aire libre la estación invernal. En los países septentrionales de Europa no se encuentran estas praderas, y lo mismo sucede en las montañas de Italia si las llanuras próximas al mar no son accesibles a los rebaños. Y así podemos afirmar que el ganado de los samnitas y de los lucanios era reducido cuando Apulia y las costas del golfo de Tarento no les pertenecían o no podían servirles para pastos; y del mismo modo vemos que tampoco podían ser muy grandes los rebaños del llano mientras no se aprovecharan los pastos de las montañas durante el verano. La aridez de la campiña romana y de Apulia, la *malaria* del golfo de Tarento llevan la epidemia y la muerte a labradores y pastores, y sobre todo al ganado. Y aun cuando es sabido que esta insalubridad aumentó en la Edad Media, tampoco se ignora que ya existía en la Antigüedad. Y si los bosques del Apenino no habían sido bárbaramente devastados y las llanuras de la costa no eran aún desoladas a causa de los latifundios, el calor de un verano en el llano de Italia y el frío de un invierno en la montaña eran insoportables para los rebaños de la Antigüedad, como para los de hoy en día. Es difícil saber si las guerras de las ciudades de la Gran Grecia con los bárbaros de los países montañosos

311.Nitzsch, *Die Gracchen und ihre nächsten Vorgänger*, Berlín, 1847, p. 15.

adyacentes contribuyeron de alguna manera, ya en unos, ya en otros, al aumento de los pastos y de la ganadería: hagamos observar sin embargo que la producción de lana en el golfo de Tarento debía ser insignificante, si es verdad que los sibaritas se proveían de lana en Mileto. Ni en el Lacio, ni en Etruria, ni en todo el resto del litoral occidental se ve, antes del dominio de los romanos, el desarrollo del pastoreo que después encontramos. Pero cuando éstos, al final de la segunda y de la tercera guerra samnítica, penetraron por medio de sus colonias en la zona interior de los Apeninos y también allí convirtieron en *ager publicus* grandes extensiones de terreno, les fue bien fácil aumentar el ganado. Livio (X, 23 y 47) menciona *multas pecuarias*, por primera vez, a mediados del siglo V. Parece mentira que la ley licinia limitara, además de la posesión de tierras cultivables, el derecho a los pastos, porque el pastoreo –como ya se ha demostrado antes– estaba limitado, por las condiciones del *ager publicus* y la falta de pastos, a la montaña durante el verano. Y apenas los romanos los consiguieron gracias a sus conquistas en el Apenino, entonces se presentó por primera vez el peligro de una preponderancia del pastoreo. Al propio tiempo, les fue posible tomar parte directa en el comercio del Mediterráneo. Hasta entonces les habían faltado los productos en gran escala de una rica región interior, con la cual Cartago traficaba, y les faltaba también la actividad industrial de las ciudades griegas, la venta de cuyos productos se efectuaba principalmente por intermedio de Corinto. La mayoría de los propietarios romanos sólo podía reservar para la exportación una pequeña parte de su producción agrícola, y hasta que llegó este feliz límite de la posesión de fundos no se pudo pensar en que Roma tuviera comercio propio y marina mercante."

Conquistados tan vastos dominios, si bien en parte quedaron en poder del Estado y se emplearon para crear colonias y asignar nuevas tierras a los que eran pobres, también es verdad que una parte bastante mayor terminó en manos de la nobleza, que apoderada ya de la hegemonía política se valía de ella y la afirmaba apuntalando y reforzando su posición económica.

Además, por muchas razones (sobre alguna de las cuales deberemos detenernos más adelante) la clase pobre se podía aprovechar bien poco de las tierras públicas.

Muchas de ellas eran más aptas para el pastoreo que para el cultivo en

general; otras muchas estaban situadas en comarcas distantes de los centros habitados, a veces casi inaccesibles, donde solamente una verdadera hacienda rústica podía salir adelante, y no un campesino aislado. Se trataba, en la mayoría de los casos, de tierras incultas que era preciso desbrozar con no despreciables gastos y trabajo; y en cambio, se tenía que empezar pagando la décima al Estado por la concesión.

En el valle del Po y en otros lugares en donde la abundancia del agua, las exigencias militares, la oportunidad política y la oposición aún no despierta y organizada de las clases dominadoras lo habían querido y permitido, se fundaron colonias y se señalaron terrenos; pero en todo el resto del país eran los ricos quienes extendían su dominio gracias a los bienes públicos, avanzando, si no tan lentamente, sí con tanta constancia como la hiedra que se enrosca a los más vigorosos árboles y termina abrazándolos por completo.

I. La concentración de la riqueza

Ocupaban no solamente la tierra que por el momento podían poner en cultivo, sino también aquella que esperaban poder cultivar, y así marchaban de un modo rápido hacia la formación del latifundio y hacia las formas con las cuales éste se presenta.

Otras causas favorecían y precipitaban esta tendencia.

La guerra, a pesar de tener a veces un carácter de necesidad y la esperanza, a menudo fallida, de conseguir ventajas inmediatas, fue siempre, según se deduce de las tradiciones recogidas por Livio, la preocupación y el tormento de la clase campesina, obligada a cultivar directamente la tierra y puesta en la triste alternativa de ver su propio campo devastado por los enemigos o en el abandono en que lo dejaba el campesino peleando en país extranjero.

El sueldo militar, introducido después de la toma de Veio,[312] había atenuado una de las cargas que pesaban sobre el soldado, y la guerra, llevada

312. Liv. IV, 59, 11; V, 7, 12; Marquardt, *De l'organisation militaire chez les Romains*, París, 1891, p. 20.

siempre más lejos de las propias fronteras, libraba al campo de las devastaciones del enemigo, pero no por esto quedaba menos abandonado, al aumentar el alejamiento de quien lo cultivaba.

Las campañas de Aníbal, que agitaron Italia, reprodujeron todos estos males a la vez: tributos, grandes ejércitos, saqueos; y si todos sufrieron estos daños, los peor librados fueron los pequeños propietarios, que se arruinaban más fácilmente al menor desequilibrio y que tenían sus tierras en el llano, en el mismo teatro de la guerra; en cambio, el ganado mayor se refugiaba en las montañas, protegido por la prudencia, según algunos demasiado interesada, de Fabio.

La competencia de los cereales de África y de Sicilia –donde la agricultura había florecido luego de la obra destructora de Agatocles–,[313] que se hacía más factible y extensa por el aumento de carreteras que poco a poco se ramificaban por toda Italia surcándola en todas direcciones, iba arruinando, con acción lenta pero continua, al pequeño propietario y al arrendatario cultivador de cereales.

II. La concentración de la riqueza y la esclavitud

La hegemonía constantemente progresiva de Roma las convertía a ella y a sus clases dominantes en una especie de vampiro que absorbía toda la actividad productora del mundo que dominaba; y con la forma de botines, tributos, diezmos, adjudicaciones, robos y hasta herencias, los tesoros de aquel vasto dominio se iban acumulando en las manos de una categoría de personas siempre más reducida, y cuya sola ocupación consistía, como dice el hemistiquio solónico, en desnatar la rica leche, cuya crema subía tanto más a la superficie cuanto más espeso y turbio era el líquido.

Esta desenfrenada emulación de la riqueza, excitada y hecha indispensable por su mismo aumento y concentración, absorbía la pequeña

313. Nitzsch, ob. cit., pp. 37 y ss.

propiedad, insidiándola con el litigio capcioso, ocupándola violentamente, tentándola con los halagos de una vida más regalada, librándola de todo vínculo que la pudiera hacer más o menos inalienable y creando a su alrededor aquel ambiente de leyes del cual puede ser síntoma elocuente la ley agraria de 643 a. C.; así, se llegó hasta el extremo de parecer que toda la riqueza de Roma estaba en poder de unas dos mil personas.

Este estado de cosas (la propiedad rústica y la riqueza mueble, reunidas en un círculo siempre más estrecho) significaba el monopolio del medio de producción de la tierra, y dada la posibilidad siempre mayor de conseguir esclavos, permitía dar a este medio de producción un movimiento casi automático.

Y de este modo, sobre las ruinas del pequeño predio y de la pequeña propiedad se levantaba el latifundio, y el puesto del labrador lo ocupaba el pastor, y el puesto del libre, el esclavo.

IV

LA NUEVA FASE DE LA ECONOMÍA AGRÍCOLA

La Italia peninsular sentía cada día mayor necesidad de dirigirse a las otras naciones para proveerse de cereales,[314] acudiendo sucesivamente y en distinta medida a Cerdeña, África, Egipto, España, Galia, Beocia, Cilicia, Siria y hasta en tiempos más avanzados a Bretaña;[315] lo cual era, al mismo tiempo que un indicio, una causa del abandono del cultivo de cereales, que a cada momento cedía el puesto a un empleo más remunerativo de la tierra.

Ya Catón al escribir su tratado de agricultura, buscando determinar la utilidad decreciente de los distintos cultivos, ponía en primer lugar la vid, después el huerto, y sucesivamente el saucedal, el olivar, los prados, los cereales, el monte tallar, el bosque y los encinares.[316] Tiempo después, en el tratado de Varrón, un interlocutor, haciendo notar que no todos estaban conformes con la clasificación de Catón, ponía por encima de todo cultivo a los pastos, lo cual demuestra que de Catón a Varrón, con el progreso de los tiempos, el pastoreo había ganado terreno sobre la agricultura.

A medida que Roma se convertía en un centro siempre más populoso e importante, los territorios sobre los cuales ejercía su acción más directa transformaban su cultivo, gracias a una gradual selección, para servir a las necesidades, cada vez más crecientes y variadas, de la población ciudadana.

Las tierras menos lejanas y más aptas se preparaban para proporcionar flores, frutas y legumbres. El olivo y la vid, ante la creciente demanda de aceite y vino, se habían extendido. Y si había quien aseguraba que la viña "consumía todo su producto en los gastos que llevaba consigo",[317] tampoco faltaba

314. Varrón, *R. R.*, II, Praef.
315. Wiskemann, *Die antike Landwirthschaft und das von Thünensche Gesetz*, Leipzig, 1859, pp. 50 y ss.
316. Catón, *De Agricultura*, 1, 7.
317. Varrón, íd., I, 7, 9.

quien añadiera que cuando se posee todo lo necesario para el cultivo de la vid no hay que temer a los gastos. Columela, tomando los datos del producto mínimo de una viña, demostraba que si un capital colocado al seis por ciento rendía mil novecientos cincuenta sextercios al año, invertido en aquel cultivo, y en la peor de las hipótesis, producía dos mil cien. La cría de ganado, iniciada, tal vez, por mero entretenimiento y para el abasto de la casa y la finca, iba aumentando y creciendo en vista del incremento de la ciudad, hasta convertirse en un buen ingreso de la propiedad y a veces en su producción más importante. Además del ganado de carga y de tiro, los criaderos avícolas, las abejas, la caza y hasta las piscinas llegaban a producir ganancias no despreciables.

Algunas de estas *villas* rendían cincuenta mil sextercios; en otra en la Sabina, a poca distancia de Roma, la venta de tordos solamente produjo sesenta mil sextercios, el doble de lo que había rendido todo el fundo de Varrón, de doscientas *jugeri* [318] de extensión.

Cita Varrón un caso en que los pavos reales producían seiscientos mil sextercios. Las palomas llegaban a producir rendimientos excepcionales. En un pequeño fundo de un *jugeri* de extensión, situado en el *ager falisco*, la cría de abejas producía una renta de diez mil sextercios. Así es que el cultivo de árboles por una parte, y por otra la cría de animales de todas clases, restringían el cultivo de cereales que producían poco y se importaban de comarcas extranjeras, conservándose en ciertas regiones de Italia, como en el valle del Po, donde la población de colonos era numerosa, o en donde la importación era difícil o el terreno daba mucho producto, como en Etruria, en el agro de Sibari y en otros lugares similares. Además, el cultivo arbóreo, especialmente del olivo, y la ganadería exigían el concurso de menor número de personas que el cultivo de cereales.

Para un olivar de doscientos cuarenta *jugeri*, según Catón, eran precisos cinco jornaleros, dos boyeros, un yegüerizo, un pastor, un porquero, hasta un total de trece personas, de las cuales había siete empleadas en el cuidado de tres pares de bueyes, algunos asnos y cien ovejas. Para cien *jugeri* de viña, el mismo Catón consideraba necesarios dieciséis hombres, entre ellos el *vilicus* y la *vilica*

318. *Jugeri*, día o jornal de tierra, medida de superficie empleada por los romanos, de 240 pies de largo por 120 de ancho.

y cuatro hombres afectados a la custodia de dos bueyes y tres asnos; según Sasema, bastaban ocho jornaleros.

Si bien es verdad que Varrón da a estos casos sólo un valor relativo, aun aceptándolos con la reserva debida queda siempre evidente que el número de brazos necesarios se iba limitando, tanto más cuanto que la ganadería, al extenderse, proporcionaba bueyes para el trabajo.

Para las ovejas era variable el número de pastores. Varrón aconseja uno para cada ochenta; Attico, uno para cada cien; pero cuando eran más de mil, el mismo Varrón observa que se puede reducir el número. Para un rebaño de cincuenta caballos, Varrón considera precisos dos hombres. Un muchacho es suficiente para guardar los asnos. Y a veces para el cuidado del ganado, mayor y menor, se empleaban mujeres y chiquillos.

I. La economía agrícola y la esclavitud

Durante esta metamorfosis de la economía agrícola y en el período que la precedió y preparó, todo favorecía el empleo cada vez más mayor de la esclavitud. El pesado servicio militar que distraía a los propietarios del cultivo de sus fincas les obligaba a sustituir su trabajo con otro que fuera más estable, y el trabajo de los siervos debía tener más carácter de continuidad que el de los mercenarios, aparte de que, desde el tiempo de Polibio, los pequeños propietarios estaban alistados, y desde Mario, el ejército se reclutaba hasta entre los proletarios.[319] De manera que la media y la pequeña propiedad se veían obligadas al empleo de los esclavos.

Y si el fundo estaba situado en comarcas remotas y lejanas de los centros que podían proporcionar trabajadores mercenarios, los esclavos se hacían de imprescindible necesidad. Como nos hace ver el sucedido de Attilio Regolo, si el mercenario, en ausencia del amo, abandonaba el fundo, sólo se podría entablar contra él en algunos pocos casos una acción civil, mientras que se obraba de muy distinta manera contra el siervo que se escapaba de la finca. Además, los latifundios que se iban formando, porque se los destinaba al pastoreo (porque

319. Polibio, VI, 19, 2; Salustio, *Jugurt.*, 86, 2; Marquardt, *De l'organisation militaire...*, p. 142.

apenas habían sido desbrozados y por su misma extensión) se encontraban muy a menudo lejos de los centros habitados y exigían la asistencia continua de los esclavos, de aquellos *instrumentum vocale*, como les llamaba Varrón.

Los muchos inconvenientes del trabajo servil aún no eran conocidos. Ya hemos hecho ver que el trabajo de los esclavos es poco productivo y no se presta al cultivo de los cereales, que exige a veces una labor discontinua y en ciertas épocas el concurso de muchos brazos. La poca producción se nota más cuando los productos, en vez de dedicarse al consumo propio, se ponen en circulación como mercancía; además, la posibilidad que en aquel tiempo había de ir alternando las tierras y poner sucesivamente en cultivo grandes extensiones de terreno disimulaba, si no hacía desaparecer, el escaso rendimiento del trabajo servil. La variedad de los cultivos empleados en los latifundios, en los que también se introducían formas industriales más o menos rudimentarias, ocupaba en diversas tareas a los esclavos durante la mayor parte del año. Y si se considera que la ganadería se extendía, será fácil comprender que una tarea permanente y pasiva como la de guardar rebaños podía ser desempeñada por siervos mejor que por hombres libres. Además, en aquel estado tan rudimentario del pastoreo se dejaba que todo se desarrollase casi de un modo automático; aquellos pastores, en un estado semisalvaje, entre bosques y praderas, eran abandonados a sí mismos, de modo[320] que se veían obligados a recurrir a toda clase de expedientes y a veces a la rapiña para poder alimentarse, siendo este sistema sólo factible con esclavos y poco menos que imposible con hombres libres. Y a la necesidad sentida en aquellos tiempos de emplear esclavos correspondía la facilidad de obtenerlos.

II. La importación de esclavos

Las guerras afortunadas y las conquistas se resolvían en un fecundo manantial de esclavos. Prescindiendo de tiempos más remotos, en un lapso que abarca poco menos que unos cincuenta años fueron reducidos a la

320. Diod. Sic., XXXIV, 2, 36, 38.

esclavitud más de doscientos mil prisioneros de guerra; en 208 a. C., cuatro mil; en 202, mil doscientos; en 200, treinta y cinco mil; en 197, cinco mil; en 190, mil cuatrocientos; y en 167, ciento cincuenta mil.[321]

Cuando más adelante se abrieron a Roma las puertas de Oriente y a las grandes derrotas de las invasiones bárbaras sucedió una mayor consolidación y crecimiento del dominio romano, la esclavitud se hizo aún más fecunda.[322]

Sin pretender determinar, con cifras siempre erróneas, la población servil, se puede uno formar una idea de su desarrollo por la tasa impuesta a las manumisiones, cuya aparición es, por sí sola, un síntoma notable, y que durante ciento cincuenta años, entre 357 y 207 a. C., produjo cuatro mil libras de oro.[323] Es en esos tiempos cuando la esclavitud toma impulso y alcanza su mayor desarrollo.

No es fácil discernir cuáles fueron los precios medios de un esclavo en aquel período,[324] pues debieron ser muy variables.

Si Catón no pagaba por un esclavo más de mil quinientas dracmas y en su reforma de los tributos consideraba como objeto de lujo un esclavo de 18 a 20 años de un valor de diez mil sextercios, el costo de éstos en aquella época no debía ser elevado, y de las oscilaciones que sufrían los precios y del límite inferior al cual llegaron a descender puede darnos una idea el hecho de que en el botín conseguido en Ponto por Lúculo los esclavos se vendieron hasta por cuatro dracmas.

Esta inestabilidad de precios, que a la larga tenía sus inconvenientes, debía, no obstante, en las primeras baraturas, excitar la necesidad ya tan sentida de los esclavos.

321. Boeger, *De mancipiorum commercio apud Romanos*, Berol., 1841, p. 25.

322. Wallon, ob. cit., II, pp. 34 y ss.

323. Liv. XXVII, 10; Cagnat, *Étude historique sur les impôts indirects chez les Romains*, París, 1882, p. 172.

324. Boeger, íd., p. 21; Wallon, íd., II, pp. 159 y ss.; Abignente, ob. cit., p. 75; Dureau de la Malle, *Économie politique des Romains*, París, 1840, I, pp. 147 y ss., y 244.

V

LA NUEVA VIDA ROMANA

Si la conquista de Italia había llevado tal transformación a la industria, mayor tenía que ser la revolución que en las costumbres, en el sistema de vida y las normas generales de conducta debía verificarse como consecuencia de aquella metamorfosis y la continua extensión de sus dominios por los países de cultura griega primero, y después por casi todo Oriente.

Todos los refinamientos de la vida desconocidos, o poco menos, por los romanos, se les ofrecían con el atractivo y con la seducción de las cosas nuevas a las cuales era difícil resistirse; y tanto más difícil cuanto se presentaba junto a la tentación el medio de satisfacerla. Si el triunfo de Papirio trajo mucha plata a Roma, los triunfos sucesivos, desde el de Flaminino al de Sila, llenaron de oro el erario, y se estableció un flujo continuo de la riqueza desde todo el mundo romano hasta su capital.

El dinero sacado a las provincias buscaba el modo de ser empleado en las contratas, en empresas comerciales y en la usura, en perjuicio de los mismos provincianos; la disminución de los intereses [325] demuestra que el capital seguía siendo superior a los medios de emplearlo, pero tanto en el caso en que producía enormes rendimientos como cuando quedaba improductivo, tendía siempre a emplearse en gastos inútiles, en satisfacer aquel afán creciente de lujo que se iba convirtiendo en una costumbre y una necesidad.

La nueva y antigua nobleza, patricia y plebeya, que antes se vanagloriaba de residir en el campo y dedicarse a la agricultura, se alejaba de sus tierras a causa de la nueva fase de la economía agrícola y buscaba alojamiento estable en la ciudad, y bajo el impulso de las nuevas formas de vida las casas se ampliaban y decoraban, y las exigencias crecían de un modo continuo y progresivo.

325. Marquardt, *De l'organisation financière chez les Romains*, París, 1888.

Dirigir la gran cantidad de numerario y riquezas acumuladas a una directa producción industrial era, además de prematuro, una operación difícil y lenta; más fácil y expedito era dirigirla al comercio, que iba recogiendo en todas partes la exuberancia de la producción más o menos adelantada. Sin embargo, aunque con tendencia a transformarse, el trabajo casero seguía siendo la base de la producción. En estas condiciones, el aumento de las exigencias de la casa llevaba consigo un aumento en el personal, y cuando en aquella vida, en creciente movimiento, más se iban disgregando las familias en mayor número de grupos, más imprescindible era la necesidad de sustituir el trabajo familiar con el de un nuevo elemento extraño, o sea, con la esclavitud.[326] Y la necesidad de lo indispensable como de lo superfluo, la vida regalada y la costumbre del lujo, todo contribuía a extender y multiplicar en la vida ciudadana el número preponderante de esclavos que se había insinuado en la vida rural y constituía su característica. Para guardar la entrada, anunciar e introducir las visitas y cuidar todo lo relativo a éstas había un esclavo.[327] La mesa, con el lujo y la pompa crecientes de la etiqueta, ocupaba una verdadera cohorte. Empezando por los inferiores –los que más trabajaban, convirtiendo fatigosamente por un método bastante primitivo el trigo en harina– se llegaba al mayordomo, a través de una serie interminable de esclavos encargados de la bodega, de la fabricación del pan, de la confección de la comida –en la que tomaba parte todo un ejército de cocineros, ayudantes y pinches–, y en el comedor desde el director hasta los que preparaban la mesa y las camas, los trinchadores, distribuidores, catadores, coperos y sirvientes colocados junto a cada comensal y prontos a su menor indicación. La alcoba, el guardarropas y el tocador ocupaban a otros muchos siervos.

Las mujeres se rodeaban de una infinidad de sirvientes, empezando

326. Bücher, *Die Entstehung der Volkswithschaft*, Tübingen, 1893, p. 18.

327. Desde Popma (en su obra *De operis servorum liber*) hasta el presente se han descrito repetidas veces las funciones de los siervos en las casas romanas. Véase Wallon, ob. cit., II, pp. 104 y ss.; Voigt, *Die römischen...*, pp. 388 y ss.; Marquardt, *La vie privée des Romains*, París, 1892, I, pp. 160 y ss.

por los empleados en los trabajos indispensables como tejer, coser, hasta llegar a los empleados en todas las ocupaciones que el gusto, la moda, el refinamiento y a menudo la depravación sabían sugerir. Apenas nacía un niño en una casa rica y ya se veía rodeado de nodrizas y un sinnúmero de personas que no se movían de su lado para cuidarlo, mecerle, dormirle y procurarle el más absoluto silencio mientras dormía.

A todos éstos se añadían otros siervos que tenían misiones especiales, necesarias para el servicio de la casa y de las personas, como las dedicadas a diversos oficios: batanero, barbero y, según la grandeza y posición de la casa, jardinero, médico, copista, secretario, cajero, músicos, cantantes y bañeros.

La cantidad de siervos no se reducía a los empleados dentro la casa, pues se necesitaban también fuera de ella, bien porque fuera preciso de noche iluminar la calle al amo o a sus visitas, bien porque tuvieran que llevarlo en litera, o precisara, sobre todo en tiempo de elecciones, recordar los nombres de aquellos con los cuales se paraba y convenía anticipar el saludo o cambiarlo familiarmente.

Hacerse preceder o seguir por una porción de siervos se había vuelto, poco a poco, señal de distinción, un medio de darse mayor importancia, y en aquella contienda de fausto y vanidad esto era una razón más para multiplicar los siervos y desplegarlos como indicio de opulencia.[328]

La lista minuciosa y detallada de las distintas clases de siervos se ha podido sacar, en su mayor parte, de los restos epigráficos que nos quedan sobre la organización del palacio imperial y de los cronistas de la época del Imperio; pero también se encuentran ciertos detalles en los escritores del último período republicano. Con relativa frecuencia muchas de aquellas funciones enunciadas con distintos nombres le eran confiadas a una misma persona, y tanto más cuanto menos rica era la casa; pero con las enormes fortunas que se habían ido acumulando en los últimos años de la república, la tendencia a la división del trabajo, mejor dicho, de la holgazanería, se iba haciendo más insistente. El mismo Cicerón encuentra de mal gusto confiar a sus esclavos misiones diversas.

328. Boeger, ob. cit., p. 4.

Por otra parte, todas aquellas obras gigantescas y fatigosas –como la construcción de puertos, el artificial cambio de aspecto de los lugares y las construcciones de puro lujo, como los jardines con sus parques, piscinas y todos los encantos y rarezas sugeridos por el capricho de luculiana memoria– dejan adivinar grandes turbas de esclavos ocupados durante largo tiempo, sin tregua ni descanso, a domar con la cruel obstinación del hombre la inerte y dura resistencia de la materia bruta.

Los juegos del circo, las luchas de gladiadores, características de la vida romana y su verdadera fiesta nacional,[329] exigían un notable aumento en el número de los esclavos y una permanente y continua requisa.

Los funerales, el nombramiento de magistrados y todas las fiestas de la ciudad daban ocasión y pretexto para aquellos trágicos juegos; y a medida que el gusto estragado se sentía más excitado por aquella cruel sensación de sangre vertida por pasatiempo y la costumbre se iba extendiendo de los más a los menos ricos, de la capital a las provincias, crecía aquella legión de *dilettantes* de la muerte. De este modo la esclavitud se difundía y desarrollaba de un modo extraordinario, alimentada por las guerras y piraterías, fecundada en el campo y la ciudad por una nueva fase de la vida económica, dedicada, en la creciente complicación de las relaciones sociales, a la satisfacción de múltiples necesidades, empleada por el Estado mismo en sus extensas y distintas funciones, por la sociedad y los particulares en la gestión de sus industrias y comercios, convertida por algunos en medio de producción, en manos de otros en instrumento y causa de variados refinamientos, y por la inmensa mayoría en materia prima de especulación, objeto de ventas y cambios, nueva y notable forma de bienes muebles, y medio de hacer valer y poner en circulación cualquier otro género de riqueza.

329. Wallon, ob. cit., II, pp. 121 y ss.

VI

EL INCREMENTO Y EL EMPLEO DE LA ESCLAVITUD

Dada la situación de la evolución económica en el mundo romano, el empleo de la esclavitud se hacía tan indispensable como inevitable había sido su desarrollo. Pero además de este carácter de necesidad, la esclavitud progresaba porque presentaba, al menos aparentemente y a primera vista, grandes ventajas; así es que se aceptaba aun en los casos de ser posible, cosa bastante rara, la libertad de elección entre el esclavo y el trabajador libre.

Poseer, además del medio de producción, la fuerza que debía ponerlo en movimiento, tener en la propia mano una fuerza, continuación y multiplicación de la propia energía, capaz de ser empleada sin interrupción, mandada a discreción y según nuestra voluntad, debía parecer, por lo mismo a primera vista, el colmo de lo deseable. Y la agricultura del tiempo de Catón y Varrón, que tendía a limitar a casos puramente indispensables el empleo del trabajo libre,[330] obedecía a este estado de cosas y a este orden de consideraciones.

1. Los inconvenientes de la esclavitud

Sin embargo, una mayor y más profunda experiencia debía desarrollar y poner en claro, de un modo gradual, todos los inconvenientes y ventajas de la esclavitud.

Cuando Catón aconsejaba el empleo de los mercenarios en las propiedades rústicas reconocía, de un modo implícito, la utilidad de una

330. Catón, *De Agricultura*, 4, 5; Varrón, *R. R.*, I, 17.

fuerza que se empleaba y pagaba sólo durante el limitado período de tiempo que desarrollaba un trabajo útil.

Cuando Varrón aconsejaba el empleo de trabajadores libres en los lugares y trabajos malsanos, reconocía los daños y perjuicios de la mortalidad en los esclavos.

Cuando el propio Catón aconsejaba vender al esclavo viejo e inútil, señalaba, tal vez sin quererlo, las desventajas de un instrumento de trabajo que funcionaba en provecho del amo, pero que también se iba agotando.

Poseer esclavos significaba haber empleado un capital en su adquisición, poseer otro para mantenerlos y correr además todos los riesgos de las pérdidas, baraturas, improductividad e inercia que durante un tiempo más o menos largo los hacía infructuosos.

Las condiciones sanitarias, especialmente las de los grandes centros de población de la Antigüedad, eran peores que en nuestros tiempos.[331] La duración media de la vida, hasta en los hombres libres era, según se puede calcular por ciertos datos aproximados, algo inferior a la nuestra.[332] Además de las enfermedades ordinarias derivadas de un ambiente malsano, se sucedían, a no largos intervalos, epidemias contagiosas que causaban gran mortandad. Las mencionan las tradiciones de las épocas más antiguas,[333] y a medida que avanza el tiempo y las noticias son más claras, se encuentran más detalles de epidemias, como, por ejemplo, las de los años 23 y 22 a. C. que asolaron Italia; la de 65, año en el que, según los libros de la Diosa Libitina, murieron treinta mil personas entre las clases más acomodadas solamente; y aun de efectos más graves fueron las del año 79 en que la mortalidad diaria llegó a ser de diez mil personas, y la que empezando el año 162 en Babilonia se fue propagando por todo el Imperio, durando hasta 180, y reproduciéndose en 187-189 durante el reinando de Cómodo, hijo de Marco Aurelio.[334]

Es fácil imaginar cómo y de qué manera debían sucumbir los esclavos

331. Pöhlmann, *Die Ueberbevölherung...*, pp. 114 y ss.; Fredländer, ob. cit., I, p. 37.

332. Dig. XXXV, 2, 68; Eusebio, *H. E.*, VII, 21, 9; Pöhlmann, íd., 1. c.; Hildebrand, *Bevölkerungsstatistik im alter Rom.* (Jahr., f. N. O., VI, 91); Beloch, *Die Bevölkerung...*, pp. 41 y ss.

333. Liv., IV, 30, 8: Volgatique contactu in homines morbi. Et prius in agrestes ingruerant servitiaque. VIII, 22, 7; IX, 28, 6; X, 31, 8; 47, 6.

334. Friedlander, íd., I, pp. 39 y ss.

en estas epidemias y cómo debía aumentar su mortalidad, de ordinario tan notable, especialmente para todos aquellos que procedían de Oriente y ahora estaban obligados a vivir en condiciones distintas de clima y a veces de estado social de las que tenían por costumbre.

A esto se añadían las carestías, nada raras por las dificultades de comunicación y aprovisionamiento, que se trataron de remediar en Roma con un almacenamiento siempre creciente de víveres (*annona*), cuyos beneficios se limitaban a la capital y sus ciudadanos y no se extendían a los siervos. El hecho llegaba a tener tanto valor práctico que Cicerón, en su libro sobre los deberes,[335] discutía si en caso de carestía podía un hombre honrado descuidar la alimentación de sus esclavos, y aun cuando resolvía la cuestión conforme a la moral, no es posible dejar de tener en cuenta todas las dificultades que llevaba consigo la posesión de esclavos en épocas de carestía y que en el caso menos malo terminaba en una venta a bajo precio o en una manumisión; en todo caso, se resolvía, como suele suceder en estas circunstancias, en un lento decaimiento por la falta de alimentación y en un acortamiento de la vida.

Los delitos cometidos por los esclavos –que en ellos debían ser más frecuentes por su mismo estado de depresión y degeneración progresiva– exponían al amo, teniendo en cuenta las penas severísimas con que se castigaba a los esclavos y la responsabilidad civil que tenía su dueño, a la pérdida de sus siervos y a reparar los daños que habían causado.[336]

La regla establecida que consideraba a todos los esclavos culpables de un delito cometido dentro de la casa, y del cual no se encontrase el autor, debía ser un verdadero desastre para el amo.[337]

Los tormentos a que se sometían los esclavos llamados a declarar, las fugas nada raras y casi nunca estorbadas, las mutilaciones y agotamientos a que se veían sujetos los siervos en el ejercicio de sus funciones, y con tanta más frecuencia cuanto mayores eran los trabajos a que se les sometía y menores los cuidados que con ellos se tomaban, eran otros tantos motivos de daños y perjuicios para el amo. Las medidas encaminadas a

335. *De offic.*, III, 6 y 23.
336. Wallon, ob. cit., II, pp. 187 y ss.; Karlowa, ob. cit.
337. *Dig.* XXIX, 5, L. 1, *De Senacons. Silaniano.* Véase Tácito, *Ann.* XIII, 32; XIV, pp. 42-44.

cortar algunos de estos daños o disminuir el riesgo, aun en el caso de dar resultado, suponían siempre un gasto mucho mayor.

Además de todos estos casos que pueden considerarse como extraordinarios y eran de un efecto más o menos lejano, como la mortalidad, había muchos otros más frecuentes e inmediatos.

Una de las mayores preocupaciones de los amos, que se refleja repetidamente y con insistencia en los agricultores, era la de no tener a los esclavos sin trabajo, lo que representaba al propio tiempo un capital fijo y en circulación, un empleo y un gasto continuo. Pero por mucho que hicieran, no podían conseguir todo lo que querían.

Donde el cultivo era variado había ciertas facilidades para emplear a los esclavos en diferentes faenas propias de las distintas estaciones, pero era enteramente imposible remediar los ocios forzosos y a veces demasiado largos causados por las variaciones atmosféricas y el desarrollo mismo del cultivo. Pero cuando el cultivo era uniforme, como generalmente sucedía en los fundos muy extensos o en países de clima o condiciones menos propicias, se imponía la elección entre un personal insuficiente o sobrante, con todos los inconvenientes de uno y otro sistema, y se tenía que acudir, en el primer caso, a la mano de obra mercenaria. Bajo este aspecto, a la par que desde otros puntos de vista como la menor producción y el agotamiento de la tierra, la esclavitud, según se ha observado detenidamente,[338] aparece como el término correlativo del latifundio, como su causa y efecto.

Un remedio a estos ocios forzosos parecían los trabajos auxiliares de género industrial, que bajo la forma modesta de industria casera, o la más desarrollada de fábrica, iban brotando en las casas de campo, favorecidos por la presencia de la materia prima y el menor costo de los trabajadores. Pero este empleo alternado de los mismos siervos en trabajos diversos destruía todas las ventajas de la división del trabajo y se reflejaba en otros obstáculos e inconvenientes derivados del uso de los esclavos.

Además, la continuidad del trabajo, cuando no era eludida por toda la serie de expedientes[339] e invenciones que el odio, la astucia y otros senti-

338. Cairnes, ob. cit., pp. 56 y ss.
339. Colum., *R. R.* XII, 3; Catón, *De Agricultura*, 2, 2.

mientos parecidos podían sugerir, no suplía la calidad deficiente de la obra, deficiencia debida a la incuria, inexperiencia y falta de interés.

II. La situación de la agricultura y la esclavitud

Al exponer las formas siempre más diversas y complicadas que la agricultura iba asumiendo, tienen los agrónomos ocasión frecuente de hacer notar que cierto género de trabajo, cultivo y cría necesitaba precauciones, cuidados y habilidades no comunes, cosas que muy a menudo les faltaban a los esclavos por la brutalidad deprimente en que vivían y, en caso de poseerlas, eran olvidadas como un medio para vengarse de los amos. De todos modos, la mayor habilidad representaba un valor, y por consiguiente mayor costo. Columela hace notar que un buen viñatero costaba ocho mil sextercios y todos los que por imposibilidad o inexperiencia creían poderlo sustituir con un esclavo cualquiera advertían en la cosecha cuán errados fueron los cálculos del avaro, o cuán impotente el propietario de corto capital. La ganancia que Catón se procuraba instruyendo y haciendo enseñar a los esclavos inexpertos para después volverlos a vender, nos hace ver la diferencia de precio que debía haber en unos y en otros. Verdaderamente, la lentitud en el progreso de la agricultura en el mundo antiguo se debe, en gran parte, al empleo de esclavos.

Hay quien pretende[340] que, prescindiendo del uso moderno de las máquinas, la agricultura romana empleaba cuatro o cinco veces el número de trabajadores que nosotros empleamos para obtener el mismo resultado.

El sistema de la siega era, en Italia, peor que rudimentario, pues basta decir que se hacía en dos veces: primero se cortaba la espiga y después el tallo,[341] lo cual, además de muchos otros inconvenientes, tenía el de dupli-

340. Bücher, *Die Aufstände der unfreien Arbeiter*, Frankfort, 1874, p. 43; Roscher, *Grundlagen der Nationaloekonomie*, II, § 35.

341. Varrón, *R. R.* I, 50; Dureau de la Malle, *Mémoire sur l'agriculture romaine depuis Caton le Censeur jusqu'à Columelle* (Mém. de l'Acad. des Inscript., XIII, 1828, pp. 458-459).

car el trabajo. Tal vez conocían el medio de aumentar la producción,[342] pero no lo ponían en práctica. Faltaba el impulso que con presión constante obliga a producir barato, faltaban la iniciativa y el interés de quien está en contacto directo con el terruño y, luchando con los demás productores y hasta con la naturaleza, trata de aumentar la producción de su hacienda. El pequeño propietario, por la escasez de sus medios, lo estrecho de sus horizontes y reducido de su finca, no podía realizar experimentos ni emprender ciertos medios costosos de producción, y por lo tanto se mostraba, como siempre, refractario a la introducción de nuevos y más perfeccionados métodos de cultivo y seguía aferrado a los sistemas tradicionales, compensando su insuficiencia con un trabajo más asiduo. El latifundio se dedicaba a la ganadería y cría de toda clase de animales y a la producción de los géneros de consumo que tenían salida en los centros de población vecinos y en Roma; el cultivo de cereales, que muchas veces era un cultivo subsidiario,[343] conseguía mantenerse, aunque en proporciones limitadas, por la posibilidad de reintegrar la tierra esquilmada con el estiércol del ganado, por la abundancia de esclavos, por las exenciones de los gravámenes que pesaban sobre las tierras provinciales. El empleo de capitales en fincas rústicas, en cultivos intensivos, además de inútil, resultaba muchas veces arriesgado. De este modo estaba la agricultura italiana, debilitada, casi inerte, marchando de un modo automático, con una fuerza inicial cada día menor. Y no deja de ser interesante observar que la mayor parte de las mejoras en los medios de producción, y especialmente en los instrumentos agrícolas, venía de las provincias, especialmente de la Galia.

Del África procedía un aparato (*tribula*) para trillar más perfeccionado[344] que el completamente primitivo, usado en Italia. Pero los mejores adelantos procedían de la Galia.

De allí vino un sistema más racional de injertar la vid;[345] de allí también, una manera más racional y menos cara de segar la hierba.

342. Dureau de la Malle, íd., p. 439.

343. Weber, *Die römische Agrargeschichte in ihrer Bedeutung für das Staats-und Privatrecht*, Stuttgart, 1891, pp. 222 y ss.

344. Serv. y Virg., *Georg.*, I, 160; Magerstedt, *Bilder aus dem römischen, Landwirthschaft*, Sonderhausen, 1861, V, p. 245.

345. Colum., *De arborib.*, 8.

De la Galia vino una nueva forma de arado con ruedas, que removía completamente los terrones y enterraba las hierbas, constituyendo un verdadero progreso.[346] En la Galia, la siega no sólo no exigía un doble trabajo como en Italia, sino que se hacía con una especie de máquina, tirada por animales y guiada por un hombre, consiguiéndose gran economía de tiempo y trabajo.[347]

Y no era éste un hecho aislado, ni se debía a razones puramente accidentales. La introducción de aquella ingeniosa y complicada máquina no obedecía, como pretendía un escritor de la Antigüedad, a la necesidad que tenían los galos de utilizar la paja, pues también en la agricultura italiana se empleaba mucho, según se deduce del libro de Catón; necesidad más sentida después, en tiempo de Paladio, al reducirse el cultivo de cereales. La causa es, probablemente, más íntima y complicada.

De lo poco que cuenta César de la Galia prerromana, de las noticias que da sobre el desarrollo de la clientela y el ejercicio de la usura, que reproducía un estado social análogo al de Roma en el período de mayor incremento del *nexum*, se puede deducir que la esclavitud no había alcanzado un notable desarrollo. Y las conquistas romanas, los caminos que cada día ponían en relación las diversas regiones de la Galia con la provincia narborense y con un emporio comercial como Marsella, hicieron que, en un plazo relativamente corto, las tierras cultivadas aumentasen a expensas de los bosques y pantanos; entonces la escasez de trabajadores y el costo de la mano de obra obligaron, como siempre sucede, a buscar un auxilio en los medios mecánicos, compatible con el estado de los tiempos y susceptible de ejecutar el trabajo con economía de tiempo y brazos. Además el tributo, del cual durante tanto tiempo estuvieron exentas las tierras de Italia y que pesaba por completo sobre las provincias, obligaba a éstas, para no debilitar su potencialidad económica, a buscar y practicar formas y métodos de cultivo menos dispendiosos y más provechosos.[348]

Pero a medida que el terreno esquilmado se hacía más ingrato, la competencia más viva, y la vida económica más compleja, a medida que las consecuencias de la economía servil al acumularse se hacían más sensibles

346. Mongez, ob. cit., p. 56; Magerstedt, ob. cit., V, pp. 142 y ss.
347. Pallad., *R. R.*, VII, 2; Mongez, íd., p. 39; Magerstedt, íd., V, pp. 240 y ss. y p. 238.
348. Heisterbergk, *Die Entstehung des Colonats*, Leipzig, 1876, pp. 73 y ss.

se abría camino, de una manera siempre más clara e insistente, la idea de la improducción y de las desventajas del trabajo servil. Se acercaba el tiempo en que Plinio diría que no había nada peor que confiar el cultivo de las tierras a los siervos del ergástulo, cuyo trabajo es poco productivo, como todo el que se ejecuta a la fuerza. Es algo así como un arrepentimiento, que ya se observa en Columela, quien si no condena de un modo abstracto y absoluto el trabajo servil, lo viene a condenar en concreto por el modo como ve que funciona ante su vista.

La acusación del trabajo servil resultaba también implícitamente de la que se alzaba, cada vez con mayor insistencia, contra el latifundio,[349] término correlativo de la esclavitud y de sus formas afines en tiempos y lugares de un estado agrícola rudimentario.

III. La seguridad pública y la esclavitud

Incluso para aquellos que no veían las relaciones estrechas entre la esclavitud y el estado de malestar de la agricultura no podían permanecer ocultos ni pasar inadvertidos otros tantos hechos que la continua repetición, la experiencia diaria y su gran importancia hacían visibles a los ojos de todo el mundo, y que al desarrollar automáticamente su acción impulsaban a buscar algo que sustituyera la esclavitud.

Las tradiciones más antiguas ya nos dicen que los siervos eran casi considerados como un peligro permanente, prontos a servir de instrumento en manos de ambiciosos y rebeldes y dispuestos a auxiliar al enemigo en caso de asalto. Y cuando más aumentaban en número y se reunían en grandes masas, el espíritu de rebeldía y el propósito de emancipación se excitaban y crecían.

Desde antaño tenemos el ejemplo de una verdadera conspiración que se proponía ocupar el Capitolio y pegar fuego a la ciudad,[350] y lo atrevido

349. Colum., *R. R.* I, 3.
350. Liv., IV, 45; Bücher, *Die Aufstände...*, p. 24; Mommsen, *Römische...*, p. 448.

del intento y la preocupación que despertó demuestran el desarrollo que había tomado la esclavitud y cuán grande era el peligro.

Durante el siglo II a. C., con el aumento de la economía servil se hacen las revueltas más graves y peligrosas, como aquella de Apulia en 185 a. C., la de Etruria en 196 a. C. y la del Lacio en 198 a. C., en la que los esclavos estuvieron a punto de apoderarse por sorpresa de Setia y Preneste.[351]

En 133 a. C. fueron decapitados en Roma ciento cincuenta esclavos, cuatrocientos cincuenta en Minturnio y cuatro mil en Sinuesio; y en aquella misma época estallaban revueltas de importancia en Delo, en las minas de Ática y en el reino de Pérgamo.[352] Más tarde tenían lugar otras en Nuceria Capua y en el Brucio, y debió causar gran sensación ver a la cabeza de los esclavos a Vecio, caballero romano, contra el cual tuvo que salir un cónsul con una legión.[353]

Las conjuras y rebeliones tomaban grandes proporciones, como lo demuestran las guerras serviles de Sicilia y la de los gladiadores en Italia.

En Sicilia la economía servil había alcanzado su más completo desarrollo. La dulzura del clima y la sucesión de montes y llanuras, de bosques y marinas, la hacían apta para el pastoreo en gran escala, floreciendo con tanto vigor que llegó a reflejarse en una forma literaria especial.

Su suelo fecundo, la relativa proximidad a Roma, que hacía que se la mirara como un *fundo suburbano*, y las compras de trigo que en ella realizaba la capital, con preferencia a las demás provincias, para alimentar a la plebe y proveer a las necesidades de la *annona*, dieron un impulso siempre mayor al cultivo de los cereales, mientras las causas de la decadencia no se fueron desarrollando.

La economía agrícola siciliana tenía además algunos rasgos característicos. Largas discordias políticas seguidas de guerras no menos prolongadas habían operado una concentrada selección en la clase de los proletarios, y el latifundio, favorecido por las condiciones topográficas e

351. Bücher, íd., pp. 28-29; Mommsen, íd., I, p. 859.

352. Mommsen, íd., II, p. 77; Bücher, íd., pp. 95, 105 y ss. y 123, confirma la fecha. Véase II, 69; Posid., 15, Athen. XII, 542: Diod. Sic., XXXIV, XXXV, c. 2 y ss.; Liv., *Epitom.*, 56, 58, 59.

353 Diod. Sic., XXXVI, c. 2; Mommsen, íd., II, p. 132.

hidrográficas de la región y constituyendo el tipo de la economía agrícola de la isla, se había ido formando y extendiendo por la acción de la devastación, las confiscaciones, la diversidad de sucesos ocurridos en un período tan largo y agitado, y del lujo, consecuencia de todas las necesidades que un orden elevado de civilización lleva consigo.

En un país exportador como Sicilia, la agricultura fácilmente se convierte de un simple medio de vida en una industria, y la conquista romana la impulsó con todas sus fuerzas en esa dirección. La tendencia a la especulación, fomentada y promovida en la sociedad romana por la progresiva acumulación de riquezas, en ninguna parte podía encontrar mejor y más cómodo campo de acción que en la isla vecina, bajo la forma de compra de tierras, contratos y arriendo de fundos. Una empresa, como siempre sucede, traía otra, y las dos, una tercera. Era en aquel tiempo en que las guerras ganadas y la creciente extensión del dominio romano proporcionaban esclavos en abundancia, y Sicilia, que servía de puente para llegar a los puntos más diversos del mundo sojuzgado por Roma, próxima a los más florecientes mercados de esclavos, en contacto directo con la piratería que tantos esclavos suministraba, era tal vez el país donde se podían adquirir más fácilmente y más baratos, completándolos, en caso de ser necesario para ciertos trabajos temporales y auxiliares, con el concurso de un proletariado sumido en la mayor de las miserias.[354]

IV. Las guerras serviles

La propiedad agrícola fue pasando, en su mayor parte, a manos de los miembros de la orden ecuestre romana y de otros especuladores; todo el agro levantino, el más rico y fecundo, sólo tenía ochenta y cuatro arrendatarios, y este número se iba reduciendo poco a poco. Al mismo tiempo, el pago de los diezmos, las compras públicas –cuyos precios, según la ley *Cassia Terentia*, determinaba el Estado– y las vejaciones

354. Diod. Sic., XXXIV, 2, 48.

que nunca faltaban,[355] unidas a la necesidad de asegurarse un margen de lucro y al afán de aumentarlo, llevaban a restringir todo lo posible los gastos de producción y la manera más fácil y cómoda de conseguir ganancias, sobre todo para los latifundios lejanos, era reducir todo lo posible la alimentación de los esclavos. La situación meridional de aquel país, que permitía un modo de vida modesto y una fácil satisfacción de las más urgentes necesidades, ayudaba a aumentar esta tendencia, pero cuando se quiso llevarla al extremo, hasta el punto de creerse los amos libres de dar hasta lo indispensable a sus esclavos y les indicaron el robo y el saqueo como medios de subsistencia, las dificultades para poder comer llegaron hasta el límite e impulsados por los consejos que se les daban, se alzaron contra sus propios amos y dieron origen a una importante sublevación.

La guerra, que la primera vez duró tres años (134-132 a. C.), puso en aprietos a los romanos y a su dominio sobre la isla, demostrando aquellos instrumentos parlantes, como les llamaba Varrón, aquel rebaño humano, dotes de valor, inteligencia y hasta de templanza suficientes para que sus amos meditaran profundamente sobre ellas.

La sublevación fue por fin sofocada, y más que vencida, dominada; en efecto, resucitó unos treinta años después (103) con igual obstinación e idéntico propósito, y vuelta a dominar con grandes esfuerzos, siguió culebreando de maneras ocultas y atenuadas, pero siempre persistentes.[356]

De no menor gravedad fue la rebelión encabezada por Espartaco (73-71 a. C.) que puso las turbas de animales de carga y matadero frente a los ejércitos consulares para derrotarlos y renovó la guerra en Italia cuando parecía desaparecida para siempre, lo que reavivó las preocupaciones y los terrores de la guerra de Aníbal.

Éstas eran las sublevaciones grandes y visibles, graves y peligrosas, pero que se podían combatir con las armas y desviar como todo peligro conocido. Pero a su lado, y hasta después de haber sido sofocadas, estaba la reacción lenta, continua, compuesta de resistencias pasivas, inercia y

355. Ciccotti, *Il processo...*
356. Ibíd., p. 227.

engaños, que si se vencía y se dominaba era para que renaciera con otra forma más encarnizada.

En toda la antigua tradición romana siempre es el esclavo quien denuncia las conjuras, quien es sobornado para que traicione a su amo. Era un enemigo introducido en la casa y apostado en la sombra, pronto siempre a tomar el desquite del estado de sujeción en que se le tenía, de la humillación en que vivía, de los sufrimientos que debía soportar.

Y durante aquel largo período de guerras civiles, los esclavos no dejaron de cumplir este cometido.[357] Si había algún escrúpulo, algo como un inconsciente sentido de solidaridad de las clases ociosas, terminaba por ceder ante el interés individual y directo del momento, y con un expediente legal se rompía la relación existente entre siervo y patrón y se acogía la denuncia.[358]

V. La situación moral del esclavo en la sociedad

Aun fuera de estos casos extraordinarios, no dejaba de ser expuesta a las más graves consecuencias la infiltración en la sociedad romana de una categoría de seres, siempre más extensa, generalmente considerados como pertenecientes a una clase diversa de la de los demás hombres, no sólo distintos ante las leyes, sino declarados incapaces de un conjunto de sentimientos, hábitos y miramientos, que constituían la vida moral de los demás y la regulaban y sujetaban en determinados límites y relaciones.

Los más excelsos sentimientos de la vida, como el de la gloria, el del honor, y todos aquellos otros que elevando la regla de conducta y llevándola por el camino del bien y de la virtud llegaban hasta la alta concepción del deber, eran letra muerta para los esclavos, dada la esfera en que se movían y su falta de estado civil y político. El mismo sentimiento de fideli-

357. Appian, *B. C.*, IV, 14.
358. Wallon, ob. cit., II, p. 186.

dad que en general ennoblece, y que en cierto modo podría haber sido algo como una idealización de la esclavitud, encontraba obstáculos y dificultades en la dureza con que se les trataba y perdía todo su valor moral por el carácter no voluntario, sino obligatorio, del estado servil; se trataba en general de una nueva causa de rebajamiento del esclavo, que lo convertía en un instrumento ciego en manos de un amo malo, caprichoso y disoluto.

Nada más hermoso que un estado de verdadera igualdad política, en el cual el deseo inmoderado y la acción excesiva de cada uno encuentren un límite permanente y un freno saludable en las aspiraciones y acciones legítimas de los demás miembros del cuerpo social, consiguiéndose de este modo una forma de coexistencia útil a la masa y a los individuos.

Nada peor, en cambio, que un estado social en el cual una clase puede ser impunemente degradada y ver sus derechos negados o violados, de tal manera que la coordinación se cambie por una subordinación falsa o violenta, y los hombres, en vez de seres autónomos que cooperan recíprocamente para lograr el bienestar, se convierten en simples instrumentos manejados por otros hombres. Como dijo un cortesano: "No nos apoyamos sino sobre lo que es resistente"; y donde la resistencia falta, falta también toda base segura de moralidad y progreso, siendo de ello origen y causa el abuso, la intemperancia y la falta de freno que producen la degradación de los de arriba, y la opresión e injusticias sufridas que la producen en los de abajo; y de este modo, por la íntima solidaridad del cuerpo social, la corrupción se extiende por todas partes y la sociedad toma la forma de un parasitismo que la extenúa y la destruye.

VI. Las reacciones serviles

Impulsados por las dos fuerzas extremas de la obediencia ciega y de la rebeldía, los esclavos se inclinaban hacia su resultante, fecunda en términos medios, astucias y toda clase de recursos, unas veces resistiendo, cediendo las más, oponiendo el engaño a la violencia y buscando aquella adaptación al ambiente que de rendición en rendición suelen buscar los

débiles, excepto cuando encuentran, con su inconsciente tenacidad, una larga serie de sustituciones que, si no restablece de algún modo el equilibrio a su favor, les venga, indirectamente, de sus derrotas.

Lo que se dijo de la vencida Grecia, que dominada, dominó a Roma, podría repetirse, bajo otro aspecto, de aquellos esclavos que llegando a la capital desde países de cultura griega, ejercían toda la acción que les permitía su superioridad intelectual o la costumbre de vivir en medio de una sociedad más refinada.

Ministros de la voluptuosidad, rodeaban a los nietos de Rómulo, que les habían encadenado, con una red de hilos sutiles, pero irrompibles, en donde iban perdiendo todo su vigor y toda su energía.

Pedagogos, se apoderaban de las casas, y aunque se veían colocados en una posición inferior, y a veces despreciados, se convertían en los moldeadores intelectuales de sus amos. Su estado de sujeción, propio de todo siervo, y la forzosa complacencia les hacían instrumentos y cómplices de todas las intrigas de los hijos de la familia. ¿Veía disminuida la ración o se encontraba excluido de los diversos placeres de la vida? Pues haciendo honor a su nombre antiguo (*fur*)[359] se desquitaba robando.

¿No podía el esclavo conformar libremente su libertad con sus actos ni sostener abiertamente la coherencia? Pues recurría a la mentira, que en ellos no se consideraba como vicio, sino como arte, y mejor que arte, virtud.[360] En efecto, para los sentimientos degenerados –que corresponden a la degeneración de las relaciones sociales– virtud es, o por lo menos usurpa su nombre en un determinado ambiente y para aquello que le sea útil, todo lo que constituye un medio de defensa, un inevitable recurso de la vida. El siervo es embustero (*fallax*) por antonomasia, y si llega el caso también es perjuro.

Y cuando en presencia del látigo el siervo llegó a sonreír, y la dignidad y la sensibilidad del hombre quedaron tan bien borradas que se burló cínicamente y sin ningún esfuerzo de los cardenales que cubrían su piel, el amo se desesperó y se encontró tan impotente ante la apatía de aquel

359. Virg., *Eglog.*, III, 16; Wallon, ob. cit., II, pp. 268-269.
360. Wallon, íd., II.

bruto como Zeus ante la divina, incoercible conciencia de Prometeo.

Era un heroísmo vuelto del revés; la extrema degradación que lindaba con la extrema dignidad; el extremo servilismo que reivindicaba la libertad; la más baja abyección que humillaba al despotismo. Una divergente adaptación había reemplazado, andando el tiempo, a Enno, Atenion y Espartaco, con aquella otra forma de rebeldía cuya acción era más lenta, pero más segura.

Del mismo modo trabaja la carcoma, continuamente, en toda la casa, de noche y de día, pacientemente y sin que nadie le haga caso, hasta que las vigas que resistieron el filo de la cortante sierra se convierten en menudo polvo y el techo se derrumba.

En la economía agrícola, no menos que en la ciudad y por otro concepto, se iba haciendo deletérea la acción de los siervos. Como sucedía en los fundos lejanos, cuando no estaban bajo la inmediata vigilancia de los amos se dedicaban a la rapiña mejor que al cultivo, maltrataban a los bueyes dedicados a la labranza, descuidaban el ganado, no trabajaban la tierra como debían y daban como sembrada mucha más semilla que la que en realidad empleaban.

Un medio para procurarse la holganza era el de estropear los instrumentos agrícolas, sin los cuales era imposible trabajar, de manera que los agrónomos se veían obligados a aconsejar a los propietarios de fundos que tuvieran doble número de útiles[361] o a un operario que los arreglara, aunque se ignora si este procedimiento dio buenos resultados.

Las enfermedades verdaderas y fingidas, las desapariciones y hasta el empleo en obras públicas eran otros tantos motivos de pérdida para el amo.[362]

Ante tantos inconvenientes poco importaba el precio bajo a que, en algunos períodos, se compraron los esclavos. Incluso desde cierto aspecto, las oscilaciones tan fuertes, casi saltos bruscos en el precio de los siervos, determinados por guerras afortunadas, grandes importaciones y carestías, resultaban en perjuicio de los que habiendo invertido en esclavos

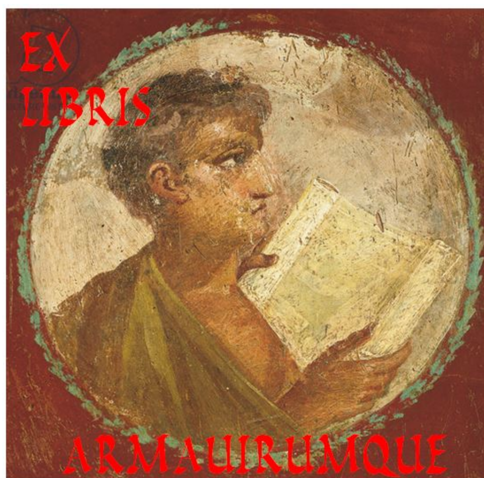
361. Varrón, *R. R.*, I, 16, 3; Colum., *R. R.*, I, c. 8.

362. Catón, *De Agricultura*, 2, 2: "*Servos non valuisse, tempestades malas fuisse, servous aufugisse, opus publicum effecisse*"; Colum., íd., XII, Praef.

buena parte de su capital se veían obligados a vender, sufriendo todos los daños de la repentina baja. Y esto, sin más causas, debía disuadirles de la compra de esclavos, así como de todo empleo del capital poco estable y seguro.

Había que añadir, además, la carestía creciente de los víveres,[363] unida a la disminución del precio de todos los demás géneros, y la imposibilidad de aprovechar para los esclavos las provisiones de la *annona*, especialmente las distribuciones gratuitas de trigo.

Todo este conjunto de hechos económicos y condiciones morales, derivados de casos ordinarios y extraordinarios de la vida, hacían más difíciles las relaciones recíprocas entre amos y esclavos, que incluso cuando no alimentaran la tirantez resultaban más incómodas. Los amos, sin poder prescindir de ellos, encontraban molesto el empleo de los siervos, y era conocidísimo el proverbio: "*Tantos esclavos tantos enemigos*".[364] Más tarde se hizo común el típico epitafio –el cual, aunque no sea verdadero, merecería serlo, por lo bien que refleja la realidad de aquel tiempo– de un amo que mandó escribir sobre su tumba que acogía la muerte como una liberación para emanciparse de la servidumbre de sus siervos.[365]



363. Pöhlmann, *Die Ueberbevölkerung...*, p. 38.
364. Séneca, *Epist.*, 47, 3; Macrob., *Sat.*, I, 11.
365. Fabretti, *Inscript. ant.*, X, 238.

VII

LA POLÍTICA ROMANA Y LA ESCLAVITUD

Además de estos inconvenientes que, como un mal interno, venían carcomiendo a la esclavitud, se observaba un desequilibrio social completo, determinado por ella misma al irse extendiendo, y que provocando una inevitable reacción, solamente podía encontrar el remedio en una transformación profunda del modo de producción. El latifundio y la progresiva concentración de la riqueza, hechos factibles y favorecidos por las nuevas condiciones que a la economía agrícola y al comercio había creado la conquista de Italia, encontraron impulsos y ambiente propicios en todas las vicisitudes de la historia de Roma. La esclavitud, cuyo desarrollo había sido simultáneo y correlativo de aquella nueva fase de la vida económica, convertida después en el fundamento de la economía del mundo romano, ejercía sobre éste una presión más o menos visible pero continua, obligándolo a encaminar su actividad política y social con impulso siempre más vivo en el sentido más compatible con la extensión del trabajo servil, y conveniente a sus condiciones de existencia.

En general, la esclavitud, dado el escaso rendimiento del trabajo servil, exige una sucesión continua de tierras no cultivadas y obliga a buscar en las grandes áreas y extensas haciendas una compensación a la limitada fuerza productiva; por otra parte, absorbe un gran capital en la compra y amortización de los esclavos. Sobre esta base económica se constituyó un organismo social con una política exterior agresiva y conquistadora, que presentaba internamente una distribución muy desigual de la riqueza y tendía hacia formas oligárquicas más o menos disimuladas, impulsado por el interés que la reducida clase de los ricos tenía en monopolizar el poder como medio de asegurar y desarrollar el propio estado social y por la facilidad que la opulencia encontraba para alcanzar mejor aquel fin.[366] Esto era,

366. Cairnes, ob. cit., p. 85.

precisamente, lo que sucedía, como ya hemos indicado otras veces, y gracias al carácter particular de sus vicisitudes se manifestaba con singular relieve en el seno del Estado romano.

I. La clase media y la esclavitud

La clase de los pequeños y medianos propietarios, destinada a sentir de un modo más intenso el malestar y los efectos letales de la competencia extranjera, de las vicisitudes agrícolas, del latifundio invasor, del nuevo y más elevado modo de vida, fue rápidamente vencida por la devastación de las guerras y las consecuencias de las lejanas y largas campañas, que no sólo impedían el trabajo de sus tierras, sino que, hasta más allá de la mitad del siglo II a. C., la recargaban con el pago de los tributos a los cuales contribuían los ricos en una proporción mucho menor, pues pagaban solamente por lo correspondiente a sus propiedades particulares, que constituían la parte menor de su hacienda comparada con los terrenos públicos que usufructuaban; y además, desde el tiempo de Catón, por algunos objetos de lujo.[367] Y de la ruina de la pequeña propiedad, de la ocupación de los terrenos públicos y más a menudo de la usurpación, se iban formando las grandes propiedades, a las que a compañaba la posesión de inmensas fortunas en bienes muebles.

II. La concentración de la riqueza

La concentración de la propiedad inmueble, reflejada bajo el Imperio en las tablas de Veleia [368] y deplorada por Plinio lo mismo en Italia que en las provincias, era el efecto de un largo proceso histórico que empezó a

367. Liv., XXXIX, 44; Plutarco, *Cat. maj.*, 18; Nitzsch, ob. cit., pp. 127 y 142.
368. Hermes, XIX; Mommsen, *Die italische Bodentheilung und die Alimentartafeln*, pp. 401 y 405.

madurar y dar sus amargos frutos en tiempos de la República. La desenfrenada tendencia a la concentración de la riqueza que, determinada por causas intrínsecas y generales, había encontrado impulso y ayuda en las vicisitudes de Roma, se había ido formando en el testamento romano y en el respeto por tiempo ilimitado a la voluntad del testador, instrumento, este último, poderoso y continuo que también ejercía su influjo en el movimiento diario de la vida.

De este modo la población se iba dividiendo en dos clases cada vez más distintas y extrañas, en ricos y pobres, cumpliéndose la ley según la cual "la acumulación de riqueza en un polo significa acumulación de miseria, falta de trabajo, esclavitud y degradación en el opuesto".[369]

Al comenzar el siglo II a. C. Tiberio Graco, con palabras que probablemente son auténticas [370] y corresponden de todos modos a la ocasión y al estado social, podía describir en los siguientes términos la situación de la población y de la propiedad: "Las fieras que viven en Italia tienen cada una un sitio donde guarecerse y echarse; pero los que por Italia combaten y mueren, nada más que de aire y de luz disfrutan, y vagabundos y sin hogar caminan con su mujer y sus hijos. Mienten los generales cuando excitan a los soldados a defender, de las tropas enemigas, sus aras y sus tumbas, porque ninguno de éstos tiene un ara propia, una tumba de familia, y combaten por las riquezas ajenas y el bienestar de los demás, llamándose señores del mundo sin poseer siquiera cuatro terrones".[371]

Poco después Salusio podía más brevemente y con mayor aspereza resumir la antítesis expresada por Catilina: "Todas las cosas, poder, honor, riqueza, están en sus manos o en donde ellos quieren: a nosotros, ¡pobres desterrados!, nos dejaron los peligros, los procesos, la miseria".

Y no se debe ver en estas palabras solamente la ira y la exageración del rebelde, pues un hombre de orden, como el adversario y acusador de Catilina, afirmaba, repitiendo las palabras pronunciadas en 104 a. C. por Marco Filipo, tribuno pero de sentimientos moderados, que en

369. Weber, ob. cit., pp. 67-68.
370. Meyer, *Untersuchungen zur Geschichte der Gracchen*, Halle a. S. 1894 (*Sep. Abdr.*), p. 15.
371. Plutarco, *Ti. Gracch.*, c. 9.

toda Roma el número de propietarios quedaba reducido a unos dos mil.

En efecto: se sabe, por ejemplo, que el territorio de Preneste, en tiempos de Cicerón, estaba dividido en unos pocos latifundios.[372]

En las tierras *demaniales*, cuyos arriendos eran concedidos por los censores, se veía al gran arrendatario absorbiendo al pequeño, y tendiendo siempre a prolongarse, mejor dicho, a perpetuarse en unas mismas personas.

Las grandes fortunas de aquella época se dan a conocer en la grandiosidad de los edificios construidos por los particulares para su uso o para regalarlos al Estado, en el lujo exuberante, en las mismas enormes deudas que tan frecuentes eran en aquel período.[273]

La fortuna de Creso, de trescientos talentos, subía, en el curso no largo de su vida, a siete mil cien talentos, y él mismo decía que sólo puede llamarse rico quien está en condiciones de sostener un ejército, lo cual demuestra cuán rápido se había hecho la circulación de las fortunas, cuán fácil su acumulación, cuán elevado el modo de vivir y cuánto mayor el afán de enriquecerse al disminuir el valor del dinero y aumentar el poder de la riqueza.

III. El proletariado y la esclavitud

El profundo malestar social que nacía de este estado de cosas, y especialmente su acción sobre el trabajo, es resumido claramente por Apiano del modo siguiente: "Habiéndose apoderado los ricos de gran parte del indiviso agro público, y confiando en que nadie se los quitaría, iban apoderándose de los pequeños pedazos de tierra de sus vecinos más pobres o necesitados, a unos obligándoles a venderlos, a otros por medios violentos, y de este modo llegaban a cultivar vastas extensiones en vez de limitados lotes, empleando labradores y pastores esclavos para no sentir, a causa de la milicia, la falta de trabajadores libres y porque la adquisición de esclavos producía mucha ganancia gracias a la prole, pues se multiplicaban muchísimo, libres, como

372. Weber, ob. cit.
373. Deloume, *Les manieurs d'argent à Rome*, París, 1887, pp. 72 y ss.

estaban, de los peligros de la guerra. De manera que los poderosos se enriquecían desmesuradamente y la esclavitud se extendía por todo el país, mientras la población italiana, extenuada por la pobreza, los tributos y las guerras, se iba debilitando. Y aun en las épocas en que no sufría estos males, languidecía inerte, estando la tierra en manos de los ricos y sirviéndose éstos de esclavos en vez de trabajadores libres".

Por consiguiente, una gran parte de la población, puesta en la imposibilidad de emplear directamente su trabajo en la tierra o de alquilarlo en provecho ajeno, dado el estado de desarreglo que sentía y que repercutía en todo el resto del cuerpo social, debía provocar en este último un movimiento y una transformación que por uno u otro medio eliminase o atenuase aquel desequilibrio tan sentido y tan profundo.

La clave de la historia de la Roma republicana reside precisamente en este cambio del modo de producción y de la diversa distribución de la riqueza, que explican y aclaran, además de sus guerras externas, sus luchas internas, y nos dan la razón de la inquietud que invade la República, sobre todo en los últimos tiempos, y la precipita hacia el cesarismo.

La disminución de la clase de los pequeños propietarios y el aumento del proletariado –tanto mayor cuanto más crecía la ciudad y se convertía en centro de atracción, mientras que los campos, que no necesitaban trabajadores, los empujaban hacia la urbe en grandes masas– constituían dos cuestiones que forzosamente debían despertar la preocupación del hombre de Estado.

Ante todo empezaba a faltar la base del ejército, que entonces se reclutaba, exclusivamente, entre los contribuyentes, y perdía cada vez más el elemento de donde procedía al ir formando tantos propietarios en las filas del proletariado.

IV. La decadencia de la pequeña propiedad

Pues, en efecto, la población libre iba disminuyendo. Los ciudadanos capaces de tomar las armas, de trescientos veintiocho mil que se calculaban en 159 a. C., descienden sucesivamente a trescientos veinticuatro mil

en 154 a. C., trescientos veintidós mil en 147 y trescientos diecinueve mil en 131 a. C.[374]

La pequeña propiedad y el pequeño cultivo, si bien llevan consigo un mayor gasto de trabajo, tienen como término correspondiente un aumento continuo y rápido de la población, cuyo crecimiento suministra nuevas fuerzas de trabajo.[375]

Con la decadencia de este estado de cosas la población iba disminuyendo, y vemos que presenta, en efecto, una curva descendente hasta principios del Imperio, en que, por otras razones, toma un movimiento ascendente.[376]

La tentativa de reintegrar y sostener la clase de la mediana y pequeña propiedad, eje de la organización republicana y del ejército, fue varias veces repetida, con tendencias distintamente militares unas, otras con miras exclusivamente civiles, siempre asumiendo en todas las formas y procedimientos una fisonomía distinta y encontrando por todas partes dificultades de aspecto diverso.

Una manera de dar un desahogo al proletariado y nueva vida a la clase de propietarios era, en la antigua Roma, la fundación de colonias, que sugeridas por la necesidad y un propósito de índole militar conseguían un objeto social y político.

Pero si las colonias y las asignaciones en géneros reorganizaban artificialmente la clase de los propietarios, no la sustraían a las causas que carcomían y extenuaban la pequeña propiedad y especialmente a los desastrosos efectos del prolongado servicio militar en lejanos países. Esto hizo necesaria una nueva organización del ejército, y por una ley que se quiere atribuir al tribuno Terencio Culeone aunque ya estaba en vigor en tiempos de Polibio,[377] el servicio militar se hizo extensivo a los ciudadanos que figuraban en el censo con un capital de cuatro mil a once mil ases; al propio tiempo, esperando que los proletarios fueran

374. Mommsen, *Römischen...*, II, p. 81.
375. Dureau de la Malle, *Mémoire sur l'agriculture...*, pp. 416 y ss.
376. Dureau de la Malle, *Économie politique...*, II, pp. 245 y ss.; Beloch, *Die Bevölkerung...*, pp. 415 y 501.
377. Nitzsch, ob. cit., p. 133.

ingresando en el ejército, como sucedió después, les reclutaban para la flota.

Esta nueva organización del ejército, que hizo más incierta la situación del pequeño propietario y de los trabajadores mercenarios, favoreció el desarrollo del trabajo servil y no contribuyó a detener la decadencia de la pequeña propiedad. De nada sirvieron la severa administración de Catón y sus impuestos sobre los objetos de lujo y todo aquel conjunto de proyectos que bajo la forma de sistemas de administración y leyes suntuarias quería poner freno a los nuevos tiempos, y comprimir lo que era efecto inevitable de una economía más avanzada y de una mayor acumulación de riqueza, cuando ésta tenía precisión absoluta de circular y multiplicarse para convertirse en valores de uso, sobre todo al decaer el poder de adquisición de la moneda y elevarse el modo general de vida.

V. Los inconvenientes de la colonización

Los nuevos y extensos territorios conquistados más allá de los confines de Italia hubieran podido ser un desahogo al proletariado, siempre creciente y renovado, pero a esto se oponían algunas dificultades.

La asignación de tierras en un país no pacificado del todo, donde el disfrute de lo adquirido no estaba plenamente asegurado y libre de preocupaciones, resultaba poco atractivo, y por esto cuenta la tradición [378] que no se conseguía llenar las listas con los que se ofrecían voluntariamente y era preciso recurrir a una especie de conscripción.[379] Además, la colonización dentro de Italia no interrumpía las relaciones con Roma, y aun cuando la colonia estuviera algo lejana, siempre había modo de ejercer efectivamente, o por lo menos en las ocasiones más importantes, los derechos de ciudadanía. Pero una colonización fuera de Italia, si no rompía, por menos hacía muy difíciles las relaciones con la madre patria, y si

378. Dion., VII, 13; 27; IX, 59; Plutarco, *Coriol.*, 13, Liv., XXXVI, 46, 10.
379. De Ruggiero, *Le colonie dei Romani*, Spoleto, 1897, p. 62.

bien dejaba, de derecho, inmutable la cualidad de ciudadano en el colono, de hecho disminuía su acción efectiva.

Pero sobre todo, una asignación de tierras en el territorio provincial, especialmente si se hacía en gran escala, chocaba con los intereses de las clases dirigentes,[380] y en particular con la de los caballeros, que de la organización provincial habían hecho la base de sus propias especulaciones, bien mediante el arriendo de los terrenos adquiridos, bien mediante los préstamos usurarios favorecidos y fomentados por el mismo estado precario en que caían los provincianos por obra de las percepciones gravosas e indebidas exacciones. Además, las rentas de las provincias eran precisamente las que alimentaban el erario de Roma y constituían, junto con las rentas del agro público aun no enajenado o distribuido, el medio para hacer frente a las guerras y demás contingencias del Estado, después de haber fracasado el tributo impuesto a todos los ciudadanos.

Y así es que desde las asignaciones efectuadas, antes de la segunda guerra púnica, por Flaminio en el valle Paduano y las colonizaciones máximas hechas después por Escipión para recompensar a los veteranos,[381] cuando las colonias de importancia militar habían sido llevadas hasta los últimos confines de Italia, la verdadera colonización desapareció para resucitar sólo como apéndice de las guerras civiles, destinada a ser un arma de partido y un medio para reforzar poderes personales, sin conseguir la creación de una verdadera clase de pequeños propietarios ni cambiar los soldados de oficio en buenos agricultores.

VI. Las leyes agrarias

El desahogo que, por tantas causas, el proletariado ciudadano no había podido encontrar fuera de Italia, trató de buscarlo dentro de ella, y como el *demanio* público estaba en su mayor parte ocupado y usurpado por los grandes propietarios, era preciso reclamárselo para poderlo distribuir.

380. Nitzsch, ob. cit., pp. 74, 76, 135, etc.
381. De Ruggiero, ob. cit., p. 38.

Dejando a un lado las distribuciones de Casio Viscelino (Espurio), tan discutidas,[382] y las otras leyes citadas por la tradición y tendiendo siempre a obtener para la plebe participación efectiva en el agro público, se ha tomado siempre como punto de partida y base del movimiento a favor de la pequeña propiedad la ley agraria Licinia Sextia de 367 a. C.

Si esta ley, puesta en duda con otras del mismo tiempo y de los mismos autores,[383] no es una aislada anticipación, prolepsis de las leyes anteriores, hay que convenir que desde fines del siglo IV a. C. la cuestión de la existencia de un numeroso proletariado ciudadano se había impuesto y, lo que es más notable, no sólo con la tendencia de aumentar la clase de los propietarios del agro público y por consiguiente de los campesinos autónomos e independientes, sino también con el propósito de restringir el empleo de la mano de obra servil y favorecer la difusión del salario.

VII. Las leyes agrarias y el proletariado

En tiempo de los Gracos es cuando el proletariado se presenta más numeroso, más concentrada la propiedad, más difundida, invasora y amenazante la economía servil; en aquella época, cuando el contraste entre el trabajo libre y el servil, entre el proletariado y la clase acaparadora de las tierras aparece evidente y claro, bien por su carácter histórico e importancia como por el decidido propósito de resolver la cuestión con la reivindicación del *demanio* italiano, malamente acaparado por sus actuales poseedores.

Las disposiciones restrictivas del número de esclavos, atribuidas por la tradición a la ley Licinia Sextia, no reaparecen, por lo que nosotros sabemos, en la ley sempronia, y no era preciso, porque el mismo efecto se hubiera conseguido, indirectamente, con la división de la propiedad y protegiendo el incremento de la clase de trabajadores libres.

382. De Ruggiero, "Leges agrariae", en *Enciclopedia giuridica italiana*, vol. I, Milán, 1884, en donde se trata extensamente la cuestión.

383. Hermes, XXIII (1888); Niese, *Die sogenannte Licinisch-Sextische Ackergesetz*, pp. 410 y ss. y 423.

VIII. Las leyes agrarias y la pequeña propiedad

La vida y la prosperidad de la clase de los pequeños propietarios aparecían tan amenazadas por las condiciones de la época y la precariedad de su situación, que la reforma graconiana creyó indispensable –al proponer la distribución de la herencia de Atalo– asegurar a los propietarios con un cierto número de esclavos, dotarlos de los medios de cultivar sus propias tierras y protegerlos contra la absorción de la gran propiedad haciendo inalienables los lotes.

El usufructo en provecho propio de las provincias había unido los intereses de los caballeros y senadores contra los pequeños propietarios; la nueva dirección dada especialmente por las reformas de Cayo Graco y las ventajas diversas que con ellas tenían los caballeros, rompieron su coalición con la nobleza senatorial, haciendo de aquéllos los aliados de la plebe. Pero había muchas causas que minaban esta poderosa y anormal coalición, haciendo incierta la victoria.

La fundación de la colonia ultramarina de Giunonia, si bien aprobada entre las demás leyes, no debía ser del agrado de los caballeros, porque anunciaba el principio de una colonización más vasta; los desórdenes a través de los cuales se iba poniendo en práctica la reforma y las difíciles relaciones creadas por la expropiación de los grandes propietarios no debían gustar a los hombres de negocios y especuladores, cuyas operaciones navegan mejor en una mar tranquila y rizada por una brisa fresca y constante que entre encontrados vientos, presagio de la tormenta. La restauración de la pequeña propiedad era algo tan artificial en aquellas condiciones de tiempo y lugar, que oscilaban entre el afluir en Italia de las riquezas de todo el mundo y las exigencias de la nueva vida, que los mismos interesados ora se dejaban arrastrar por mayores y más ilusorias promesas, ora permitían que se fuera enfriando el entusiasmo por la reforma graconiana. Aquella numerosa clase de pequeños propietarios, si bien podía parecer (en ningún caso con un Estado tan extenso) la salvación de la forma republicana, representaba en realidad un retorno a la acariciada edad tradicional de Cincinato y Curio; y bajo este aspecto era un sueño, como aquel otro de Catón, pensar en poner la camisa de fuerza a la sociedad, la cual, por

la acción de la riqueza creciente y de las nuevas necesidades, si bien se pervertía, también se civilizaba y refinaba. Aquella decretada inalienabilidad, además de ser una defensa ineficaz contra formas de economía agrícola más codiciadas y contra las fuerzas absorbentes de la riqueza acumulada, acababa por no agradar a los que tenían deseos y esperanzas de adquirir tierras y a los que deseaban el lote para revenderlo, y todos sentían, por lo menos, el malestar de las trabas que impedían un comercio ilimitado.

Si la plebe rústica, idólatra y hambrienta del pedazo de tierra procuraba conservar y redondear sus fincas, la plebe urbana, que ejercía en la vida pública una acción más continua y más visible, empezaba a preferir el trigo que se recoge sin cultivarlo a la sana pero monótona y fatigante vida del campo; de este modo, faltaba a la agitación agraria la ayuda activa y audaz de la cual tenían necesidad sus defensores, hasta para defenderse contra la violencia de sus adversarios.

La ley de los cereales predominaba sobre las leyes agrarias, y el pueblo la prefería, o se resignaba, por lo menos, a no poner su propia y pobre mesa con tal de recoger las migajas del banquete de Epulonio.

De esta manera la reacción, obedeciendo a veces a un propósito consciente, otras cediendo a la oportunidad, ora resistiendo con violencia, ora simulando tendencias casi demagógicas, aniquilaba la tentativa iniciada por los Gracos, cuya obra fue destruida en pocos años.

Las leyes de Livio Druso[384] libraban a las tierras asignadas de los impuestos señalados y las hacían alienables, precipitándolas, de este modo, en el abismo siempre abierto del latifundio.

Pocos años después, la ley Thoria ponía fin a las asignaciones, abolía la magistratura constituida para efectuarlas y confirmaba a los propietarios en sus propiedades dentro y fuera de los límites de la ley Sempronia, y para hacer más aceptables estas disposiciones, formaba con los tributos, nuevamente impuestos, cargando sobre las tierras indebidamente poseídas y no sujetas a repartición un fondo para repartirlo entre la plebe.[385]

A los pocos años, una nueva ley confirmaba al Estado como propieta-

384. De Ruggiero, "Leges agrariae", pp. 815 y 817.
385. Appian *B. C.*, I, 27.

rio de las tierras *demaniales* aún no repartidas y de las concedidas con reserva del derecho de propiedad; reconocía el derecho pleno y absoluto y por consiguiente alienable sobre las tierras demaniales asignadas a los ciudadanos que fueron destinados a una colonia romana; lo reconocía también sobre las tierras demaniales entregadas a ciudadanos romanos y a los que formaban la sociedad italiana, a título de simple asignación *viritaria*; sobre las poseídas por los antiguos propietarios antes de la ley Sempronia y en los límites permitidos por ésta; sobre las entregadas, en cambio, a los antiguos poseedores; y por último, sobre aquellas que después de la ley citada habían sido ocupadas, no excediendo su extensión de treinta *jugeri*. Daba análogas disposiciones para las colonias fundadas en el territorio de Cartago y en el *demanio* africano. Se permitía el pasto en los terrenos públicos cuando el rebaño no pasaba de diez animales, sin contar las crías nacidas durante el año, y no se impedía cuando pasaba de aquel número, pero estaba sujeto a un cierto pago.

Como se ve, con esta ley quedaba completamente demolida la reforma de Graco, puesto que por una parte se suspendían las reclamaciones de las propiedades ilegítimas y, por otra, las posesiones legítimas y las asignaciones se convertían en propiedades completamente alienables.

IX. La inutilidad de las leyes agrarias

El *ager privatus* romano era producto de una explícita dirección de la política agraria, que mediante artificios se proponía dar una libertad incondicional a la disponibilidad económica y jurídica de la propiedad fundiaria tendiendo a movilizarla, lo que por fin consiguió, ejerciendo una acción económica y socialmente deletérea. Esta dirección política, que durante mucho tiempo había luchado contra la propiedad común, se había ido desarrollando lentamente y había sido objeto de grandes y encarnizadas luchas de clase.[386] Al fin se había afirmado de un modo definitivo en la ley de las Doce Tablas, que

386. Bruns, ob. cit., p. 79, 24-26.

señalaba el epílogo de un largo período de evolución y que, poniendo término a la fase más importante y sencilla de las reivindicaciones agrarias y de las tentativas de robustecer la clase de los pequeños propietarios, abría camino a una concentración siempre creciente de la riqueza.

Después de esta ley, las antiguas usurpaciones y las posesiones ilegítimas no vuelven a ser puestas en peligro verdadero, y sólo se ven tentativas demagógicas abortadas de asignaciones en las provincias, algunas reparticiones propuestas y en parte ejecutadas del *demanio* aún en poder del Estado, o bien compras y confiscaciones destinadas a remunerar a las milicias y a robustecer, como ya hemos indicado, poderes personales.

En todos los casos, la inutilidad del intento, su campo limitado de acción, su carácter de mero expediente y episodio de un movimiento político le despojan de las proporciones de una verdadera reforma social, y no consiguen, ni mucho menos, detener el incremento del proletariado, para el que se toman estas medidas de temporal y estéril beneficencia.

X. El proletariado y el trabajo

Estos actos benéficos, que a menudo colocaban a un veterano en el lugar de varios propietarios expropiados o confiscados, no resolvían la cuestión del creciente proletariado, aunque el veterano hecho propietario no recayera en el estado de donde acababa de salir, cosa por demás frecuente.

Las distribuciones de trigo, aun cuando iban aumentando, no alcanzaban más que a un número relativamente reducido de personas[387] y no podían resolver la cuestión del proletariado no ciudadano.

En el seno de la familia se oponía y reaccionaba contra este incremento del proletariado una nueva limitación (*querela inofficiosi testamenti*)[388]

387. Hirschfeld, *Die Getreideverwaltung in der römischen Kaiserzeit,* pp. 2 y ss.; Marquardt, *De l'organisation financière...*, pp. 144 y ss.
388. Weber, ob. cit., p. 69.

de la ilimitada facultad de testar, que acumulaba en manos de uno de los hijos la propiedad de la familia y desheredaba a los demás.

Una parte del proletariado buscaba salida en el ejército, que por obra de Mario se había abierto a los proletarios y se convertía para ellos, con la extensión del dominio romano y los vaivenes de la política interna de la República, cada día más inquieta, en una carrera, una ocasión de botín y un medio, como hemos dicho, para salir definitivamente o por poco tiempo del proletariado.

Pero la otra parte, por la misma fuerza de las circunstancias, precisaba el trabajo manual como medio de subsistencia y que con un trabajo más o menos útil, productivo o improductivo, se abriera camino.

El cuidado e interés puesto por C. Graco en promover la construcción de caminos, además de su fin económico y con preferencia sobre él, según es claramente demostrado por un historiador,[389] tenía como fin inmediato y directo captar las simpatías de contratistas y trabajadores.

Y de este modo, mientras la esclavitud por su propia causa estaba sujeta a una crisis que la iba minando, empezaba, en sentido contrario a la acción ejercida por la difusión de la mano de obra servil, una reacción de la clase libre, que tendía al aumento del salariado hasta entre los mismos esclavos, cuyas funciones y empleos se iban en parte transformando.

389. Plutarco, *C. Gracch.*, c. 7; Appian, *B. C.*, I, 23.

VIII

EL INCREMENTO DEL TRABAJO LIBRE

Como ya hemos indicado, el trabajo libre era tradicional en el mundo romano. El mismo Dionisio, que lo consideraba relegado entre los siervos y extranjeros, señala a veces la presencia de artesanos en el ejército de Roma. Y muchos otros autores, especialmente Livio, hacen mención del trabajo libre. Los mismos alzamientos de la plebe, presentados por la tradición no como sediciones violentas, sino como simples huelgas, no habrían justificado las preocupaciones que inspiraban, si la participación del elemento libre en la producción no lo hubiese convertido, desde este punto de vista, en elemento integrante de la economía pública romana.

1. El trabajo libre en la agricultura

En la agricultura, a pesar de la extraordinaria difusión de la esclavitud, no se había conseguido suprimir del todo el trabajo libre, que aunque reducido, seguía subsistiendo, bien en forma de empleo directo en la pequeña propiedad y en los arriendos de poca importancia, bien con la forma de trabajo mercenario.

La lejanía de muchos fundos, que impedía a veces la cuidadosa y continua vigilancia del cultivo, la falta de capital para constituir la instalación, la compra de esclavos y por último la mayor conveniencia de la explotación indirecta de la tierra aconsejaban los arriendos, las colonias parcelarias y otras formas del empleo del trabajo remunerado, con ciertas participaciones.[390]

390. Catón, *R. R.*, pp. 136-137.

Las cosechas,[391] como todo trabajo que exigía la cooperación simultánea de mucha gente, hacían que la economía agrícola, en el cultivo de cereales, tuviera que contar obligadamente con el trabajo mercenario, que en muchos casos era prestado precisamente por trabajadores libres. El trabajo mercenario, si para el agricultor en gran escala constituía un objeto de demanda necesaria, para el pequeño agricultor y arrendatario, lo mismo que para el proletariado agrícola, era un objeto de oferta indispensable, en unos casos como empleo auxiliar de su propio trabajo y en otros como medio para procurarse la subsistencia.[392]

En los sitios insalubres el trabajo mercenario se recomendaba como un medio para disminuir los riesgos del amo con una crueldad y un cinismo que dan la medida de la conciencia que presidía aquellas relaciones económicas.

La utilidad y la eficacia de esta cooperación del trabajo libre se deducen –más que de las frecuentes menciones de su empleo, bien con la forma de alquiler de trabajo, bien con otras formas– del hecho, claramente revelado por Catón y Varrón, de que la facilidad de procurarse trabajo mercenario aumentaba el precio de los fundos.[393] La posibilidad de procurarse, según las necesidades, médicos, carpinteros, forjadores, cardadores, para las fincas pequeñas era, más que una utilidad, una necesidad, pues si los ricos podían tenerlos en su casa, los menos ricos no podían hacer lo mismo, y la muerte de uno solo de estos artífices hubiera absorbido el producto de un fundo.

La posibilidad de tener fácilmente disponible la mano de obra para los trabajos agrícolas en el momento y la medida necesarios, permitía un menor empleo de capital en el *instrumentum vocale*, como llamaban a los esclavos rurales, y una mayor economía en los riesgos y pérdidas de todas clases a que estaba sujeto un capital destinado a desaparecer o, por lo menos, a quedar improductivo. De manera que desde los tiempos de Catón y Varrón[394] la facilidad de encontrar trabajadores mercenarios era considerada como una de las ventajas inherentes a los fundos, tan importante como su posición sobre

391. Varrón, *R. R.*, I, 17.
392. Salustio, *Cat.*, 37, 7; Nitzsch, ob. cit.
393. Catón, *R. R.*, I, 3; 4, 6; Varrón, íd., 16, 3.
394. Varrón, íd., I; Catón, íd., I, 3.

las grandes vías marítimas y terrestres, y como las demás condiciones que, haciendo menos dispendiosa la producción y más segura la salida de los productos, facilitaban y hacían prosperar la economía agrícola.

II. El trabajo libre y los oficios

Como se ve, a medida que se formaban y crecían los centros de población, los oficios encontraban el ambiente para desarrollarse mejor y asegurar la clientela que debía hacerles posible la vida.

Aunque Roma, por su misma posición política, estuviera destinada a ser un centro de consumo antes que de producción, el aumento del número de habitantes y de sus necesidades, la utilidad de tener a mano algunos productos y manufacturas que por su uso ordinario y poco valor no podían soportar los gastos del flete y, por último, la misma necesidad, que impulsaba al creciente proletariado, debían ayudar al desarrollo del trabajo manual.

Por esto, a medida que se iban importando a Roma nuevas manufacturas empezaba un trabajo de imitación que acentuaba una tendencia a aclimatar algunos ramos de la producción,[395] cosa que resultaba relativamente fácil al afluir a Roma gente de todos los países, que llevaba, junto con sus propios vicios, sus propias aptitudes.

III. La difusión de las artes manuales

De esta tendencia y de la difusión de las artes manuales encontramos pruebas directas e indirectas en las mismas manufacturas y en la importancia cada vez mayor que iba tomando en los diversos aspectos de la vida la clase de los artesanos.

395. Mommsen, *Römische...*, I, p. 196.

Los progresos que hicieron en Roma el trabajo de los metales, la arquitectura, el dibujo y la fabricación de porcelanas se pueden apreciar en los restos monumentales que nos quedan y en los trabajos de aquella época, como la *fíbula* de Preneste y la *cista* de Ficoroni, cuya técnica, si tomamos como modelo las manufacturas importadas, llegaba a superarlas.[396]

No menos notable es observar cómo los trabajadores manuales iban convirtiéndose en un elemento siempre más importante y visible en la vida pública.

Los artesanos tenían una fiesta particular, de la cual tomaban su nombre (*artificum dies*), celebrada el día del aniversario de la inauguración del templo de Minerva (*Quinquatrus*).[397] Varias pinturas murales de Pompeya representan procesiones en las que tomaban parte diversas clases de artesanos.

Hacia el siglo II a. C. habían aumentado mucho en Roma, vivían juntos en un mismo arrabal y constituían un elemento cuyo porvenir y cuyas esperanzas estaban en la obra de sus manos,[398] por lo cual representaban en la vida política algo continuamente movible, fácil de ser atraído a la sedición y a la conjura, y por eso en los momentos de peligro a ellos dirigían la vista los que querían su ayuda y los que esperaban su ataque.

El hecho de reunirse en asociaciones y colegios nos demuestra que su número debía ser bastante grande. Epígrafes de fines de la República nos dan noticia de algunos de estos colegios de artesanos, lo mismo en Roma que en el Lacio, y, como es natural, nos permiten suponer muchos otros, tanto más considerando que si bien algunos de dichos colegios pertenecen a oficios de gran aplicación, existen otros referentes a oficios muy especiales. En los períodos electorales esta unión de artesanos constituía una verdadera fuerza, un elemento con el cual era preciso contar.[399]

Otro testimonio de la difusión de las artes manuales es el nombre que toman algunas de las calles de Roma.[400]

396. Gamurrini, ob. cit., II, pp. 221 y ss.
397. Waltzing, ob. cit., I, p. 199.
398. Salustio, *Bellum Jugurt.*, 73, 6.
399. Cic., *Pro dom.*, 33, 89; *de pet consul.*, 8, 30; Waltzing, íd., I, pp. 86 y 88.
400. Marquardt, *La vie privée...*, II, pp. 31-32.

La producción de algunas manufacturas había encontrado en ciertos lugares condiciones sumamente favorables para su aclimatación, acabando por conquistar tal fama que recomendaba su venta hasta fuera del estrecho círculo de la ciudad. Catón nos da una lista de los diversos centros especiales de producción de distintos instrumentos y utensilios agrícolas.

Según sus indicaciones, Cales y Minturnae producían objetos de hierro; Lucania, carros; Venapo, tejas; Capua, cuerdas de cáñamo y vasos de bronce; Roma, vestidos, ánforas, cerraduras y cestas. Esta diversidad en la producción, aunque rudimentaria, indicio de una mayor difusión y ejercicio de los oficios, recibía nuevo impulso y continuo incremento del desarrollo de las vías de comunicación, que hacían posible y más fáciles los transportes e incitaban a extender la fabricación más allá de los límites del consumo local, especialmente cuando, como en los casos señalados por Catón y otros, la abundancia de la materia prima, una tradición y una educación técnica especiales y el consiguiente crédito conquistado por la mercancía favorecían la demanda.

IV. El trabajo libre y el trabajo servil

Éste era el efecto mediato del desarrollo de las comunicaciones; pero tenía también un efecto inmediato, y era la gran cantidad de trabajo necesario y que, como ya hemos indicado, debía ser ejecutado, en su mayor parte, por los libres, pues se trataba de una red de caminos que llegó a tomar poco a poco proporciones gigantescas.[401] Ya en tiempos de la República se había empezado por la vía Appia, a la cual siguieron la Junia, la Valeria y después la Aurelia, la Flaminia, la Emilia, la Casia y muchas otras;[402] y además de los trabajos de ejecución necesitaban periódicos arreglos y continuo entretenimiento, para los cuales no siempre eran llamados los propietarios fronterizos (*viasii vicanei*) en compensación del trabajo que estos mismos debían dedicarle.

401. Fredländer, ob. cit., II, pp. 3 y ss.
402. Pauly-Wissowa, *Real-Encyclopedie der classischen Alterthumwissenschaft*; VI, p. 2545.

Las vías eran uno de los ramos más importantes de las obras públicas, pero no el único: la construcción, siempre mayor, de edificios destinados a fines religiosos, políticos y edilicios, los acueductos, las alcantarillas y todas las demás obras dictadas por las exigencias sanitarias[403] nos demuestran, por sus restos actuales, la enorme cantidad de trabajo puesta en movimiento.

No es posible dejar de ver las dificultades e inconvenientes que en aquella época encontraba el desarrollo del trabajo libre frente al trabajo servil.

V. El escaso rendimiento del trabajo servil

El escaso rendimiento del trabajo servil debía tardar en ser sentido en una vida económica tan artificial como la romana, que vivía de la explotación de los esclavos y de las formas más o menos disimuladas de la rapiña. Sus efectos, que se traducían en un agotamiento gradual de todas las fuentes de riqueza, eran sentidos por los demás antes que por los propietarios de esclavos, y sólo por su lenta, continua y durante mucho tiempo no comprendida acción llegó a dejarse sentir por los más ricos.

Para compensar su escaso rendimiento y para mantenerse, la esclavitud tiene necesidad de tierras vírgenes y fecundas. Mientras pudieron conseguirse con facilidad, la escasa producción del trabajo servil se pudo disimular fácilmente; y cuando esta posibilidad fue menos fácil o llegó a faltar, la reacción contra la competencia de los cereales extranjeros tomó la forma de una transformación del cultivo y de un predominio del pastoreo sobre la agricultura.

De este modo la escasa producción era, si no evitada, por lo menos ocultada y disimulada; esta escasez, además, sólo podía hacerse sentir por efecto de la competencia, a la que se le oponían diversas dificultades.

403. Marquardt, *De l'organisation financière...*, pp. 108 y ss.; Pöhlmann, *Die Ueberbevölkerung...*, pp. 114 y ss.

La competencia en muchos ramos de la producción tardaba en presentarse, porque el predominio de la producción casera hacía que los productos no tomaran el carácter de *mercancías*, y el comercio, que al recoger la exuberancia de esta producción trataba de suplir la producción en gran escala, se desarrollaba gradualmente dentro de los límites permitidos al mundo antiguo por el desarrollo de los medios de comunicación. El menor rendimiento del trabajo es seguramente menos sentido por quien produce directamente para su propio consumo que por los que producen para vender y ganar. En el primer caso, aunque se advierta, no se ve enseguida; antes bien, la necesidad de una transformación del método empleado tarda cierto tiempo en hacerse visible, ya sea por razones psicológicas, por inercia, o por razones de orden práctico, por no ver claramente el remedio, por la imposibilidad de sustituir un método con otro. En el caso de producir para la venta, el mercado y la competencia avisan y obligan a cambiar de sistema para evitar la ruina.

Una de las consecuencias más próximas y visibles de la economía servil es el abandono de las tierras menos fecundas, que quedan incultas, y esto empezaba a suceder en el dominio romano;[404] pero no todos atribuían el hecho a su verdadera causa ni para muchos latifundios, sobre todo mientras el mal no llegó al colmo, el daño debía ser muy grave y sensible.

En cierto sentido, aunque de un modo no del todo consciente, se puede afirmar que Columela hizo notar lo anterior, pero como un estado de hecho, proponiendo destinar aquellas tierras a una forma determinada del trabajo libre, a ser arrendadas. Pero es claro que si ésta era una ocasión del empleo del trabajo libre, también era una empresa poco conveniente y fácilmente ruinosa, que sólo podía ser aceptada y subsistir en las condiciones en que después se establecieron las colonias.

No eran éstas las únicas trabas que el trabajo servil ponía al desarrollo del trabajo libre.

El trabajo absorbente –que no permitía al obrero mantenerse, lo mismo en las formas exteriores que en el desarrollo intelectual, al nivel de la clase dominante– había deprimido al trabajador, y al diferenciarlo de los

404. Cairnes, ob. cit., pp. 71 y 74.

demás elementos de la sociedad le había empujado a una situación no sólo económica, sino moralmente inferior.[405] Esta situación del obrero se reflejaba a su vez sobre el trabajo mismo y rebajaba su consideración en aquellos tiempos. El incremento que había tomado la esclavitud y la parte preponderante que tenía en el ejercicio de los trabajos manuales debían constituir (como ha sucedido en países donde existía la esclavitud)[406] otro motivo de repugnancia hacia un género de trabajo que unía a libres y siervos y les confundía sin cesar.

Hay que añadir, además, que la concentración de la riqueza y la repartición tan desigual de las fortunas no permitían ni favorecían el desarrollo del trabajo libre. Las casas ricas proveían con sus numerosos siervos a las necesidades domésticas, compraban solamente los objetos de lujo que no era posible fabricar puertas adentro y compensaban el mayor empleo del trabajo y los mayores gastos al disponer de un modo absoluto de las fuerzas de trabajo, usufructuadas de un modo directo y según su voluntad. Por otra parte, las clases pobres, que no estaban en condiciones de satisfacer sus necesidades con la producción casera y tenían que recurrir forzosamente al artesano, se veían obligadas a reducir sus deseos y sus expectativas de progreso por la insuficiencia de medios.

VI. El trabajo libre y la asistencia pública

La distribución gratuita de trigo, las dádivas y liberalidades públicas y privadas, que tendían a convertirse en costumbre y en instituciones estables, no bastaban para mantener por sí mismas al proletariado; no sólo porque no se extendían a todo el proletariado ni a todas las familias, sino porque eran insuficientes para la completa alimentación de un solo individuo.[407] De todos modos, ejercían de manera indirecta una acción deprimente sobre el

405. Cairnes, ob. cit., p. 73.
406. Ibíd., p. 75.
407. Marquardt, *De l'organisation financière...*, pp. 144 y ss.

trabajo libre toda vez que permitían, a quien participaba de ellas, alquilar su trabajo por un precio inferior al mínimo necesario y rebajar por consiguiente su valor, que se regulaba por la oferta más ventajosa, sucediendo entonces lo que se ha observado en términos más generales después,[408] que quien sustituye con limosnas el diez por ciento del salario deficiente de cien mil personas produce la rebaja de un veinte por ciento del salario de un millón de obreros.

Desde este punto de vista, las distribuciones públicas de Roma deben ser consideradas de un modo muy diverso al de las retribuciones de las funciones públicas de la antigua Atenas. El sueldo que se daba a los ciudadanos atenienses era en concepto de indemnización destinada a compensarle de las ganancias que dejaba de percibir por no poder emplear su propia actividad, pero éste, ocupado en los tribunales y asambleas, no podía hacer competencia a los demás trabajadores: al contrario, al reducirse el número, debía subir el valor del trabajo. En cambio, las distribuciones romanas hechas a título de regalo ejercían toda la influencia que un sistema de caridad pública puede ejercer.

La falta casi absoluta de datos no nos permite conocer de un modo completo el valor del trabajo en tiempos de la República. Cicerón, en una de sus oraciones y por incidente, evalúa el jornal de un obrero en doce ases; pero esta simple indicación sin señalar época ni clase de trabajo no puede satisfacernos, ni servirnos de base para conclusiones rigurosas. Sin embargo, se puede observar que, con la carestía de víveres y alquileres,[409] aquel salario era insuficiente para satisfacer las necesidades de la vida, que iban en continuo aumento, e inferior a la *sportula* de los clientes del tiempo de Marcial, que parecía tan insignificante.[410] Pero esta misma insuficiencia nos demuestra, por lo menos, el desarrollo del trabajo mercenario, pues su escaso valor puede ser indicio de la competencia, y por consiguiente del incremento del trabajo libre, y hace presumir que la baratura del salario le habría abierto camino y asegurado el predominio sobre el trabajo servil.

408. Schaeffle, *Das gesellschaftliche System d. menschtichen Wirthschaft*, II, p. 485; Pöhlmann, *Die Ueberbevölkerung...*, p. 51.
409. Pöhlmann, íd., pp. 38 y 107.
410. Friedläender, ob. cit., I, p. 382.

VII. El parasitismo y el trabajo

Mientras tanto, todos estos obstáculos de carácter objetivo y subjetivo –la dificultad de encontrar trabajo, las aptitudes no del todo desarrolladas, la resistencia, no vencida del todo, de emplear en parte el trabajo de los esclavos– daban lugar a un fenómeno característico de la economía servil,[411] al desarrollo de una extensa clase de parásitos y a la difusión del parasitismo bajo formas múltiples. Resucitaba la clientela,[412] no fundada como la antigua en necesidades inevitables de asistencia y protección, si no en la urbanidad, en la indigencia holgazana que aspira a vivir y vive de caridad, con todas las humillaciones, bajezas y degeneraciones inherentes a tal estado de cosas y que durante varios siglos hasta el tiempo de Luciano fue tema obligado de las sátiras, epigramas e ironías de poetas y escritores.

VIII. El incremento del trabajo libre

Este gran número de parásitos, que con su inercia y sus deletéreas funciones sociales contribuía tan eficazmente al empobrecimiento de la sociedad romana, cooperaba, de modo indirecto, a destruir la antigua economía servil; y en continua exposición entre las frecuentes bancarrotas de fortunas devoradas por el lujo y la pereza, con la incertidumbre del mañana y a veces del momento presente, debía en los tiempos difíciles y escabrosos inclinarse al salariado y engrosar sus filas con nuevos elementos.

El último período de la República, que virtualmente contenía todos los gérmenes que se desarrollaron después en el Imperio, nos muestra de un modo bastante claro esta crisis, cuyas últimas consecuencias debían llevar al fin de la esclavitud.

Fenómenos e indicios de esta crisis son los hechos revelados y los que iremos revelando.

411. Cairnes, ob. cit., pp. 75 y ss.
412. Fredländer, ob. cit., I, pp. 379 y ss.

La lucha entre la forma económica que se iba descomponiendo y la nueva que empezaba a surgir de un modo rudimentario no se realizaba sin que los elementos en contraste se produjeran recíprocamente daños y perjuicios.

En Roma, como en todos los centros y comarcas donde la esclavitud estaba más desarrollada y concentrada, donde el parasitismo tenía terreno más favorable para un mayor incremento, el trabajo libre junto a circunstancias que favorecían su desarrollo tenía otras muchas que lo retrasaban.

Lejos de Roma, donde los obreros libres no tenían que luchar contra los precios elevados de los víveres[413] y de los alquileres, lejos de Italia, donde el peso de los tributos y la explotación del pueblo debían hacer sentir mucho más la escasa producción del trabajo servil y las demás desventajas de la esclavitud, el trabajo libre y sus diversas formas debían encontrar más oportunidades para desarrollarse.

Sin embargo, en la misma Roma, como se ha visto, y a pesar de las dificultades, el trabajo libre subsistía y avanzaba.

La esclavitud estaba condenada a desaparecer, por mucha resistencia que opusieran la inercia, el espíritu conservador y todas las demás razones que conservaban la vida a una institución que lentamente decae; y lo demostraba de un modo evidente la transformación que se realizaba en su mismo seno, dándole nueva forma y sacando de ella misma nuevos elementos para el trabajo libre o para el trabajo mercenario, que anticipaba su advenimiento y sustituía las funciones de aquél.

413. Pölhmann, *Die Ueberbevölkerung...*, pp. 38, 82 y ss.

IX

EL NUEVO EMPLEO DE LA ESCLAVITUD

El carácter predominante de la economía antigua, como repetidas veces hemos indicado, consiste en la producción casera, que sólo tiene en cuenta el consumo directo. La esclavitud había contribuido no sólo a mantener, sino a desarrollar la producción casera, bien tomando el puesto de los elementos familiares menos numerosos por la sucesiva disgregación en grupos de parientes cada vez más alejados, bien como medio, en las casas más ricas, de extender la actividad a campos más extensos y múltiples. Pero al complicarse las relaciones sociales y establecerse un nuevo orden económico más adelantado, las funciones de la esclavitud rebasaban el reducido espacio del círculo doméstico y se convertían en algo distinto y hasta opuesto de la simple cooperación de la vida económica familiar.

La nueva fase de la economía agrícola, que había sustituido el pedazo de tierra para el sustento de una familia por el latifundio con todas sus diversas formas de producción, variaba, al propio tiempo que la situación primitiva del esclavo, su empleo y su concepto. Con todo, aún no había cambiado el carácter de la economía antigua, que recogía en una misma mano, como medios de producción de la misma categoría, el capital y la mano de obra.

"El trabajo está a la misma altura de las rentas fundiarias, y el esclavo a la de la tierra, de modo que el trabajo como fuerza creadora no presenta diferencia alguna con la tierra. Por consiguiente, no se encuentra en la economía romana la distinción entre capital y trabajo, sino la de fortuna y fruto."[414]

Los esclavos se convertían en materia de explotación. Los compraban para desbastarlos, instruirlos y después venderlos, como se hacía en casa de Catón el viejo,[415] y además, en determinadas circunstancias, se procu-

414. Scheel, "Die Wirthschaftliche Grundbegriffe im Corpus juris civilis", en *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, IV, 1866, p. 337.
415. Plutarco, *Cat. maj.*, c. 21.

raba su reproducción y educación con el único y exclusivo fin de la venta.

Se los alquilaba, funcionando como una verdadera fuerza de trabajo separada e independiente del capital al cual se incorporaba su trabajo, viniendo a constituir una forma del salario con todas sus consecuencias. Este empleo de los esclavos, que se encuentra después en el Digesto como un hecho ordinario, aparece bajo la forma de préstamos o de alquileres en los jurisconsultos de la República.[416] Craso, en las especulaciones edilicias, a las cuales se dedicaba con ardor y con no menos fortuna, proporcionaba, en la reconstrucción de casas incendiadas, juntamente con el solar comprado a bajo precio, el trabajo de sus numerosos esclavos constructores.[417] Se iba creando, en el mismo seno de la esclavitud y por medio de ella, la separación y antítesis del capital y el trabajo, que debía constituir el carácter peculiar de la nueva economía en oposición a la antigua. El nuevo orden económico, con la progresiva división del trabajo, los mayores progresos técnicos y la necesidad de una educación profesional, rompía el insuficiente y estrecho círculo de la producción casera y encontraba en el salario una forma más conveniente y más adaptada a su índole especial. Pero en virtud de la continuidad que siempre existe entre lo viejo y lo nuevo, por la presión lenta y asidua que infunde en las viejas instituciones un espíritu nuevo preparándolas para nuevas necesidades, se deformaba el tipo genuino de la antigua esclavitud y tomaba una forma híbrida con el sello del salariado. La esclavitud se deformaba y transformaba de un modo general.

I. El *peculium* y sus funciones

El *peculium*, desarrollándose y ejerciendo una función siempre más importante, no tan sólo creaba una nueva situación moral al esclavo, sino que también modificaba radicalmente su posición y su fuerza económica, contribuyendo a cambiar el carácter de la antigua economía.

416. Bremer, *Jurisprudentiae antehadrianae quae supersunt*, Lipsiae, 1896, pp. 185, 208; D. 40, 7, 14; D. 13, 6, 5, 7.

417. Plutarco, *Crass*, 2; Pölhmann, *Die Ueberbevölkerung...*, p. 89.

El origen del *peculium* es tan antiguo que se han buscado sus huellas en las doce tablas, pero en aquella época no debía estar muy extendido ni alcanzaba una importancia relativa. Después, con el aumento de las haciendas agrícolas, con el crecimiento de la opulencia y de la liberalidad, aquellas reservas consistentes en dinero y toda clase de objetos de valor, fruto del ahorro unas veces, otras, premio y participación en la industria y hacienda del amo, debían tomar mayor proporción y difundirse. El peculio se recomendaba como una manera de despertar en los esclavos el estímulo de la laboriosidad y del interés, no muy común en ellos, para acostumbrarlos a los hábitos de economía y amor al trabajo que se reflejaban en sus relaciones con el patrón, pues ser dueño de un peculio era recomendación y señal de dedicación en un esclavo. En lo que al amo se refiere, aun cuando era cosa corriente que el peculio no debía servir para alimentar al esclavo, es indudable que esta opinión debía estar sujeta a muchas reservas, especialmente en épocas de carestía en las que, como hemos visto les sucedía a los esclavos sicilianos, se descuidaba el mantenimiento de los siervos, dejándoles a ellos mismos el cuidado de procurarse la comida. De todos modos, el peculio venía a ser para el amo como un fondo de reserva, bien como un precio eventual de rescate, bien (toda vez que siempre estaba en manos del patrón) como un premio en caso de muerte o de fuga, hecho casi imposible por el interés que mantenía al siervo ligado a la casa de su amo.

La expansión de los intereses y actividades de la clase patronal a lejanos países y a los más distintos campos de acción disminuía o rompía aquella relación continua e inmediata entre patrón y siervo, y hacía que éste, sin dejar de ser los brazos de su amo, tuviera necesidad de una mayor libertad de movimientos y de una especie de autonomía. La causa, el origen y el efecto de este nuevo estado de cosas era precisamente el desarrollo del peculio, lo mismo en el sentido de la extensión que en el de la importancia; y es esta evolución del peculio la que la jurisprudencia certifica y estudia al momento de su llegada, pero no en su desarrollo, y por ello es sucesivamente confirmada y negada en determinados períodos; tan acentuada es su línea general y tan imperceptible, por su continuidad, es su desenvolvimiento.[418]

418. Karlowa, ob. cit., II, 1, pp. 111 y ss.; Jhering, *Geist der römischen Rechts auf den verschiedenen Stufen seiner Entwickelung*, Leipzig, 1877, II, 1, pp. 185 y ss.

Durante los siglos III y II a. C., el peculio es citado tantas veces, no sólo en la jurisprudencia de aquella época, sino también en la comedia plautina, que permite deducir la importancia que debía tener en la vida de los esclavos y en la economía romana en general. Este núcleo de riqueza y virtud, legalmente de propiedad del patrón, objeto y base de una economía distinta de la servil, era precisamente el germen siempre fecundo de una nueva relación entre amo y esclavo, que podía y debía convertir la dependencia personal absoluta en una relación casi exclusivamente económica.

El creciente movimiento comercial trataba de hacer móvil y activa la riqueza, y naturalmente el peculio sentía los efectos de esta tendencia, que tanto más podía llegar a ser fuente de provechos cuanto más ganaba en libertad o autonomía, reflejándose una y otra sobre el esclavo, que, si bien era apéndice del peculio, llegaba a tener, por su mediación moral, si no jurídicamente, la personalidad que le faltaba.

"Aunque el peculio no era por regla general la base económica de la existencia autónoma de las personas sujetas a potestad, es de presumir que durante su evolución fuera tomando, de un modo gradual y creciente, el carácter de fundos completamente autónomos. Y no hay duda alguna de que el número de peculios revestidos de esta forma, y tendiendo a este fin, creció de un modo extraordinario en el citado período."[419]

Así es que a fines de la República y principios del Imperio algunos jurisconsultos nos hablan de siervos que habitaban los fundos como colonos [420] y de otros a los cuales los amos alquilaban las tierras y prestaban los bueyes.[421] Como se ve, el siervo deja de ser un instrumento material en manos del señor para tomar, a pesar de su deficiente personalidad, el aspecto de un contratante. Ambas situaciones nos indican claramente la existencia de una economía no sólo distinta, sino casi opuesta a la patronal, concretándose sus funciones no en el empleo directo del esclavo, sino en un beneficio indirecto obtenido con la constitución de un impropio contrato de alquiler.

"La situación, tanto de estos colonos, como de los esclavos que se

419. Mandry, *Das gemeine Familiengüterrecht*, Tübingen, 1876, II, p. 29; Pernice, *M. Antistius Labeo*, Halle, 1873, I, p. 149.

420. Bremer, ob. cit., p. 170; D, 33, 7, 12, 3-6.

421. Ibíd., p. 421 (D. XV, 3 y 16). *Alfenus libro secundo Digestorum*.

empleaban, sobre todo al principio del Imperio, como artesanos, era poco más o menos la siguiente: los colonos pagaban un tributo anual como arrendatarios de las fincas, a los obreros de la ciudad se les proveía de una tienda y debían entregar al amo una parte de su ganancia (*tantieme*),[422] creándose una situación especial de tal manera que el amo no necesita vigilar a sus esclavos ni ocuparse de su subsistencia."[423]

Así, por íntima transformación brotaba de la misma esclavitud, en forma híbrida, como corresponde a una época de transición, una clase especial de artesanos y jornaleros que participaba del antiguo y del nuevo sistema, del trabajo libre y del servil; del primero (ya separado de la estrecha dependencia personal) tomaban las funciones, y del segundo, el origen y la situación jurídica.

Esta transformación ejercía su influencia no sólo en las condiciones de la servidumbre, sino también en la economía general de aquella época, de la cual era consecuencia y sobre la cual reaccionaba.

"En la economía servil –según observa un estudio sobre los conceptos económicos fundamentales del *Corpus juris civilis*–[424] desaparece el concepto del capital como cantidad de riqueza fecundada por el trabajo en oposición al trabajo mismo, y la economía tiene que entender con un conjunto de riquezas que, no sin propiedad, fueron designadas con el nombre de patrimonio doméstico (*Oikenvermögen*). Pero como es natural, y así debía ser, de estas grandes masas se destacaron otras menores, y del campo de la economía doméstica entraron en el de la economía social; estas masas menores consistían en cosas y constituían un *peculium* o eran representadas por dinero y formaban un *sors*.

"El primero sale del patrimonio doméstico y pasa al del esclavo, exteriormente pero no de hecho; la otra asume una función autónoma como capital móvil en circulación.

"El *peculium* tenía importancia, políticamente, como paso de la esclavitud a la servidumbre, y económicamente, como medio de hacer

422. En lo que se refiere a los esclavos lo demuestra el fr. 14, pr. *de statul.* 40, 7; para los libertos lo atestigua Dositeo, *Hadr. sent. et ep.*, § 8, p. 9.

423. Pernice, ob. cit., p. 136.

424. Scheel, ob. cit., p. 337.

productivo y móvil el patrimonio doméstico, porque con él se realizaba una forma de capital que se parece mucho a la forma moderna.

"Podía ser materia de *peculium* todo lo que puede formar parte del patrimonio doméstico, nace de la acumulación de productos y está destinado a una producción ulterior.

"De hecho, la separación de los peculios del patrimonio doméstico y su facultad de producir hacían que la imagen de la economía romana fuera semejante a la moderna. La industria doméstica se convierte en una industria con capital móvil; el trabajo se hace móvil y llega a ejercer acción sobre la formación del capital; el dinero se convierte cada día más en la base de la circulación y de los cambios, que antes se hacían por medio de los mismos productos.[425]

"Y mientras el peculio toma una forma exterior de capital productivo, pero vuelve siempre a la masa improductiva del patrimonio doméstico, brota como autónomo el capital móvil en forma de préstamo (*sors*)."

II. Las manumisiones y sus efectos

Otras causas eran las manumisiones –que abrían camino e impulsaban la tendencia y la necesidad de sustituir el empleo directo de los esclavos con la utilidad indirecta que se podía obtener mediante una participación en los frutos de su actividad independiente– cada vez más frecuentes y que tan estrecha relación tienen con el peculio, bien por convertirse éste, con mucha frecuencia, en el precio del rescate,[426] bien porque dejándose en manos del liberto seguía ejerciendo mejor y más eficazmente sus funciones económicas y ponía a éste en condiciones de ejercer mejor su comercio, industria u oficio con un capital dispuesto a circular o a facilitar su instalación.

Las manumisiones, que desde 357 hasta 209 a. C., en ciento cuarenta y

425. Die Naturalwirthschaft wurde zur Geldwirthschaft.

426. Costa, *Il diritto privato romano nelle comedie di Plauto*, Turin, 1890, pp. 108 y ss.; Jhering, ob. cit., p. 185.

ocho años, habían sido tan numerosas como permite suponerlo la enorme suma cobrada por los derechos sobre los manumisos, en aumento creciente, especialmente en los últimos años de la República; tanto, que llegaron a convertirse en uno de sus caracteres más salientes y en una verdadera preocupación.

Los motivos de estas numerosas manumisiones, tantas veces señaladas, pueden encontrarse en el afán de crearse nuevos clientes para aprovecharlos en los comicios y en las diversas vicisitudes de la vida política, en las consideraciones que proporcionaban las manumisiones mismas y sus efectos, en el deseo de sustraer a los acreedores una parte tan notable del patrimonio y tan fácil de ocultar, y por último, en la creciente prodigalidad y a veces en un sentimiento filantrópico que iba despertando junto con el desarrollo de la civilización y el ensanchamiento de los estrechos horizontes romanos.

Por estos motivos de carácter más inmediato y más visible cobraba más vida, aunque disimulada y menos conocida, pero persistente y eficaz, la presión continua de las nuevas condiciones de vida –que si bien dejaba sentir la insuficiencia de las antiguas relaciones económicas y hacía más elásticas, con el descontento que suscitaban, las viejas y rígidas formas y los rudimentarios modos de producción–, que socavaban la esclavitud renovándola y transformándola en las formas híbridas de servidumbre y de salariado.

El cínico consejo del viejo Catón de deshacerse de los esclavos viejos y enfermos,[427] que tanto iba a censurar algunos siglos después Plutarco,[428] no siempre podía conseguirse con la deseada venta; entonces se recurría al abandono, como lo prueban las disposiciones prohibitivas del emperador Claudio,[429] y en último caso, a la manumisión.

Y aun independientemente de este caso, la manumisión se recomendaba a menudo por muchas razones, y llegaba a constituir una común utilidad para el amo y el esclavo.

Frecuentemente la emancipación no era gratuita;[430] el patrón empezaba

427. Catón, *De Agricultura*, 2, 7: "*Servum Senem, servum morbosum et siquid aliut supersit vendat*".
428. Plutarco, *Cat. maj.*, 5, 2.
429. Suetonio, *Div. Claud.*, c. 25.
430. Wallon, ob. cit., II, pp. 397 y ss.

por exigir una suma que le permitía renovar a sus siervos, sustituyendo al esclavo viejo y agotado por uno joven. De todos modos, remunerada o no, la manumisión no se podía considerar nunca como gratuita, porque no interrumpía las relaciones y el lazo entre manumisor y manumiso y se concedía con la obligación de prestar toda una serie de servicios y trabajos que según el contrato se podían extender a favor de otras personas, convirtiéndose en una verdadera participación en las ventas y ganancias profesionales del liberto.

Por sí misma, la condición de manumiso llevaba consigo una larga serie de deberes morales que suponían respeto, devoción, fidelidad al amo, extendiéndose hasta la obligación jurídica reconocida de proporcionar comida al amo en caso de necesidad.[431]

Obligaba a ciertos actos de liberalidad en épocas y circunstancias fijadas durante la vida del liberto y suponía cierto derecho, más o menos limitado según los casos y tiempos, sobre su herencia. A estos deberes y obligaciones inherentes a la cualidad de liberto, y de un modo más o menos explícito reconocidos y previstos en la ley, se podían añadir y se añadían muchos otros que tenían toda la elasticidad de un contrato privado.[432] Entre ellos, la obligación de educar a los hijos del amo, de pagar en determinadas épocas ciertas sumas y otras estipulaciones del mismo género. El más común y más importante de estos deberes consistía en la obligación aceptada de efectuar trabajos, en términos definidos, a favor del patrón, de prestar en provecho suyo la *operae*, que se dividían en *officiales* si tenían por objeto satisfacer las necesidades y comodidades personales del amo y de su familia sin ningún fin especulativo,[433] y *fabriles* si eran susceptibles de ser empleadas por el patrón en provecho propio o ajeno, y sobre todo con el fin de especular.[434]

La obligación de prestar este trabajo se estipulaba en un compromiso jurado por el esclavo antes de ser manumiso, y como éste no tenía personalidad jurídica para obligarse, la manumisión era solamente eficaz si el liberto asumía bajo juramento aquella obligación.

431. Karlowa, ob. cit., II, 1, pp. 142 y ss.; Lemonnier, ob. cit., pp. 101 y ss.
432. Lemonnier, ob. cit., pp. 120 y ss.; Karlowa, íd., II, 1, pp. 144-145.
433. *D.* XXXVIII, 1, *De operis libertorum*; Karlowa, íd., II, 1, p. 145.
434. Karlowa, íd., II, p. 146.

La situación tan distinta del amo y del esclavo y el deseo natural de recobrar la libertad debían dar origen a pactos leoninos y hacer que las manumisiones fueran para los amos lo que hoy diríamos *un buen negocio*. El siervo dejaba de producirle gastos y le proporcionaba ganancias. Por otra parte, el liberto socorrido y ayudado por las distribuciones públicas, a las cuales tenía derecho como ciudadano, auxiliado a veces por un capital de reserva, acostumbrado al trabajo y casi siempre ducho en un oficio especial, tenía campo abierto a sus aptitudes en aquella sociedad en la que, por prejuicios de clase y otros muchos motivos, tantos elementos permanecían ociosos.

Esta clase de relaciones entre señores y libertos, en la forma en que las conocemos, se fueron desarrollando y coordinando bajo el Imperio; y por aquellas que podemos referir con toda seguridad a tiempos anteriores, y por las mismas disposiciones con que repetidamente se trata de remediar los inconvenientes deplorados se deduce que los amos trataban de sacar toda la utilidad posible a estas concesiones que hacían a los libertos.

Por una parte se trató de asegurar el derecho del amo a la herencia del liberto eliminando, por lo menos en lo referente a las grandes herencias, la posibilidad de eludirlo por medio del testamento;[435] por otra parte, se inclinaban a extender la prestación de la *operae* ampliando el concepto y el empleo de la propia *operae officiales*.[436]

Encontramos el reflejo de esta tendencia de los amos a extender sus derechos en documentos pertenecientes a épocas posteriores, que nos hacen ver las disposiciones destinadas a limitarlos y hacerlos menos pesados; estas disposiciones fueron el producto natural de una reacción contra los abusos que se cometían.

De manera que la obligación del liberto no se refería sencillamente a su oficio o al género de trabajo realizado durante su esclavitud, sino al que

435. Gai, *Inst.*, III, pp. 39-42, Huschke (ed.); Lemonnier, ob. cit., pp. 116 y ss.; Karlowa, ob. cit., l. c.; Ciccotti, *Il processo di Verre*, Milán, 1895, pp. 100 y ss.
436. *D.* XXXVIII, 1, 25.

aprendía después.[437] De modo que todo adelanto y todo perfeccionamiento del liberto resultaban en provecho del amo. Y si, por lo contrario, dejaba de ejercer su oficio, debía prestar al amo, cuando fuese preciso, otros menesteres en compensación.[438]

Límite y término de los trabajos a que tenía derecho el amo era el peligro de vida y la ignorancia de la obra solicitada; estas restricciones demuestran hasta dónde llegarían los amos con sus exigencias, cuando la equidad del jurisconsulto tuvo que intervenir para contenerlos.

El jurisconsulto Javoleno quería, en términos generales, que el amo alimentase al liberto mientras lo tenía ocupado en su provecho;[439] Sabino sólo exigía esta obligación en el caso de que el liberto no tuviera con qué alimentarse, y todos los demás admitían que durante la prestación de su trabajo debían mantenerse y vestirse a sus costas.[440]

Esta tendencia, de la cual la legislación y la jurisprudencia imperial nos dan algunas muestras, está más directamente comprobada por los restos que nos quedan del último período republicano.

Eran muy frecuentes los pleitos, controversias y asuntos referentes a esclavos y libertos, que constituían la clientela de algunos jurisconsultos.[441] Se dice, precisamente, de P. Rutilio Rufo, pretor romano en 118 a. C. y cónsul en el año 105 a. C., que contuvo y moderó las exigencias de los amos cerca de los libertos.[442]

Es fácil darse cuenta de los impulsos que independientemente de las causas de orden político y personal debían dar a la manumisión este estado de cosas, que conservaba las principales ventajas de la esclavitud eliminando muchos de sus inconvenientes, librando al amo de la carga de alimentar a sus esclavos, excepto y en el caso más desfavorable de que trabajaran por su cuenta, interesando al antiguo siervo en la utilidad patronal y despertando en él el aguijón de la necesidad y del interés que debía duplicar y fecundar su actividad.

437. *D.* XXXVIII, 1, 16.
438. Íd., 1, 38.
439. Íd., 1, 33, Javolenus, *libro sexto ex Cassio.*
440. Íd., 1, 18-19.
441. Bremer, ob. cit., pp. 60-61, 180 y 282.
442. Ibíd., pp. 43 y 235.

IV. La limitación de las manumisiones

Por consiguiente, a medida que el trabajo servil se revelaba menos productivo, el trabajo a salario más conveniente y accesible, la circulación y alternativa de la fortuna más rápida, las manumisiones crecían de un modo tan extraordinario que el Estado tuvo que tomar providencias para regularlas más que para limitarlas. Lo que más preocupaba a los poderes públicos, sobre todo cuando se concentraron en una sola mano, no era el hecho en sí de la manumisión, ni las diversas relaciones económicas que se establecían entre el antiguo esclavo y el amo antiguo. Las manumisiones eran objeto de preocupación y de medidas restrictivas en cuanto contribuían, como actos inspirados en sentimientos de vanidad de menores y testadores, a la disipación y bancarrotas tan frecuentes, y contra las cuales reaccionaba la nueva política, interesada en mantener el Imperio, hasta donde fuese posible, en un estado de orden, sin elementos en mala situación económica y por lo tanto inquietos. Preocupándose más de alejar y limitar los efectos de la manumisión en la vida pública, procuraban impedir que tan crecido número de esclavos manumisos, convertidos en ciudadanos con todos sus derechos, contribuyeran a reconstituir y hacer más firme y potente en la vida política la clientela y los compadrazgos que en manos de la nobleza y la gente rica, aún no curadas de sus ambiciones oligárquicas, debían ser una amenaza y un peligro para el poder imperial; procuraban impedir que fueran a aumentar el número de los aspirantes a disfrutar de las distribuciones públicas, convertidas cada día más en una pesada carga para el Estado; en resumen, procuraban impedir, en nombre del interés bajo el cual se ocultaba el orgullo romano, que los nuevos elementos se mezclaran demasiado con la antigua ciudadanía de Roma.

V. Las leyes sobre la manumisión

En estas razones se inspiraban y a este fin se encaminaban las leyes *Fufia Caninia*, *Aelia Sentia* y *Junia Norbana*, todas ellas decretadas en un período de tiempo relativamente corto. La primera tenía por objeto

moderar la manía de manumitir en quien, con un acto de última voluntad, se despojaba de lo que ya no podía disfrutar;[443] la segunda sometía al parecer de un consejo compuesto de diez caballeros y diez senadores las manumisiones de esclavos cuyas edades fueran inferiores a 30 años; las que quería conceder, por motivos justos, un menor de 20 años, y las concedidas con el rito de la *vindicta*;[444] y la última, la *Junia Norbana*, daba a los manumisos la latinidad, pero no el derecho de ciudadanía.[445]

Ninguna de ellas constituía un verdadero impedimento a las manumisiones.

Si bien las concedidas por menores de 20 años eran nulas, no está del todo probado que sucediera lo mismo cuando se trataba de esclavos menores de 30 años, siendo los amos personas capaces aunque no interviniera el Consejo.[446]

Este procedimiento irregular o incompleto hubiera sencillamente dado lugar, según afirman algunos intérpretes, a convertir al liberto en un ciudadano latino en vez de entrar en la clase más favorecida de ciudadano romano.[447] La ley *Junio Norbana*, acogiéndose a un término medio, toda vez que impedía a los esclavos la adquisición de los derechos de plena y entera ciudadanía, abría paso a un número mayor de manumisiones, elevando a estado de derecho las realizadas sin solemnidad *inter amicos*, que antes sólo constituían un estado de hecho.[448]

De manera que esta ley, lejos de impedir que la esclavitud fuera debilitándose y rompiera sus cadenas, facilitaba sus transformaciones, de tal modo que puede ser considerada como el punto inicial de donde toma impulso la tendencia legislativa, siempre creciente durante el Imperio, de favorecer las manumisiones.

Por otra parte, la ley *Fufia Caninia*, limitada solamente a actos de última voluntad, daba lugar, como es sabido, a una larga serie de expe-

443. Lemonnier, ob. cit., pp. 39 y ss.

444. Gai, ob. cit., I, 42-44; Lemonnier, íd., pp. 53 y ss.

445. Dio. Cass., LV, 13; Gai, íd., I, 16-18; Ulpian, *Fragm.*, I, 12, Huschke (ed.); Lemonnier, íd., pp. 48 y ss.

446. Gai, íd., III, 56; Lemonnier, íd., pp. 59 y ss.

447. Lemonnier, íd., p. 51.

448. Ibíd., pp. 43 y 61.

dientes y astucias,[449] que aun cuando no consiguieran eludirla, nos prueba cuán grandes eran los deseos de libertad a los esclavos y cuán ineficaces eran todos los frenos, hasta en un género de manumisiones como las testamentarias originadas, más que por el interés, por la vanidad.

Por último, las restricciones de la ley *Aelia Sentia*, que cuando era preciso o conveniente cedían el campo ante la preocupación de que eran un obstáculo al decrecimiento de la población, si bien a veces dificultaban el logro de la libertad como condición legal, no impedían ni podían impedir (y esto es lo que nos interesa a nosotros) que alcanzaran un estado de hecho correspondiente a una condición de libertad, y sobre todo de actividad autónoma.

Por consiguiente, de todas partes, y teniendo en cuenta las condiciones de lugar y tiempo, brotaban impulsos que hacían aumentar el número de artesanos y asalariados; y mientras la concentración de la riqueza, de la cual había sido instrumento la esclavitud, y el empobrecimiento de las masas preparaban con el numeroso proletariado el campo en el que las nuevas formas de producción debían reclutar sus fuerzas, la misma esclavitud, transformándose, convertía a menudo a los siervos y sobre todo a los libertos en artesanos y asalariados. Esta transformación, incluso en los períodos más antiguos, cuando no se encuentran pruebas directas, es acreditada por hechos concomitantes; y a medida que avanza el tiempo y se hacen más frecuentes los documentos epigráficos, el ejercicio de las artes, de los oficios y del pequeño comercio, que desempeñan los libertos y sus descendientes con creciente preponderancia, se refleja en los tiempos anteriores y nos hace descubrir la natural anticipación y el necesario precedente de aquel estado de cosas.

449. Gai, ob. cit., I, 46.

X

LAS LEYES SOBRE EL PECULIO Y LA REPRESENTACIÓN

Otra señal indirecta pero elocuente de esta forma compleja e independiente de la esclavitud aparece en el desarrollo que la jurisprudencia da a instituciones nuevas o apenas indicadas, que adquieren relieve y forma cada vez mas orgánica no por una elaboración puramente teórica o por un proceso deducido de algunos principios jurídicos, sino por la necesidad de corresponder a un conjunto de nuevas relaciones económicas, las cuales iban sustituyendo a las antiguas y provocaban reglas jurídicas ordenadoras, obtenidas por medio de aquel práctico y feliz sentido de la orientación tan característico de la jurisprudencia romana. Estas instituciones adaptan, con un esfuerzo elástico, el antiguo derecho a las nuevas circunstancias, lo penetran con su espíritu y lo renuevan dejándolo en apariencia el mismo, y consiguen de este modo fundir y amalgamar la tradición con el progreso.

Vemos que hasta en la jurisprudencia de los primeros tiempos de la República el *peculio*, origen y señal de la nueva acción de la esclavitud, da lugar a una larga e importante elaboración jurídica que trata de fijar la posición del esclavo respecto de su amo y los deberes y derechos que pueden ligarle con los extraños con los cuales entra en relaciones de negocios.[450]

Los negocios, los cambios y las operaciones se hacían siempre más complejos y de mayores proporciones, y necesariamente, como la gestión directa e inmediata se hacía imposible, eran llamados a tener mayor acción en ellas los esclavos, los libertos, los hombres de confianza de los amos y especuladores, todo lo cual se ve reflejado en las reglas, siempre más desarrolladas, sobre la responsabilidad de los patronos por los diferentes

450. Bremer, ob. cit., pp. 171, 180, 234, 384, etc.

actos cometidos por sus siervos y representantes y se descubre en la forma siempre más doctrinal, coherente y orgánica que toman las reglas que dirigen las relaciones creadas por la actividad de quien maneja bajo distintas formas y de maneras diversas los intereses ajenos (*actio iustitoria, exercitoria, gestio negotiorum*).

I. La locatio operarum y la locatio operis

Las huellas del trabajo salariado, cuya forma iba tomando necesariamente el trabajo libre y a veces el servil, se ven reflejadas en las instituciones jurídicas *locatio operarum* y *locatio operis*, más desarrolladas y más extensas cuanto más se difunde el salariado y más se convierte en elemento integrante de la nueva economía.

En el siglo II a. C. encontramos formadas y desarrolladas las dos instituciones.[451] Nos suministran numerosos ejemplos de ello las comedias de Plauto[452] y el tratado de Catón sobre agricultura.[453]

La *locatio operarum*, que presupone la prestación de la propia actividad en provecho de otro y por un tiempo determinado, es la forma más antigua y rudimentaria; pero a medida que la sociedad romana progresa y sus relaciones se hacen más complejas, se abre camino una forma más desarrollada de prestación, la *locatio conductio operis*.

"Que la *locatio conductio operis* es más moderna que la *locatio conductio operarum* podemos deducirlo –dice Karlowa–[454] de ciertos documentos intrínsecos. La economía privada, como la pública, emplea con mucha frecuencia esta clase de *operae*. Y así como el particular buscaba y conseguía un resultado económico mediante el trabajo de sus hijos, esclavos, clientes, libertos y asalariados, dirigidos por él o por un representante suyo, también el rey que representaba el Estado, o el fun-

451. Voigt, *Röm. Rechtsgesch.*, pp. 641 y 657.
452. Costa, ob. cit., 378 y ss.
453. *C.* 5, 4; 144-146.
454. Karlowa, ob. cit., II, 2, pp. 644 y ss.

cionario que hacía sus veces, debían cuidar de las construcciones mediante los *munera* impuestos a los ciudadanos y el trabajo de los obreros forasteros tomados a sueldo. Además, lo mismo el Estado que los particulares más ricos, se ven en la necesidad de realizar empresas, para cuya ejecución deben ser puestos en movimiento tantas y tan diversas *operae*, y tan especiales aptitudes técnicas y artísticas, que se hace difícil o imposible, para el particular como para el funcionario, combinar y dirigir por sí mismo y sin intermediarios todas aquellas fuerzas de trabajo dotadas de tan distintas aptitudes y guiar su combinada y dispuesta cooperación al logro del fin propuesto. Al principio era el Estado solamente el que realizaba obras de tan grandes proporciones, que debían ejecutarse mediante trabajos de muy variada naturaleza, teniendo para ello a su disposición un número bastante escaso de funcionarios, y no del todo técnicamente instruidos, para llevar a cabo aquellas empresas. Además, al proclamarse la República había otra razón para abandonar el sistema de empleo de obreros aislados, puesto que los *numera* impuestos a la plebe para la ejecución de las grandes obras, emprendidas en tiempo de Tarquino, habían sido una de las principales razones del descontento hacia el poder monárquico y en especial hacía el último rey. Parece, pues, que desde los primeros días de la República empezó a desaparecer esta normal imposición de *operae*. Empezó el sistema de los *ultrotributa*; el Estado no asumía el deber de realizar directamente construcciones ni otras empresas económicas, dejando su ejecución, por una suma determinada, en manos de particulares o sociedades. Y las relaciones particulares, modelándose sobre el sistema adoptado por el Estado para sus relaciones particulares, parece adoptar, no la *locatio conductio rerum* y mucho menos la *operarum*, sino la *locatio conductio operis*. Pues en la vida particular, toda vez que habían desaparecido los sistemas sencillos y patriarcales, muchas necesidades de orden económico no podían ser satisfechas de un modo inmediato por el padre de la familia, sus familiares y los trabajadores temporales tomados a sueldo, así que se trató de conseguir su ejecución encargándola a un contratista por una suma determinada. Mientras en las relaciones patrimoniales del Estado la *locatio conductio operis* ha eliminado casi por completo la ejecución directa de los trabajos aislados, en las relaciones

privadas toma un puesto junto a la *locatio conductio operarum* con tendencia a relegarla a segunda fila. Según Catón, en las haciendas agrícolas la mayor parte de los propietarios había adoptado la *locatio conductio operis* para la mayoría de los trabajos, por ejemplo para las construcciones, para el *oleam facere et legere*, etc. El amo podía, de este modo, conseguir mejor y en mejores condiciones su objeto, que no cuando trataba de obtenerlo con el empleo directo e inmediato de obreros aislados. Casi siempre el *conductor operis*, para realizar los trabajos necesarios, recurre a su vez a la *locatio conductio operarum*, igualmente que los *redemptores* de la *opera publica*; y hasta estos últimos daban, como se verá, la ejecución de las obras a un nuevo contratista. De este modo la *locatio conductio operarum* llega, sin desaparecer, a pasar a segunda fila."

Resulta interesante ver cómo, a través de distintas formas, el trabajo va adquiriendo una acción, primero notable, después característica y por último preponderante, que no se amolda con la esclavitud y especialmente con sus más antiguas y rudimentarias funciones domésticas; y esto, que al principio es una señal de la decadencia del trabajo servil, llega a convertirse en su causa, debido a la acción y reacción de los fenómenos sociales.

Al principio toma formas híbridas, como vemos en diversos contratos, según los cuales se asigna al trabajador una parte alícuota, mayor o menor, del producto del fundo;[455] algo intermedio entre el *locatio rerum* y el *locatio operis* y que participa de uno y otro. Otra forma de paso y de unión entre el trabajo antiguo y el salariado lo constituye una compensación del trabajo en especie, de la cual son restos y pruebas las *accesiones* conservadas a pesar del predominio de la retribución monetaria. Y sólo cuando se extienden y generalizan formas más adelantadas se empieza a usar el salario en moneda, y el *locatio operis* bajo la forma del destajo y la contrata.[456]

Los efectos que estas formas producen en el trabajo, haciéndolo más completo y expedito al mismo tiempo que determinan entre los obreros

455. Catón, *De Agricultura*, 136.

456. Ibíd., 144-145; Bekker, "Ueber die leges locationis bei Cato de re rustica", en *Zeitschrift für Rechtsgeschichte herausg.* Von Rudorff, Bruns, etc., III, 2, 3, p. 428.

una competencia que si eleva el salario de unos pocos rebaja el nivel general, ya han sido notados a propósito de la acción del destajo en la economía ateniense,[457] por lo que bastará que ahora llamemos la atención sobre la presencia de fenómenos y efectos análogos en la economía romana. La baratura de la mano de obra, que era su consecuencia, determinaba no sólo una mayor conveniencia de sustituir el trabajo servil con el asalariado, sino también el impulso a una continua especialización del trabajo, contribuyendo de este modo a crear una clase más extensa de artesanos. El *locatio operis,* que en su forma más simple y rudimentaria se limitaba a establecer el precio unitario del trabajo aplicado a la materia prima que proporcionaba el propietario o contratista,[458] debía dejar campo libre a otra forma más importante, transformándose en una manera de producción más adelantada, en la cual el *conductor operis* ponía también la materia que debía trabajarse y aquella *merces* que primero indicaba la retribución del trabajo, y debía después dar origen al nombre de la materia transformada. Verdaderamente no se puede afirmar que la *locatio conductio operis* se resuelva siempre y de un modo absoluto en una *locatio operarum*, y mucho menos que llevara siempre al empleo de obreros libres.

En muchos casos se empleaban esclavos; las obras de poca importancia podían ser ejecutadas por un trabajador libre con el concurso de su familia, que por tradición ejercía el mismo oficio; y hasta en algunos casos [459] se realizaban por asociaciones de obreros libres, cuya existencia o posibilidad no puede ser negada de un modo absoluto, si bien el documento que se invoca para demostrarla no es claro ni explícito.[460] Y en todos los casos la proporción siempre variable de las fuerzas de trabajo de estos destajos y contratas hacía preciso, aun recurriendo al trabajo servil, el uso de esclavos alquilados, y se obtenía de este modo, en el caso de Craso, un trabajo asalariado cuyos sujetos variaban, pero cuya naturaleza era siempre idéntica.

Es notable el modo como se procuraban remediar los inconvenientes

457. Bekker, ob. cit., 1. c.
458. Catón, *De Agricultura*, 14, 3.
459. Bekker, íd., pp. 430-431.
460. Catón, íd., 144, 4; Mommsen, p. 432; Karlowa, ob. cit., II, 2, p. 650.

que este sistema, aunque muy perfeccionado, no podía menos de presentar.

Las ventajas que el trabajo servil tenía sobre el mercenario consistían, sobre todo, en su continuidad, en tenerlo siempre disponible, en la disciplina a que se le podía sujetar, en el hecho de que como el siervo no se le permitía tener un derecho de propiedad, el patrón podía estar completamente libre del peligro y de las consecuencias de eventuales sustracciones.

Con el empleo de mercenarios se trataba de conseguir estas mismas ventajas, y se buscaba conciliar el lado favorable del trabajo servil con el del mercenario.

Se procuraba reforzar la relación de dependencia del obrero mercenario haciéndolos vivir juntos y permitiendo cierto poder disciplinario.[461]

Y a la vez, defenderse y prevenirse contra todo tipo de robos, obligando a los operarios a jurar que no habían sustraído nada del fundo donde habían estado prestando su trabajo, habiéndose acordado, de antemano, que nada percibiría quien se negase a prestar este juramento.[462]

Además, para obtener el concurso de los trabajadores en lugares malsanos se aumentaba la retribución.[463]

Se garantizaban los posibles desperfectos en los instrumentos y utensilios suministrados por el patrón, mediante el derecho que tenía el locator de retener, el precio convenido, el equivalente del daño causado.[464]

Era objeto de muchos cuidados y preocupaciones y de convenios especiales [465] el prevenirse contra la temida inseguridad de tener a tiempo y en el número necesario a los obreros, inseguridad que era uno de los inconvenientes del salariado.

A este mismo fin, el de asegurar con oportunas garantías el concurso regular de la mano de obra, debían tender las cláusulas que trataban de establecer el pronto pago a los obreros, concediendo al patrón el derecho, en caso necesario, de retener a su favor las cantidades que se les

461. Karlowa, ob. cit., II, 2, p. 644.
462. Catón, *De Agricultura*, 144, 2.
463. Ibíd., 14, 5.
464. Ibíd., 144, 2-3.
465. Ibíd., 144, 3.

adeudaban, que le servirían de resguardo sobre todo lo que para la ejecución del contrato había llevado al fundo.

La aptitud y la habilidad de los obreros, que constituían, por la facultad de poder elegir, una de las mayores ventajas del salariado, estaban garantizadas por el derecho, reservado al propietario del fundo o al comprador de los frutos, de aceptar o rechazar a los trabajadores empleados por el *redemptor* en los trabajos de recolección.[466]

La *locatio operis* presentaba junto a tantas ventajas el inconveniente de las coaliciones. Las personas que querían ejecutar una obra o tomar una empresa determinada, antes de iniciar una competencia recíproca que se hubiera traducido en una disminución del precio de la contrata y en una ventaja para el propietario, se reunían y mediante ciertos acuerdos formaban una sociedad, terminando por dictar la ley del amo, y elevando artificialmente el precio de la contrata. Y también se trataba de remediar este inconveniente, según parece deducirse de un pasaje del citado libro de Catón,[467] con la imposición de un juramento, que tendía a excluir la existencia de todo convenio malicioso entre los socios.[468]

II. La *specificatio*

De este modo el trabajo mercenario, por obra de los libres y de los esclavos, se abría camino, desarrollándose y difundiéndose, invadiendo el cerrado campo de las más antiguas formas del trabajo servil, buscando el reconocimiento en nuevos institutos jurídicos o en los viejos reformados, evitando o eliminando los obstáculos opuestos a sus funciones, encontrando un estímulo en las nuevas condiciones de vida de las cuales era a su vez motor y adelantando hasta el punto de llegar a subordinar a sí mismo la materia al cual se aplicaba y convertirla en un apéndice suyo, del mismo

466. Catón, *De Agricultura*, 145.
467. Ibíd., 144, 4-5.
468. Bekker, ob. cit., pp. 431 y ss.; Mommsen, p. 432; Karlowa, ob. cit., II, 2, pp. 650-651.

modo que antes él había estado subordinado y sido un apéndice de aquélla.

Este momento de la evolución del trabajo muestra su acción y encuentra su expresión en la conocida controversia acerca de la *specificatio*, o sea, en la discusión de si la incorporación del trabajo propio a la materia de propiedad ajena dejaba el objeto transformado como propiedad del dueño de la materia empleada o la transfería a quien la había transformado con su trabajo.

Esta controversia, nacida no como una mera disquisición teórica, sino como el reflejo de una antítesis de relaciones económicas siempre creciente, demuestra prácticamente el progreso de la nueva fase económica, en la cual materia y trabajo no se encuentran necesariamente reunidos en una misma mano, y por lo contrario tendían a disociarse para combinarse después bajo nuevas formas. La polémica pone frente a frente, con el disfraz de dos diversas direcciones jurídicas, dos tendencias económicas contrarias, expresión y reflejo de dos épocas distintas, de dos sistemas de vida y producción: de una parte los sabianianos, de la otra los proculianos;[469] detrás de Sabino se ocultan la economía del pasado y la antigua función del trabajo; ante los proculianos se presentan la nueva economía y el trabajo del porvenir; y toda la confrontación es expresión de aquel término de paso, de aquella forma intermedia de producción en la que el trabajo, diferenciado del objeto con el cual se identificaba, se alquilaba al cliente, quien proporcionaba la materia necesaria para ejecutarlo.[470]

Con el sentido práctico que la distingue y el eclecticismo que era en cierto modo su consecuencia, la jurisprudencia romana toma a menudo por el camino del medio,[471] resolviendo la cuestión a favor del propietario de la materia o de quien la ha transformado según criterios intuitivos de equidad que después se traducían en una evaluación de la materia empleada o del trabajo ejecutado. Pero el hecho de que por poca importancia que tuviera el trabajo[472] se resolvía la cuestión a favor de éste,

469. Gai, ob. cit., II, p. 79; Oertmann, *Die Volkwirthschaftslehre der Corpus juris civilis*, Berlín, 1891, pp. 135 y ss.

470. Bücher, *Gewerbe* (*Hdwb. d. Staatsw.*, Bd. III), p. 931.

471. Gai, íd., II, pp. 77 y ss.

472. Gai, íd., II, pp. 78-79.

señala la preponderancia y el valor que había adquirido y seguía adquiriendo.

En realidad el valor del trabajo, su equivalencia y su conversión en moneda –que en la Antigüedad no sólo era la medida, sino la forma por excelencia del valor– encontraban siempre un reconocimiento legal,[473] hasta el extremo de que durante el Imperio, en caso de inutilización corporal del hombre libre –en oposición a la máxima de que el cuerpo del hombre libre no está sujeto a evaluación–, se iba abriendo camino un modo de ver las cosas más concreto, que liquidaba en moneda corriente la inutilización temporal o permanente del ofendido y sus consecuencias por el daño producido a él y a su familia[474] al ponerlo en la imposibilidad de emplear su trabajo útilmente y con la perspectiva de una ganancia.

473. Oertmann, ob. cit., p. 123.
474. Ibíd., p. 125.

XI

LAS CONTRADICCIONES DE LA ESCLAVITUD

Como se ha observado,[475] en la condición jurídica del esclavo había una latente e íntima contradicción que se hacía visible a la menor causa.

El esclavo era un hombre considerado y destinado a funcionar como una cosa. Al permitirle el *commercium* se le reconocía capacidad jurídica, pero como carecía de todo derecho político y privado, personal y patrimonial, hasta su *commercium* quedaba falto de efecto jurídico para convertirlo en una persona, y sólo era un instrumento y un medio de adquisición en manos de su patrón.

Era una cosa, pero formaba parte de los *familiares* y se le permitía tomar parte en la *sacra familia.* Era un simple *instrumentum vocale,* pero la manumisión podía convertirlo en ciudadano, con todos los derechos políticos, que en sus descendientes se iban ampliando hasta borrar el vicio de origen.

Esta contradicción entre la ley que le convertía en una cosa y la naturaleza que le había hecho un hombre estaba destinada a ser cada día más visible con el advenimiento de circunstancias y sucesos que daban relieve y ocasión de desarrollar la personalidad del esclavo, desmintiendo y haciendo con la fuerza de los hechos prácticamente contradictorias e insostenibles en la vida y en las leyes las premisas jurídicas y sus deducciones lógicas.

1. La nueva conciencia jurídica y la esclavitud

A medida que los primitivos y estrechos confines del Estado romano se ensanchaban, los contactos y las relaciones con los demás pueblos y la variación de las condiciones de vida exigían un terreno común para las mu-

475. Voigt, *Die XII Tafeln...*, II, pp. 283 y ss.

tuas relaciones y conducían a los romanos a una ampliación y renovación lenta, pero continua, de las formas, modalidades y criterios informadores de su conciencia jurídica y de su expresión legislativa, que habían nacido bajo la acción de pequeñas necesidades y obedecían a las exigencias de un limitado desarrollo económico y de una correspondiente vida civil.

Las analogías y diferencias con las normas reguladoras de la vida jurídica de estos pueblos producían el efecto de modificar, desde el punto de vista teórico, el concepto absoluto que los romanos tenían de su derecho ciudadano, de su estatuto personal, en una palabra de su *jus civile*; y las reglas que se veían obligados a adoptar como un término medio entre sus instituciones jurídicas y las extranjeras iniciaban y proseguían un trabajo lento de recíproca asimilación y difusión, por el cual el derecho particular de Roma llegaba a colocarse bajo el *jus gentium*, como una categoría teóricamente subordinada; y uno y otro, por una elaboración sucesiva, generalizando, conducían al concepto del *jus naturale*.

Aquel estrecho modo de ver, hijo de limitadas condiciones de vida, que solamente concebía al ciudadano como capaz de derechos y hacía de la cualidad de hombre y ciudadano una misma cosa, que no extendía la cualidad de ciudadano a todos los hombres, sino que reducía la de hombres a los ciudadanos, estaba destinado a modificarse primero, y desaparecer después bajo la acción de continuas y siempre nuevas experiencias que procedían de un más ancho campo de existencia y de nuevas condiciones de vida.

Desde este momento la naturaleza humana del esclavo debía no solamente reconocerse, sino afirmarse de manera explícita. Y entretanto, esta afirmación estaba destinada a reaccionar sobre la situación del esclavo, a servir de palanca para el mejoramiento de su estado jurídico y de punto de apoyo y expresión teórica de las nuevas exigencias sociales; y sin embargo, solamente era el reflejo y el efecto de numerosos hechos y sucesos de la vida práctica, que habían realmente elevado y modificado la situación y las funciones de los esclavos, y por un proceso inductivo que venía de lejos, no por interrumpidas experiencias, conducía a aquel nuevo concepto de la esclavitud a través de una serie de acciones y reacciones de carácter moral.

II. Los derechos de ciudadanía y las manumisiones

Una de las particularidades más notables, tal vez la más notable, de las manumisiones de esclavos en Roma era que el manumiso no podía, con su liberación, romper el lazo de inmediata dependencia que lo unía con el amo; pero con la libertad adquiría el medio de darle valor, de ejercer sus atributos mediante el derecho de ciudadanía que iba anexo a su manumisión.

Esta medida –en la cual Dionisio de Halicarnaso descubría solamente un motivo de oportunidad política de la clase patricia, y que trataba de justificar considerándola como una razón abstracta de orden teórico– debía tener causas más variadas y complejas. En primer término debía figurar la necesidad, a la cual hace referencia la tradición acerca de la fundación de Roma,[476] de que el pueblo recobrara sangre nueva después de tan largas y extenuantes campañas, y ofrecer a los libertos un modo de proteger por sí mismos el propio estado de libertad y ejercer sus derechos civiles con independencia del antiguo señor; este derecho, con el transcurso del tiempo, mientras se debilitaban y desaparecían las relaciones patronales, socavaba el fundamento y la razón de ser de la antigua clientela y terminaba por hacer de los descendientes de esclavos un elemento adverso a la nobleza; también hay que notar que los patronos, como pretendía Dionisio, habían encontrado un inmediato apoyo político en los esclavos recién manumisos.

III. Los manumisos y la vida pública

De todos modos, sin querer insistir sobre las probables y varias razones de la concesión de la ciudadanía a los esclavos manumisos, y teniendo en cuenta las consecuencias solamente, es fácil considerar todo el efecto moral que debía causar ver al siervo de ayer convertido en ciudadano,

476. Liv., I, 8, 6.

tomar un puesto en los comicios junto a su antiguo amo y concurrir con él al gobierno de los más altos intereses del Estado.

Es verdad que no se les permitía la entrada en la alta magistratura, se les cerraba el Senado, se trataba de tenerlos apartados en tribus urbanas para contener su efectiva acción política y restarles importancia, pero a todo esto respondía una tendencia en los libertos de ganar terreno, de abrirse camino. La providencia de convertirlos en una tribu urbana era una medida de reacción contra la política del censor Apio Claudio, que, habiendo intentado inútilmente abrirles el Senado, les había ido repartiendo por las tribus rústicas.[477] Es verdad que a veces se les echaba en cara como una ofensa su mancha de origen y que las clases más elevadas les trataban con manifiesto desprecio,[478] pero entretanto ganaban importancia y poder efectivo en la vida práctica, adquirían crédito y consideraciones en la clase media de la población, ejercían notables funciones en la flota y estaban próximos a desempeñar, con el advenimiento del Imperio, elevados puestos en la administración pública.

IV. El nuevo concepto de esclavo

En las conjuras y frecuentes y encarnizadas luchas civiles se contaba con los esclavos, se les prometía la libertad como premio a su participación[479] y de este modo, si bien con el fin de aumentar el número de partidarios, se elevaba a los siervos a la ciudadanía y se les colocaba frente a los mismos ciudadanos.[480] El Estado mismo, durante las guerras púnicas, se vio en la necesidad, por falta de combatientes, de armar esclavos que se encontraron elevados de este modo a lo que les parecía la más alta función del ciudadano y fundamento de todas las demás dignidades, al servicio de las legiones.

477. Liv., IX, 467; Nitzsch, ob. cit., pp. 70-71.
478. Horat, *Sat.*, I, 6, vs. 45-46; Lemonnier, ob. cit., pp. 254 y ss.
479. Val. Max., VIII, 6, 2; Plutarco, *Syll.*, 9; Appian., *B. C.*, I, 100; Salustio, *Cat.*, 24; Wallon, ob. cit., II, pp. 318 y ss.
480. Liv., XXII, 57, 11; XXVII, 38; XXVIII, 46; Wallon, íd., II, p. 483.

Además de estos casos extraordinarios, que por sí solos debían potencialmente revelar la condición moral de los siervos y hacer patente de un modo práctico la identidad humana, había el nuevo aspecto bajo el cual se presentaba la esclavitud, determinado por las conquistas ultramarinas.

A los esclavos toscos e incultos de los tiempos antiguos les sucedían esclavos procedentes de países de cultura griega, pertenecientes, a menudo, a las clases más elevadas de la población, superiores en cultura, trato y formas a sus nuevos amos; y esto les obligaba a meditar sobre las alternativas de la fortuna humana, tanto más cuanto que los ciudadanos romanos hechos prisioneros de guerra y no rescatados debían evocar a sus allegados y conciudadanos un análogo estado de cosas. El *jus postliminii* introducido en las instituciones jurídicas demostraba que la esclavitud era considerada como un triste accidente y una pasajera fase de la vida, y no como una distinción natural.

La difusión del trabajo servil y la mayor importación de esclavos habían empeorado su situación en donde estaban reunidos en gran número, lejos de la vista de sus amos, y en donde se les explotaba hasta el último extremo bajo la presión de la competencia, y con la especulación por único fin. Pero donde habían seguido formando parte de la casa en número relativamente reducido, participando de la vida de familia, el más elevado nivel intelectual del siervo, su capacidad para desempeñar las funciones más importantes y el reflejo moral de su origen sobre su actual condición eran motivos que debían mejorar su trato. Su misión de preceptores, por poca importancia que se les diera, les colocaba en una posición especial respecto de sus jóvenes amos, a quienes habían educado e instruido. Las delicadas funciones que desempeñaban –dirigiendo las haciendas de sus amos, manejando su dinero, llevando por cuenta suya ciertas especulaciones–[481] no pueden recordarse sin pensar en un sentimiento recíproco de confianza y fidelidad y en un trato más benigno.[482]

Plauto observa de un modo notable el contraste entre el rigor del concepto jurídico de la esclavitud y la realidad. En efecto, el esclavo es muy a menudo, en las relaciones ordinarias de la vida, elevado por el amo

481. Marquardt, *La vie privée...*, I, pp. 190 y s.
482. Jhering, ob. cit., II Th., 1 Abth., p. 187.

a consejero y amigo; convive con la familia y toma parte en sus alegrías y penas; es el compañero o custodio de los hijos del patrón y en todos los casos se cuenta con él como una fuerza completa y absolutamente a favor del amo, llegando su intimidad hasta el extremo de poner en las cosas de su señor el mismo o mayor interés que en su propio peculio, como si tuviera que sacar provecho de ello. Y si el amo es un hijo de familia, entonces la confianza y la amistad concedidas por éste al siervo llega al colmo, de modo que los dos juntos, de igual a igual, cuando invertidos los términos, se entregan a toda clase de diversiones y desórdenes."[483]

Las elevadas funciones a ellos confiadas y la mayor importancia de las casas en donde servían realzaban la posición del esclavo sobre todos los demás en las relaciones ordinarias de la vida, colocándolo a veces por encima de muchos libres.

La misión de los siervos públicos, ejecutores de las órdenes de los magistrados a los cuales estaban afectados, el papel importante que tenían en la sociedad de los publicanos[484] y el poder de exprimir, obligar y vejar, si era preciso, a contribuyentes y deudores, les ponía tantas veces en situación de mirar a los libres desde un punto de vista más elevado y de afirmar sobre ellos tal superioridad, que debían quedar completamente vengados de la inferior condición jurídica con la realidad del hecho concreto. Con la más extensa e indefinida esfera de acción que el gran dominio romano concedía a los magistrados, con la aparición, primero incierta, después periódica y por último constante de los poderes personales, se hacía más frecuente el caso de esclavos que, dueños de toda la confianza de sus amos, convertidos en sus brazos y, si era preciso, en sus cómplices, podían tomar actitudes de autócratas y burlarse de las distinciones bizantinas existentes entre el estado de esclavitud y el de libertad.

La corte más o menos numerosa de Sila y Verres nos puede servir de ejemplo; y en todas partes los siervos eran instrumentos tan adecuados a los fines y deseos del poder personal, que con su incremento crecieron el empleo y la fuerza de aquéllos hasta conseguir el máximo y regular desarrollo con el advenimiento del Imperio.

483. Costa, ob. cit., p. 94.
484. Kniep, *Societas publicanorum*, Jena, 1896, pp. 65 y ss.

El uso transforma y moldea los órganos, y la diversa distribución de las funciones sociales no podía menos que reflejarse sobre el modo de considerar y comparar a siervos y libres.

La marcada distinción social entre el libre que vive del trabajo ajeno o trabaja en lo suyo, señor de su casa y de su campo, independiente de todo poder extraño en la vida privada y el esclavo considerado y empleado como el *instrumentum vocale*, al mismo nivel que la bestia de trabajo, iba atenuándose y casi desaparecía con el aumento del proletariado y la difusión del trabajo a salario. Con el incremento cada vez mayor del salariado, libres y siervos debían encontrarse, muy a menudo, al mismo nivel, realizando obras análogas, en servicio ajeno, sin que sus condiciones de vida ni su posición moral presentaran una diferencia verdaderamente notable. En estos casos, si la compañía de los esclavos rebajaba en cierto modo a los trabajadores mercenarios, la comunión de vida y trabajo con los libres elevaba algo a los siervos y hacía de todos ellos, en un cierto sentido, una clase única. Y si en Italia la posibilidad del parasitismo privado y público y el ejercicio más difuso de los derechos políticos establecían mejor la diferencia, y a veces convertían en adversarios al proletariado y a la esclavitud, en provincias como por ejemplo Sicilia, uno y otra tenían tales contactos y tal comunión de modo de vida, que las insurrecciones los convertían en un solo elemento rebelde.[485]

Incluso la situación de los libertos debía contribuir necesariamente a ejercer su acción sobre el modo de considerar a los esclavos.

Los libertos empezaban a constituir el elemento más activo e industrioso de la ciudadanía, actividad que después, durante el Imperio, llegó a su máximo desarrollo, como lo atestiguan numerosos epígrafes. Las exigencias de la vida les obligaban a ejercer los oficios que antiguamente desempeñaban durante la esclavitud y a trabajar para cubrir sus propias necesidades y hacer frente a las cargas impuestas por sus amos. La misma condición de inferioridad moral debida a su origen les echaba con mayor fuerza al mundo de los negocios, como sucede siempre con todos los elementos tachados de incapacidad política; y como la ley Claudia prohibía a los senadores el

485. Diod. Sic., XXXIV, 2, 48.

comercio, los libertos prestaban su nombre y servían de intermediarios para que pudieran ejercerlo. Así, la consideración y el poder de los libertos –que por medios directos o indirectos, en nombre propio o ajeno, tenían casi el completo monopolio de los negocios– crecían mientras crecía la importancia de los bienes muebles y del dinero, del cual eran los más auténticos representantes.

Muchos de estos libertos, como todo *parvenu*, al verse ricos querían rodearse de prestigio moral y trataban de hacer olvidar su origen acentuando su desapego hacia los esclavos, demostrándoles desprecio, tratándolos mal.[486] Pero si esto sucedía con los libertos que subían por su fortuna y posición, los demás, como lo prueban los epígrafes de la época imperial, estaban obligados a conservar con los esclavos sus antiguas relaciones, haciendo en cierta manera vida común con ellos, y por consiguiente elevando de un modo reflejo su condición.

Además, e independientemente de la actitud que los libertos pudieran tomar con respecto a los esclavos, el movimiento continuo y ascendente de aquéllos, la presencia de antiguos esclavos libertados, ante cuyas puertas formaban cola personas del más elevado rango social para mendigar préstamos, y después, en la época imperial, para implorar favores, se debía reflejar naturalmente sobre los esclavos, de los cuales se podía decir que tenían en *energía potencial* lo que los libertos tenían en *energía actual*.

Es fácil comprender ahora la acción que debía tener toda esta serie de hechos en la formación de una nueva conciencia que no podía tardar en nacer como necesario reflejo de un modo distinto de considerar las cosas.

Una de las primeras y más completas manifestaciones de esta nueva conciencia nos la da de un modo verdaderamente notable Dionisio de Halicarnaso, tanto más notable cuanto más humilde.

Anacrónico como siempre, Dionisio pone nada menos que en boca de Servio Tulio palabras que parecen una anticipación de las empleadas por Séneca al hablar de los esclavos, y que dicen así: "Ante todo me causa maravilla que haya quien crea que los libres se distinguen de los siervos por naturaleza, y no por alternativas de la suerte, y además me pasma ver que

486. Tácito, *Ann.*, XIII, 23; Wallon, ob. cit., II, p. 427.

los hombres de buenas costumbres y maneras sean considerados, más que de honores, dignos de prosperidades, sabiendo cuán oscilante y variable es la fortuna y que nadie, por feliz que sea, puede fácilmente decir hasta cuándo durará su dicha. Deberíamos considerar cuántas ciudades griegas y extranjeras han pasado de la esclavitud a la libertad y de la libertad a la esclavitud".

Claro que nadie puede atribuir valor histórico a este pretendido discurso de Servio Tulio, pero puede darnos una idea de la conciencia del escritor y de su tiempo y es verdaderamente notable que Dionisio haya podido poner en boca de Servio Tulio expresiones parecidas.

V. El mejoramiento de la condición servil y sus causas

Esta nueva conciencia, reflejo y consecuencia de la nueva vida y de nuevas experiencias, era el índice de la revolución moral engendrada por la revolución económica, y cuanto más se desarrollaba más aparecía como efecto de un puro proceso ideal, nacido con completa independencia y que seguía ejerciendo su acción del mismo modo.

Verdaderamente esta transformación moral, cuyo origen indirecto y remoto no siempre ha sabido ver la posteridad, y mucho menos podían ver sus contemporáneos, seguía obrando inconscientemente y de un modo continuo, hasta como simple motor moral, bajo forma de espontáneo impulso individual y sanción de la opinión pública. Sirva de ejemplo lo que cuenta Tácito acerca de la sublevación del sentimiento público, en los primeros tiempos del Imperio, contra el decretado suplicio de gran número de esclavos considerados responsables de la muerte del patrón, cuyo asesino no había sido descubierto.

El estoicismo –proceso ideal que mediante las acumuladas experiencias de la vida y de la historia y a través de las diferencias accidentales y las sustanciales analogías de los pueblos se encaminaba al concepto del hombre y de una vida moral superior, emancipada de los órdenes jurídicos y políticos y de la misma vida práctica– se convertía cada vez más en la

expresión rígida y esquemática de este estado de cosas y de conciencia.

Entretanto, la misma acción de la nueva vida transformada y sintetizada en el sentimiento con formas inconscientes y espontáneas encontraba impulsos y fuerzas externas que a veces aparentaban separarse de la desinteresada tendencia moral y otras se mostraban ingenuamente tal como eran en realidad.

Un esclavo era, además, una propiedad que requería más cuidados y atenciones cuanto menos riquezas se poseían. Y cuando su precio crecía o por diversas razones costaba mucho, los cuidados aumentaban forzosamente. No se podía ver delicado o enfermo al viñatero que, según Columela, costaba ocho mil sextercios, sin experimentar alguna inquietud. Por otra parte, las sublevaciones serviles, cuyo eco si bien lejano aún duraba, no habían sido inútiles, y alguna enseñanza se sacaba de ellas y de las reacciones ocultas o visibles, lentas pero continuas, que les siguieron.

Confesaba Catón, sin rubor alguno, que el mejoramiento en la situación de los esclavos obedecía a una razón y un fin utilitarios.[487]

Varrón, hablando de los vigilantes, dice que "no se les debe permitir que mantengan el orden entre los esclavos con el látigo mejor que con la palabra, en el caso de que se pueda sujetarlos por este medio. Debe procurarse no tener muchos esclavos de la misma nación, pues es causa de la mayor parte de los males domésticos. Los prebostes deben ser estimulados con premios y debe permitirse que tengan peculio y hagan vida común con siervas de las cuales tengan hijos, con lo cual se hacen estables y toman cariño al fundo. Esta razón es la que hace tan recomendables y caros a los esclavos del Epiro. Se les debe lisonjear empleando con ellos cierto trato que los eleve algo; por ejemplo, si son buenos obreros, consultándoles acerca de las obras que se ejecuten, pues de este modo se consigue que crean no ser despreciados por sus amos, y por lo contrario, ser tenidos en cierta consideración. Y se logra que pongan más interés en su misión si se les trata con liberalidad, bien en lo que se refiere a la comida, bien en el vestir, perdonándoles algún pequeño trabajo, haciéndoles alguna concesión, como dejar que algún ganado de su propiedad paste en el fundo o cosa por el estilo, y de ese modo, si hay necesidad de mandarles un trabajo penoso o castigarles, aquello les consuela de esto, y

487. Plutarco, *Cat. maj.*, 21.

sigue despierto en ellos el cariño y aprecio hacia su patrón".

Columela no sólo recomienda que se los preserve del frío, en interés de los mismos amos, sino que añade acerca del modo de tratarlos estas advertencias generales: "En cuanto a los otros esclavos, es conveniente seguir los siguientes consejos que yo nunca me he arrepentido de haber seguido: con los esclavos del campo que no se portaban mal, discutía más a menudo que con los de la ciudad, y viendo que la afabilidad del amo aliviaba su perpetua fatiga, bromeaba a veces con ellos, y hasta permitía que bromeasen conmigo. A menudo finjo tomar consejo de alguno de ellos sobre nuevos trabajos, como lo haría con un perito... Y observo que toman con mayor cariño el trabajo que creen emprendido siguiendo sus consejos".

Cuanto peor era la situación de los esclavos, tanto más aconseja Columela se les evitase los mayores daños y se les aliviase las molestias todo lo posible. Y así, para los esclavos encadenados advertía:[488] "Mucho más activa debe ser la vigilancia del padre de familia sobre esta clase de esclavos, para que no sean maltratados en la comida y vestidos toda vez que estando sujetos a mayor número de personas como son los factores, jefes de trabajo y carceleros, están más sujetos a mayores abusos y se vuelven aún más peligrosos si se les exaspera con la crueldad y la avaricia. Y para evitarlo, el amo cuidadoso debe preguntar tanto a ellos como a los demás esclavos a los cuales se puede prestar más fe si reciben todo cuanto les tiene asignado. Pruebe, él mismo, si son buenos el pan y la bebida; vea sus vestidos. Deles medios de quejarse de los que les agravian con su crueldad o con el fraude. Y demos razón a los que se quejan justamente, del mismo modo que castigamos a los que provocan sediciones en la servidumbre y calumnian a sus prebostes; y a la par, premiemos a los trabajadores y diligentes. A las mujeres más fecundas que solemos recompensar cuando han llegado a un corto número de hijos, concedámosles el reposo y hasta la libertad cuando hayan tenido muchos. Por ejemplo, a las que han tenido tres hijos, el reposo, y la libertad a las que han pasado de ese número. Observando todas estas reglas, y siendo diligentes, se consigue aumentar el patrimonio".

488. *R. R.*, I, 8.

También es sumamente notable lo que dice Columela refiriéndose a la mujer del factor (*vilicus*), aconsejándole que visite por las mañanas la factoría para ver si hay algún enfermo o que lo finja. "Y aun cuando comprenda que se trata de una enfermedad fingida lleve, no obstante, el siervo a la enfermería; pues es más conveniente que cansado del trabajo permanezca quieto y en reposo uno o dos días, que no oprimido por una gran fatiga termine por ponerse enfermo de veras."[489]

VI. Las antinomias de la condición servil y sus causas

Parecerá sumamente difícil de explicar cómo por una parte se iba elevando el concepto del esclavo y se veía la necesidad de mejorar su trato, poniendo casi siempre en práctica los preceptos indicados, y por otra que precisamente en aquel mismo período se señalen casos de maltratos de esclavos y actos de crueldad refinada. Y sin embargo, los dos hechos son menos inconciliables de lo que a primera vista parece.

La crítica de una institución nace al presentarse días de malestar que inician su descomposición, y como efecto de esta última, que encuentra una ayuda y un medio para acelerar su marcha. Y por lo mismo, la crítica se adelanta a la real y completa destrucción de lo que trataba de derribar, y en las nuevas direcciones morales y teóricas que constituyen el lado positivo de la crítica se refleja una realidad, aún no madura, que se acerca. Al mismo tiempo, los remedios que en el ambiente de los antiguos horizontes morales se imaginan como términos medios entre el pasado y el porvenir, o como puntales de instituciones que amenazan ruina, no siempre consiguen tener práctica aplicación, ni ésta resulta contemporánea ni universal. Como en todos los períodos de transición, hay, al mismo tiempo, conflicto y coexistencia de elementos diversos, anacrónicos en su identidad cronológica, unidos en el tiempo pero separados y opuestos en el espíritu que los anima, y el mismo proceso de

489. *R. R.*, XII, 3.

disolución que avanza, multiplica las resistencias que las instituciones antiguas presentan a la muerte, acentúa sus anomalías, hace más visibles los contrastes, dando de este modo a tales períodos históricos el aspecto de confusión en el cual la aversión a lo nuevo y los limitados alcances de muchos contemporáneos creen ver el apocalíptico fin de un mundo y de la vida misma, cuando sólo acaba una de sus formas.

Si en algunos casos, en condiciones determinadas, muchas razones aconsejan y conducen a tratar mejor a los esclavos, en ciertos otros las molestias económicas crecientes, la menor producción del trabajo servil, la recíproca competencia con el trabajo libre obligaban a usufructuar hasta el último extremo y sin contemplaciones a los esclavos, y sobre todo a reducir el coste de su mantenimiento.

A veces el maltrato de los esclavos podía ser efecto del humor variable y del temperamento de los amos, los cuales eran, por lógica reacción, superiores a las nuevas influencias morales.

Si en ciertos casos el valor de los esclavos era motivo, para las fortunas modestas, para tener muchos cuidados con ellos, no sucedía lo mismo con los grandes capitales, cuyos propietarios malgastaban, sin preocuparse, la fuerza y la vida de sus esclavos, del mismo modo que disipaban y derrochaban todas sus riquezas.

Aquella disparidad creciente de fortunas –que se resolvía en una degeneración progresiva de ricos y pobres y era una levadura de vicio y corrupción, señal de un mundo destinado a perecer para resurgir de nuevo transformado– llevaba como consecuencia el espectáculo de invencibles deformidades morales, que con su sombra debían hacer resaltar mejor la luz de los nuevos ideales y de la obra de renovación moral. El mismo decaimiento del fundamento de la esclavitud, que, oculto en la tradición, constituía su legitimación no sólo jurídica sino también económica y moral, debía impulsar a la reacción, sorda e individual, oculta e incoercible de los esclavos, y fecundar contrastes que terminaban en actos de crueldad. Por consiguiente todo, bien y mal, severidad e indulgencia, flaqueamiento de las relaciones bajo una acción moral y su petrificación por efecto de una necesidad presente, todo concurría a minar la esclavitud. Y todos estos gérmenes de disolución se preparaban a dar sus mejores frutos bajo el Imperio, en un ambiente favorable a su desarrollo.

XII

EL IMPERIO Y LA ESCLAVITUD

Engendrado por el íntimo antagonismo y los contrastes siempre crecientes y mayores entre la metrópoli y las provincias, las grandes propiedades y las pequeñas, la clase acomodada y el proletariado, los esclavos y los patronos, los dominadores y los dominados, el Imperio nacía como una forma de gobierno que estaba más en consonancia con las nuevas proporciones territoriales y la modificada composición del cuerpo social, como un organismo político en el que las antítesis y discordias de la era republicana debían y podían encontrar, si no el completo remedio, por lo menos algún alivio, un relativo estado de equilibrio.

El Imperio encontraba su razón de ser y el secreto de su vida y de su porvenir, aunque sus instrumentos no se daban cuenta clara y completa de ello, en un compromiso impuesto por la fuerza de las circunstancias, promovido o acogido benévolamente por diversos elementos de sus extensos dominios, y aceptado o tolerado como una necesidad inevitable por los demás. Se puede considerar el Imperio como una diarquía en la que el poder estaba dividido y equilibrado entre el Senado como representante de la aristocracia romana y el emperador en representación del pueblo, entendido éste en su más amplia acepción, de manera que se debe ver en el emperador al representante, si bien a veces inconsciente e implícito, de todos aquellos múltiples elementos que, como los provinciales, los mismos siervos y en general la clase dominada, no tenían medios directos de determinar la dirección política del Estado, de hacer oír de un modo y con efecto útil su propia voz, de resistir a la clase reducida que desde Roma y sus cercanías explotaba todos los negocios y monopolizaba el poder, convirtiendo las leyes y el gobierno en expresión e instrumento de sus intereses. En la intuición de esta solidaridad múltiple, en este gran número de proyectos comunes tenía el Imperio su sostén ; y cuanto más se difundía el sentido de su utilidad en un círculo más amplio, haciéndose

con la experiencia más cierto y evidente, más arraigaba y más vigor adquiría.

Antes de ser el Imperio, como lo fue después, una institución, tenía el carácter y la forma de una hegemonía personal, afirmándose y obrando en ciertas direcciones y formas intermedias entre las privadas y las públicas, tendiendo a dar apariencia de relaciones y funciones privadas a ciertas funciones de carácter público inherentes a la persona del príncipe; y en cambio las mismas relaciones y funciones de carácter privado, a veces y hasta sin pretenderlo, asumían carácter público.

Para conseguir las condiciones precisas para el ejercicio de la hegemonía personal, el príncipe tenía necesidad de gran número de personas que no vivieran una vida autónoma, que fueran su proyección y sus brazos, y que sirviendo en caso necesario como funcionarios quedaran unidos a él por lazos de estrecha dependencia, y que en él reconocieran su propia posición y la razón de su autoridad. Y nadie mejor que los libertos o los esclavos, según los casos y la naturaleza más o menos subordinada o superior de las funciones, para suplir a estas necesidades.

Éstos constituían un elemento exento por completo de toda clase de tradiciones, no tan sólo republicanas sino también políticas, y por consiguiente tenían la ventaja de ser los mejores y más seguros instrumentos de que podía disponer el príncipe en la lucha persistente, si bien algo encubierta, con las clases dominantes que habían perdido el monopolio del poder.

Y así se explica una contradicción aparente en el modo de tratar a los libertos bajo el Imperio, pues mientras desde un principio fecundaba y favorecía su poder efectivo, disminuía sus condiciones políticas, quitándoles el voto, excluyéndoles de las legiones, exigiendo para que ingresaran en la flota, cuando ésta se convirtió en un verdadero servicio militar, ser de origen libre, y cerrándoles la entrada en la magistratura y el sacerdocio.[490]

La razón de estas restricciones residía precisamente, según parece, en el propósito de impedir que mediante numerosas manumisiones los privados creasen una clientela capaz de desplegar una acción política, y que los libertos, entrando en el pleno ejercicio de sus derechos políticos, se acos-

490. Mommsen, *Droit public romain*, VI, 2, pp. 36 y 40.

tumbraran a ver en el poder imperial a un antagonista antes a que un representante y un protector.

A la dudosa posibilidad de triunfar en el campo de la política y de la administración en un período en que el Imperio tendía a ser más absorbente y a cuidar mejor sus intereses, los libertos debían preferir la entrada en uno de los numerosos empleos de la casa imperial, la gestión de la hacienda, la administración y tal vez el gobierno de las provincias imperiales, [491] que compenetrándolos con el emperador les convertía al propio tiempo en instrumentos y partícipes de su poder.

Es verdad que con la reforma de Adriano en la administración imperial los puestos más importantes pertenecen al orden de los caballeros y los libertos quedan relegados a segundo término, a los empleos subordinados. Pero ante todo, la misma clase de los caballeros no estaba cerrada por completo a los manumisos que podían llegar a ella gradualmente; y además, si se les escapaba de las manos el monopolio del poder, estaban muy lejos de perder aquella potencia efectiva que, en la sociedad y mucho más en la corte, da la riqueza, la flexibilidad de actitudes, la agilidad de modos y maneras, el modo de ser insinuante y falso casi siempre, a que tan acostumbrados estaban desde sus años de esclavitud, y que llevaban consigo como un arma, la más apropiada y eficaz para aquel tiempo y aquella vida de la Roma imperial. Y sacaban partido de su propio ingenio, de la juventud de los emperadores, de sus debilidades, rivalidades y ambiciones, de las mujeres de su propia familia, para tramar toda clase de intrigas, cuyos cabos tenían en sus manos y que enredaban y aclaraban a voluntad.

"La mayor parte de los emperadores –decía Plinio a Trajano–, siendo señores de los ciudadanos, eran esclavos de los libertos, obedecían a sus sugestiones, a sus simples señales, por su mediación oían y por su mediación hablaban, por su mediación se solicitaban pretorías y consulados, llegándose a solicitarlos directamente de ellos mismos."

En efecto, hasta el régimen sagaz de Augusto y el severo de Tiberio habían dado el ejemplo: el primero, de la rapacidad de Licinio, y el segundo,

491. Hirschfeld, *Untersuchungen auf dem Gebiete der roemischen Verwaltungsgeschichte*, Berlín, 1877; Fredläender, ob. cit.

del poder de Severo, Thallo y Nomio; la invasión contenida durante el gobierno de estos emperadores había abandonado todo freno bajo Calígula, especialmente en tiempos de Claudio y durante el reinado de Nerón; dominada a veces por algún emperador sabio y prudente, esta corrupción se hallaba siempre pronta a resurgir con emperadores de la clase de Domiciano, de Cómodo[492] y de Heliogábalo. Emperadores "buenos" como Marco Aurelio no conseguían contener en los justos límites a los libertos; y de todas maneras, aun sabiendo contenerles, les consideraban demasiado: por ejemplo Adriano[493] y Trajano, de quien Plinio añadía: "Tú también concedes demasiado honor a tus libertos, pero siempre dentro de su esfera, y crees que es bastante si tienen fama de gente honrada". La situación de hecho que esclavos y libertos conquistaban y conservaban en la casa de los poderosos, y especialmente en la corte imperial y sus dependencias, les aseguraba una preponderancia y un prestigio que excedían su situación legal y hacía olvidarla.

¿Qué importaba que el estado servil les impidiera tomar parte en el ejercicio de los derechos políticos, cada vez más nominales e ilusorios, si podían ventajosamente, con la irresponsabilidad de un gobierno indirecto, apoderarse del poder efectivo? ¿Qué importaba que su piel, recuerdo de tiempos pasados, conservara señales del látigo de sus amos? Hasta para esto había remedio, pues el arte del tocador se había hecho muy sabio en expedientes y rico en cosméticos. Y mientras tanto, senadores y magistrados y poderosos se agolpaban en las antesalas del favorito procurando que su atención no pasase inadvertida o solicitando una audiencia concedida, por represalias, a duras penas y de modo que se sintiera la superioridad del innoble hijo de la fortuna, que obedeciendo a su capricho le había maltratado, primero haciéndole nacer en baja esfera, colocándole después, con sonrisa desdeñosa, en lo alto, en inestable equilibrio, para arrojarle de allí si el más ligero viento o insignificante extravagancia del señor turbaba aquel peligroso y difícil juego. Y así es que los libertos, y en ciertas circunstancias también los esclavos, obligados por su misma inferioridad legal a satisfacer

492. Fredläender, ob. cit., I, pp. 88 y ss.
493. Hist. Aug., *Anton. Heliog.*

por otros medios sus deseos de ascender y mejorar su estado, se disponían por todos los medios posibles a hacer fortuna.

Se aprovechaban de su posición en la corte y del favor imperial para acumular riquezas enormes[494] hechas mediante el robo y vendían su protección a la turba de postulantes.

Además del parasitismo, cuidadosamente cultivado y hábilmente aprovechado, representaban el elemento más industrioso e inteligente en el arte de descubrir los medios de ganarse la vida, colocándose a la cabeza de los demás primero por medio del comercio, y después valiéndose de todas las demás formas del trabajo, adelantándose a veces, y a veces rivalizando con el trabajo libre.

Así es que se veían siervos que sólo tenían de tales el nombre, poco menos que independientes, fuertes por los bienes acumulados, ampliando cada día más el uso de los *vicarii*, que nacidos como consecuencia del peculio y como un medio de especulación, llegaron a convertirse después en sustitutos de los siervos, extendiéndose hasta el punto de dar al mismo esclavo una numerosa servidumbre.[495]

Los libertos tendían a constituir una nueva clase media, y mientras tanto se insinuaban de todas maneras, penetraban por todas partes, se elevaban sobre lo ya existente llenando los huecos siempre mayores, dominando con la potencia del dinero.

La *augustalitá*, institución híbrida, cuyos orígenes no se pueden estudiar con todo detalle y que sin tener fines religiosos y políticos netamente definidos presentaba la apariencia de tenerlos, era una forma de organización de los libertos, libres de las cargas municipales y en contra del orden establecido para la administración de los municipios, sobre la cual fueron moldeando y forjando organizaciones semejantes sin estar compuestas de libertos. No tenía dicha institución una verdadera y real esfera de acción en la vida jurídica y administrativa del país, pero permitía a los libertos constituir una *orden* que entre el decurionato y la plebe de los municipios ocupaba el

494. Fredländer, ob. cit., I, p. 96.
495. Ibid., I, pp. 126 y ss.; Erman, *Servus vicarius, l'esclave de l'esclave romain*, Lausanne, 1896, pp. 391 y ss.; 436 y ss.

mismo lugar que tenía en Roma la orden ecuestre entre la senatorial y la plebe, y permitía que los libertos se sintieran no como elementos disgregados y errantes de la armazón del Imperio romano, sino como una clase solidaria, les acercaba a la autoridad y a la persona del emperador, de quien tomaban el nombre como título de protección y nobleza, y les ponía en condiciones, mediante donativos, regalos y espectáculos, de acaparar el favor de las masas y crecer en importancia, rivalizando victoriosamente con los demás ciudadanos en aquellas fiestas de beneficencia decorativa a las cuales iban a parar casi siempre las funciones y la razón de ser de muchas cargas.

Aun prescindiendo de la importancia y el poder conseguidos por los esclavos, sin salir del estado de esclavitud, y que constituía un hecho cada vez menos raro hasta en el campo de la vida privada, con el crecimiento de las fortunas de las cuales eran nombrados *actores*, *vilici*, etc., el estado social alcanzado por los libertos no podía menos que reflejarse sobre los siervos en general y cambiar el concepto teórico de la esclavitud y de los esclavos.

I. La fusión de libres y esclavos

Como ya hemos hecho observar, sucedía muchas veces que el siervo manumiso, o simplemente elevado sobre sus compañeros de servidumbre, para borrar y destruir su innoble origen, no encontraba mejor solución que renegar de toda solidaridad con sus viejos compañeros, y afectar y mostrar cerca de ellos un gran desprecio, y, si era preciso, un trato inhumano, lo que no era obstáculo para que los demás considerasen moralmente iguales a esclavos y manumisos, confundiéndolos en un solo desprecio, mirándolos con el mismo temor o viendo en ellos una sola y única naturaleza humana obligada por los sucesos a ocupar distintas posiciones y fortunas diversas.

A medida que las heces de la sociedad, a las que eran relegados los siervos, se destacaban en mayor número para subir a lo alto, se atenuaba la rigidez de esta estratificación y se constituía, siempre más firme y visible, un enlace de continuidad. La obstinada distinción de las clases sociales y su repugnancia a fundirse se muestran más tenazmente y mejor en los

matrimonios, en los que el obstáculo que viene de la disparidad de condiciones sociales se mantiene por la costumbre, incluso en el caso en que decaiga la ley que la engendró.

Y se observa en aquella época una notable tendencia a los matrimonios mixtos no sólo entre esclavos y libertos, sino entre esclavos y libres.

Como alguien ha dicho,[496] no podríamos afirmar que fueran estos matrimonios más frecuentes gracias al nuevo ambiente cristiano, pues aparte de que faltan pruebas para tal afirmación, el sentimiento religioso cristiano, cuando era más fervoroso y fuerte, tendía a apartarlos de toda relación sexual. En cambio, se puede observar que estas uniones conyugales mixtas eran relativamente frecuentes antes y fuera de la acción del movimiento cristiano.

Los *servi publici*, que por su naturaleza están en una posición más elevada que los esclavos ordinarios, nos ofrecen ejemplos de uniones con mujeres libres.[497] Las uniones entre ingenuos y libertinos tuvieron su reconocimiento jurídico y su fuerza legal por obra de Augusto en 18 a. C.

Que los matrimonios de siervos particulares con mujeres libres no eran raros incluso en los primeros tiempos del Imperio, podemos deducirlo del Senado consulto Claudiano, aprobado en su reinado en 53 d. C.[498] y después puesto con frecuencia en vigor y con más severidad. Además confirman esta inducción los epígrafes que nos dan ejemplos de esas uniones entre libres y siervos, a veces de la casa imperial, entre patronos y siervas, especialmente esclavas, puestas en libertad y convertidas después en esposas,[499] siendo estos casos simples vestigios de otros muchos de los cuales no se hizo memoria o que no han llegado hasta nosotros.

El hecho de que estas uniones se creaban no pasajeramente, sino con un verdadero carácter de unión estable, como asegura la tradición literaria, y no sólo se realizaban, sino que se proclamaban públicamente en las inscripciones sepulcrales, demuestra la existencia de una nueva corriente de ideas, toda una serie de prejuicios vencidos y un largo camino recorrido para rellenar el abismo que separaba a los libres de los esclavos.

496. Allard, *Les esclaves chrétiens*, París, 1876, pp. 286 y ss.
497. Mommsen, *Droit public...*
498. Tact., *Ann.*, XII, 53.
499. Fredländer, ob. cit., II, pp. 3 y ss.

XIII

EL IMPERIO Y LAS NUEVAS CORRIENTES MORALES

El extenso dominio romano que se había constituido en los últimos años de la República, y que con el Imperio iba tomando estabilidad y orden, era el crisol donde se fundían, en los límites de la posibilidad, intereses, costumbres, creencias e instituciones de sus diversos elementos.

El inmenso y maravilloso desarrollo de la red de carreteras era la base que favorecía un fácil y rápido sistema de cambios, y la paz, asegurada por lo menos en el interior, protegía y fomentaba aquel lento pero continuo trabajo de fusión.

Eliminados por lo menos en la forma ruda e inmediata de la guerra, los conflictos entre ciudad y ciudad, entre región y región, entre pueblo y pueblo, se suavizaban asperezas, se atenuaban diferencias y todas las energías, tanto en su forma material como moral, convergían en Roma, entonces centro del mundo civilizado, donde, bautizadas de nuevo, hechas más orgánicas y dotadas de mayor fuerza impulsiva, transformadas en pensamiento político, en medios de expresión universal, en obras de arte y en leyes, se difundían por el mundo valiéndose de sus colonias y sus mercados, de sus ejércitos y agentes de la administración, de su idioma y de sus instituciones.

Era un enorme movimiento centrípeto y centrífugo, una diástole y una sístole enormes por las cuales aquel dominio trataba de convertirse en algo coherente y orgánico y encontraba en Roma, corazón y cerebro, la revelación de su propia vida que alimentaba con su propia sangre, revelación sentida en todas partes como una intuición, aunque no siempre lograban descubrir el misterio de aquel común desarrollo y de aquella comunión espiritual.

En los ámbitos del mundo romano se iba formando como consecuencia necesaria, por una razón natural de equilibrio, una conciencia universal. El incremento cuantitativo llevaba consigo, por inevitable reacción y como siempre sucede, una transformación cualitativa. La particularidad de la antigua vida

romana se extendía y ensanchaba hasta estallar y desaparecer, en su esfuerzo de abrazar un campo siempre más amplio para contener el nuevo espíritu.

De ahí el germinar de una nueva vida moral, que buscaba su expresión y su fuerza en concepciones sistemáticas como el estoicismo y en corrientes religiosas como el cristianismo.

I. La nueva conciencia jurídica

Este proceso, que como conciencia moral era a menudo vago y oscilante, se presentaba de una manera más concreta como conciencia jurídica, ejerciendo una presión continua sobre las instituciones y normas legales, obligándolas a transformarse para obedecer a un impulso único que se manifestaba en un doble aspecto: como reflejo de las relaciones reales de la conciencia y por tanto como una necesidad moral, y como necesidad objetiva de asegurar la coexistencia de intereses y relaciones siempre más complejas, impidiendo que chocaran y facilitando su recíproca acción.

El derecho, que en las manifestaciones sociales desempeña el mismo papel que la vida en el mundo orgánico, es la *proporción* que hace posible la existencia de elementos diversos y cambia al cambiar los sumandos que componen el agregado social, con su diverso agrupamiento, con todo lo que modifica su acción.

El *jus gentium* era consecuencia necesaria de un inevitable proceso de inducción, que esforzándose en encontrar una regla y un terreno común para hombres de los más diversos países y de las más variadas costumbres, a través de los elementos más accidentales y variables, buscaba y encontraba el fondo común y más estable.

El *jus naturale* era el proyecto de un proceso inductivo más avanzado, que, generalizando las normas del *jus gentium* y elevándolas a reglas necesarias y absolutas, trataba de determinar las condiciones de la convivencia humana en la forma última y más sencilla, independientemente de las especiales que asumían en los distintos pueblos, y fijando su norma como inherente a la humana naturaleza.

La *equità*, que primeramente, con un sentido instintivo y como una necesidad de equilibrio, había tratado de adaptar las antiguas, rígidas y estrechas reglas producidas por limitadas necesidades a relaciones que surgían de necesidades más vastas y complejas, se iba haciendo más consciente; y al propio tiempo que realizaba elaboraciones teóricas fuera del campo legislativo, en este mismo campo, a veces y no muy raramente de un modo deductivo, desarrollaba hasta sus últimas consecuencias algunos principios inducidos más o menos directamente de las múltiples experiencias, adaptando las nuevas exigencias, sin romper bruscamente con la tradición, con las instituciones del antiguo derecho civil y desarrollando su acción hasta unos límites hasta entonces no alcanzados.[500]

El Imperio, que constituía el período y el ambiente del más progresivo y más notable desarrollo de esta nueva conciencia jurídica y moral, madurada en los tiempos que prepararon su advenimiento, tenía en su misma organización el instrumento apto para hacer más eficaz y traducir a la práctica aquella metamorfosis moral.

II. El Imperio y la legislación

Las funciones legislativas de los comicios cesaron más o menos rápidamente[501] al nacer y afirmarse el Imperio, pero el poder y la misión de legislar se fueron concentrando en el emperador, de quien, de un modo directo o indirecto, la legislación, la jurisprudencia y todo el derecho positivo aparecían como una emanación única con forma múltiple.

La nueva conciencia jurídica y moral siempre en constante formación, bien bajo la forma de presión de la opinión pública, bien bajo la forma de oportunidad política y exigencias del momento, conseguía encontrar su intérprete y el medio de traducirse en actos, sobre todo en lo referente a la clase servil, mejor en un poder único como el imperial que en un gobierno

500. Voigt, *Jus naturele aequum et bonum*, IV, pp. 22 y ss.
501. Karlowa, ob. cit., I, pp. 616 y ss.

aristocrático o en una ciudadanía dominante, en número relativamente reducido comparado con toda la población del Imperio, de número relativamente grande para ceder a las sugestiones del momento, y reconocer y satisfacer una elevada necesidad moral extraña, por lo menos en apariencia, al círculo de los propios e inmediatos intereses.

Si se tienen en cuenta los procedimientos y la técnica de las funciones legislativas, era mucho más largo y difícil llevar a buen puerto una ley a través de las discusiones y tempestades de los comicios durante el período republicano, que hacer adoptar por el Senado una medida de iniciativa imperial, que muchas veces tomaba el emperador directamente con las distintas formas que asumía en él el poder de legislar, como el *jus edicendi* y tantos otros poderes y atribuciones que incluso con la modesta apariencia de medidas particulares permitían al soberano dar una dirección determinada y una especial expresión a diversos institutos.

La continuidad y la estabilidad aseguradas después al edicto pretoriano, sin que cayera en desuso la facultad de suplirlo y completarlo, habían dado forma sistemática y orgánica a este instrumento vivo y activo de la equidad, permitiéndole llevar su criterio informador hasta las últimas consecuencias y colmar determinadas lagunas.

III. El Imperio y la legislación sobre los esclavos

Del mismo modo que la nueva conciencia del fundamento, no natural, sino político, de la esclavitud, encontró su reconocimiento en los escritores,[502] lo encontraba también, de una manera explícita, en la misma jurisprudencia.[503] Y la expresión de esta nueva conciencia en el campo jurídico se revelaba con afirmaciones genéricas y providencias especiales, que

502. Petronio, *Satyricon*, 71, 1: "*Amici et servi homines sunt, et aeque unum lactem biberunt etiamsi illos malus fatos* (sic) *oppresserit...*"

503. D., *de stat.*, hom., I, 5, 1. 4, § 1; Schneider, *Zur Gesch, der Sclaverai im altern Rom.*

habían precedido o acompañado los aforismos reveladores de los nuevos puntos de vista.

La nueva forma de Estado –más vasta y más orgánica, sucesora de la república, que había conservado, si bien de otra manera, el aspecto originario de grupos aristocráticos– y el nuevo poder político, que reservaba para sí las diversas funciones de carácter público, debían realzar cada vez más el carácter y el interés público del derecho de castigar destruyendo los últimos restos de aquella jurisprudencia familiar que aún tenía completa aplicación respecto del esclavo.

De modo que por un conjunto de razones de índole moral y de oportunidad política, la muerte dada al esclavo, que otras veces había podido ser un derecho apenas castigado por una sanción moral o censoria, se convertía ahora, y desde los primeros días del Imperio, en un delito idéntico a la muerte de un libre.[504] Y la prohibición de matar se extendió después a la de maltratar al esclavo. El poder público, que dejó de mantenerse extraño a las relaciones entre siervo y patrón, afirmaba su derecho protegiendo al esclavo contra el amo que le mataba de hambre, que le maltrataba cruelmente, que le empleaba en ocupaciones que ponían en peligro su vida y en actos que rebajaban su condición moral.[505] Adriano había desterrado a una mujer por excesivos maltratos, y Antonio Pío, reconociendo la estatua del emperador casi como asilo para los esclavos, introducía la obligación de que todo amo cruel tuviera que vender a sus esclavos. Desde el año 61 una *lex Petronia*, ley a la cual siguieron sucesivos senadoconsultos, disponía que el esclavo no pudiera ser dedicado a la lucha con las fieras en el circo salvo por faltas graves, mediante una sentencia judicial. La castración de los esclavos, voluntarios o no –ya prohibida por Domiciano, si aquella prohibición se considera extendida a los siervos–, era de nuevo condenada por Adriano,[506] cuya legislación protectora de los esclavos[507] constituye el resumen de las mejoras introducidas por sus antecesores y el punto de partida de notables progresos.

504. Suetonio, *Claud.*, 25; Gai, ob. cit., I, 52-3; Schneider, ob. cit., p. 22.
505. Wallon, ob. cit., III, pp. 56 y ss.; Schneider, íd., pp. 22 y ss.; Abignente, ob. cit., p. 101.
506. Suetonio, *Domit.*, c. 7; *Dig.*, XLVIII, 8, 4.
507. Hitzig., *Die Stellung Kaiser Hadrians in der römischen Rechtsgeschichte*, Zurich, 1892, p. 6.

Por ella las esclavas fueron defendidas contra el patrón que las prostituía contra su voluntad.

El tormento empleado para arrancar declaraciones a los siervos se limitó a ciertos casos en que, según el criterio de aquel tiempo, era necesariamente indispensable.

El sentimiento humanitario que se extendía en aquella fusión de diversas civilizaciones y parecía, a veces, evocado por reacción de los actos de crueldad cometidos por unos pocos, se abría camino con voces que eran como una última expresión del mundo antiguo ya declinante, con leyes que se complacían en reconocer en los esclavos todo cuanto podían tener de humano y fuera capaz de elevarles a los ojos de ellos mismos y de los demás.

Plutarco, el apologista de la antigua virtud heroica y del mundo pagano, ya inculcaba el buen trato de los esclavos; y el progreso realizado dentro de aquel siglo en la manera de considerar y tratar a los esclavos aparece claro en la censura que hace Plutarco, sin tener en cuenta la diversidad de tiempos, del criterio manifestado por Catón el Mayor sobre este mismo asunto.

El sepulcro en donde reposaban los atormentados huesos del esclavo era tan sagrado como el del libre.[508]

Se iba reconociendo en el siervo el derecho de amar, de formar una familia. Y mucho antes de que estuviera terminantemente prohibido separar a los esclavos unidos por lazos de sangre, tal vez desde la época de Marco Aurelio, unas veces *pietatis intuitu*, y otras por una serie de sentimientos humanitarios y de utilidad, la sutileza de los intérpretes de las leyes se adiestraba para impedir que una familia de esclavos fuera disuelta y desparramada.[509] Aquellas relaciones sexuales entre esclavos que más o menos toleradas no habían superado el grado de una simple manifestación sociológica, de un acoplamiento animal, y que ahora dejaban de ser un impulso utilitario para transformarse en un sentimiento moral, se convertían en relaciones familiares. La palabra *conjuge*, puesta primero tímidamente

508. D., XI, 7, 2 pr.: "*Locum in quo servus sepultus est religiosum esse Aristo ait*".
509. Erman, *Servus vicarius...*, p. 444, n. 1.

sobre alguna lápida sepulcral, se repetía después con más frecuencia, y terminó por ser de uso legítimo.[510]

El testamento, esa manifestación que desde el punto de vista económico y jurídico acentúa tan vivamente la persona y la acción del individuo en la incipiente economía capitalista, empieza a entrar en las costumbres de los *servi publici*, la aristocracia de los esclavos, y desde ellos, si bien excepcionalmente y con ciertas restricciones, se extiende en determinados casos a los siervos privados.[511]

Y así como el envilecimiento de los esclavos y su gran abundancia habían determinado un peor trato, del mismo modo el agotamiento gradual de las fuentes de la esclavitud y el aumento por lo menos relativo del precio de los siervos hacían que fuesen mejor tratados.[512]

La legislación imperial, además, se inspiraba de un modo creciente en lo que con expresión característica se llamaba *favor libertatis*;[513] existían numerosas disposiciones que tendían a facilitar las manumisiones, bien haciendo de modo que pudieran acumular el precio del rescate y usarlo en su propio provecho sin que se les pudiera quitar o emplear en otro objeto, bien tratando de hacer cumplir las disposiciones testamentarias concernientes a las manumisiones contra la oposición y astucia de los interesados en eludirlas, y dando siempre una interpretación favorable a la manumisión en los casos de duda y oscuridad. Era corriente la máxima que decía que "siempre que se presentase dudosa la interpretación en favor de la libertad, debía resolverse en sentido favorable a ella."[514]

La legislación y la jurisprudencia del período imperial, hasta la más antigua, están llenas de estos casos jurídicos en los cuales, de deducción en deducción, se llega, animado de este espíritu, a la libertad de los manumisos.

En determinados casos en que se confiaba su ejecución a un tercero, como en los fideicomisos o en las ventas con pacto de manumisión, la

510. Orelli, *I. L.*, 2846.
511. Plinio, *Epist.*, VIII, 16.
512. Gibbon, *The decline and fall of the Roman Empire*, Londres, 1893, I, cap. II, p. 45; Lange, ob. cit., I, p. 465.
513. Schneider, ob. cit., pp. 23 y ss.; Wallon, ob. cit., III, pp. 62 y ss.
514. D. L., 17, 20: *Pomponius libro septimo ad Sabinum.*

legislación y la jurisprudencia aseguraban a los interesados los medios para traducir a la realidad las disposiciones testamentarias o los contratos, llegando hasta el punto de facultar a un extraño para que obtuviera legalmente su ejecución.

La libertad obtenida hasta por una falsa interpretación era irrevocable, y daba lugar en este caso solamente a una deuda equivalente al presunto valor del esclavo, y por otra parte la libertad no se perdía por prescripción.

Se prometía igualmente la libertad como premio al buen comportamiento de los esclavos y se concedía para hacer posible la devolución de una herencia a falta de quien quisiera posesionarse de ella. Otras veces era como una sanción de las reglas encaminadas a garantizar las condiciones de vida y buen trato de los esclavos.

Por ejemplo, desde el tiempo de Claudio el abandono de un esclavo enfermo daba derecho a su liberación, incluso en el caso de que se curara. Además, la esclava violentamente prostituida quedaba en libertad.

IV. El *favor libertatis* y sus causas

Todo ese conjunto de disposiciones y de interpretaciones especiales, que se resumen en el *favor libertatis*, revelaba por sí mismo la existencia de determinadas circunstancias en la sociedad imperial que hacían necesarias y oportunas las manumisiones, y creaban y favorecían el desarrollo de una dirección moral, que como pensamiento teórico y norma legislativa realizaba aquellas aspiraciones y multiplicaba su acción. Sin tales circunstancias favorables a la manumisión, esta dirección moral no se hubiera producido o hubiera encontrado cerrado el camino.

Si bien es verdad que a veces las reglas restrictivas de las manumisiones habían tenido la intención de proteger los intereses de los acreedores y de refrenar la prodigalidad inconsiderada de testadores que no se preocupaban de lo que dejaban tras de ellos, también lo es que casi siempre obedecieron a un fin político. La razón política había sido satisfecha con leyes e instituciones que quitaban a los manumisos la directa e incondicional

participación en la vida pública; y además, la consolidación del poder imperial y el decaimiento de las formas republicanas, que presuponían el gobierno directo del pueblo, eliminaban las preocupaciones que hacían sospechosas y mal vistas, desde el aspecto político, las manumisiones demasiado numerosas. En cambio, quedaban las razones de orden económico, de oportunidad práctica, que favorecían las liberaciones, que cada día de un modo más intenso ejercían su acción y fomentaban, con el sentimiento de su necesidad y con su misma frecuencia, los conceptos morales y las normas jurídicas que constituían su reflejo teórico, su justificación y el medio de acción más difuso e intenso.

Por lo mismo, esta dirección moral se manifiesta desde los tiempos más antiguos del Imperio y persiste de un modo continuo.

Se puede decir que culmina con Adriano y sus más inmediatos sucesores, bajo los cuales el Imperio se consolida y asume el sello de universal; así, todas las causas y fuerzas que, durante casi dos siglos, habían obrado lentamente y de un modo oculto, aumentan su eficacia y se muestran abiertamente en una era de paz y tranquilidad. La dirección es homogénea y continua, y aun cuando la forma personal del poder imperial diera un peso y una acción no despreciables al impulso individual del soberano, persiste y se desarrolla con casi todos los emperadores, buenos y malos, pues no está determinada por motivos accidentales, sino por razones de carácter exterior; no por corrientes religiosas, incapaces de ejercer una presión eficaz sobre los poderes públicos especialmente, sino por causas íntimas; por un proceso íntimo de hechos que se exteriorizan en ideas y de ideas que, sucesivamente, y como resultantes de tantas fuerzas dispersas, se integran en una consciente acción social.

XIV

EL IMPERIO Y EL CRISTIANISMO

Precisamente cuando Roma acababa de realizar y estabilizar su dominio universal, y cuando una nueva conciencia religiosa y moral se iba desarrollando de un modo creciente en aquel organismo político que abrazaba a todos los pueblos, tendiendo a formar uno solo; precisamente en aquella época y en aquel Imperio nació y empezó a propagarse el cristianismo, que se valió del gigantesco sistema de comunicaciones y cambios organizado por los romanos, asimiló las formas más elevadas de vida intelectual y moral adquiridas por la Antigüedad durante su civilización muchas veces milenaria y empleó los mismos instrumentos culturales que la Antigüedad había elaborado y templado.

Con su sentimiento de tolerancia, mezcla de superstición y sistema de gobierno, Roma había no tan sólo respetado, sino muy a menudo acogido y tomado bajo su protección las divinidades de los vencidos, implorando su patrocinio.

1. La nueva forma de la conciencia religiosa

Esta tendencia a acoger todas las religiones era producto, en gran parte, del estado rudimentario de la cosmogonía que igualaba las conciencias religiosas, si bien con aspecto diverso, y fomentaba y hacía posible la coexistencia de cultos diferentes. Pero el mismo hecho de acoger como en una vasta clasificación, una junto a otra, las distintas divinidades, no podía menos que tener una profunda acción sobre las alternativas de las especulaciones y de las creencias; el concepto, más o menos accesible, más o menos desarrollado, de que una fuerza única o una única divinidad se reflejaba en los múltiples númenes, y que las religiones emanaban de

una necesidad común manifestada bajo diversas formas en los diversos pueblos, debía llevar a un proceso de eliminación y unificación, y el más frecuente y persistente comercio material y moral de los pueblos debía impulsar a satisfacer y exteriorizar, en forma homogénea, la necesidad y el sentimiento comunes.

La sociedad del más antiguo período imperial refleja un estadio notable de este proceso.[515] Mientras el olimpo oficial se enriquecía con nuevas divinidades, los sabios de los centros más civilizados dejaban asomar a sus labios la sonrisa del escéptico; entre los elementos más supersticiosos de las masas, rica o pobre, ciudadana o campesina, se abrían camino, a causa de sus ritos extraños, cultos orientales; y en las almas más buenas y elevadas el proceso de unificación se cumplía tratando de dar a la conciencia religiosa un contenido y una base principalmente moral, apoyada en una concepción religiosa, bien monoteísta, bien panteísta, y con mayor frecuencia dominada por el esfuerzo de conciliar el monoteísmo y el politeísmo, conservando la variedad antropomórfica en la forma de potencias demoníacas,[516] y bastante a menudo de santos.

El predominio del cristianismo representa el cumplimiento de esta obra de fusión y el triunfo del largo trabajo de transformación en las instituciones religiosas y en la conciencia.

Como se ha dicho muy bien, y de un modo sintético, "era precisa la mediación de la religión monoteísta hebrea para revestir al monoteísmo erudito de la filosofía griega de la única forma bajo la cual podía hacer presa en las masas. Una vez encontrada esta mediación, sólo podía convertirse en religión universal en el mundo grecorromano, continuando su desarrollo para fundirse finalmente en el sistema de ideas que en éste predominaban".[517]

La nueva conciencia religiosa que tenía el secreto de su porvenir en un grande e inspirado sentido de humanidad, emancipado de ritos y fórmulas, reflejaba, con la forma del sentimiento, la elevación moral conseguida

515. Fredländer, ob. cit., III, pp. 509 y ss.; 661 y ss.
516. Ibíd., III, p. 516; Zeller, *Die Philosophie...*
517. Engels, "Contribution a l'histoire du Christianisme primitif", en *Le devenir social*, I, 2, p. 147.

por el mundo en las manifestaciones más altas de la vida y de la especulación, y constituía la manera en la cual la nueva conciencia podía y debía concretarse y hacerse universal. Su fuerza residía en la misma e ingenua sencillez con que suponía la concepción del mundo y de la existencia; y la admirable concordia de pensamiento y vida con que se presentaba su fundador la separaba del número de las puras abstracciones para darle las ventajas y la potencia sugestiva de una manifestación viva y personal, a la que el martirio, los milagros y todo un ciclo de dulces leyendas le daban el poder fascinador capaz de conquistar la imaginación y el corazón del pueblo.

II. Los prosélitos del cristianismo

Que la propaganda cristiana reclutaba a sus secuaces entre los elementos más bajos de la población ha sido afirmado repetidamente [518] y es uno de los cargos que más frecuentemente se le hacía; pero no hay que creer que entre estos elementos y los esclavos fuera fácil y sencillo abrirse camino.

El misoneísmo característico de las clases sociales más bajas y menos inclinadas al cambio de adaptación creaba una dificultad a la difusión del cristianismo, tanto mayor cuanto la credulidad hacía prestar oídos a las extravagancias, a las apariencias repugnantes por medio de las cuales le presentaban el odio y la preocupación de sus enemigos, y la misma acción inconscientemente falsificadora de la fama. Y en esto está la explicación del trabajo que costó al cristianismo extenderse por los campos.

Sucede con esta corriente religiosa lo mismo que acontece con todos los grandes movimientos religiosos, políticos y sociales: que a primera vista cuesta trabajo explicar la dificultad que encuentran en propagarse entre las masas ideas y corrientes favorables a sus intereses considerados en forma abstracta y general.

"Es éste un problema casi insoluble para los que conciben la historia y consi-

518. Orígenes, *Cels.*, III, 50, 55; Pélagaud, *Un conservateur au second siècle*, París, 1879, pp. 313 y ss.

deran como elemento dinámico a algunas ideas generales que obran mediante la forma de abstractas categorías sobre hombres considerados como masas indistintas. Y, en cambio, el problema encuentra fácil respuesta para quien resuelva aquellas masas indistintas en sus elementos discretos, en individuos que piensan, obran y se mueven en las condiciones concretas de la vida que viven."[519]

En este sentido se puede, más cuidadosamente, considerar la acción que la nueva corriente religiosa tenía sobre los esclavos y su situación.

Aquella fe inagotable de la cual nos habla la tradición del movimiento cristiano y la sugestión que ejercía llevando hasta el martirio debían determinar a su vez en las asambleas cristianas un caldeado ambiente moral, una corriente de fraternidad; y bajo el impulso del triunfante ascetismo, absorto en el pensamiento de la eternidad, donde era superada la estancia pasajera sobre la tierra, una corriente de verdadera hermandad se establecía entre los fieles y borraba, por un momento al menos, las diferencias entre ricos y pobres, nobles y plebeyos, siervos y patronos. Y contribuía no poco a ello el martirio de algún esclavo que reflejaba su luz sobre los demás y convertía su tumba en objeto de veneración.[520]

Pero esto era en la breve edad de oro del cristianismo primitivo, pobre de discípulos y de bienes, rico de puros entusiasmos. Era el tiempo de unos pocos elegidos, de almas heridas por la voz divina porque estaban dispuestas para ello.

Pero cuanto más se extendía el movimiento, más descendía su ambiente moral por la mezcla continua de elementos extraños, por las inevitables concesiones al mundo externo.

Los intereses terrenales, pequeños o grandes, pero siempre predominantes y continuos, rebajaban los entusiasmos y restablecían las viejas relaciones entre patronos y siervos, olvidadas por un momento en las asambleas.

A medida que entraban en el movimiento elementos de las clases superiores, reformaban la corporación cristiana en el sentido de sus prejuicios y de sus intereses y creaban una jerarquía, que, por otra parte, resultaba indispensable para las funciones de la congregación; y los ele-

519. Ciccotti, "Psicología del movimiento socialista", en *Pensiero italiano*, vol. XXII, p. 265.
520. Allard, op. cit., pp. 245 y ss.

mentos inferiores, especialmente los siervos, debían encontrarse a disgusto.

Los mismos consejos de sumisión debían parecer irritantes ante los ojos de los esclavos.

El antagonismo inevitable y persistente entre amos y siervos se presentaba también en el campo religioso, y así como los siervos se convertían al cristianismo cuando sus amos eran paganos, del mismo modo se afirmaban en el paganismo cuando sus amos se hacían cristianos.

La hostilidad de los esclavos a que alude Tertuliano comprueba este hecho, y lo explica.

Esta hostilidad de los esclavos, apoyada en un afecto por el paganismo o presentada por lo menos con este aspecto, aparece muy a menudo bajo formas claras y evidentes.[521]

Y la nunca desterrada y siempre renaciente sospecha de las denuncias serviles mantenía abierto un abismo entre esclavos y patronos y contribuía, junto a los intereses y prejuicios de clases, a cerrar o por lo menos dificultar la entrada de los siervos en la asociación cristiana.

III. La lucha contra el cristianismo

Además, si a veces en su continua obra de fusión el cristianismo asimilaba parte de la mitología y la liturgia paganas y les infiltraba un espíritu nuevo, otras veces era aplastado por ellas y no quedaba más que la superficie del vaso pero sin el contenido.

521. Allard, op. cit., pp. 250-251. Uno de los más antiguos relatos de la época de las persecuciones es la célebre carta sobre los martirios de ciento setenta y siete cristianos escrita por las Iglesias de Lyon y Viena a las de Asia y Frigia (Eusebio, *H. E.*, V, 1 y ss.)... Hay en ella acusaciones terribles mantenidas contra los cristianos de Lyon por sus esclavos paganos... (n. 1). Algún tiempo después, san Epípodo y san Alejandro fueron, también en Lyon, denunciados por sus esclavos *(Passio SS. Epipodii et Alexandri*, Ruinart, *Acta sincera*, p. 63). Otros ejemplos de afección de los esclavos al paganismo: en tiempos de Cómodo, el senador cristiano Apolonio es denunciado por un esclavo (Eusebio, *H. E.*, V, 21); san Basilio nos dice que en Capadocia, durante la última persecución, "los esclavos insultaban a sus amos cristianos" (*Eloge de S. Gordius*); el Concilio de Elvira, en la misma época, nos enseña que los amos no se atrevían a derribar los ídolos en sus mismas casas por miedo de irritar a sus esclavos (vim servorum metuunt): *Concilium Eliberitanum*, canon XLI, Hardouin, t. I, p. 254.

Por otra parte, la acción de la nueva conciencia que se acababa de formar,[522] incluso tomando la forma de fe religiosa cristiana, obraba con interrupciones, y sobre todo individualmente.

Cuando iba a tomar una dirección estable, a concretarse en una institución, en una regla fija y universal, los intereses sociales presentes tomaban una dirección opuesta y la acción de la corriente religiosa, en vez de modificar, quedaba modificada.

El cristianismo, en su forma más sencilla, popular y sugestiva, encarnaba la conciencia universal que se había formado en el Imperio y respondía a sus nuevas condiciones, que iban atenuando de un modo creciente su carácter de dominio exclusivamente romano para tomar un sello especial y conveniente a la fusión y a la resultante de sus diversos elementos.

En esta oposición del hombre al ciudadano, de la vida individual a la política, de la religión al Estado que se presentaba como oposición incluso cuando pretendía ser, o era sencillamente, una distinción, estaba el germen del contraste entre el movimiento cristiano y el Imperio. La repugnancia al culto imperial y otros hechos semejantes eran más que nada sus fenómenos y consecuencias. Roma, aunque inconscientemente, combatía en el cristianismo la forma y el reflejo de aquella potencia transformadora y disolvente que sustraía al Estado el monopolio y el prestigio de la religión, y constituyendo la base de un organismo creciente dentro del Estado, y en su detrimento, daba al mundo romano, a la sociedad universal del Imperio, otro sentido distinto de su poder político.

Mientras la tradición ciudadana romana tuvo vigor y energía la lucha fue dura y encarnizada, pero a medida que iba debilitándose y desapareciendo absorbida en el vasto organismo del Imperio, la nueva religión se presentaba como un principio unificador, como el terreno común de los diversos pueblos del Imperio, siempre más separados de una organización política que perdía su razón de ser y se convertía, en muchos aspectos, en una situación parasitaria.

522. Lecky, *History of the european morals from Augustus to Charlemagne*, Londres, 1892, II, pp. 14 y 147. Su acción moral ha sido siempre mucho más poderosa sobre los individuos que sobre las sociedades, y la acción cuya superioridad es más indiscutible está precisamente sobre aquella cuyas historias tienen más fuerza expansiva.

IV. El cristianismo adoptado por el Estado

La conversión del cristianismo en religión del Estado pudo parecer entonces la unión de los destinos del primero con los del Imperio y dar a éste una nueva base, haciéndole aparecer de nuevo –considerado como sostén y representante de la nueva conciencia del mundo imperial, concretada en la nueva religión– como la forma constitucional y orgánica del mundo antiguo.

De este modo, el Imperio, al mismo tiempo que renegaba de la tradición romana y abandonaba incluso su sede primitiva, se mantenía fiel a sus métodos de adaptación y renovación y prolongaba indefinidamente su existencia.

Entretanto, con su reconocimiento legal y su marcha gradual hacia la condición de religión oficial, el cristianismo se veía obligado cada vez más a reducirse y moldearse dentro de las formas de las relaciones sociales de aquel tiempo, acentuando la contradicción entre la predicación teórica y la práctica de la vida, que se refleja en el modo de vivir de algunas sectas, en las recriminaciones de los rigoristas, en la recalcitrante lucha que los Padres y dignatarios de la Iglesia sostienen con el poder civil y en la degeneración de los mismos miembros de la Iglesia denunciada por la propia jerarquía eclesiástica.

Las condiciones de los tiempos y la inexpugnable fuerza de las cosas vencían y reformaban la teórica virtud de los preceptos, ofreciendo un espectáculo, en donde debía ver una muestra de hipocresía quien no alcanzaba a distinguir el germen inevitable del contraste.

Así vemos, en los siglos siguientes, junto a las formas más elevadas de predicación moral, y al lado de individuos que constituían su encarnación y vivo ejemplo, todas las formas posibles de la corrupción y la decadencia.[523]

523. Lecky, ob. cit., p. 15. Una ilimitada intolerancia de toda divergencia de opinión se unía a una tolerancia, también ilimitada, de toda falsedad y deliberada mentira que favoreciera tan diversas opiniones; p. 149: Las descripciones de la sociedad romana por Ammiano y Marcelino, de la sociedad de Marsella por Salviano, y de las de Asia Menor y Constantinopla por Crisóstomo, todas las historias de aquella época y las innumerables noticias incidentales de los escritores de aquel tiempo nos hacen ver una depravación que ha sido raramente superada.

V. La legislación sobre los esclavos y los emperadores cristianos

Durante el reinado de los emperadores cristianos la legislación reguladora de la situación de los esclavos presenta a veces una pausa, y a veces hasta un retroceso, respecto de la legislación de los emperadores paganos.[524]

Y es precisamente en tiempos de Constantino, cuando la religión cristiana, triunfante de persecuciones y obstáculos, obtenía su reconocimiento oficial, cuando se sancionaba una nueva causa de esclavitud y recrudecían las disposiciones sobre los esclavos.

Al agravar las reglas del senadoconsulto Claudiano, atenuadas por Alejandro Severo, Constantino condenaba a muerte a la mujer libre que se casaba con uno de sus siervos y reservaba el tormento para él.

Para resolver la controversia entre dos litigantes sobre la propiedad de un siervo fugitivo, decretó que como medio de investigación se aplicara el tormento al esclavo objeto de la disputa.

Mientras la jurisprudencia clásica había conservado el carácter imprescriptible de la libertad, y desde el disoluto Caracalla, autor de las reglas afortunadamente contradictorias en favor de la libertad de los esclavos, hasta el despótico Diocleciano se prohibía la venta de un libre por otro libre y en especial la de los hijos por el padre, en tiempos de Constantino, en un evidente retroceso, se concedía el derecho patronal al que recogiera a un niño abandonado.

Esta disposición –que un historiador antiguo explicaba por el estado de disgusto debido en gran parte a la carga creciente y abrumadora de los impuestos– se debía verdaderamente a la precisa necesidad de remediar los peores efectos del abandono de los hijos, después de que por otros medios se trataba de acudir a la alimentación de la prole de los pobres.

Se deducía de todo esto que la reforma estaba determinada por concretas condiciones sociales, y que el cristianismo, aceptado en su parte litúrgica y formal siempre predominante, se estrellaba al intentar la reforma de la base moral de la sociedad; y a medida que progresaba como asociación

524. Wallon, ob. cit., III, pp. 389 y ss.; Abignente, ob. cit., pp. 108, 113 y ss.

organizada, como Iglesia constituida, se compenetraba con la organización legal del ambiente que le rodeaba, debilitando la fuerza nativa de los preceptos abstractos y tratando de atenuar con restricciones mentales, sutilezas y distinciones escolásticas el dualismo inconciliable entre una conciencia moral reducida en gran parte a una pura teoría y una acción práctica que, si a veces impulsada y favorecida por las condiciones externas realizaba alguna consecuencia de aquélla, en general resultaba su verdadera negación, llegándose de este modo a diversas sutilezas como aquella típica de Constantino que prohibía imprimir la marca en la cara, "imagen y semejanza de la belleza celeste", ¡pero permitía hacerlo en los brazos y las piernas!

Durante muchos siglos, al propio tiempo que se difundía el cristianismo y tomaba un carácter más oficial, continuaba la esclavitud, con sus inevitables desastres y sus horribles espectáculos de circo,[525] siempre minada de las causas íntimas ya indicadas y siempre persistentes y siempre activas, que buscaban una expresión en la conciencia cristiana como otras veces la habían buscado en las teorías filosóficas, sirviéndose, si llegaba al caso, de nuevos institutos y de nuevos órganos del poder público y de la vida social para traducirse en realidad.

De este modo la desaparición de la esclavitud, a veces estorbada, emprendía su camino por precisión. Las mismas necesidades de la vida contribuían a ella inconscientemente. Ganaba terreno mediante concesiones, atenuaciones, mejoras y privilegios, que si en la mente de quien los consentía podían obedecer a un criterio de oportunidad o a un propósito de apuntalar una institución vacilante, propósito tal vez conseguido por el momento, producían como efecto final el desarrollo de un germen de desorganización y completa transformación.

Los costosos juegos del circo declinaban, condenados de un modo manifiesto y consciente por los intérpretes de una más elevada conciencia moral, y socavados, al mismo tiempo y tal vez sin que nadie lo advirtiera, el creciente malestar, el decaimiento de la magistratura, de la jerarquía, de la organización política que eran y habían sido su origen, su causa y su motor.

525. Wallon, ob. cit., III, pp. 597 y ss.; Abignente, ob. cit., pp. 115 y ss.

VI. La evolución de la conciencia jurídica y la codificación

La conciencia jurídica, cada día más desarrollada, trataba de buscar formas más coherentes y orgánicas en la obra de codificación, y al trabajo aislado, fraccionario inconsciente por el cual la jurisprudencia y la legislación habían adelantado de un modo lento pero continuo, sucedía la obra consciente del que puede abrazar todas las consecuencias de aquel trabajo: a la casuística sucedía la regla, al análisis, la síntesis, a la inducción, la deducción. Esta fase de la evolución jurídica que se realizaba especialmente en tiempos de Justiniano, y a la que se ha echado en cara como una falta y un error,[526] era la necesaria sucesión del estadio de reflexión al espontáneo. Por este camino tal vez las funciones legislativas perdían algo de su valor práctico y de seguridad en las aplicaciones a casos particulares, pero en cambio se rellenaban lagunas, se generalizaban casos específicos, se sacaban consecuencias de los experimentos, se renovaban formas y se eliminaban normas e institutos que ya eran solamente supervivencias.

VII. La codificación y la legislación sobre los esclavos

En el reinado de Teodosio, y más especialmente en el de Justiniano, cuando tan adelantada estaba la formación de los elementos constitutivos de la esclavitud, se ven reasumidas, desarrolladas y completadas la jurisprudencia y la legislación que tratan la situación de los esclavos.[527]

Se reproducen y desarrollan los antiguos postulados sobre la índole completamente civil y contraria al derecho natural de la esclavitud, se re-

526. Jhering, ob. cit., II, p. 372; Bury, *A history of the later Roman Empire from Arcadius to Irene*, Londres, 1889, I, p. 371.

527. Wallon, ob. cit., III, pp. 416 y ss.; Abignente, ob. cit., pp. 117 y ss.

voca el senadoconsulto Claudiano, se afirman y extienden las causas de liberación, y con la inspiración del *favor libertatis* se quitan a la manumisión trabas que no tuvieran un efecto útil y distinciones cuyo objeto era crear incapacidades políticas y gradaciones en el ejercicio de los derechos de ciudadanía. Estos derechos no tenían razón de ser porque la ciudadanía se había extendido a todos los habitantes del Imperio, por el cambio producido en la organización de los poderes públicos y porque la vida política se centralizaba en el palacio imperial.

Además, al sustituir la Iglesia al foro, al transformarse en el más poderoso órgano de relación, el más continuo y general lugar de reunión, era natural que se hiciera más frecuente y predominante la forma de manumisión eclesiástica, sancionada por Constantino y preferida por su rito sencillo, por el prestigio que le daba el ambiente místico en donde tenía lugar y por la protección divina que, si bien no impetrada, parecía serle inherente y tenía tanto más valor cuanto más vacilaban las instituciones civiles.



XV

EL FIN DE LAS CONQUISTAS Y LA ESCLAVITUD

Estas nuevas corrientes morales, estas nuevas instituciones y las nuevas funciones que esclavos y libertos desempeñaban en la vida económica y civil indicaban, de un modo aparente y en la superficie, las transformaciones que tenían lugar en la organización y las funciones de la esclavitud. Pero mientras así sucedía en la superficie, como efecto que reasumía y conservaba las energías transformadoras y reaccionaba a su vez sobre ellas, otras causas íntimas, lentas pero continuas, remotas pero constantes, socavaban la institución en sus mismos cimientos.

Ensanchando sucesivamente sus conquistas, Roma podía afirmar que había abrazado y comprendido en sus dominios todo el mundo antiguo civilizado, pues las regiones del Oriente lejano que aspiraban a este título sin estar bajo su poder se podían considerar como fuera de su radio de acción. Los esclavos de más valor, aquellos que mejor podían emplearse en trabajos de lujo, en el ejercicio de las artes y oficios, en las más complicadas prácticas de la agricultura y, en general, en todas las funciones de la vida civilizada, habían llegado precisamente de países civilizados, suministrados en gran número por largas guerras.

Pero con el fin de las guerras y la consolidación de las conquistas, aquella fuente dejaba de manar por lo menos de un modo continuo y regular.

Las guerras de confines, además de ser más raras, tenían lugar con tribus poco menos que bárbaras. En tiempos posteriores, la mejor juventud de aquellos mismos pueblos se reclutaba para el ejército; y aunque al principio se conseguía alimentar con ella la esclavitud, su empleo, dadas sus limitadas aptitudes, debía reducirse a las ocupaciones más sencillas, que no requirieran una habilidad particular ni un largo aprendizaje técnico, sino sólo la simple fuerza material.

I. Los progresos de la técnica y la esclavitud

Este estado venía a coincidir precisamente con un período en que la vida romana tenía mayores exigencias de lujo y refinamientos y todas sus formas se hacían más escogidas y complejas. Las casas perdían de un modo progresivo su aspecto rústico y primitiva sencillez para adornarse con pinturas, relieves y esculturas, aumentando sus dimensiones y el lujo arquitectónico. Los muebles, utensilios, vajillas, tejidos, trajes y todos los enseres que servían para adornar y embellecer la casa y a las personas presentaban siempre el sello del buen gusto, y por lo menos del lujo.[528]

Los trabajos de tal género demuestran una técnica bastante adelantada, incluso si los comparamos con los modernos.

La cerámica adquiría en la época imperial una difusión siempre mayor gracias a su aplicación práctica y su ornamentación siempre más complicada. Si a veces faltan pinturas, en cambio abundan los relieves que atraen nuestra atención por sus mismas dificultades. Los trabajos en bronce, plata, madera, las joyas, la talla de piedras preciosas exigían cuidados y pericia, y algunos de aquellos trabajos pueden ser considerados como milagros de paciencia. La pintura decorativa, cada vez más general, si bien podía ser incluida en las formas y maneras de los oficios, exigía experiencia; y el mosaico, si bien se reducía a un procedimiento de reproducción mecánica, estaba muy lejos de no ofrecer dificultades.

Se ha observado, y con razón, que el minucioso trabajo de paciencia hace suponer a veces la obra del esclavo;[529] pero ante todo esta paciencia no era muy común en siervos animados, frecuentemente, de un sordo rencor, que se desahogaban en la mala ejecución del trabajo, y además y de todos modos era preciso que a la paciencia se agregase la educación técnica, tanto mayor por tratarse, hasta en los objetos de cerámica, de trabajos hechos a mano. De manera que se necesitaba reunir muchas

528. Marquardt, *La vie privée...*; Fredländer, ob. cit., III, pp. 1-172, *Der Luxus*, pp. 173 y ss.; *Die Künste;* Blümner, *Das Kunstgewerbe im Altertum*, Leipzig, 1885.
529. Blümner, íd.

cualidades, algunas de ellas no comunes, y no era fácil encontrarlas en el siervo inhábil y torpe hecho prisionero en guerras contra pueblos bárbaros.

En la misma agricultura las relaciones más frecuentes de región a región llevaban al empleo de nuevos instrumentos agrícolas,[530] de nuevos cultivos y prácticas más complicadas. Las mismas obras que trataban de agricultura desde un punto de vista teórico indican la necesidad y precisión de superar el tosco y rudimentario empirismo. Algunos trabajos, como observa cierto escritor, exigían cuidados, intereses y aptitud, y también hace notar el mal uso que de los instrumentos agrícolas hacían los esclavos,[531] bien por despecho, bien por necesidad de descanso, lo que hacía preciso, por esta razón, poseer el doble de los necesarios.

II. Los precios de los esclavos

La dificultad de encontrar estas aptitudes y cualidades en los esclavos hacía que subiera mucho el precio de quien las poseía.

Esto explica la gran variedad en el precio, que (dejando aparte los elevadísimos y excepcionales debidos a las afecciones)[532] llega a diferir en el doble y más según la edad, educación y profesión, hasta el punto de duplicar el valor del mismo esclavo después de haber desarrollado en él ciertas aptitudes.

Así Columela daba a un buen viñatero un precio de ocho mil sextercios, haciendo notar que se podían encontrar más baratos, pero que después la viña lo pagaba.

A lo cual se debe hacer notar que los precios que se citan en el Digesto alcanzan o superan esta cifra cuando se habla en general y como ejemplo,[533] pero quedan notablemente inferiores cuando se refieren a casos concretos.

530. Rodbertus, "Zur Geschichte der agrarischen. Entwickelung Roms unter den Kaisern", en *Jahrbüch fur Nationalökonomie*, II, 1864, pp. 210 y ss.

531. Colum., *R. R.*, VI, 27; VII; VIII, 11; IX, 9.

532. Martial, III, 62; Senec., *Ep.*, 27; Gell., XV, 29; Cic., *in Verr., A. S.*, 5, 7; Wallon, ob. cit., II, pp. 164 y ss.; Boeger, ob. cit., p. 22.

533. D., XVI, 2, 21; XXI, 1, 57; Wallon, íd., II, p. 169.

Oscilan alrededor de diez *solidi* para un esclavo de menos de diez años, de veinte si es mayor, llegando a treinta si tenían alguna profesión y a cincuenta o sesenta si esta profesión era la de *notarius* o médico respectivamente.

El precio de los mismos eunucos es de treinta, cincuenta o setenta *solidi* según la edad y la aptitud profesional.

III. La disminución de la esclavitud

Sin pretender generalizar demasiado estos datos, es digno de notar el hecho de que, aunque se redujese el número de los esclavos, su precio no subía mucho, lo cual puede servirnos como indicio del uso siempre más escaso, de la necesidad siempre menos precisa de los esclavos, de la competencia que les hacía el trabajo libre que se trataba de disciplinar, mejor dicho, de reglamentar.

La disminución de los esclavos es también demostrada por las más frecuentes menciones del *plagiato* y la reproducción.

Ya Augusto había tenido que ordenar pesquisas en las *ergástulas* para devolver la libertad a hombres libres secuestrados y reducidos a la esclavitud. La frecuencia y el rigor de las leyes contra el *plagiato* [534] durante el Imperio demuestran la persistencia del mal y la insuficiencia de las amenazas, a pesar de que eran agravadas por penas severas.

Además, la reproducción de esclavos, como ya he demostrado en otra parte,[535] no es útil ni recomendable donde exista una gran importación y mercados abiertos que cubran la demanda. En cambio, en casos de prohibida o limitada importación, la reproducción se convierte en una industria y da vida a la esclavitud allí donde el gradual agotamiento del suelo y el escaso rendimiento del trabajo servil hubieran acabado por eliminarla lentamente. En tales condiciones se realiza como una especie de división del trabajo en

534. Mos. et. Rom. leg. coll., XIV, *de plag.*, Huschke (ed.); *C. J.*, IX, 20, 7 y 15; Wallon, ob. cit., II, pp. 50 y ss.

535. "Il numero degli schiavi nell'Attica", en *Rendiconti dell'Istituto lombardo*, mayo de 1897.

la misma esclavitud; los países más agotados y menos fecundos, que suelen ser más sanos que las exuberantes y casi siempre malsanas llanuras, alimentan esclavos para proporcionarlos a los países donde la reproducción encuentra obstáculos en la mayor mortalidad o resultan inútiles para ello.[536]

En Columela ya encontramos indicaciones insistentes sobre la conveniencia de la reproducción de esclavos,[537] las cuales faltan en los escritores anteriores que se ocuparon de la agricultura y que tienen su explicación, precisamente, en la era de paz inaugurada por Augusto. El gran número de epígrafes que comprueban las uniones entre esclavos nos hace ver cómo se cumplían aquellas indicaciones, en tiempos posteriores, y tanto mejor cuanto que en los países de cultivo extensivo, donde las tierras cultivables y los pastos excedían a las cultivadas, la reproducción debía presentar inconvenientes relativamente pequeños.

Debido a la importación decreciente, este sistema era el único medio de repoblar, dentro de los límites de las menores necesidades, el elemento servil, que tenía un tanto por ciento de mortalidad muy grande, como es sabido y es fácil deducir de ejemplos análogos, y como nos hacen comprender los mismos epígrafes funerarios de la época imperial, en los cuales los esclavos aparecen, de ordinario, muertos a edad no muy avanzada.

Y esta mortalidad, mientras debilitaba la esclavitud y abría huecos que no conseguía colmar la reproducción, aumentaba los riesgos de la propiedad servil y constituía uno de los mayores inconvenientes de la esclavitud, que tantos tenía, y a los cuales se debía añadir bajo el Imperio la delación, que, si bien refrenada y reprimida por las leyes cuando se trataba de casos ordinarios, era solicitada y estimulada en los casos, tan frecuentes, en que entraban en juego los intereses del emperador o del Imperio.

Y mientras la esclavitud, por sí misma y por el ambiente que la rodeaba, seguía debilitándose siempre más, se fortalecían y desarrollaban, en una acción siempre más grande y continua, las causas que debían generalizar el trabajo libre, hecho necesario e indispensable por la acción refleja del decaimiento de la esclavitud que el mismo trabajo libre socavaba.

536. Cairnes, ob. cit., pp. 114 y ss.
537. *R. R.*, I, c. 8.

XVI

LAS FUNCIONES DEL PARASITISMO

En el mundo antiguo, como en el moderno, la civilización surgía y ascendía a formas más elevadas en donde se acumulaban más riquezas, constituyéndose centros más o menos populosos y clases más o menos importantes que, emancipadas de la necesidad de atender a un trabajo material donde emplear sus actividades, podían elevar su manera de vivir y crearse necesidades de carácter superior encontrando los medios de satisfacerlas.[538]

Dado el escaso desarrollo de las fuerzas productivas, que quitaba el medio de cubrir de un modo fácil y satisfactorio las necesidades más inmediatas de todos, un sistema social en el que cada uno estuviera obligado a proveer a su propia subsistencia hubiera sido una traba para el desarrollo de las más altas formas de civilización, y a la vez hubiera constituido la condición de una medianía permanente.

Hoy en día, dado el desarrollo de las fuerzas productivas capaces de satisfacer las necesidades universales, el parasitismo no constituiría una condición relativa de civilización; antes bien, sería la causa de una pausa en el progreso moral e intelectual; pero en la Antigüedad se presentaba como una condición objetiva de progreso, que encontraba su manifestación y su instrumento de un modo sucesivo y alternativamente en diversos pueblos, a medida que un proceso íntimo de degeneración, dejando sitio a superabundancia externa, daba a un pueblo la supremacía política y la superioridad civil sobre otro pueblo.

La guerra y el arte de hacer más o menos estables y fructíferas sus consecuencias eran los medios para concentrar en un pueblo la riqueza de muchos pueblos, en una clase la riqueza del mismo pueblo soberano.

Sobre esta base se había desarrollado la civilización ateniense; sobre

538. Ciccotti, *La retribuzione delle funzioni pubbliche civili e le sue conseguenze nell' antica Atene*, en *Rendiconti dell'Istituto lombardo*, 1897.

esta base y en un ambiente más vasto, con mayor fuerza asimiladora y durante un período más largo se había desarrollado la civilización romana, reasumiendo y propagando todas las civilizaciones precedentes.

Sólo que este parasitismo, aunque glorioso y benemérito de la civilización, llevaba en su interior los gérmenes de su destrucción; y a la larga, por su persistencia, por su abuso y por el trabajo improductivo necesario para sostenerlo se traducía en causa de enorme depauperación, tanto más grande y sensible cuanto menor era la potencia productiva del mundo antiguo.

I. El parasitismo y el Imperio

El Imperio romano era una forma de organización político-social muy costosa y disipadora de fuerzas.

En la forma más visible y directa, los países dominados debían empezar por alimentar a buena parte de la población de Roma y también a parte de la de Constantinopla, lo cual, desde los últimos días de la República, importaba un gasto que, aun calculado aproximadamente, se puede considerar bastante notable.[539]

Todo lo cual era bien poco si se comparaba con el resto.

A medida que el lujo, el derroche y la corrupción crecían, se turbaba siempre más toda posibilidad de equilibrio entre la producción y el consumo; y el trabajo improductivo y las clases sencillamente consumidoras se desarrollaban en razón inversa y en perjuicio del trabajo productivo. Y el daño inmediato y directo apenas tenía valor comparado con el mediato e indirecto. La acumulación de riquezas destinadas a la disipación no se había conseguido produciendo, sino especulando por medio del comercio, de contratas y especialmente de la usura, ejercida con amplia base y refinada dureza sobre todo con los provincianos, y fomentada y protegida por la predominante posición política.

La categoría de intermediarios de toda clase crecía multiplicándose y

539. Marquardt, *De l'organisation financière...*, pp. 147-148; Hirschfeld, *Die Getreideverwaltung...*, p. 68.

difundiéndose fuera de toda medida; y si a veces como comerciantes daban algún impulso a la producción, bastante más a menudo como publicanos, contratistas y usureros estorbaban el desarrollo natural de la riqueza y por su excesivo afán secaban sus fuentes, lo mismo que el salvaje que por coger el fruto derriba el árbol.

Durante el período épico de la conquista y en el que inmediatamente le siguió aquello fue una francachela gigantesca, que hacía más agradable la dichosa despreocupación de los vencedores, aunque en el estruendo de aquella inmensa orgía morían ahogados y se perdían los lamentos de los oprimidos y las preocupaciones del porvenir.

Y como una presencia constante, inexorable, brotando de la fuerza misma de los elementos y a ellos unida de un modo indisoluble, la caries adelantaba lenta, implacablemente, sin detenerse un solo momento, señalando los contados días de aquel organismo de aspecto tan floreciente y tan podrido por dentro.

II. Las condiciones sociales durante el Imperio

El Imperio había tratado de poner remedio a la rapiña, a los robos, a las vejaciones de las provincias, pero incluso cuando conseguía algún resultado se podía afirmar que había curado el mal sólo en la superficie.

Es indudable que no había podido ni podría cambiar radicalmente toda aquella viciosa organización económico-social.

Si bien, como es natural, la pequeña y la mediana propiedad no habían desaparecido de un modo absoluto ni de todas partes,[540] los latifundios progresaban especialmente en las tierras más fértiles, como en África,[541] y sucedía con frecuencia que tanto la pequeña como la mediana propiedad, cuando no desaparecían, eran oprimidas por la excesiva competencia, por

540. Mommsen, *Die italische Bodenvertheilung...*, p. 408; Fustel de Coulanges, "Le domaine rural chez les Romains", en *Revue des deux mondes*, 1886, p. 326; Brugi, *Le dottrine giuridiche degli agrimensori romani*, Verona, 1897, pp. 284 y ss.

541. Plinio, *Historia Natural.*, XVIII, 7, 35; Frontin, *De controv. agrar.* (Gromatici veteres), p. 53.

la carga de los impuestos, por los daños de los tiempos inciertos, para ella mucho más sensibles, por el cáncer de la deuda; y así, de la propiedad conservaban la apariencia más que la esencia, llegando el caso en que de la clase de propietarios pasaban a la de arrendadores de sus antiguas fincas.

III. Las fuerzas disolventes del Imperio

De este modo el Imperio se iba poniendo frente a frente ante un proletariado numeroso y siempre creciente, que había obligado a mantener o estabilizar, a aumentar y ensanchar aquellas formas de asistencia[542] que absorbían, por medios directos e indirectos, con sus efectos inmediatos y reflejos, gran parte de los recursos del dominio.

Uno de los mayores beneficios del Imperio, la consolidación y desarrollo de una administración regular, se había convertido en un origen de disgustos y gastos, y la clase administrativa había llegado a ser numerosa y complicada hasta el extremo de tomar formas y proporciones extraordinarias. Y en efecto, en los tiempos más avanzados del Imperio, el Estado se sentía impulsado a aumentar sus funciones y extender su acción, buscando en la jerarquía la unidad del dominio, que se disgregaba y dislocaba por todas partes, comprimido por fuerzas externas y disuelto por las nuevas agrupaciones, más autónomas y coherentes, formadas sobre la base de semejanzas étnicas y relaciones locales.

Asimismo, la fuerza armada de mar y tierra debió de recibir un desarrollo considerable para proteger los vastos confines del Imperio, asegurar la tranquilidad interna y regular el funcionamiento de los servicios públicos inherentes a la satisfacción de las más elementales necesidades de la población y del Estado.

El ejército se había vuelto permanente y las legiones, que de cincuenta habían sido reducidas a dieciocho después de Azio, habían vuelto a aumentar hasta alcanzar el número de veintitrés, veinticinco, treinta, y treinta y tres

542. Marquardt, *De l'organisation financière...*, pp. 139-187; Hirschfeld, *Die Getreideverwaltung...*, pp. 3 y ss.

en tiempos de Septimio Severo y Diocleciano, después habían aumentado hasta llegar a sesenta y cinco. Y alrededor de ellas se agrupaban y extendían la flota, las tropas auxiliares, las tropas acuarteladas en Roma, las milicias provinciales y las municipales.[543]

En aquella progresiva disgregación del dominio, el ejército, como el mayor y más importante cuerpo organizado, se convertía en el creador y en la base del poder político. Quien lea el Código Teodosiano verá cómo el ejército daba un sello especial a la misma administración civil, y a su alrededor se agrupaban y condensaban, como centro, todas las demás funciones y actividades del Estado.

Una nota sacada de la *Notitia dignitatum* deja ver, aun admitiendo que el efectivo no llegase a los cuadros, que esta fuerza armada se extendía por todo el Imperio encerrándolo en una gran red de hierro y que su coste –retribuidos como estaban los pretorianos en setecientos veinte dineros, las cohortes urbanas en trescientos sesenta y los legionarios en doscientos veinticinco,[544] aparte de los aumentos de paga eventuales y donativos– no era, ni mucho menos, indiferente.

Los impuestos encaminados a tener preparada esta máquina del Imperio, con sus parásitos y sus disipaciones, debían necesariamente crecer fuera de toda medida; y más pesados y deletéreos los hacían los vejatorios sistemas de exención que han llegado a convertir en un lugar común el argumento a fuerza de repetirlo.

IV. El empobrecimiento de la sociedad imperial

A medida que se llega al período más adelantado del Imperio nos damos cuenta de aquel malestar que ponía el sello en todas las manifestaciones de la vida, hasta en aquellas que mayor apariencia de lujo presen-

543. Marquardt, *De l'organisation militaire...*, pp. 166-171, 183 y ss., 231 y ss.; Cagnat, "Exercitus", en Daremberg y Saglio, *Dictionnaire des antiques grecques et romaines*, pp. 915 y ss.
544. Marquardt, íd., pp. 203 y 282.

taban; y por mucho que se exagere, se saca siempre la impresión de la creciente pobreza de los capitales, del abuso extremado de las energías productivas y del agotamiento de la riqueza.

Hacía ya tiempo que el Imperio había restablecido la paz, pero igual que el hombre que en el momento de descanso es cuando siente el cansancio de un esfuerzo excesivo, durante aquel período la población debía empezar a sentir los efectos del malestar que crecía oculto.

Los grandes botines de las guerras de aquellos primeros tiempos habían alimentado de un modo ficticio la economía pública del pueblo dominador y ocultado de este modo la realidad de las cosas; pero al reanudar la vida su curso regular, la economía se encontraba mal acostumbrada, y las reservas agotadas ya no daban de sí, o poco menos.

V. La producción industrial

Por otra parte, en el mismo ambiente del Imperio, y por efecto de la nueva organización, surgía y se difundía un nuevo modo de vivir, más elevado. El gran desarrollo de la red de carreteras, las frecuentes relaciones con Roma, centro y lugar de reunión universal, el comercio y el ejército mismo creaban corrientes de cambios, en unos lugares más que en otros, persistentes o intermitentes; todo lo cual, con el conocimiento de nuevos usos y nuevos productos, con los más amplios horizontes y el progreso de la vida civil, creaba nuevas necesidades, despertaba nuevos deseos y por consiguiente engendraba actividades nuevas y nuevos ramos de la producción. Aunque el limitado desarrollo de la industria antigua y el hecho de que fuera ejercida por medio de artesanos no fuesen muy favorables a la fácil difusión en zonas más amplias y al rápido injerto en los diversos países,[545] sin embargo, de un modo lento y en modestas proporciones, las artes y los oficios que respondían a las nuevas y más imprescindibles necesidades conseguían trasplantarse. Si en los países

545. Büchsenschütz, *Die Hauptstätten...*, p. 4.

donde faltaba o había desaparecido la tradición de ciertos ramos de la producción no conseguían los romanos, por lo menos directamente, crearla, en cambio, donde la industria estaba bien desarrollada, dejaban ejercer su acción con la creciente demanda y la mayor exportación.[546]

El lujo de la corte y de los poderosos, la necesidad de proveer de un modo continuo a la extensa jerarquía, los ejércitos diseminados por el Imperio obligaban, toda vez que no podían acudir a los derechos de la guerra, a asegurar fuentes continuas de ingresos bajo la protección y dirección del Estado.

De este modo las exigencias de unos y las necesidades de otros, la riqueza de éstos y la indigencia de aquéllos, la tradición animada y fomentada y la facilidad de asimilación eran otras tantas fuerzas que conspiraban a favorecer la producción en cuanto lo permitían las circunstancias adversas, obligando a poner en movimiento el trabajo ajeno todos aquellos que tenían necesidad de él para satisfacer sus propias necesidades y viéndose precisados a recurrir al trabajo libre, único refugio de los que no habían podido colocarse entre los poderosos o los parásitos, todos los que de él esperaban los medios de subsistencia.

Una sola mirada a la situación del Imperio basta para ver el desarrollo del trabajo productor, que si bien a veces no tenía la energía de los países ricos, revelaba por lo menos fuerzas puestas en movimiento por todas partes, aunque sólo fueran para satisfacer en forma rudimentaria las exigencias de la vida social. No podemos establecer ni determinar de un modo riguroso[547] las proporciones y formas precisas de esta producción y probablemente incurre en una exageración quien llevando a la Antigüedad, con criterio anacrónico, una imagen algo atenuada de la industria moderna, da a la industria de aquel período el sello característico de la fábrica[548] y le atribuye un desarrollo y unas proporciones mayores de las que podía tener.

No faltaron las fábricas, y no pocas de ellas pertenecían al Estado y a la casa imperial, sin que esto signifique que la fábrica –como por lo

546. Blümner, *Die gewerbliche Thätigkeit...*, Leipzig, 1869, p. 1.
547. Bücher, "Die Diokletianische Taxordnung vom Jahre 301", en *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, 1894, p. 697.
548. Büchsensehütz, *Die Hauptstätten...*, p. 4.

demás lo hacen suponer la disminución de los capitales y el decrecimiento de la riqueza– constituyera el rasgo característico de la producción de aquel tiempo. Lo cual viene a coincidir con la difusión siempre mayor del trabajo libre, no inconciliable con la existencia de la fábrica, pero que responde mejor, en aquellos tiempos, a otras formas de la actividad productora de manufacturas.

VI. La producción industrial y el trabajo mercenario

En la misma tradición literaria nos encontramos, con mucha frecuencia, con el trabajo libre.

Para no quitar una fuente de ganancia al populacho que trabajaba a jornal, Vespasiano no quiere aceptar el consejo dado por un mecánico para transportar con pocos gastos las columnas del Capitolio.[549]

El padre de este emperador emprendió muchos trabajos agrícolas. El padre de Máximo era forjador y, según otros, constructor de carros. Mario, uno de los treinta tiranos, fue asesinado por un esclavo que había trabajado en su tienda. El padre de Pertinax era comerciante de leña y tenía negocios en Liguria, y Pertinax, siendo emperador, siguió adelante con ellos por medio de sus siervos.

La *Historia Augusta* hace repetidas referencias de obreros trabajando a jornal.

Además, nos demuestran la difusión del trabajo manual los impuestos que lo gravan.[550] En Oriente los romanos lo habían encontrado y lo mantenían. Calígula, con una medida general, marcaba los salarios de los mozos de carga. Alejandro Severo, al propio tiempo que organizaba en corporaciones las artes y los oficios, les imponía un impuesto que dedicaba a la construcción de las termas. Se cuenta del mismo emperador

549. Suetonio, *Vesp.*, c. 18: "*Sineret se plebeculam pascere*".
550. Marquardt, *De l'organisation financière...*, pp. 216, 251-252, 295, 297 y 298.

como cosa extraña que dedicó sus siervos a cocineros, panaderos, pescadores, latoneros y bañistas,[551] lo cual hace suponer que otras personas se sirvieran para estos oficios de mercenarios, siervos o libertos, que para el caso lo mismo da.

Al perder los gremios el aspecto indistinto y no bien definido de la época republicana,[552] y a medida que desarrollaban y adquirían un completo carácter corporativo, se preparaban para convertirse en una de las partes más importantes e integrales del engranaje de la economía pública y del Estado; así, al presentarse con esta nueva fase de su nueva vida, nos hacen ver las funciones que ejercía el trabajo mercenario, y cómo sustituía al trabajo servil.

VII. El trabajo mercenario

Muchas veces hemos hecho notar que el verdadero elemento de la transformación económica que llevaba al fin de la esclavitud estaba en el carácter mercenario que progresivamente iba tomando el trabajo, y que el estado libre o servil del mercenario eran un accidente ante el hecho de que se fueran separando y oponiendo la materia de trabajo y la mano de obra, que antes estaban en poder de una misma persona, encaminándose hacia el salariado, siempre que condiciones diversas no reunieran de nuevo de un modo distinto, bajo la forma de artesanos y producción casera, la materia y la mano de obra.

Además, la composición de las corporaciones es tal que nos revela no tan sólo el progreso del trabajo mercenario, sino que los afiliados eran los libres.

Libres eran los que componían los gremios de barqueros del Ródano y del Saona, y en general de todos los *navicularii* encargados de los transportes públicos; libres eran los *pistores*; libres los obreros de las fábricas de armas y de monedas; y "en todas partes –cree poder añadir Waltzing–,[553]

551. Ael. Lamprid., *Alex. Sev.*, c. 22, 24 y 33.
552. Waltzing, ob. cit., II, pp. 3 y ss.
553. Ibíd., II, pp. 32, 35, 81 y 228-360.

hasta en manufacturas y en tiendas, los trabajadores eran hombres libres. Al parecer, los esclavos no formaban parte de ninguna corporación (se sobreentiende de oficios); si se encuentra alguna, es que pertenecen a los *colegios* o al Estado. Por ejemplo, los que trabajaban encadenados en las panaderías, manufacturas y minas. Además hay que añadir a los condenados a la *pena de esclavitud.*

Las monedas de oro y plata y de toda especie fabricadas por "esclavos y libertos imperiales, primero bajo la dirección de libertos imperiales y después de su procurador de la moneda, en el siglo II a. C., ya son fabricadas por libres".[554]

En mayor escala y de un modo más detallado podemos ver en los epígrafes el crecimiento y la difusión del trabajo libre, que por obra de ingenuos y sobre todo de libertos surge del trabajo servil y le sustituye, asimilándose y disgregándolo por cambiar del todo sus funciones y aspecto.

Si pudiéramos establecer el orden cronológico de estas inscripciones, lo que ordinariamente no es posible, veríamos seguramente de un modo bien claro cómo el elemento libre, y especialmente los libertos, va sustituyendo de un modo gradual a los esclavos en los diversos oficios. De todas maneras, en los epígrafes se refleja la competencia entre el elemento libre y el servil.

VIII. El trabajo libre y el trabajo servil

Los oficios que presuponen una dependencia continua y absoluta siguen siendo desempeñados casi exclusivamente por siervos; por ejemplo, el de *vilicus*, de *actor*, de *exactor*[555] y todos aquellos que se refieren especialmente a servicios domésticos y ordinarios, que exijan una dependencia absoluta.

554. Cod. Theod., X, 20, 1; Waltzing, ob. cit., II, pp. 228-229.
555. *C. I. L.*, II, en el IX, 2123, se cita excepcionalmente un *actor* liberto.

En estos casos, por la íntima dependencia, por la continuidad del servicio, por la dificultad para cometer sustracciones en provecho propio, el siervo tenía ventajas que le hacían preferible al libre; además, se debe añadir que refiriéndose estos oficios a las casas de los ricos, se imponían los siervos por razones de fausto y etiqueta.

Si por lo contrario se trataba de oficios que no exigían relaciones de tan íntima dependencia y tan continuas, el empleo de siervos empieza a ser menos frecuente, y alternan con los libertos e ingenuos.

Pero también aquí hemos de hacer varias distinciones.

Naturalmente, el elemento libre busca con preferencia las profesiones y artes mejor retribuidas, menos fatigosas y más consideradas. Y así la medicina, antes ocupación casi exclusiva de los esclavos, es ejercida preferentemente por los libres.

Muchísimos oficios son indistintamente ejercidos por unos y otros, demostrando de un modo evidente la competencia del elemento libre, que, obligado por la necesidad y las dificultades de los tiempos, bajaba al nivel de los siervos para ir eliminándolos y sustituyéndolos.

A los libertos, sobre todo, se les ve con mayor frecuencia ejercer toda clase de oficios. La falta de indicaciones específicas de los libertos y del nombre de los patronos habitualmente hace dudar de si se trata de un manumiso; pero el nombre nos indica si se trata de uno de éstos o de uno de sus descendientes, lo que nos demuestra que todo el elemento servil desempeñaba el mismo trabajo manual, hecho casi hereditario en su familia. Y de este modo, y gracias a ello, el trabajo libre recibía una mayor difusión e incremento.

IX. El trabajo libre

Es preciso observar que bajo la presión constante de las nuevas costumbres y por las ventajas que el ejercicio de un arte podía proporcionar, el prejuicio contra el trabajo manual cada día perdía terreno. Los gremios que ya en Pompeya recomendaban candidatos, se con-

vierten, muchas veces, en una fuerza, y reciben legados y muestras de consideración y honor.[556]

El ejercicio de un oficio debía parecer a muchos que en nada disminuía su consideración personal y su prestigio moral, cuando se tenía cuidado de indicarlo, con frases a veces amplificativas, en las lápidas sepulcrales. Y con frecuencia esta indicación se hacía de modo que entrara por la vista con apropiadas incisiones que representaban los instrumentos o útiles profesionales.[557]

X. El trabajo libre en el edicto de Diocleciano

Pero la importancia, difusión y frecuencia del trabajo mercenario prestado o retribuido en toda clase de formas se muestra en toda su extensión en el *Edictum de pretiis rerum venalium* de Diocleciano,[558] que nos hace ver, como en un cuadro sinóptico, las funciones sociales diversas, activas y múltiples del trabajo mercenario al empezar el siglo III a. C., época de su promulgación. Por una parte, el edicto trata de regularizar los precios de los productos terminados, y por otra atiende a regular los precios de la mano de obra en sus diversos aspectos y lleva en ello el mismo minucioso cuidado, la misma extensión analítica que había llevado en la lista de los géneros de consumo y de manufactura. En él se mencionan toda clase de oficios y son claramente señalados el del labriego, albañil, carpintero, calero, constructor de mosaicos, pintor decorador y de figuras, constructor de carros y barcas, forjador, hornero, fabricante de ladrillos, mulero, conductor de camellos, veterinario, sangrador, barbero y esquilador de ovejas. A éstos sigue una lista de los que trabajan los metales, a los que siguen a su vez los vaciadores en yeso, aguadores, los que

556. Waltzing, ob. cit., II, pp. 185 y ss., y 429.
557. *C. I. L.*, XII, 4523, 4515, 4517, 3335; XIV, 2656.
558. Mommsen y Blümmer, *Der Maximaltarif des Diocletian*, Berlín, 1893; y *C. I. L.*, III.

limpiaban las alcantarillas, los amoladores, y después, con todas sus divisiones y subdivisiones, los escribientes, sastres, maestros, abogados, y enseguida, sin criterio de orden, habla de los bañistas. Y por último el edicto, después de haber considerado otras manufacturas, vuelve a seguir con los salarios de los diversos oficios y se ocupa de los bordadores, tejedores de seda y lana y de los bataneros.

Como es natural, se ha tratado de aprovechar la tasa de los salarios señalados en el edicto para deducir el valor de éstos en aquella época, y sólo se han sacado consecuencias disparatadas. El edicto fija salarios distintos para las diversas clases de trabajo, pero faltan términos de comparación con los cuales referirlos para poder deducir consecuencias.

El jornal del labrador, fijado en el edicto en veinticinco dineros, o sea, en unos cincuenta y cuatro céntimos de nuestra moneda, ha sido comparado con el jornal de un trabajador ordinario evaluado por Cicerón[559] en doce ases, iguales aproximadamente a sesenta y dos céntimos y medio nuestros.* Pero se ha hecho observar[560] que esta constancia aproximada del salario después de tres siglos es solamente aparente si se evalúa en oro el valor del dinero señalado en la tarifa diocleciana; pues haciéndolo así, el jornal en tiempos de Cicerón venía a ser superior a ochenta y un céntimos, en tiempos de Luciano pasaba de setenta y cuatro y durante el mando de Diocleciano sólo llegaba a cincuenta y dos. Por lo tanto, la condición del trabajador hubiera sido mucho peor en esta última época, y tanto más, porque habían subido los precios del pan y del vino.

Un estudio crítico de los precios del edicto de Diocleciano hacía deducir a un autor la conclusión de que el salario diario en tiempos de este emperador era, comparado con el jornal mínimo necesario para la existencia, algunos céntimos más elevado que el jornal que hoy tienen los trabajadores de Alemania e Italia,[561] aunque debe tenerse en cuenta que en el edicto se trata de límites máximos del jornal, lo que impide considerarlo como salario efectivo o como término medio.

559. *Pro Roscio com.*, 10, 28; Blümner, *Maximaltarif...*, p. 105.

* A valores de principios del siglo XX (N. del E.).

560. Seek, en la *Deutsche Literaturzeitung*, 1894, p. 458.

561. Michaelis, "Kritische Würdigung der Preise des Edictum Diocletiani", en *Zeitschrift für die gesammte Staatswissensch,* Herausg. von Schaeffle, Bd. LIII, 1897, p. 49.

Además, como ya hemos indicado, el dato ciceroniano es tan vago que no es posible de dos datos aislados y dispares sacar conclusiones firmes y positivas sobre la oscilación de los salarios en dos épocas tan lejanas.

Una indicación de Plinio nos revela la facilidad de procurarse mano de obra a precio bastante aceptable pero se refiere a Nicomedia, en tiempos de Trajano, y no podemos saber si se reproducen las mismas circunstancias al variar el lugar, tiempo, población y demanda de brazos.

Sin embargo, si en este sentido poco nos ayuda el edicto a explicarnos la situación del trabajo y de los trabajadores de su época, nos proporciona otros elementos para formarnos un concepto de ello desde otro punto de vista.

La tarifa establece de una parte los precios de los productos ya terminados y por otra, los de la mano de obra. Comparando unos y otros, vemos que sólo en muy contados casos de la producción se dan los precios de las manufacturas sin dar el de la mano de obra capaz de ejecutarlas. Así sucede, por ejemplo, para los trabajos del cuero, los productos de pelo de cabra, las pequeñas manufacturas de madera y hueso como lanzaderas, peines, agujas, y por último los objetos de escritorio. Todo lo demás entraba en el terreno de la materia bruta.[562]

Por consiguiente, y sin pretender sacar conclusiones absolutas sobre el desarrollo de la industria, lo anterior prueba que en la economía de aquel tiempo, junto a la venta de manufacturas completas, estaba vigente la producción casera (*Hausfleiss*), y aquella otra forma que constituía un estadio un poco superior y consistía en alquilar, en condiciones variadas, un obrero que transformase la materia prima proporcionada por quien le tomaba a jornal (*Lohnwerk*). Este alquiler del trabajo se presentaba en varias formas, bien como jornal, bien como destajo; se ejecutaba, según los casos, en casa del obrero o del que le alquilaba, y era retribuido en dinero o en especie y dinero según el trabajo ejecutado, o haciendo uso de una combinación de estas diversas retribuciones. Toda esta variedad del trabajo y de la retribución aparecen en el edicto, y muy especialmente la más antigua y rudimentaria del salario en especie y en dinero.

562. Bücher, "Die Diokletianische...", p. 692.

Si en la época del Imperio el desarrollo de la riqueza hubiese sido progresivo y no regresivo; si hubiese habido una acumulación y no un derroche de capitales, se hubiera asistido, sobre las ruinas de la economía servil, a un verdadero desarrollo de la industria capitalista, de la cual en tiempos anteriores se habían señalado y creado los rudimentos.

La economía servil se disolvía inexorablemente; pero si bien la riqueza concentrada en un número relativamente reducido de personas y la oposición de los propietarios llevaban hacia la economía del salariado y esbozaban sus líneas, la insuficiencia de los capitales disponibles impulsaba hacia una forma económica más regresiva que la de la esclavitud, hacia la servidumbre y los fenómenos que lleva consigo.

Si, como sucedía para la industria de la molienda, se hubiesen podido aprovechar las fuerzas naturales para sustituir a los esclavos, habría habido un verdadero progreso; pero el empleo de aquéllas se reducía a una de las más simples y rudimentarias, al aprovechamiento de los saltos de agua para los molinos; y las fábricas, en vez de extenderse y dar carácter a la industria, quedaban en las propiedades como uno de los accesorios de la industria agrícola, especialmente bajo la forma de fábricas de lacticinios, y seguían al decaimiento de la agricultura.

Se puede observar primero una pausa y después un movimiento económico regresivo que en la agricultura se traduce en la servidumbre y en la industria se revela con la persistencia y el predominio de la producción casera y de aquellas formas del alquiler del trabajo que la complementan e integran.

Y toda aquella organización de la producción pública que se ve en las fábricas del Estado, de la casa imperial, toda aquella dura y férrea disciplina que tiende a regular y dominar, petrificándolas, las fuerzas productivas y las funciones sociales, son hechos que tienen su razón de ser y su explicación en aquella crisis enorme de la esclavitud, que se disolvía mientras faltaban o resultaban deficientes algunas de las condiciones necesarias para el desarrollo del salariado.

El pago de los tributos, unas veces exigido en especie, otras permitido en dinero, es uno de los síntomas de esta crisis económica, donde lo viejo y lo nuevo

están en oposición y predomina algo *che non è nero ancora e il bianco muore.*

En verdad el edicto de Diocleciano tuvo como fin inmediato el objeto de "restablecer con una providencia gubernativa la relación según la cual el salario debía ser cambiado con la moneda, cuyo valor había bajado. Según todas las probabilidades, se quería elevar artificiosamente la moneda menuda, que había descendido de su valor real después de haber dejado de funcionar como moneda fraccionaria".[563]

Pero en realidad, el edicto es un síntoma de una vasta crisis económica ya indicada, y contra la cual se trataba en vano de reaccionar con aquella medida.

XII. El trabajo forzoso. La servidumbre

La nueva fase de la corporación, reconocida, disciplinada y convertida en órgano oficial de la vida económica del Estado, que encierra en ella, como en un círculo de hierro, todos los ramos de la actividad más indispensables a la vida social, se explica precisamente por la necesidad objetiva de asegurar sus condiciones de existencia bajo una organización política y jurídica de la cual iba desapareciendo la base económica.

Aquella coacción e intervención del Estado, especialmente en la composición y funcionamiento de las corporaciones, restablecía, en distintos aspectos, aquella continuidad de acción y aquella dependencia absoluta y directa que constituía una de las pocas ventajas de la esclavitud.

La multiplicación de las atribuciones del Estado y sus funciones absorbentes se explican, en éste como en todos los casos semejantes, por una reacción del orden político sobre el orden económico y por la necesidad que obliga, en las transformaciones del modo de producción, a acudir al Estado, único poder constituido para que sirva de centro de las energías que surgen y de las que se disgregan, y que tanto unas como otras tienen necesidad de algo que les sirva de centro de atracción y punto de aplicación.

563. Bücher, "Die Diockletianische...", p. 194; Michaelis, ob. cit., p. 15; Seek, ob. cit., 1. c.

XVII

EL COLONATO

Es fácil ver las relaciones que existen entre este estado de cosas y el colonato.

Esta institución ha sido objeto de tantas investigaciones, que sería inútil repetir el estudio analítico hecho tantas veces y por tantos autores.[564] Bastará que señalemos su carácter general y sus funciones sociales, tanto más cuanto que este trabajo no se ocupa expresamente del colonato, y sólo señalamos su razón determinante porque coincide con la causa disolvente de la esclavitud y de su eliminación, por lo menos como institución general, tomando aquél el puesto y realizando buena parte de las funciones económicas que antes correspondía a ésta.

Como se ve por el resumen de las causas que se atribuyen al colonato, la investigación ha sido más bien de carácter histórico-jurídico que histórico-económico, si bien por la fuerza misma de los hechos ha tenido que tomar poco a poco este carácter, que se hace más visible en los escritores más modernos.

564. Creo de utilidad tomar de la obra de Segré, "Studio sull'origine e sullo sviluppo storico del colonato romano" (*Archivio giuridico di F. Serafini*, vols. 42, 43, 44, 46), la notable lista de textos que han constituido los elementos de las controversias sobre el colonato y el resumen de los principales puntos de vista desde los cuales ha sido considerado, debiéndose acudir para la bibliografía al estudio citado. Véanse además las fuentes citadas por Schulten, l. c. Segré, ob. cit., vol. 43, pp. 150 y ss.: "El número y variedad de opiniones sobre el origen y desarrollo histórico del colonato, de las cuales sólo expondremos las más importantes, bastarán para demostrar cuán difícil es su investigación. Para resultar más claro, creemos oportuno encerrarlas en grupos según sus puntos de contacto y distinguirlas según sus diferencias, sin que pretendamos hacer un trabajo exacto, pero con la intención de intentar la clasificación menos tosca posible.

1° Algunas de estas teorías sacan sus elementos constitutivos del colonato exclusivamente de siervos (Puchta, Rodbertus), otras del de libres, pequeños propietarios o arrendadores, u obreros que no tenían residencia fija (Cuiacio, Heisterbergk, Mommsen, Karlowa, Revillout, Wallon, Esmein); y otras de éstos y aquéllos a la vez (Giraud, Savigny, Fustel de Coulanges, Dareste).

2° Según unos, la institución es de origen italiano (Rodbertus); según otros, es exclusivamente provincial (Savigny, Heisterbergk, Schultz, Rudorff, Guizot); y según los más, nació a un tiempo en Italia y las provincias.

3° En cuanto a la época de su formación, para unos es una institución prerromana de las provincias (Rudorff, Heisterbergtk, Schultz, Guizot); para otros, del tiempo de la República (Giraud, Laferrière); para los más, de la época del Imperio.

Como sucede con todas las transformaciones, el colonato aparece en la tradición literaria y en los monumentos legislativos cuando está completamente formado, y constituye una importante función social, que el poder público quiere regular, renovar y hacer estable y capaz de especiales consecuencias jurídicas.

Este supuesto, al querer deducir históricamente, en determinados lugares y tiempos, con datos tomados de la tradición literaria y legislativa el modo de formarse y constituirse el colonato, llevaría a cambiar el modo de formación con la causa de su aparición y las formas legales que fue tomando con el mismo modo de formarse.

Y siguiendo este camino se incurría en el defecto de la unilateralidad, que cada autor criticaba en sus predecesores, sin ver que también él estaba incurriendo en el mismo defecto.[565]

4° Unos encuentran su fundamento indígena, bien italiano, bien de otras regiones del Imperio (Rodbertus, Rudorff, Schultz, Guizot, Laferrière, Heisterbergk, Fustel de Coulanges, Dareste); otros, en un elemento extranjero introducido en el Imperio romano (Wenck, Zumpt, Savigny, Maynz, Vesme, Fossati, Mommsen); Huschke adopta la teoría ecléctica.

5° Por último, algunos lo relacionan con costumbres grecoitalianas (Giraud), otros con organizaciones de la antigua familia céltica (Guizot), otros con instituciones galoitalianas (Laferrière), y otros con la servidumbre germánica (Mommsen, Maynz).

Particularizando más, según las distintas opiniones a las que ahora pasaremos revista, el fundamento de hecho y jurídico del colonato es el siguiente:

a) manumisiones limitadas, con fundamento legislativo (Puchta, Giraud) o con un pacto natural de arriendo con siervos (Rodbertus, Fustel de Coulanges en lo referente a la servidumbre de la gleba), seguidas y acompañadas de la sumisión de los pequeños propietarios o arrendadores arruinados;

b) los institutos agrarios de las provincias como base del colonato posterior (Rudorff, Schultz, Guizot, Heisterbergk);

c) la violencia de los propietarios sancionada por las leyes (Wallon, Yanoski, Jung, Fustel de Coulanges para el colonato de libres) u obra de la administración romana, convertida en ley por la costumbre (Revillout, Hegel, Kuhn, Esmein, Karlowa);

d) la influencia directa de la legislación sobre los agricultores libres (Huschke, Marquardt) o sobre los esclavos (Puchta);

e) trasplantaciones bárbaras, según unos procedentes únicamente de los *dediticii*, según otros de éstos, de los laetios y los gentiles (Gothofredo, Wenck, Vesme, Fossati, Zumpt, Savigny, Laboulaye, Marquardt). En cuanto al origen germánico de la institución (Maynz, Mommsen), los más la remontan a la época del emperador Marco y otros a la de Augusto (Huschke, Marquardt);

f) la clientela romana y gálica;

g) el ejercicio del pequeño cultivo en los latifundios de Italia (Rodbertus) y en las provincias productoras de trigo (Heisterbergk). Estas dos teorías se ocupan, especialmente la segunda, más de ver el material social que constituyó el colonato que de su fundamento jurídico;

h) otros escritores se limitan a designar los estadios o momentos históricos de la institución (Léotard, Lattes).

565. Jung, "Zur Würdigung der agrarischen Verhältnisse in der römischen Kaiserzet", en *Hist. Zeitschrift*, XLII, 1879, pp. 45 y 53.

1. La servidumbre y sus causas

La causa origen de todas las causas de la servidumbre, que se subdivide en tantas causas secundarias y se revela en tantas manifestaciones particulares y locales, es el empobrecimiento del mundo romano, como ya lo hemos hecho notar más arriba.

"Un considerable capital –observa un autor ya citado–[566] es condición indispensable para llevar adelante las empresas en la época de la economía servil. Un capitalista que emplea el trabajo libre tiene necesidad, para sus fuerzas de trabajo, de una suma capaz de cubrir las necesidades durante el tiempo transcurrido desde el principio del trabajo hasta la venta de los productos. Pero el capitalista que emplea el trabajo de los esclavos no necesita solamente la misma suma representada en este caso por la comida, vestidos y habitación suministrados a los esclavos durante el citado período, sino que necesita además la suma indispensable para adquirir las fuerzas de trabajo. Por consiguiente, para llevar adelante una empresa determinada es evidente que quien emplee esclavos tendrá necesidad de un capital mayor que el preciso caso de emplearse el trabajo libre." De este modo la eliminación de la esclavitud, bien por la venta de los esclavos, bien porque no se reponían las bajas, constituía un modo de librar el capital para utilizarlo de otra manera.

Y la servidumbre, a diferencia del trabajo libre, que exige un capital menor que el del trabajo de esclavos, aunque siempre tiene necesidad de uno grande o pequeño, no exigía capital de ninguna clase. Lo cual explica por qué la servidumbre se constituyó primero y con preferencia en los más extensos latifundios. Si el emperador o los grandes propietarios tenían –el primero por su poder político y los demás por el carácter casi de circunscripción administrativa que asumía el fundo– autoridad y medios para retener al colono, era de imprescindible necesidad que así fuera, porque cuanto más grande era el fundo, tanto mayor debía ser el capital preciso para cultivarlo.

El cultivo en gran escala, directamente por el propietario o por medio de *conductores*, se hacía en una parte del fundo, en la mejor parte, alrededor de la *villa*; y los colonos alojados en las partes más lejanas (las

566. Cairnes, ob. cit., p. 67.

peores) eran los subarrendadores o los elementos complementarios del cultivo del fundo;[567] estos mismos colonos, además de utilizar las tierras menos fecundas, ayudaban con su trabajo al cultivo directo, cuya utilidad había sido revelada, mucho tiempo atrás, por Columela.

Dadas las condiciones de los tiempos y de las cosas, para el proletario que no hubiera encontrado fácil alojamiento, el colonato en la forma no coactiva en que se presentaba y desarrollaba, venía a ser tal vez la única manera posible de asegurar el empleo del propio trabajo y la subsistencia. A medida que los desórdenes y las vejaciones aumentaban, podía en determinados casos convertirse en una relación de protección.[568] Si bien es verdad que en la mayoría de los casos ésta sólo servía para aumentar la prepotencia y multiplicar las vejaciones, hay que tener en cuenta que el interés del amo debía servir de escudo al colono, y aun cuando esto sólo resultara una falsa esperanza, los diversos órganos prepotentes terminaban, como casi siempre sucede, por neutralizarse unos a otros. El colonato, por consiguiente, en la mayoría de los casos representaba para el patrón la manera más útil, tal vez la única, de sacar provecho a sus propios fundos, y para los cultivadores, el único medio de proveer a su propio sostenimiento.

Constituía el punto de mínima resistencia de la vida económica de aquel tiempo, el centro de gravedad de la producción, y era una necesidad social; de manera predominante, si no universal, sobre aquella base se renovaban y sujetaban las relaciones económicas. La misma enfiteusis, con su construcción jurídica diversa, evoca el colonato y nos muestra otro aspecto de una misma causa económica.

Los esclavos fugitivos, los manumisos que no encontraban trabajo, los bárbaros acogidos por necesidades políticas en el Imperio y los llamados para cultivar tierras abandonadas, todos con diversos nombres y bajo formas diversas, entraban en la categoría general del colonato.

En el norte y en el sur, en países de población relativamente densa y relati-

567. Schulten, "Dieröm. Grundhertschaften", en *Zeitschr. ür Social und Wirthschaftsgesch.*, III, 1895, pp. 357, 362 y ss.; Mommsen, *Decret des Commodus...*, pp. 392 y ss.; Boissier, *L'Afrique Romaine*, París, 1895, p. 165.

568. Jung, ob. cit., pp. 74 y ss.; Zachariae von Lingenthal, *Geschichte der Griechisch-Römischen Rechts*, Berlín, 1877, p. 227.

vamente escasa, donde el capital faltaba o no se dedicaba al cultivo, surgía, volvía a surgir y se difundía el colonato.

Y digo que volvía a surgir refiriéndome a las más antiguas formas de la servidumbre, que han sido evocadas a propósito del colonato, pero no para evocarlas, a mi vez, como un modelo que, de un modo artificial o conscientemente imitado, llevara a la difusión del colonato y de la servidumbre a la cual en último término se redujo.

Sería muy difícil precisar si en los países de atrasado desarrollo económico la antigua servidumbre consiguió persistir más o menos oculta. De todos modos, la nueva servidumbre no surgía por la fuerza de expansión de estos residuos de un pasado remoto, sino porque, por un fenómeno de retroceso económico, se reproducían la misma falta de capitales y el mismo deficiente desarrollo de fuerzas productivas, que como hemos visto al principio de este trabajo hacían aparecer a la servidumbre como avanzada de la evolución económica y la mantenían en donde encontraba obstáculos un rápido desarrollo de la economía.

La antigua servidumbre no sirve para poder deducir su continuidad histórica con la difusión del colonato, que podríamos llamar epidémica; pero sirve muy bien para demostrar que la presencia de unas condiciones económicas análogas a las que lo habían producido en la Antigüedad volvía a reproducirlo al desaparecer el mundo antiguo y al surgir la Edad Media.

Y las causas secundarias que por medios más o menos indirectos se unían a la causa indicada contribuían a una mayor difusión y aclimatación de la servidumbre.

En aquel estado social inseguro, con una organización política opresora en el interior y débil en el exterior, que suscitaba rapiñas y que dejaba la puerta abierta a las invasiones, ¿cómo podría ser segura la posesión de esclavos, prontos al engaño y a la rebelión?

Y entre la declinación del pastoreo y las condiciones poco propicias al desarrollo del cultivo intensivo, entre las importaciones cada vez más difíciles de trigo, se reanudaba, donde y cuando podía, el cultivo de cereales, para el cual estaba –como había observado Columela algunos siglos antes– tan indicado el trabajo del colono como era contrario el del esclavo, y más todavía cuanto más agotado estaba el suelo.

Estas nuevas relaciones económicas, que habían aparecido por necesidad

objetiva en el proceso de la historia, hechas obligatorias primero en los fundos imperiales por la autoridad del príncipe o los oficiales, y después en los latifundios por el mando que ejercían los propietarios, tenían por último su sanción en la prepotencia de las leyes. Y entonces, poco a poco, la prescripción, la descendencia, todo contribuía a extender la clase de los colonos, clase completamente cerrada si se trataba de impedir la salida y abierta para ampliarla por toda clase de procedimientos, sobre todo con los equívocos legales y actos de violencia que, dado el reconocimiento legal del colonato, servían para procurarse siervos mucho mejor de lo que habían servido para procurarse esclavos.

Todas aquellas causas que habían servido para petrificar de un modo legal la actividad industrial, fomentadas por el estímulo de asegurar las exacciones de los tributos, puntales del Estado carcomido y vacilante, conducían a hacer rígida e inmutable aquella nueva formación económica y social que debía proporcionar alimento a todos.

La servidumbre, constituida entonces por el colonato, no era la expresión de una actividad más fecunda, suscitada por los tributos y la necesidad del cultivo intensivo, sino el fenómeno más visible de un colapso social, de un gradual agotamiento de las fuerzas económicas. Aquellas reglas que para las mismas clases dominantes hubiesen sido o parecido trabas en un período de mayor desarrollo económico, eran entonces una necesidad económica, una fuerza, un medio de vida.

Donde el capital era más abundante u otras condiciones capaces de facilitar el cultivo podían prescindir de la constitución de la servidumbre, la misma ley, siguiendo el interés de las clases dominantes, mantenía el colonato en los términos de una institución contratable; pero aquellas condiciones flaqueaban y enseguida renacía la servidumbre,[569] siempre ganando terreno, siempre extendiéndose, siempre empujando a la esclavitud al rebajar y disminuir sus funciones.

569. Zachariae von Lingenthal, ob. cit., pp. 240, 243 y ss.

XVIII

EL OCASO DE LA ESCLAVITUD Y EL SALARIADO

La esclavitud no fue abolida por ninguna ley y en la práctica persistió durante largo tiempo[570] como una supervivencia. Lo que constituía el carácter distintivo de la nueva época, la medida de su potencialidad productiva, la forma de su economía, era la servidumbre en lo referente a la agricultura, y en la industria, un modo de producción que oscilaba entre la producción casera y el artesanado.

Sobre esta base se apoyaba la sociedad, y en ella tenían sus raíces tanto la diversidad de manifestaciones sociales que constituía su expresión moral como la estructura económica.

Por una simple cuestión de inercia la esclavitud tardaba en desaparecer, pero reducida al simple uso doméstico y convertida en un objeto de lujo alcanzaba a veces mayores proporciones, sobre todo si era alimentada por guerras cuyas características residieran en contrastes de religión o raza, cuando respondía a alguna necesidad real[571] o en caso de ser fomentada por la creciente riqueza. Sin embargo, y a pesar de su aumento, en realidad estaba muerta y privada de una verdadera función social, hasta que el descubrimiento del Nuevo Mundo y el vasto desarrollo comercial echó mano a ella para proporcionar brazos al trabajo, a falta de un proletariado que pudiese suministrarlos; así, volvía a darle un desarrollo extraordinario y renovaba –en cuanto lo permitían el diverso ambiente físico y los nuevos tiempos– con los horrores la imagen de la antigua esclavitud.

Pero las riquezas acumuladas durante siglos por el trabajo continuo de aquellos siervos y de aquellos esclavos, los progresos técnicos suscitados por las mismas estrechas condiciones de la producción y realizados lenta-

570. Laenger, ob. cit., pp. 5 y ss.
571. Ibíd., pp. 19, 20, 22, 25, 26, 27 y 30.

mente en aquel fatigoso renacimiento de la economía, y por último las fuerzas naturales, cada día más dominadas y mejor empleadas, eran otras tantas causas de las que surgían nuevas condiciones de vida social, a las cuales servían de obstáculo la servidumbre y la esclavitud, y donde se desarrollaban nuevas formas de conciencia moral precursoras de nuevas instituciones.

La esclavitud y la servidumbre, ofrecidas en holocausto a una nueva era económica y civil, cedían el campo al salariado, una servidumbre disimulada, un instrumento más elástico y más adaptable a la nueva, gigantesca y prepotente fuerza del capital; pero el salariado estaba destinado, a su vez, a disolverse en un proceso íntimo, análogo al proceso de disolución de la esclavitud y de la servidumbre, y como en aquellos mismos períodos estaba llamado a abrir camino con su misma descomposición a una nueva era, a cuyos umbrales parece que hemos llegado.

Es éste un nuevo capítulo que la historia, cada día, en cada país, va escribiendo dolorosamente en la gran página del mundo, en el gran libro del tiempo; y quien vive en el presente y del presente recuerda el pasado y se preocupa por el porvenir; observa, indaga, compara, y tal vez descubre en el presente el pasado, y en el pasado, el porvenir.

Y por ahora, doy fin aquí a mi trabajo.

ÍNDICE

